

ISSN 0326-7911

COMECHINGONIA
REVISTA DE ARQUEOLOGIA

15



Publicación anual del CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
"Prof. Carlos A. Segreti"
Unidad Asociada a CONICET
CORDOBA - SEGUNDO SEMESTRE DE 2011



COMECHINGONIA. **Revista de Arqueología** ha sido incluida en Fuente Académica™ Premier database de EBSCO y en el Nivel 1 de la Base de Datos Latindex Catálogo.

La ilustración de tapa fue tomada de la Figura 11 del trabajo de Falchi *et al.* (p. 51).

COMITE EDITORIAL

EDITOR-DIRECTOR

DR. EDUARDO E. BERBERIAN (CEH-CONICET-CORDOBA)

CO-EDITOR

DR. JULIAN SALAZAR (CEH-CONICET-UNC)

CONSEJO ASESOR

DR. JESUS ADÁNEZ PAVÓN (UNIVERSIDAD COMPLUTENSE- MADRID)

DR. J. ROBERTO BARCENA (INCIUSA-CONICET-MENDOZA)

DR. LUIS F. BATE (ENAH-MEXICO)

DR. LUIS A. BORRERO (IMHICIHU-CONICET-BUENOS AIRES)

DR. GUILLERMO MENGONI GOÑALONS (ICA-CONICET-BUENOS AIRES)

DR. AXEL E. NIELSEN (INAPL-CONICET-BUENOS AIRES)

DR. GUSTAVO G. POLITIS (UNICEN-CONICET-OLAVARRIA)

DR. RODOLFO A. RAFFINO (MUSEO DE LA PLATA-CONICET-LA PLATA)

DRA. MYRIAM TARRAGO (MUSEO ETNOGRÁFICO-CONICET-BUENOS AIRES)

DR. HUGO D. YACOBACCIO (IA-CONICET-BUENOS AIRES)

EVALUADORES PARA ESTE NUMERO

CARLOS ASCHERO (ISES-CONICET)

MARIA INES GORDILLO (ICA-UBA)

CRISTINA BELLELLI (INAPL-CONICET)

MARIA FABIANA BUGLIANI (M ETNOGRAFICO- CONICET)

LORENA FERRARO (DNCAP -APN)

ROSSANA LEDESMA (CEPHIA-CIUNSA)

ALVARO MARTEL (ISES-CONICET)

MARCELA SEPÚLVEDA (DPTO ANTROP.-U. TARAPACA-CHILE)

RAFAEL CURTONI (INCUAPA-UNCPBA-CONICET)

CESAR VELANDIA JAGUA (GIAPYAR-U. TOLIMA-COLOMBIA)

FLORENCIA KUSH (ICA-UBA)

RODRIGO TRONCOSO (DPTO ANTROP.-U. CHILE)

PABLO CAHIZA (INCIUSA-CONICET)

DANIELA VALENZUELA (UCAN-S.P. ATACAMA-CHILE)

RUTH BLASCO (IPHES-URV-CATALUNYA-ESPAÑA)

LAURA BEOVIDE (MNA-MONTEVIDEO-URUGUAY)

CARLOS ANGIORAMA (ISES-CONICET-UNT)

FEDERICO RESTIFO (IA-UBA-CONICET)

RAMIRO BARBERENA (LG-FFYL-UN CUYO-CONICET)

VALERIA PALAMARCZUK (M ETNOGRAFICO- CONICET)

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN: TEC. ESTEBAN L. PILLADO (CEH-CONICET)

Dirección Postal: Miguel C del Corro 308. CP: (5000). Córdoba - Argentina

Correo Electrónico: revistacomechingonia@gmail.com

Web: <http://www.comechingonia.com>

Índice

Presentación	7
Dossier: Arte rupestre y paisajes del Centro-Oeste de Argentina y Chile Central	
1. Introducción Por: <i>Andrea Recalde y Silvana Valeria Urquiza</i>	9
2. Modalidades espaciales y formas rituales. Los paisajes rupestres de El Alto-Ancasti. Por: <i>Marcos N. Quesada y Lucas Gheco</i>	17
3. Arte rupestre entre las sierras y Los Llanos riojanos: localidad arqueológica Palancho. Por: <i>María P. Falchi, M. Mercedes Podestá, Diana S. Rolandi, Anahí Re y Marcelo A. Torres</i>	39
4. Ocupaciones humanas y grabados rupestres del norte de la sierra de Valle Fértil (Provincia de San Juan). Por: <i>Anahí Re, M. Mercedes Podestá y Guadalupe Romero</i>	65
5. Variabilidad y dispersión de los diseños de camélidos en el occidente de Córdoba (Argentina). Circulación de información, reproducción social y construcciones territoriales prehispánicas. Por: <i>M. Andrea Recalde y Sebastián Pastor</i>	93
6. Arte rupestre de las sierras del Norte de Córdoba, Argentina. Por: <i>Silvana Valeria Urquiza</i>	115
7. Materialidad arqueológica, práctica científica y activación patrimonial en la cuenca del Choapa, IV Región, Chile. Por: <i>Patricia Salatino y Diego Artigas</i>	139
Artículos	
8. Huellas de aserrado perimetral sobre restos óseos humanos. El caso del sitio Cerro Lutz, provincia de Entre Ríos. Por: <i>Alejandro Acosta, Natacha Buc y David Pau</i>	155
9. Ocupaciones humanas a cielo abierto de finales del Holoceno medio y comienzos del Holoceno tardío en el valle de San Antonio de los Cobres, puna de Salta. Por: <i>Hernán Juan Muscio</i>	171
Notas	
10. Primeros estudios bioarqueológicos en el sitio Los Tres Cerros 1 (Departamento de Victoria, Entre Ríos). Por: <i>Clara Scabuzzo y Agustina Ramos van Raap</i>	191
11. La elaboración de lo decorativo: un acercamiento comparativo hacia los aspectos técnicos de la alfarería incisa de los ríos Paraná y Uruguay. Por: <i>Flavia V. Ottalagano1 y Juan C. Castro</i>	199
Normas Editoriales	209

PRESENTACION

La publicación del N°15 de “Comechingonia. Revista de Arqueología” implica una serie de auspiciosas transformaciones para este proyecto colectivo, que se iniciara en 1983 y se retomara en 2006, que están dirigidas a cristalizar un espacio de calidad para la puesta en común de la producción del conocimiento arqueológico en nuestro país y regiones vecinas, que sea reconocido tanto por la comunidad científica como por el sistema de evaluación de sus integrantes.

Estas transformaciones están vinculadas a una multiplicidad de aspectos que pueden resumirse en dos puntos fundamentales: la adopción de una periodicidad semestral y la incorporación de una nueva categoría de trabajos, bajo la forma de dossier.

El hecho de intensificar la periodicidad de la publicación se vincula fundamentalmente al creciente número de contribuciones que recibe nuestro comité en cada convocatoria, lo que hace casi imposible su inclusión en un solo número anual. Esta situación evidencia, por un lado, el firme crecimiento de la producción en arqueología en los últimos años, pero también señala que Comechingonia se ha afianzado paulatinamente como un espacio de interés para los colegas. Sin embargo, no es un tema menor la intención de cumplir con mayor cantidad de requisitos de los sistemas de indexación nacionales e internacionales que repercutirá seguramente en el nivel de aceptación y legitimidad de nuestro boletín.

La incorporación de los dossiers como una nueva categoría tiene por objetivo generar espacios de discusión sobre problemáticas específicas, dando una amplitud a las restricciones editoriales que permitan a los autores mayor extensión para el desarrollo de sus trabajos. Se espera que esta nueva posibilidad genere en el futuro el interés de distintos investigadores desde diversas perspectivas para discutir aspectos teóricos, metodológicos y prácticos de nuestra disciplina.

En esta ocasión se dio la posibilidad a un heterogéneo grupo de investigadores que produjeron, bajo la coordinación de María Andrea Recalde y Silvana Urquiza, un conjunto de artículos que discuten aspectos teóricos y metodológicos del estudio arqueológico del arte rupestre y su relación con distintos procesos históricos del área central y norte de nuestro país, así como el papel del patrimonio arqueológico en Chile. Complementariamente se incluyen dos artículos, que analizan respectivamente el estudio de la modificación antrópica de restos óseos humanos y de las ocupaciones a cielo abierto en la puna salteña, y dos notas, que presentan novedosos aportes puntuales sobre la bioarqueología en la provincia de Entre Ríos y las técnicas decorativas de la cerámica en los ríos Paraná y Uruguay.

Esta nueva entrega de Comechingonia y las mencionadas transformaciones han constituido serias apuestas por parte del equipo editorial de Comechingonia que, sin ningún tipo de apoyo financiero, pero con el respaldo institucional del Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos S.A. Segreti, las enfrenta con la confianza y el compromiso de todos los autores, evaluadores, miembros del Consejo Asesor y lectores que año a año nos incentivan a seguir con este dificultoso emprendimiento.

Comité Editorial

INTRODUCCIÓN

María Andrea Recalde¹ y Silvana Urquiza²

¹CONICET. Universidad Nacional de Córdoba. recaldema@yahoo.com.ar

²Instituto Superior de Estudios Sociales - CONICET/UNT. Instituto de Arqueología y Museo, Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán. silvanaurquiza@yahoo.com

Este dossier de la Revista Comechingonia reúne seis de los diez trabajos presentados en la mesa *Arte Rupestre, Contexto y Sociedad*, desarrollada en el marco del VIII Simposio Internacional de Arte Rupestre (SIAR), realizado en San Miguel de Tucumán en el 2010. En esa oportunidad las propuestas abarcaron la región de Chile Central, Cuyo y Sierras Centrales poniendo en evidencia, fundamentalmente en el caso de nuestro país, el marcado crecimiento de las investigaciones que, desde hace algunos años, tienen al arte rupestre como objeto de estudio.

Todos los trabajos dan cuenta de una perspectiva ya afianzada en la arqueología respecto a la importancia del análisis de las representaciones como parte del registro arqueológico, en tanto rasgo de la cultura material con un rol activo en las estrategias sociales. Es así como este rol está definido por la comunicación de información, la cual no es interpretada en base a un marco instrumental que considera que los objetos sólo almacenan o “cargan” dicha información (Jones 2007), sino como aquella que es producida, negociada, valorada y significada por el grupo o segmento social que la genera. No obstante surgen numerosos interrogantes respecto a qué datos proporciona esta materialidad, qué y a quiénes involucra lo transmitido o en otros términos, cómo interactúa tanto con las personas que lo ejecutaron, como con las que participaron a partir de la observación.

En los trabajos reunidos en este número es factible identificar un acercamiento o respuestas posibles con un punto de partida en común vinculado con el análisis de las representaciones rupestres como elementos activos en la percepción y organización de un entorno socialmente construido, a partir de las vivencias y experiencias cotidianas (Ingold 1992). Así, proponen un estudio del paisaje que centra su atención, no sólo en el entorno físico, sino también en lo social dándole un dinamismo basado en la interacción de las significaciones y experiencias de los seres humanos en el espacio. En este sentido conceptos como visibilidad/invisibilidad, inclusión/exclusión, tránsito, demarcación, identidad, entre otros, intervienen en el intento de dar cuenta de las prácticas desarrolladas en torno y a partir de la ejecución y observación de este rasgo tan particular de la cultura material.

Esta interpretación del paisaje en tanto espacio percibido y construido ha permitido superar la imagen de la naturaleza como algo a ser domesticado y controlado, imagen que constituye una postura reduccionista, pero fundamentalmente occidental, moderna y discursiva de presentar la relación hombre/naturaleza (Bender 1993; Gramsh 1996; Gnecco 2006).

Esta visión, en la que prevalece el entorno como algo medible, cuantificable y mensurable en tanto externo a las actividades humanas (Piazzini 2006), confía ciegamente en que el entorno puede ser valorado como un elemento objetivo y, en consecuencia, verdadero en el estudio de los pueblos pretéritos. De esta manera la perspectiva que entiende al espacio como extensión y soporte geofísico, en el cual tienen lugar las prácticas y procesos sociales, deja al margen cualquier posibilidad de integrarlo en la construcción de la realidad social. Esta postura genera también una concepción que naturaliza la dualidad entre naturaleza/cultura como opuestos y antagónicos, en la cual la cultura sólo constituye una respuesta a las características ambientales y el cambio en las materialidades son consecuencia de alteraciones en el medio. Esta propuesta que atomiza al hombre y al medio como entidades opuestas, pero entre las que fundamentalmente hay una unidireccionalidad en la influencia del segundo hacia el primero, sólo genera una visión limitada del pasado indígena negando respuestas diferentes y cambios cualitativamente disímiles en tiempo y espacio.

Este paisaje socializado se conforma como un espacio en el cual se construyen, organizan y negocian constantemente las relaciones sociales y los vínculos entre grupos tal como es posible percibir en la propuesta de Re, Podestá y Romero, de Quesada y Gheco, de Recalde y Pastor y de Urquiza. Asimismo, en tanto no es unidimensional o sólo topográfico, tampoco constituye una entidad homogénea y uniforme de sentidos y percepciones, puesto que cada pueblo o comunidad tiene una forma particular y única de articularse con la naturaleza, al tiempo que también una manera específica de producir su propia existencia social (Velandia 2004: 60). Los entornos se conforman en función de los contextos sociales, políticos, económicos e ideológicos de aquellos que los ocupan (Ashmore y Knapp 2002) y por tanto su percepción y valoración pueden perpetuarse o modificarse en el tiempo. Estos aspectos pueden objetivarse a través de la cultura material y, en este sentido, el trabajo de Falchi, Podestá, Rolandi, Re y Torres muestra la continuidad de una práctica y la carga simbólica de un entorno construido por medio de la acumulación sucesiva de representaciones rupestres en un mismo espacio; por otro, el trabajo de Salatino y Artigas nos presenta un análisis que da cuenta de las modificaciones que sufren los significados y sentidos otorgados al paisaje y a los objetos, en momentos y procesos históricos disímiles.

Asimismo, esta redefinición del paisaje como parte de la vida social, permite resignificar también el papel de la cultura material superando las limitaciones de algunas propuestas interpretativas dentro de la disciplina respecto a la denominada "primacía del objeto" (Nastri 2004). En los trabajos aquí presentados prevalece el estudio de los paneles como un rasgo de la cultura material que, al igual que el resto de los componentes del registro arqueológico, es un producto social y en este sentido, es producido y (re) productor de las relaciones entre personas y grupos. Por lo tanto, el arte rupestre constituye no sólo un elemento activo en la percepción y organización del paisaje social, sino también un medio para la delimitación, activación o restricción de determinadas prácticas sociales, o en palabras de Aschero actuando como un "regulador del comportamiento" (2006).

Esta visión del arte rupestre como constructo social que organiza el paisaje puede, mediante sus condiciones de visibilidad o invisibilidad, generar sentidos de igualdad y pertenencia o desigualdad y exclusión (Piazzini 2006) en los vínculos e interacciones entre las personas o comunidades que comparten un mismo entorno. En la mayoría de los trabajos estas condiciones constituyen un punto de partida para dar cuenta de las prácticas asociadas al arte, como en la propuesta de Quesada y Gheco en el cual la posibilidad de observar o no lo ejecutado les permite plantear la existencia de diferentes grados de acceso social a

los rituales realizados en los sitios; o también se constituye como un medio sensible para indagar respecto a las esferas de interacción en las que interviene lo representado, lo que admite delimitar contextos domésticos o públicos en los cuales las prácticas tienen lugar, tema que es tratado de manera conjunta en el trabajo de Re, Podestá y Romero, en el de Recalde y Pastor y en el de Urquiza. De la misma manera, es factible destacar la significación de las condiciones de visibilidad que, sumadas a otras variables, posibilita asignarle a los paneles un papel activo en la inclusión de colectivos sociales amplios dado el carácter público otorgado a su percepción y ejecución, tal como es presentado en el trabajo de Falchi, Podestá, Rolandi, Re y Torres. Finalmente, la propuesta de Salatino y Artigas da cuenta de las transformaciones constantes y las negociaciones en las que intervienen los paisajes y los objetos, ya que ambos pueden tener una carga social y simbólica diferente en función de los contextos particulares.

El arte rupestre conforma un rasgo de la cultura material que, dadas sus condiciones de inamovilidad, tiene la propiedad de ser identificado como "...una de las evidencias directas [del] proceso de selección y segmentación del espacio humano social" (Gallardo 2001: 92). De allí que la acción de ejecutar motivos pintados o grabados sobre una superficie rocosa establece las condiciones para la conformación de un lugar en el paisaje, es decir de un punto que es valorado y construido a partir de las actividades que las personas o grupos realizan. Así, la reocupación de ese "lugar" por un mismo grupo o comunidad y con solución de continuidad en el tiempo da cuenta no sólo de una permanencia en el papel específico de ese lugar, sino también de una persistencia en la forma en la que sus ocupantes interactúan con el paisaje. Este proceso interviene en la reafirmación del sentimiento de pertenencia dado que todas estas estrategias, y fundamentalmente la repetición en el tiempo de la iconografía, constituyen una manera de reforzar y actualizar la memoria social (Aschero 2006). En otros términos, los lugares y particularmente las "marcas" visibles generan "paisajes con memoria" en los cuales se simboliza y recuerda el pasado (Kuchler 1993; Aschuetz 2005).

De este modo, los que viven en el paisaje, pero particularmente en los lugares, reconocen y generan "señales" o elementos de la materialidad que permiten reforzar ese sentido de identificación, ya que al ocupar un lugar común se fortalecen los lazos de relación con los pares, se generan sentimientos de filiación e identidad y se comparte la manera de comprender la organización y transformación del paisaje social. Así, en la mayoría de los trabajos se trata, de manera directa o indirecta, el papel del arte en tanto elemento que perpetúa el sentido de pertenencia, por medio de la construcción de espacios con memoria a partir de la continuidad en tiempo y espacio de esta práctica, de la significación compartida y latente de su ejecución y observación. No obstante, la memoria social no es estática y, por el contrario, el olvido y los nuevos sentidos forman parte de las transformaciones que esa materialidad sufre en contextos históricos cambiantes.

Las seis contribuciones reunidas en este dossier ofrecen un ámbito de discusión y reflexión respecto al papel del arte rupestre en las prácticas sociales y, como hemos planteado, en la construcción de entornos socialmente elaborados en diferentes áreas de las provincias de Catamarca, La Rioja, San Juan y Córdoba así como Chile central. Todos estos trabajos abarcan procesos históricos prehispánicos de las comunidades de la región entre el ca. 500 AP y el siglo XVI. También la articulación entre el pasado indígena y nuestro presente es contemplada a partir de la reflexión respecto a la importancia del patrimonio cultural y, fundamentalmente, acerca de la labor del arqueólogo y de la materialidad arqueológica.

El primer trabajo de Marcos Quesada y Lucas Gheco nos propone un acercamiento a las pinturas de El Alto-Ancasti (Catamarca) desde un análisis de los procesos rituales involucrados en la ejecución y observación del arte rupestre de esta área. Nuevamente aquí la relación de los motivos con el paisaje circundante constituye un punto de partida para dar cuenta de la intervención del arte en la estructuración y delimitación de la vida social de los grupos. Los autores discuten la influencia de la selección de determinados soportes, su emplazamiento en el paisaje, la relación con espacios domésticos y la intencionalidad de tal accionar. La conjunción de estas variables les permitió definir cuatro modalidades vinculadas directamente con la visibilidad/invisibilidad desde el exterior de lo ejecutado, la visualización de los soportes y la intervisibilidad entre sitios, el número de personas involucradas en su ejecución u observación y las condiciones de inclusión/exclusión de las actividades desarrolladas en torno al arte. A partir del análisis proponen concretamente que dos de las modalidades identificadas estarían dando cuenta de prácticas sociales diferentes. La primera directamente vinculada con experiencias rituales de paso, a las que accedía un número mínimo de personas (iniciado/maestro); la segunda en la que el arte se relaciona con prácticas rituales que involucraban un mayor número de individuos, dado que las pinturas presentan una visibilidad más marcada y, a diferencia de la anterior, están próximos a espacios domésticos. No obstante, esta clasificación no da lugar a unidades homogéneas, sino por el contrario permite distinguir en el interior de las mismas transformaciones que denotan las heterogéneas significaciones involucradas.

María Pía Falchi, Mercedes Podestá, Diana Rolandi, Anahí Re y Marcelo Torres nos acercan una primera caracterización del arte rupestre de la localidad de Palancho en La Rioja (Depto. Chilecito), que presenta concentraciones de soportes con representaciones grabadas únicas en toda la región. Para el análisis de la profusa evidencia allí documentada, los autores consideran variables como tipo de motivos, técnica, análisis del uso de los soportes (superposiciones y reciclados). Este último punto, sumado a la posibilidad de diferenciar las pátinas de los grabados, les permite distinguir cinco grupos que darían cuenta de momentos relativamente diacrónicos de ejecución. Asimismo, por medio de la definición e identificación de estos grupos les es factible establecer semejanzas con áreas vecinas a partir de indicadores estilísticos, lo que permite comenzar a definir hipótesis respecto a las asignaciones cronológicas. En tal sentido, la construcción de este paisaje tan particular de Palancho abarcaría un período que se extiende desde el *ca* 600 AP hasta el 1480 AD. Finalmente, se observa la continuidad de la práctica en momentos históricos con la identificación de marcas de ganado y algunas fechas. Este contexto general les permite caracterizar a la localidad como un hito significativo en el espacio regional, en el cual las prácticas sociales allí desarrolladas se vinculaban o reforzaban específicamente con la ejecución de representaciones grabadas.

En tanto Anahí Re, Mercedes Podestá y Guadalupe Romero, proponen un análisis detallado de las representaciones rupestres del Valle Fértil (Prov. de San Juan) haciendo hincapié en su vinculación con evidencias de ocupación. Sostienen que el arte interviene activamente en la transmisión de información y sostienen, a partir de la evidencia arqueológica asociada, la existencia de prácticas sociales disímiles relacionadas con los tipos de motivos grabados, su frecuencia, su distribución a nivel inter-sitio e intra-sitio y su emplazamiento diferencial en los paisajes de valles y quebradas. En concreto las autoras proponen la existencia de un arte rupestre vinculado específicamente con las actividades cotidianas y domésticas y otro directamente asociado a espacios de tránsito y a la demarcación del paisaje social. Respecto a este último punto, emplean los conceptos propuesto por Nielsen de nodos e internodos

para dar cuenta del vínculo entre entornos con diferentes densidades de ocupación y el papel cumplido por el arte rupestre en estos espacios.

Andrea Recalde y Sebastián Pastor plantean el estudio del arte rupestre del extenso valle de Traslasierra, emplazado en el oeste de las Sierras de Córdoba. Un análisis de las representaciones les permite individualizar un motivo del universo iconográfico, el camélido, que circula y se replica en todo el occidente cordobés. Así, este artiodáctilo constituye, como propone Aschero para Antofagasta de la Sierra, una figura simbólicamente sensible para identificar de qué manera se definieron, desarrollaron y perpetuaron los vínculos sociales. En este sentido, su dispersión en el tiempo y espacio autoriza a Recalde y Pastor a concebir las semejanzas presentes en los diseños de los camélidos como información que circula y es diferencialmente compartida por los distintos grupos y unidades sociales. Esto les posibilita definir la existencia de dos núcleos o unidades territoriales, que presentan distinto grado de afinidad interna y que se destacan por los vínculos disímiles entre las particularidades del arte rupestre, los tipos de motivos dominantes y las prácticas sociales que promueven y permiten. En este sentido, se distingue una situación de tipo doméstico en el núcleo 1, en la que predomina un ocultamiento del arte para todo aquel que desconozca su ubicación y, por el contrario, el núcleo 2 se caracteriza por la asociación de la producción/observación del arte rupestre con lugares de importancia pública (tránsito y acceso a recursos). Esta definición inicial constituye la base para establecer las relaciones presentes con aquellas áreas que gravitan por fuera de estos núcleos y comenzar a definir los mecanismos sociales que facilitaron y promovieron los contactos y lazos sociales intervinientes en la circulación de información socialmente significativa.

Silvana Urquiza propone un análisis de las representaciones rupestres localizadas en el noroeste de la Prov. de Córdoba, una zona que, con la excepción de Cerro Colorado, cuenta con muy pocos antecedentes arqueológicos. Como un primer acercamiento a la evidencia, realiza una caracterización tipológica de los motivos identificados a lo que suma la organización en el espacio soporte (distribución y asociaciones) y la visibilidad de las representaciones. Asimismo, a los fines de comenzar a definir las modalidades estilísticas del área contempla los procesos de alteración natural y antrópica para evaluar los posibles sesgos generados en la muestra. En concreto la evidencia reunida le permite proponer esferas de interacción social diferenciales en las que predominan el ocultamiento de lo representado y la participación de un escaso número de personas, dado que sólo documentó un sitio factible de asociar a un arte rupestre de carácter público vinculado, dadas sus condiciones de emplazamiento, con la circulación en el paisaje. Finalmente, la comparación macroregional de la iconografía del noroeste de Córdoba, fundamentalmente el motivo y diseño de los antropomorfos, con regiones colindantes como el sureste de Catamarca, el este de La Rioja y el sur de Santiago del Estero le permite proponer, como hipótesis a contrastar en futuras investigaciones, la existencia de estrechos vínculos sociales entre los grupos que ocupaban estas áreas.

Finalmente, Patricia Salatino y Diego Artigas presentan una reflexión respecto a la problemática patrimonial, poniendo en diálogo la relación entre comunidades locales, materialidad arqueológica y práctica científica. En este sentido, analizan la relación simbólica que las personas que habitan en el valle de Choapa (IV región de Chile) establecen cotidianamente con la materialidad arqueológica, que se objetiva en los discursos locales sobre el pasado y que se traduce en una construcción constante de la memoria colectiva. Así, el objetivo es determinar cómo y de qué manera los paneles con grabados se integran a aquellos entornos que hoy son significados colectivamente a partir de las prácticas cotidianas. Es en este pai-

saje en el cual el pasado “de los indios” y el presente folklórico dominado por los brujos se mezclan para convertirse en un referente para la memoria colectiva. Esta memoria presenta un doble proceso, por un lado el olvido, al plantear una ruptura con los “indios”, al tiempo que muestra una continuidad a partir del acto de habitar el mismo paisaje que aquellos a quienes no reconocen como antepasados. En este proceso el arte rupestre es reinterpretado y significado de manera diferente, en función del mundo conocido y cotidiano en el que se hace presente también el ámbito mítico de los brujos y seres nocturnos. En base a la problemática planteada, los autores apuntan a destacar el compromiso social que los arqueólogos estamos obligados a afrontar en los complejos procesos patrimoniales.

El camino iniciado en la disciplina hace unos treinta años nos impide volver a pensar al arte rupestre como un no dato arqueológico, es decir como un elemento que es factible mantener al margen del resto del registro y que, por lo tanto, nada puede aportarnos respecto a los grupos pretéritos que lo ejecutaron. Esta línea implicó abandonar una mirada centrada sólo en lo formal para integrar este rasgo de la cultura material al contexto en el cual fue producido. Por ello creemos que los trabajos reunidos en este dossier aportan nuevas líneas de discusión respecto a los contextos de significación del arte rupestre, en tanto elemento activo en la delimitación y negociación de las prácticas sociales y en la construcción de paisajes. Estos acercamientos dan cuenta así de la diversidad de respuestas y del carácter particular de esta materialidad para cada grupo en función de marcos culturales, económicos, simbólicos y sociales específicos.

Por último, quisiéramos agradecer a todos los autores por su participación en este dossier y por sus aportes como también a aquellos que originalmente estuvieron presentes con sus trabajos en las discusiones planteadas en la mesa de *Arte rupestre, Contexto y Sociedad*, dado que tanto unos como otros se sumaron al desafío de andar y desandar los caminos de la investigación en una búsqueda constante por comprender el pasado indígena.

Bibliografía citada

Anschuetz, K. F.

2005. Landscapes as memory. *Archaeological history to learn from and live by* (ed. por S. Hegmon S. and C. Eiselt), pp, 52-72. *Engaged Anthropology*. Anthropological Papers. University of Michigan.

Aschero, C.

2006. De cazadores y pastores. El arte rupestre de la modalidad Río Punilla en Antofagasta de la Sierra y la cuestión de la complejidad en la Puna Meridional Argentina. *Tramas en la Piedra. Producción y usos del arte rupestre* (ed. por D. Fiore y M. Podestá), pp.103-140. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires

Ashmore, W. y B. Knapp B.

1999. Archaeological landscapes: constructed, conceptualized, ideational. *Archaeologies of landscapes. Contemporary Perspectives* (ed. por W. Ashmore and B. Knapp), pp. 1-19. Blacwell, Londres

Bender, B.

1993. Introduction. Landscape- Meaning and Action. *Landscape. Politics and Perspectives* (ed. por B. Bender), pp. 1-17. Berg, Oxford.

Gallardo, F.

2001. Arte rupestre y emplazamiento durante el Formativo Temprano en la cuenca del Río Salado (Desierto de Atacama, Norte de Chile). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 8: 88-97

Gnecco, C.

2006. Territorio y alteridad étnica: fragmentos para una genealogía. *(Des) territorialidades y (No) lugares: Procesos de configuración y transformación social del espacio* (ed. por D. Herrera Gómez y C. Piazzini), pp. 221-246. La Carreta Editores, Medellín.

Gramsch, A.

1996. Landscape Archaeology: of making and seeing. *Journal of European Archaeology* 4: 19-38.

Ingold, T.

1992. Culture and the perception of the environment. *Bush Base, Forest Farm. Cultures environmental and development* (ed. por E. Croll and P. Parkin), pp. 39-56. Routledge, London.

Jones, A.

2007. *Memory and Material Culture*. Cambridge University Press. Cambridge.

Küchler, S.

1993. Landscape as memory: the mapping of process and its representation in a Melanesian Society. *Landscape: Politics and perspectives* (ed. por B. Bender), pp. 85-106. Berg, Oxford

Nastri, J.

2004. La arqueología argentina y la supremacía del objeto. *Teoría Arqueológica en América del Sur. Serie Teórica* 3 (ed. por G. Politis y R. Peretti), pp. 213-231. Incuapa, Buenos Aires

Piazzini, C.

2006. Arqueología, espacio y tiempo: una mirada desde Latinoamérica. *Arqueología Sudamericana* 2 (1): 3-25.

Velandia, C.

2004. Estética y arqueología: dificultades y problemas. *Teoría Arqueológica en América del Sur. Serie teórica* 3 (ed. por G. Politis y R. Peretti), pp. 57-69. Incuapa, Buenos Aires.

MODALIDADES ESPACIALES Y FORMAS RITUALES. LOS PAISAJES RUPESTRES DE EL ALTO-ANCASTI.

Marcos N. Quesada¹ y Lucas Gheco²

¹CONICET - Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca.
mquesada@yahoo.com.ar

²Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca.
gheco@hotmail.com

Presentado el: 08/08/2011 - Aceptado 20/10/2011

Resumen

En este trabajo buscamos definir distintas lógicas espaciales en la construcción social de los entornos rupestres de las Sierras de El Alto-Ancasti. Para ello realizamos un análisis comparativo de diez sitios arqueológicos. Nuestra metodología considera la idea que una de las dimensiones fundamentales del arte rupestre es la visualidad y que ello define la estructuración del espacio en torno a él. Definimos cuatro modalidades espaciales considerando las posibilidades de visualización, agregación de personas y movimientos corporales que los entornos rupestres promueven o limitan, entre otros elementos de análisis. Interpretamos dos de estas modalidades como estructuras espaciales de formas rituales particulares y exploramos los límites y alcances de la definición de estas lógicas espaciales en términos de la tensión entre lo general y lo particular en el arte rupestre a distintas escalas de análisis.

Palabras claves: Arte rupestre, Sierra de El Alto-Ancasti, modalidades espaciales, formas rituales.

Abstract

In this paper we define different spatial logics in the social construction of the rupestrian environments of the Hillands of El Alto-Ancasti. To do this we conducted a comparative analysis of ten archaeological sites. Our methodology considers the idea that one of the fundamental dimensions of rock art is the visual and that this defines the spatial structure around it. We define four types of spacial modalities considering the possibilities of visibility, aggregation of people and body movements that allow the cave environments, among other elements of analysis. We interpret two of these modalities as scenes of ritual forms and explore the individual limits and scope of the definition of these spacial logics in terms of the tension between the general and the particular rock art at different scales of analysis.

Keywords: Rock art, Hillands of El Alto-Ancasti, spacial modalities, ritual forms.

Introducción

La Tunita, La Candelaria, Oyola, Campo de las Piedras son sólo algunos de los sitios de la Sierra de El Alto-Ancasti (Prov. de Catamarca) en los cuales el arte rupestre alcanzó un

notable desarrollo. Tal situación ha llamado la atención de los investigadores desde hace ya unas décadas al punto que en la actualidad es prácticamente el único aspecto que conocemos sobre el pasado prehispánico de esta zona. Como sucede generalmente en el estudio del arte rupestre, también aquí fue considerado principalmente como soporte visual de mitos orales o expresión pasiva de religiones, culturas o períodos (por ejemplo: González 1977, 1998; Gramajo y Martínez Moreno 1982; Gudemos 2003; Segura 1970, entre otros), descuidando quizá el hecho que el arte rupestre es un fenómeno real y con capacidad de crear realidad, como intentaremos sostener en esta oportunidad posicionándonos desde una arqueología de la práctica.

Nuestra estrategia metodológica considera la capacidad del arte rupestre para estructurar la práctica en torno a él (Troncoso 2007, 2008). Proponemos que tal metodología puede resultar de valor a la hora de interpretar la manera en que éste participaba en la práctica ritual que tomaba lugar en estos particulares sitios de las serranías de El Alto-Ancasti porque permite posicionar a los sujetos en relación al arte rupestre. Centrándonos en la disposición de los motivos y su vinculación con el entorno, y dejando por un momento de lado el análisis iconográfico e iconológico, intentaremos mostrar la manera en que el arte rupestre participó en la conformación de espacios constitutivos de los procesos rituales.

Los espacios rupestres de El Alto-Ancasti

La Sierra de El Alto-Ancasti flanquea por el Este la ciudad de San Fernando del Valle de Catamarca, constituyendo la última estribación serrana para dar paso, al oriente, a la llanura santiagueña. Típica representante de las Sierras Pampeanas, su ladera occidental se erige abrupta, al ascender varios cientos de metros en escasa distancia. En contraposición, la cara oriental desciende por más de cuarenta kilómetros, recorrido a través del cual se deja atrás el pastizal de altura para atravesar una franja de bosque serrano y, finalmente, introducirse en un tupido monte xerófilo. En las lomadas de la vertiente oriental de El Alto-Ancasti, se encuentran numerosas cuevas, abrigos y bloques rocosos en donde los antiguos habitantes de la zona plasmaron gran cantidad de pictografías y petroglifos. Para este trabajo serán de importancia los siguientes sitios: Oyola y Casa Pintada de Guayamba en el Dpto. El Alto; La Tunita, Campo de las Piedras, La Candelaria II, La Piedra con Pinturas de El Taco, Rastro del Avestruz y Puesto La Mesada en el Dpto. Ancasti y El Tipán en el Dpto. Capayán (Figura 1). Algunos de estos sitios han sido mencionados por otros autores y caracterizados con mayor o menor detalle. Aquí nos valdremos de algunos aspectos de esas descripciones, que serán completadas mediante nuestras propias observaciones. La Piedra con Pinturas de El Taco y Rastro del Avestruz son presentados por primera vez en este trabajo.

Quizá por lo destacado del estilo figurativo de los sitios más conocidos, la investigación del arte rupestre de esta región se orientó principalmente hacia aspectos iconográficos e iconológicos. En esta oportunidad dejaremos de lado estos enfoques, o les daremos un lugar secundario en el análisis, y en cambio intentaremos ensayar sobre la manera en que la disposición espacial del arte rupestre organizó las prácticas en torno a él. Esto supone la caracterización de los contextos donde era representado y las condiciones y posibilidades que estos escenarios establecían a la visualización y desplazamiento. Para esto nos valdremos de un principio metodológico ya anunciado que supone que antes que cualquier objetivo que el arte rupestre tenga en el contexto que fuera, el primer fin que esta peculiar materialidad tuvo es el de ser visto ya que es la *visualidad*, término que empleamos aquí en sentido amplio para indicar que se trata de una forma cultural que se experimenta y transmite a través del

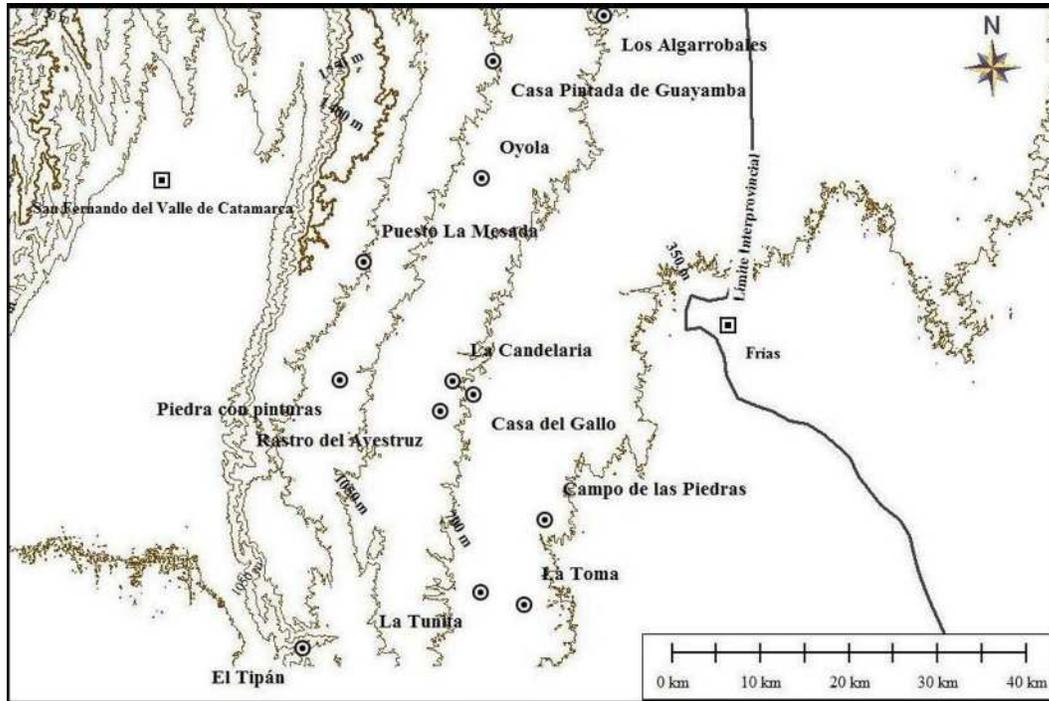


Figura 1: Ubicación de los sitios con arte rupestre de las sierras de El Alto- Ancasti considerados en este trabajo.

sentido de la vista, su principal característica. Es decir, sea cual sea la función a la cual estaba destinado: marcador territorial, soporte visual de mitos, representaciones de deidades, etc., la condición para la realización de ese objetivo es que sea visto. Pero más importante aún es que tiene la capacidad de definir de que maneras debe ser mirado y de que maneras no. En cada contexto particular, el arte rupestre prescribe y proscribe de manera distinta las líneas visuales, los movimientos corporales y las posibilidades de agrupamiento de los actores que participan de las prácticas que toman lugar en esos entornos. El arte rupestre tiene la capacidad de estructurar la práctica en torno a él creando diferentes condiciones de *visibilidad*, es decir, formas culturales de “administrar” la visualidad.

Vamos a intentar mostrar que en las serranías de El Alto-Ancasti estas condiciones de visibilidad o, vistas desde otro lado, formas de exhibición, se organizan en, al menos, cuatro lógicas o modalidades espaciales diferentes. Para ello tendremos en cuenta: a) la disposición de los sitios en el paisaje, b) las condiciones de visualización de los bloques o cuevas donde se hallan los motivos, c) las condiciones de visualización del paisaje desde los sitios, d) la visualización de las figuras desde el exterior o interior de los bloques o cuevas, e) el acondicionamiento material del espacio en torno a las representaciones rupestres.

Vamos a advertir antes de avanzar, que las consideraciones sobre estos aspectos no necesariamente se pueden expresar cuantitativamente por dos motivos. Por un lado, porque, como ya indicamos, algunos de las observaciones proceden de textos de otros autores quienes han consignado sus datos de maneras diferentes y no siempre cuantitativas. Por otro lado, porque algunos de los elementos que consideramos para la definición de las

modalidades no pueden ser expresados por un rango de valores o un límite determinado ya que frecuentemente refieren a cualidades que deben ser descritas antes que a cantidades que puedan ser medidas.

Modalidad 1: La Tunita, Oyola y Campo de las Piedras

Los sitios que corresponden a esta modalidad tienen la particularidad de ubicarse en lugares relativamente elevados en relación a los arroyos y ríos. En los tres casos, Oyola (Figura 2), Campo de las Piedras y La Tunita, los sitios se disponen sobre afloramientos graníticos (Battaglia 1982) que se caracterizan por la existencia en sus cimas y laderas de un gran número de cuevas y abrigos labrados por la erosión en la base de grandes bloques (Figura 3 y 4).

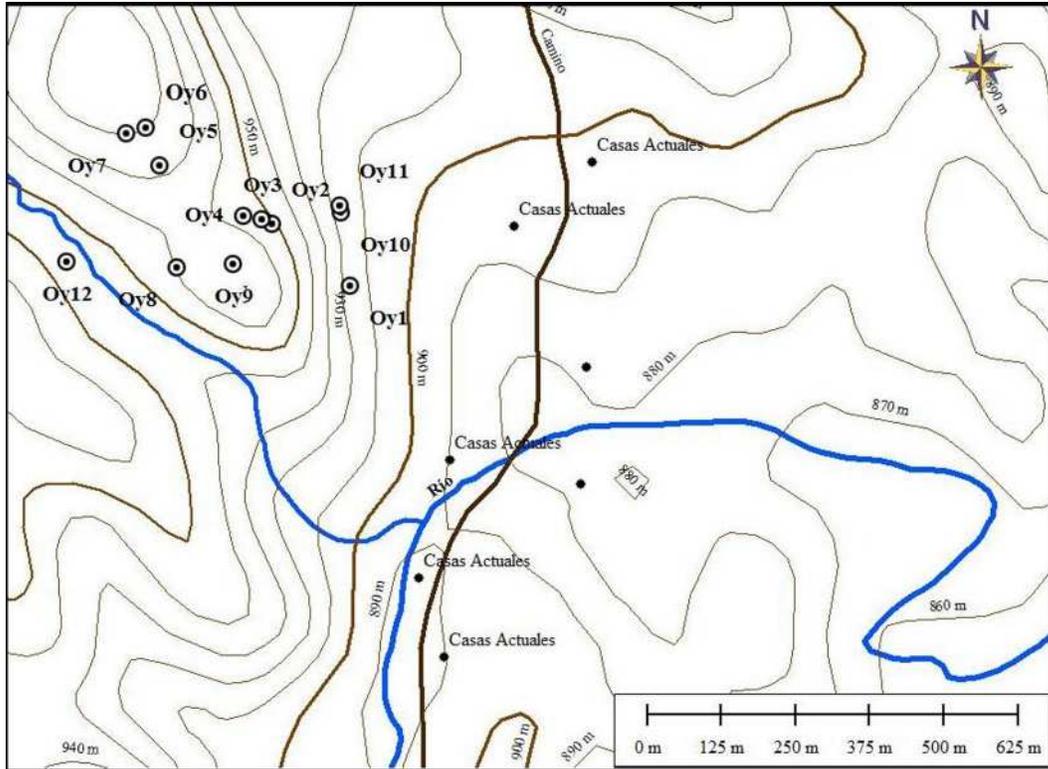


Figura 2. Distribución de las cuevas con pinturas en el sitio de Oyola

La ubicación en sectores elevados y, sobre todo, la tupida vegetación del bosque de cebil y otras especies arbóreas de gran porte que rodean las cuevas¹, provocan que esos enormes bloques pétreos no sean en general visibles si no es desde algún privilegiado punto elevado o hasta que uno se halla muy cerca de ellos, cuando emergen del espeso monte de manera sorpresiva causando una fuerte sensación de contraste con el entorno vegetal.

Del mismo modo que la vegetación dificulta fuertemente la visualización de los sitios desde la distancia, también dificulta la visual desde los sitios. En general puede uno ver el entorno inmediato, visual que es rápidamente bloqueada por el follaje, o a una gran distancia, pero no a los sectores bajos adyacentes donde parecen haber estado los sitios de habitación y de cultivo contemporáneos (Gramajo y Martínez Moreno 1982).

También es común a estos tres sitios el hecho que en cada caso fueron varias las cuevas elegidas para plasmar los motivos rupestres. La distancia máxima entre cuevas vecinas no excede los 700 m aunque frecuentemente están muy próximas, como el caso de las llamadas La Sixtina y El Hornero en La Tunita, distantes unos 20 m una de otra. De acuerdo con Gramajo y Martínez Moreno (1982) en Oyola son 7 los abrigos rocosos con pinturas, aunque nuestras investigaciones señalan que no son menos de 17. En Campo de las Piedras, Segura (1970) describe 3 cuevas a las que se suman otras dos detectadas por nosotros en nuestra visita al lugar². Para el caso de La Tunita, tanto De la Fuente (De la Fuente y Díaz Romero 1979) como Nazar (2003a) coinciden en indicar que se trata de varias cuevas pintadas, sin dar mayores precisiones. Nuestras observaciones indican que la cifra no es inferior a 10.

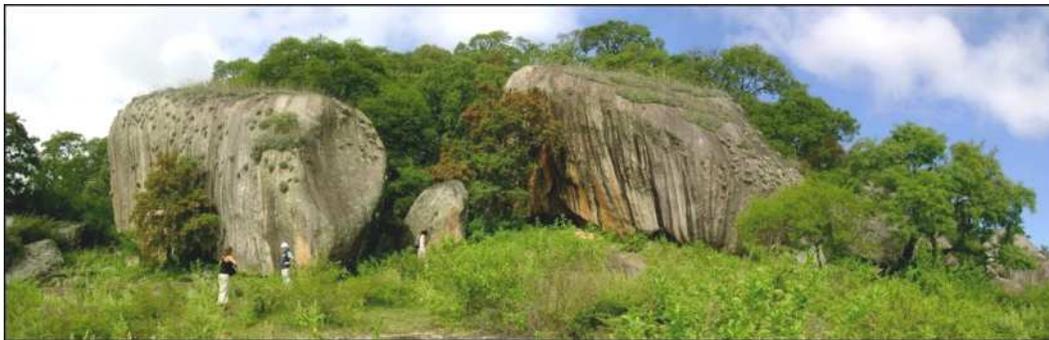


Figura 3. Bloques de granito bajo los cuáles se encuentran las Cuevas 2 y 3 de Oyola

No todas las cuevas fueron pintadas. Al parecer hubo algún criterio de selección de los lugares que podían serlo. Parece un hecho común a los tres casos que estamos caracterizando la preferencia por ubicar los diseños en espacios que tienden a limitar la congregación de personas. En Oyola, las cuevas de mayores dimensiones no fueron pintadas, aún cuando el soporte rocoso era idéntico a las que si lo fueron. En cambio, se eligieron con ese fin pequeñas oquedades adyacentes a las cuevas grandes o directamente otras cuevas mucho más pequeñas (Figura 5). En general las figuras no son visibles desde fuera de las cuevas. Son excepciones a lo dicho las pequeñas Cuevas 8 y 10 que, si bien los motivos que albergan pueden ser vistos desde afuera, este mismo espacio exterior está muy limitado por otras rocas y la abrupta ladera de la montaña. En La Tunita parece haber una lógica similar. Nazar, quien investigó allí, indica que:

“...la mayoría de las representaciones de La Tunita no se hicieron para ser apreciadas a simple vista, se necesita buscarlas entre las oquedades de los afloramientos rocosos graníticos. Se trata de representaciones “ocultas” a las que tienen acceso únicamente quienes conocen el lugar o los guía alguna motivación particular” (2003a:35).

El principal conjunto pictórico de este sitio, el realizado en el interior de la cueva llamada La Sixtina, ilustra perfectamente lo que estamos indicando. La mayor parte de las impresionantes representaciones son visibles cuando uno se ubica en el interior, con la espalda prácticamente apoyada contra la pared rocosa del fondo, mientras que permanecen visualmente inaccesibles para un observador ubicado en la amplia explanada exterior.

Las dos cuevas relevadas en Campo de las Piedras por Segura (1970) miden, según este autor “un diámetro no mayor de dos metros en los costados” (p. 15) la primera, y 4x2 m “la parte

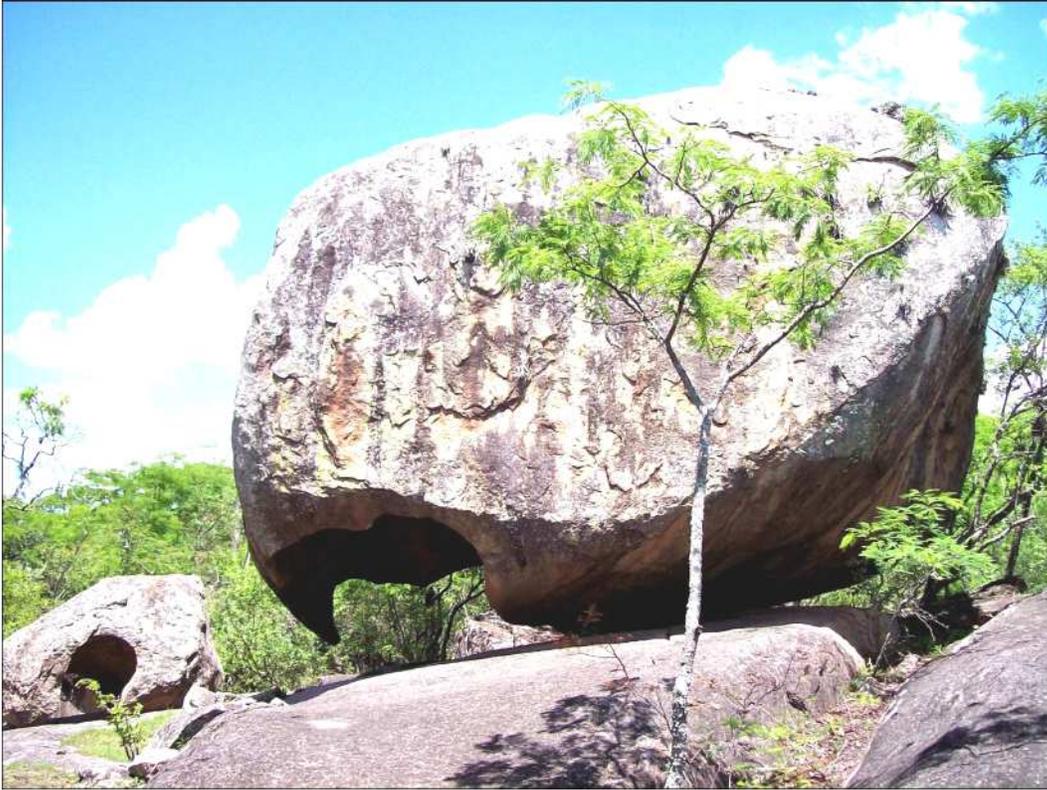


Figura 4. Cueva "La Sixtina" del sitio La Tunita

que da al suelo" (p. 16), la segunda. Señala también que el acceso al interior debe hacerse gateando y se queja porque el reducido espacio y la falta de luz motivaron el fracaso de sus fotografías. Al parecer también aquí parecen haber sido elegidos los espacios reducidos y menos accesibles física y visualmente.

Hay algunas evidencias de que esta restricción del acceso físico y visual a los motivos pintados pudo ser, en algunos casos, incrementada mediante la obturación de algunas de las entradas de las cuevas –en caso de tener más de una– con breves pircados de piedra, como en las Cuevas 1 y 6 de Oyola.

En La Tunita y Oyola se hallaron morteros tallados en rocas fijas en adyacencias o en el interior de una cueva, respectivamente. Parecen haber sido estos implementos, aparte de los motivos pintados y los pocos casos de obturación de accesos, los únicos acondicionamientos para la realización de las actividades que allí tomaban lugar. O, por lo menos, son los únicos de los que perduraron vestigios materiales. La ausencia de estructuras asociadas a las pinturas también se verifica en Campo de las Piedras (Segura 1970:18). Tanto Segura (1970) como Gramajo y Martínez Moreno (1982) destacan que en Campo de las Piedras y Oyola, respectivamente, no hay evidencias arquitectónicas ni de otro tipo que pudiera indicar la existencia allí de viviendas. Más abajo nos explayaremos sobre este aspecto.

Entonces, la Modalidad 1 identificada en Oyola, Campo de las Piedras y La Tunita se caracteriza por una tendencia a la restricción de las posibilidades visuales y del número de



Figura 5. Interior de la Cueva 2 de Oyola cuyo techo se encuentra cubierto de alineaciones de puntos. Nótese el reducido tamaño del espacio elegido para realizar los motivos. Foto: Oscar Dechiara

observadores mediante el empleo de espacios interiores, pequeños y poco iluminados, por estar constituidos cada sitio por múltiples cuevas y por una separación visual y espacial de los sitios de vivienda y cultivo.

Modalidad 2: La Candelaria II o Cueva de la Salamanca, Casa Pintada de Guayamba, La Piedra con Pinturas de El Taco y Casa del Gallo

A diferencia de los sitios que incluimos en la Modalidad 1, los de la Modalidad 2 no se ubican sobre afloramientos rocosos de zonas elevadas sino que, por el contrario, se disponen en los sectores más deprimidos, a los lados de arroyos o en el interior de pequeñas quebradas. Las condiciones de visualización de los sitios son relativamente variables, ya que en los casos de La Candelaria II y Casa Pintada de Guayamba la topografía y la cerrada vegetación dificulta la visual hacia los sitios. En cambio, por ubicarse cerca de la cumbre, la vegetación que enmarca a La Piedra con Pinturas de El Taco es menos cerrada lo cual permite cierta mejor visualización del sitio desde la distancia. Por otro lado, estos sitios no involucran los impresionantes bloques de granito, sino que aquí se trata de afloramientos de rocas metamórficas mucho menos destacadas en relación al entorno. De igual modo, la visual desde los dos primeros sitios está muy limitada por la vegetación circundante y la topografía. En el caso de La Piedra con Pinturas de El Taco es posible una visión panorámica del arroyo que corre a un par de cientos de metros de distancia. Una diferencia muy importante con los sitios de la Modalidad 1 es que, al menos en los casos de Casa Pintada de Guayamba y La Piedra con Pinturas de El Taco, hay una gran proximidad con los sitios de vivienda. En el

primero, una serie de recintos que pudieron haber sido de habitación se ubican a la misma altura en la ladera opuesta de la quebrada y a una corta distancia de modo que si bien la intervisibilidad es relativamente limitada no llega a ser nula y, además, probablemente por la disposición topográfica de ambos sitios, los sonidos producidos en cualquiera de ellos son fácilmente audibles en el otro³. En el segundo caso la cueva pintada se ubica a escasos 50 m de otro conjunto de recintos que, a juzgar por la arquitectura, podría corresponder a una vivienda. No está claro si esta proximidad entre las cuevas pintadas y las viviendas también se verifica en La Candelaria II ya que su entorno no ha sido prospectado aún.

Otra característica de la modalidad 2 es que sólo una cueva fue pintada en cada uno de los casos considerados, lo cual contrasta con los sitios de múltiples cuevas que veníamos describiendo para la modalidad 1. En el caso de La Candelaria II no puede asegurarse que esto fue efectivamente una elección ya que no se conocen cuevas relativamente cercanas. La Candelaria I o Casa del Gallo, otro alero con pinturas, dista de aquella unos 4 km según informa Segura (1988) y por ello podría ser considerado otro sitio. Sin embargo, en Casa Pintada hay otros aleros próximos que no fueron pintados. Incluso uno de ellos con características similares se ubica a sólo unos 20 m del que sí fue pintado. Lo mismo puede decirse de La Piedra con Pinturas de El Taco donde existen abrigos rocosos próximos al que alberga las pinturas pero que no fueron seleccionadas con ese fin.

Con respecto a las condiciones de visualización de los motivos pintados, en La Candelaria II la mayor parte de las representaciones se ubica en el interior de la gran cueva. Sin



Figura 6. a. Aterrazamientos en el exterior de la Piedra con Pinturas de El Taco, a la izquierda, y b. La Candelaria II, a la derecha.

embargo, sólo un pequeño sector ofrece una visión privilegiada de las figuras pintadas ya que, como indica Llamazares (1999-2000), éstas fueron ubicadas preferentemente en un espacio cóncavo del techo que adopta la forma de una cúpula. Entonces, si bien no hay una lógica de exclusión expresada en los mismos términos que los sitios descritos anteriormente, es decir eligiendo cuevas pequeñas, podría interpretarse que pudo existir algo similar pero expresado no como una restricción física, sino de posibilidades visuales. Sin embargo, a diferencia de aquellos otros sitios, en La Candelaria II parte de las figuras son visibles desde el exterior (Llamazares 1999-2000), desde el frente de la cueva. Más aún, los diseños que se ubican en las irregularidades del techo de la gran caverna fueron plasmados sobre las caras que se orientan hacia la entrada indicando que desde allí debían ser vistas. En Casa Pintada de Guayamba y La Piedra con Pinturas de El Taco esta situación es aún más marcada pues allí todos los motivos son visibles desde el exterior sin que se pueda distinguir un lugar con ventaja visual. La importancia del exterior de la cueva en los tres casos de la Modalidad 2 que venimos caracterizando fue materialmente enfatizada por medio de la construcción de espacios nivelados, aterrazados mediante potentes muros de piedra justamente frente a la entrada de las cuevas (Figura 6 a y b). Además de estas plataformas aterrazadas cada sitio está provisto de un mortero. El de La Candelaria II se ubica, de modo sugestivo, precisamente bajo la somera cúpula del techo, aquella pequeña área visualmente ventajosa (Llamazares 1999-2000).

Quizá pueda agregarse a esta modalidad espacial la mencionada La Candelaria I o Casa del Gallo según la denominación dada por los pobladores del lugar. Se trata también de una sola cueva siendo los motivos visibles desde el exterior, incluso desde gran distancia. Sin embargo, carece de la plataforma exterior común a los demás sitios y desconocemos su vinculación a áreas de viviendas próximas. La adscripción a esta modalidad permanece como sólo una conjetura.

En síntesis, la Modalidad 2, característica de La Candelaria II (o Cueva de la Salamanca), Casa Pintada de Guayamba y La Piedra con Pinturas de El Taco, corresponde a sitios integrados por una única cueva con pinturas, sin marcada separación visual y espacial con sitios de vivienda, baja restricción de acceso visual a las pinturas desde fuera de las cuevas y la ampliación del espacio exterior mediante plataformas.

Modalidad 3: El Tipán, Puesto La Mesada y Rastro del Avestruz.

Aunque se ubiquen en posiciones topográficas diferentes los sitios de El Tipán, Puesto La Mesada y Rastro del Avestruz tienen en común que no muestran ningún principio de exclusión visual. El único friso de El Tipán se dispone sobre la cara vertical más o menos plana de un gran bloque rocoso situado sobre la terraza aluvial del arroyo que desciende por la quebrada de El Tipán hacia el Valle de Catamarca (Barrionuevo 1972). Puesto La Mesada consiste en, al menos, tres conjuntos de figuras grabadas en las superficies casi horizontales de grandes rocas aflorantes sobre las laderas de la quebrada del arroyo Los Dulces (Nazar 2003b). Se trata de un sector cercano a la cumbre de la serranía de El Alto-Ancasti en un espacio ecotonal entre el pastizal de altura y el bosque serrano, pero aún con amplios sectores abiertos. En tales condiciones no hay, al menos en la actualidad, vegetación que obstruya la visión hacia y desde los sitios. Distinto es el caso de Rastro del Avestruz que se ubica en un sector de bosque serrano, actualmente a la sombra de grandes cebiles. En el caso de El Tipán desconocemos las condiciones de visibilidad que presenta el sitio al cual, por otro lado, es muy difícil acceder. Pero en todos los casos, por estar al aire libre no hay

restricciones físicas a la cantidad de personas que acceden visualmente a los motivos una vez que uno se aproxima a los bloques donde fueron realizados (Figura 7 a y b). No hemos hallado, ni se han reportado para ninguno de los tres sitios, la existencia de otras estructuras que pudieran haber formado parte del acondicionamiento del espacio en torno a ellos.

Hay dos aspectos adicionales, que si bien no tienen relación con la lógica espacial, distinguen a los sitios de la modalidad 3 de los de las modalidades 1 y 2. Por un lado, se trata de representaciones logradas mediante grabado en surco profundo⁴, siendo esta una técnica totalmente ausente en los sitios en cuevas y, por otro lado, podría haber diferencias en los motivos representados, aunque esto último debe ser mejor estudiado.

La Modalidad 3 de El Tipán, Puesto La Mesada y Rastro del Avestruz no involucra cuevas o abrigos rocosos, sino que se trata de grabados sobre caras planas de bloques rocosos, generalmente en posición horizontal. La visualización hacia y desde los sitios es variable y aún no conocemos en qué medida se vinculan a otros tipos de sitios. No hay en esta modalidad restricción visual ni a la agregación de personas en torno a los motivos.



Figura 7. a. La piedra plana horizontal en la fotografía de la izquierda ejemplifica la forma de disposición de los bloques grabados en la Modalidad 3. Se trata de una de las tres localidades que conforman el conjunto de Puesto La Mesada. b. A la derecha, un detalle de uno de los motivos grabados en su superficie. Fotos: Oscar Dechiara

Modalidad 4: Oyola

La modalidad 4 ha sido definida en el sitio de Oyola donde también, recordemos, aparece representada la modalidad 1. A diferencia de esta, la modalidad 4 se caracteriza por que se seleccionaron como soportes las paredes de las cuevas más grandes, cuyo interior, además, es visible desde varias direcciones (Figura 8 a y b). También, al menos una de las cuevas fue materialmente acondicionada de manera notoria mediante la nivelación del piso por medio de un alto muro contenedor y amoblada con una mesa y banquetas de grandes rocas. Quizá funcionó como puesto para el manejo del ganado. Esta modalidad ha podido ser definida ya que los motivos representados corresponden a pinturas y grabados recientes⁵. Algunas de las inscripciones son fechas (febrero 1935) y otras fueron ejecutadas según el estilo de “marcas de ganado”. No vamos a profundizar en esta cuarta modalidad rupestre. No porque no resulte de interés, pues su estudio seguramente iluminará interesantes aspectos de la historia local. Lo que nos interesa aquí es destacar que se trata de una lógica espacial diferente de aquella más antigua, la modalidad 1, aún cuando está organizada en

un mismo entorno. Ello destaca lo que en realidad ya es evidente: que en la construcción de los espacios rupestres, si bien utilizaron elementos del entorno natural, lo hicieron bajo una lógica cultural.

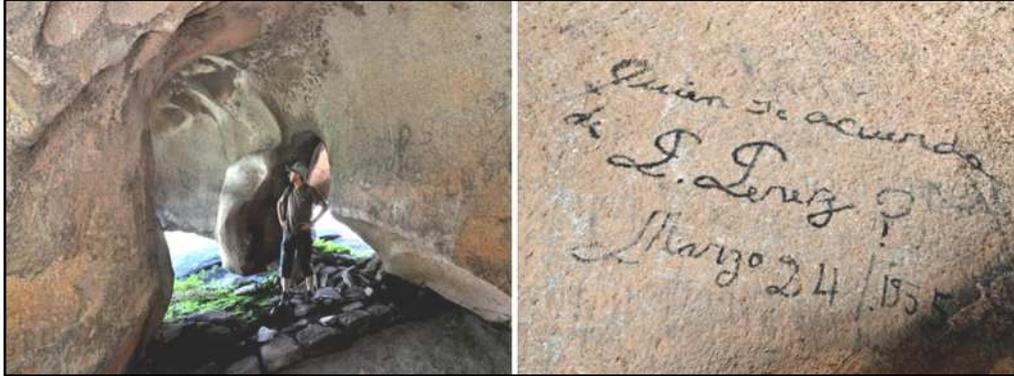


Figura 8. a. Cueva 5 de Oyola donde se ubican motivos de la modalidad 4. En esta cueva no se han hallado pinturas prehispánicas. Nótese la amplitud y luminosidad en su interior. b. A la derecha, un ejemplo de inscripción característica de esta modalidad. Fotos: Oscar Dechiara

Cronología.

Tenemos realmente pocos elementos de valor cronológico para ubicar en el tiempo las distintas modalidades espaciales del arte rupestre de las serranías de El Alto-Ancasti. A la escasez de investigaciones se suma una aún menor cantidad de fechados absolutos. Nuestra asignación cronológica deberá entonces ser considerada como preliminar y sujeta a correcciones.

Sabemos que la Modalidad 4 es relativamente reciente. Ya hemos indicado que algunos motivos corresponden a fechas. Quizá sea la más temprana, febrero de 1935, la que indica el comienzo de esta forma de espacialidad del arte rupestre. Los demás escritos son nombres, en ocasiones con el lugar de procedencia de la persona, declaraciones de amor y otras por el estilo. No hay problemas con esta asignación cronológica.

Las Modalidades 1 y 2 podrían ser más complicadas. Si bien se reconoce que una gran cantidad de motivos podrían ser, por criterios estilísticos, asignados a la cultura de la Aguada, esto no soluciona mucho la situación. En principio, porque aún no se conoce con precisión la cronología del fenómeno Aguada en las serranías de El Alto-Ancasti. Los únicos fechados absolutos, realizados sobre muestras de pigmento de 4 motivos de La Candelaria II, informan que fueron pintados en un lapso que va del 700 al 1300 d.C. (Llamazares 1999-2000). Se puede notar que tal cronología es concordante con la aceptada para el desarrollo del fenómeno conocido como Cultura de La Aguada o Período de Integración Regional (Gordillo 2007). No obstante, desde hace tiempo González (1977) viene sugiriendo la existencia de diferencias estilísticas en el arte rupestre de algunos sitios, entre ellos La Candelaria II y La Tunita, que podrían indicar diferencias cronológicas. Más recientemente advirtió que las diferencias estilísticas podrían ser mayores aún (González 1998). Quizá estas variaciones correspondan a diferentes momentos del período medio. Sin embargo, la reciente detección de sitios habitacionales con cerámicas que podrían ser pre-aguada como Los Corpitos y Los Pedraza (Dlugosz 2005), nos advierte sobre la posibilidad que algunos de estos estilos

podieran corresponder a momentos más antiguos. Falta aún encarar este tema de forma sistemática, realizar seriaciones y analizar superposiciones. El empleo del método de datación de pigmentos puesto en práctica en La Candelaria II (Boschín et al. 1999, Llamazares 1999-2000) debería ser extendido.

Por último, para la modalidad 3 carecemos totalmente de indicadores cronológicos. Podría ser contemporánea a las modalidades 1 y 2, pero también podría resultar interesante explorar la posibilidad que Puesto la Mesada, Rastro del Avestruz y El Tipán pudieran haber formado parte de paisajes más antiguos, quizá de cazadores recolectores, de los cuales conocemos aún muy poco pero cuya presencia aparece tímidamente indicada por puntas lanceoladas halladas en algunas localidades no muy alejadas, como Icaño (A.A.V.V. 1999), Vilismán (Gramajo de Martínez Moreno 2001) y Casa de Piedra (Serrano 1968). Sin embargo, esto último es por ahora sólo una conjetura.

Arte Rupestre y espacios rituales en El Alto-Ancasti

En base a lo dicho, no hay mucho más que podamos agregar, por ahora, a la caracterización de la Modalidad 3. En cambio, tenemos muchos más datos acerca del paisaje arqueológico contemporáneo a las modalidades 1 y 2. Estas modalidades corresponden, además, a las representaciones que fueron generalmente consideradas como el arte rupestre característico de la cultura de La Aguada (De Hoyos 2007, González 1998, Gordillo 2009, Llamazares 1999-2000, entre otros). ¿A que se deben las diferencias en las modalidades espaciales observadas en estos sitios? A continuación intentaremos argumentar a favor de la hipótesis que las diferentes modalidades expresan espacialidades de distintas formas rituales. Pero, ¿cuáles serían estas formas? Creemos útil en este punto visitar la obra de Víctor Turner (1999 [1967]). Este autor, recuperando la elaboración de Van Gennep (2008 [1909]) sobre los *rites de passage*, concibe esta forma ritual como un proceso conformado por tres fases: separación, margen o limen y agregación:

“La primera fase, o fase de separación, supone una conducta simbólica que signifique la separación del grupo o el individuo de su anterior situación dentro de la estructura social o de un conjunto de condiciones culturales (o “estado”); durante el periodo siguiente o período liminar, el estado del sujeto del rito (o “pasajero”) es ambiguo, atravesando por un espacio en el que encuentra muy pocos o ningún atributo, tanto del estado pasado como del venidero; en la tercera fase, el paso se ha consumado ya” (Turner 1999: 104).

Estas tres fases son la estructura del proceso ritual. Son forma y no contenido. Su puesta en escena es histórica y culturalmente específica de cada contexto particular. Se trata de un esquema que creemos que podría resultar útil para comprender la lógica espacial de la Modalidad 1. Intentaremos a continuación argumentar porque pensamos así.

Si bien la fase de separación puede no implicar la separación física de los iniciados de su entorno social o la constitución de lugares rituales especiales, es muy frecuente que así sea (cf. Turner 1999). Tal como propone Rappaport, se trata de un recurso muy poderoso para lograr el efecto de ruptura con lo cotidiano: *“tiempos y lugares especiales pueden, al igual que posturas y gestos extraordinarios, distinguir palabras y actos rituales de palabras y actos ordinarios. En el tiempo o lugar ritual, las palabras y los actos que pueden ser indistinguibles de los cotidianos adquieren a veces significados especiales”* (1999:50)⁶. De allí que estos lugares rituales *“sean*

a menudo inusuales, o destacados en varios aspectos. Pueden ser de difícil acceso, estar situados en lugares elevados o en lo profundo de cuevas, por ejemplo" (1999: 281)⁷. No son estas, claro, las únicas posibilidades de generar el efecto de ruptura con lo ordinario. Hay múltiples alternativas, de las cuales la etnografía de los ritos de paso podría dar buena cuenta (por ejemplo: Insoll 2004 y Turner 1999, entre otros). Lo principal que debemos retener aquí es la idea de la ordenación del entorno ritual con el fin de generar un sentido de separación, de discontinuidad con aquello que resulta habitual.

Podríamos considerar que quizá haya sido la búsqueda de lograr este efecto de ruptura que los espacios rupestres de la Modalidad 1 ocuparon lugares separados de aquellos donde se realizaba más cotidianamente la reproducción de las estructuras sociales y donde las personas asumían los roles que le eran asignados en su grupo social. Ya hemos indicado que es común a todos los sitios de esta modalidad la ausencia de estructuras que pudieran haber formado parte de viviendas. No se trata de una separación expresada en una gran distancia o dificultad de acceso sino, en primer lugar, en una inaccesibilidad visual desde y hacia los sitios con arte rupestre. Es interesante aquí notar que este efecto se logró en la modalidad 1 ubicando los sitios en lugares elevados en la cima de los afloramientos. En segundo lugar, en los dos sitios de esta modalidad en los cuales se han practicado excavaciones: Oyola y La Tunita, han arrojado resultados muy magros (Gramajo y Martínez Moreno 1982, Jorge Reales com. pers. 2009). Gramajo destaca el contraste entre la escasez de material en los sitios de arte rupestre de Oyola en relación a las "*zonas bajas y alledañas, en los barreales, tierras utilizadas para agricultura*" (2001:28), donde en cambio sí se recuperó abundante material. Segura (1970) informa en relación a una de las cuevas de Campo de la Piedras que "*en los alrededores no hay señales de habitación, ni de sembradíos, ni nada que nos haga presumir que haya estado habitado*" (p. 16) y luego añade respecto a otra de las cuevas que "*en los alrededores de ella no hay señales de viviendas, de cultivos, de paredes, fogones, etc.; tampoco se encontró trozos de cerámica, artefactos de piedra, etc.*" (p.18). Estos datos podrían indicar que, aún cuando no había una restricción física de acceso a los sitios, estos no eran de todos modos intensamente ocupados. Podríamos suponer entonces que no eran parte de los espacios donde tenían lugar las prácticas más habituales destinadas a la reproducción cotidiana y, quizá, el acceso a ellos estaba de alguna forma socialmente restringido.

En tercer lugar, los lugares seleccionados para montar los entornos rupestres de la Modalidad 1 tienen un marcado efecto escenográfico. Los enormes bloques de granito no son comunes al paisaje de El Alto-Ancasti, por el contrario, corresponden a afloramientos localizados en pocos espacios relativamente restringidos (Aceñolaza et al. 1983), y su abrupta aparición sobre el follaje es capaz de crear un fuerte sentido de ruptura con la experiencia cotidiana. Es interesante aquí recuperar las primeras expresiones con las cuales otros investigadores han caracterizado estos lugares. Según Gramajo y Martínez Moreno (1982:78) en Oyola "*los abrigos que se destacan en el pintoresco paisaje afectan la forma de grandes hongos*". Por su parte, Segura se refiere a la cuevas de Campo de las Piedras en los siguientes términos "*Parecen, en algunos casos, grandes caparazones de tortugas o paraguas, sin mango asentado, con la concavidad hacia abajo (sic)*" (1970:14). El dato aquí no es si los enormes bloques pétreos parecen hongos, caparazones o paraguas sin mangos, sino que los autores citados hayan tenido que recurrir a imágenes surrealistas para poder describir ese paisaje que experimentaban como extraño. Otros han sido menos figurativos sin poder, a pesar de ello, esconder la sensación de asombro causado por estas grandes rocas: "*Los abrigos rocosos que cobijan estos importantes testimonios arqueológicos emergen del corazón del bosque de Cebil presentando extrañas y enigmáticas formas*" (Nazar 2003a:31).

No pretendemos que la experiencia de los investigadores de arte rupestre pueda ser equivalente a la de quienes en el pasado participaban de las prácticas rituales en aquellos espacios rupestres. Pero sí es posible imaginar que los recursos empleados para provocar una ruptura con la experiencia cotidiana, que acabamos de describir, a los que debería sumarse la ansiedad e incertidumbre propias de quien está por atravesar una experiencia transformadora, podrían haber sido medios eficientes y suficientes para inspirar un profundo sentido de diferencia con la experiencia ordinaria. Las formas sociales habituales habían quedado atrás. La fase de separación que iniciaba el proceso ritual se había completado. En esta situación, quienes participaban del ritual estaban en condiciones de ser introducidos a otras realidades diferentes a aquellas.

Turner ha indicado que el núcleo fundamental de la etapa liminar del proceso ritual está definido por la comunicación de una realidad alternativa constituida por elementos conocidos pero ordenados de acuerdo a estructuras completamente nuevas. Esta comunicación, continua diciendo Turner, tiene tres componentes: "1) exhibiciones, "lo que se muestra"; 2) acciones, "lo que se hace", y 3) instrucciones, "lo que se dice"" (1999:113-114). Estos tres componentes son sólo analíticamente separables ya que en la práctica aparecen inextricablemente unidos. Es interesante de todos modos traerlos a la discusión para reflexionar acerca de las posibilidades que una visión arqueológica puede tener para conocer aspectos de cada uno de ellos. Resultan evidentes las limitaciones que nuestra disciplina tiene para reconocer en la cultura material "aquello que se dijo"⁸. Quizá el avance en los estudios iconográficos e iconológicos nos ayude a realizar propuestas cada vez menos especulativas sobre los sentidos narrativos que pudieron haberse articulado con las pinturas.

No es aventurado pensar que los principales objetos exhibidos eran las pinturas mismas, pero también es posible que las prácticas en estos sitios hayan involucrado la exhibición de una variada parafernalia ritual. Por ejemplo, vistosas vestimentas, instrumentos musicales (Gudemos 2003), elementos para la preparación y consumo de sustancias alucinógenas (Llamazares 1999-2000), la elaboración de pigmentos o, incluso, objetos rituales relativamente fijos (estelas) confeccionados con madera u otros materiales que no se conservaron hasta hoy. Las prácticas involucradas en el período liminar eran, con seguridad, mucho más complejas y elaboradas que lo que nos proporcionan los datos arqueológicos.

Quizá podamos aventurarnos un poco menos especulativamente en la reconstrucción de las acciones que tenían lugar en estos espacios rupestres ya que conocemos los contextos y las posibilidades y limitaciones que estos ofrecían a las prácticas. Vamos a asumir que una parte importante del ritual, sino la más importante, era la de revelar a los iniciados los misterios contenidos en los decorados techos de las cuevas. Ello implicaba que debían ser vistos. Esto es común para las dos modalidades espaciales que venimos analizando. Sin embargo, es posible argüir que hubo marcadas diferencias en la forma en que ello sucedía en cada una de estas.

Ya dijimos que es característico de la Modalidad 1 que cada sitio está constituido por varias cuevas con pinturas. Ello indica que es posible pensar que la participación en el ritual pudo implicar la visita secuencial a las distintas cuevas. Es decir, que la comunicación de los conocimientos contenidos en estos espacios pudo tomar la forma de un recorrido que conectaba lugares de alta significación. Por otro lado, el hecho de que las cuevas pintadas son pequeñas, una elección deliberada que buscaba conformar espacios íntimos, nos hace pensar en grupos también pequeños de personas, quizá no mayores al integrado por un

iniciado y su maestro. Lo cierto es que no se trata de ámbitos acondicionados para el despliegue público de las pinturas como sí podría pensarse para la Modalidad 2. Falta aún mucha investigación. Lo relatado sólo son pequeños indicios de puestas en escena que debieron ser extraordinariamente más elaboradas y ricas en detalles. Mediante éstas los iniciados eran instruidos en aspectos de importancia para los nuevos roles que les tocaría asumir en su nuevo estado. La persona que había sido ya no era, el rito de paso, por definición, había operado una transformación ontológica. En la fase de agregación otra persona regresaría al seno de la comunidad.

No hay, por ahora, forma de saber cuál era el estado de las personas antes y luego de atravesar el rito de paso. Para el caso, De la Fuente (1990) propuso que La Tunita podría tratarse de un lugar de iniciación chamánica. Carecemos de información para apoyar o refutar esa hipótesis o cualquier otra. Sólo podemos indicar que las transformaciones en la vida de las personas en las llamadas “sociedades primitivas”, y también en las “modernas”, que son marcadas ritualmente, son múltiples. Un repaso rápido por la literatura etnográfica nos provee de ejemplos sobre ritos de pubertad, de iniciación guerrera, funerarios, etc.

Claramente, la Modalidad 2 corresponde a una forma muy distinta de organizar el espacio ritual y en gran medida contrapuesto a la Modalidad 1. En primer lugar porque no parece ordenado en función de provocar ese sentido de discontinuidad que buscamos fundamentar para esta última. Por el contrario, estos sitios suelen aparecer muy próximos a los espacios de actividades más cotidianos -las casas- y, sobre todo, manteniendo un considerable contacto visual y auditivo. Además, en la Modalidad 2 el arreglo espacial parece estar guiado, antes que por una lógica de restricción del acceso físico y visual, por una de inclusión y agregación: los motivos no sólo permiten ser vistos desde afuera de la cueva, sino que además este espacio exterior fue intencionalmente modificado de modo que pudiera albergar un número mayor de participantes en el ritual y/o actividades que, como la danza, requieren de cierto espacio para ser ejecutadas. También es posible entender que la forma que pudo haber seguido la práctica ritual fue diferente en esta modalidad ya que, por tratarse en todos los casos de sólo una cueva, estos escenarios no podrían haber admitido un recorrido similar al que pudo haber tomado lugar en los sitios organizados según la Modalidad 1.

Los espacios rupestres de la Modalidad 2 recuerdan más a formas rituales como las que aparecen descritas con cierto detalle en las fuentes documentales del período colonial bajo la denominación general de “juntas y borracheras” y quizá eran escenarios de formas prehispánicas de estos rituales⁹. Con tal designación se hacía referencia a ceremonias que tomaban lugar para una variedad de ocasiones: la colecta de la algarroba, el fallecimiento de un miembro de la comunidad, la organización para una batalla, etc. (Castro Olañeta 2006, Farberman 2005). Aunque el pasaje es largo, vale la pena reproducir la descripción que proporciona el Padre Lozano de una de estas reuniones entre los Lules:

“La víspera de la borrachera una hora después de aver anochecido concurren a una plazuela los Indios, e Indias, que han de beber: en ella tienen un palo clavado, junto al cual está en pie la mujer o hija del que hace la fiesta con un baculo, o caña en la mano, de cuya extremidad está pendiente multitud de uñas de Javalies y venados, que remedan el son de los cascabeles, y esta es la que lleva el compas de los que han de cantar dando con la punta del baculo golpean en el suelo, y en comenzando esta prosiguen los varones con el canto puestos en fila, y tras ellos las mujeres tambien en fila. El que tiene mejor voz de los varones, guia el canto, y andan dando vueltas al rededor de aquel palo

saltando y brincando al mismo compas del canto ni mas ni menos que una manada de yeguas cuando trillan una era de trigo [...] van a las casas de lo que hacen la bebida, y puestos en frente de ellas en alguna distancia ordenados por fila, como diximos, guiando siempre la del compas, comienzan otra vez su canto y bayle, que dura, o hasta que han consumido totalmente la bebida, o están del todo beodos y privados del juicio, que se caen por los suelos...” (Lozano 1733:102-103).

Otras descripciones dan cuenta de una riquísima variedad de gestos, vestimentas y parafernalia ceremonial. Como ejemplo reproducimos el siguiente pasaje de un expediente judicial de los indios de Quilino de principios del siglo XVII publicado por Castro Olañeta (2006:164):

“...y una noche hallo que en el dicho pueblo estaban los yndios en una borrachera y bio que tenían echo un zerco de ramas y dentro del por un callexon que tenían echo de ramas danzazan [sic] con [...] unos papagayos y figuras de lagartos y dixeron que allí avia una biexa desnuda con pellexos de tiguere...”.

Nótese que en este relato se hace referencia además a la exhibición durante la ceremonia de animales y figuras de animales, que incluso figuran en el repertorio pictórico de varios de los sitios con arte rupestre considerados en este trabajo. Como estas, podemos hallar un gran número de descripciones de las formas posibles que tomaron este tipo de ceremonias, pero las transcriptas aquí alcanzan para destacar ciertos elementos comunes a esta forma ritual. En primer lugar su carácter colectivo y convocante, en segundo lugar la existencia de espacios abiertos que permitieran la realización de la danza, la exhibición de animales y figuras de animales y, por último, que no hay necesariamente una separación de las áreas de viviendas¹⁰. Se trata ciertamente de las características que definen la modalidad 2¹¹.

No conocemos que sucedía en las cuevas en ninguna de las modalidades¹². Las excavaciones realizadas allí no proporcionaron datos suficientes para reconstruir las actividades que tomaban lugar en estos contextos. Los morteros presentes en algunas de ellas podrían haber sido utilizados para procesar alucinógenos consumidos en esas ocasiones, como sostiene una hipótesis chamánica (Llamazares 2004). También pudieron estar destinados a la preparación de los pigmentos con los cuales fueron pintados los diseños, o quizá a ambas cosas, lo que explicaría además como llegó la sustancia alucinógena a formar parte de los pigmentos (Maier et al. 2007).

Discusión y Conclusiones

Como en todo fenómeno cultural, hay varias escalas de tensión entre lo general y lo particular en el arte rupestre de El Alto-Ancasti. Nos interesa destacar tres de estas escalas por la relevancia que tienen para este trabajo. En primer lugar, la tensión entre aquello que es reconocido, de una manera bastante uniforme, como el “arte rupestre aguada” o más en general como arte rupestre de Ancasti y las diferencias en sus modalidades espaciales. Este aspecto fue el que más atención recibió aquí así que no vamos a profundizar en su discusión. Pero sí resulta de importancia en este punto considerar las otras dos escalas pues permiten reconocer los alcances y límites de la definición de las modalidades espaciales presentadas en este texto. Por un lado debemos tener en cuenta que las modalidades espaciales no reúnen sitios que son iguales, sino sitios que se organizan espacialmente compartiendo ciertos principios generales de inclusión/exclusión, posibilidades visuales, etc. Sin embargo, en cada caso

estos esquemas generales suceden de maneras particulares. Rápidamente podemos notar que hay diferencias internas en, por ejemplo, la cantidad y ubicación de cuevas, cantidad de morteros, iconografía y técnicas de confección de los motivos, entre otros aspectos. Es decir cada sitio expresa en este sentido una instancia de negociación entre lo general y lo particular, entre estructura y práctica. Pero además, algunos sitios de ambas modalidades muestran elementos que se escapan de la generalidad. Por ejemplo, en Oyola dos de las 17 cuevas con pinturas se disponen en lugares bajos próximos a las terrazas aluviales donde al parecer se ubicaban las viviendas contemporáneas lo cual no es enteramente coincidente con los principios que permitieron definir la Modalidad 1. Por otra parte, en algunas de las cuevas de este mismo sitio las pinturas son visibles desde el exterior, aunque en tales casos ese mismo exterior se halla limitado por la topografía u otros bloques rocosos. De igual modo, en La Candelaria, si bien las pinturas pueden ser observadas desde muchas direcciones, incluso desde el exterior, un rasgo que propusimos caracteriza a la Modalidad 2, existe un sector del interior de la cueva con claras ventajas visuales que no podría haber sido ocupada sino por sólo unos pocos individuos simultáneamente, lo que parece más relacionado a las condiciones de visibilidad de la Modalidad 1.

¿Cómo interpretar estas excepciones, los contraejemplos, estos casos que se apartan de lo general? Las diferencias estilísticas en varios de los sitios y la larga cronología indicada por las dataciones de los motivos pintados en La Candelaria II, los numerosos casos de superposiciones y las diferencias en la composición química de las pinturas detectadas por nosotros en Oyola (Quesada y Gheco 2010), entre otros elementos, nos advierten acerca de la posibilidad que estos escenarios rupestres fueran permanentemente transformados. De modo que, y esta es la otra escala de tensión a la que hacíamos referencia antes, tampoco sería correcto pensar en cada sitio como formas particulares pues lo que en realidad parece ocurrir es que son resultados de procesos, quizá prolongados, de sucesivos eventos de agregación de pinturas y en estos siempre quedaba un lugar para la agencia, la interpretación creativa. Conocemos poco aún sobre estos procesos, su inicio, su duración, su ritmo. Pero parece claro que a lo largo del tiempo nuevos diseños eran agregados y los viejos eran reinterpretados en el marco de nuevas narrativas y la necesidad o búsqueda de otras formas de visualización y experiencias corporales. En los muchos siglos transcurridos varias generaciones de maestros, iniciados y danzarines beodos dieron forma a los escenarios rituales al tiempo que ellos mismos eran formados y transformados por esos mismos órdenes espaciales.

Agradecimientos:

Los viajes de reconocimiento de varios de los sitios arqueológicos mencionados en este artículo fueron financiados por el Fondo Nacional de las Artes, la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de Catamarca y el FONCYT. Una versión anterior fue presentada en el VIII Simposio Internacional de Arte Rupestre donde recibió importantes aportes de parte de los participantes. Pablo Cruz, Inés Gordillo y Alejandra Korstanje y dos evaluadores anónimos realizaron valiosos comentarios y sugerencias que contribuyeron a mejorarlo substancialmente. Agradecemos a Silvana Urquiza y Andrea Recalde por la invitación a participar de este número de la revista.

Los autores conservamos la responsabilidad por las ideas vertidas en este artículo.

Notas

¹ Aunque siempre queda la posibilidad de que el monte que rodea las cuevas haya sido talado. El frecuente hallazgo de hachas de piedra en distintos sectores de las serranías indican que se disponía de las herramientas necesarias. Sin embargo, no contamos aún con ninguna evidencia de tal actividad en torno a los sitios con arte rupestre.

² Campo de las Piedras es un sitio de extensión notable con numerosas cuevas. Su estudio es aún muy superficial por lo cual, salvo por la breve caracterización de Segura y los pocos datos que agregamos aquí, permanece virtualmente desconocido. El monte donde se halla es muy cerrado lo cual dificulta enormemente el tránsito y la visión. Una prospección intensiva muy probablemente proporcionará datos de un gran número de cuevas con pinturas aún no conocidas arqueológicamente.

³ Le debemos a Inés Gordillo estas importantes observaciones (comunicación personal, 2010).

⁴ No se descarta que los grabados pudieron haber estado también pintados.

⁵ Aunque no es la cronología lo que define la modalidad 4 sino su distribución espacial y forma de exhibición. Si en el futuro logramos afinar las cronologías de las pinturas y grabados de las demás modalidades quizá podamos caracterizar otras lógicas espaciales o descartar alguna de las definidas aquí.

⁶ Traducción de los autores.

⁷ Idem nota 7.

⁸ Carlo Severi (2010) propuso recientemente que las pictografías amerindias deben ser entendidas como objetos mnemónicos que cobran significación en el marco de construcciones orales (aunque también podrían ser interpretaciones corporales como gestos o danzas) que a su tiempo perviven en la medida en que encuentran referentes duraderos en los motivos pictográficos que las evocan.

⁹ Aunque nada dice que estos espacios rupestres no pudieron estar activos durante, al menos parte, del periodo colonial.

¹⁰ Esto último no es tan común en las descripciones, probablemente porque como indican Castro Olañeta (2006) y Farberman (2005) estos rituales colectivos de origen prehispánicos fueron desde temprano combatidos por el poder colonial. Primero criminalizados y luego demonizados continuaron siendo practicados clandestinamente pero ahora en lugares ocultos, alejados de la mirada española, dando lugar a las “salamancas” conocidas en el folklore popular. Farberman (2005) y Grosso (2008) hicieron excelentes análisis de este devenir. Gordillo (2011) relata un caso similar, pero más reciente, de proscripción por parte de misioneros anglicanos de ceremonias tobas con cantos y consumo de alcohol en el Chaco Oriental. También en este caso se siguieron practicando en la espesura del monte.

¹¹ González (1998) propuso antes que nosotros, pero por motivos diferentes, que La Candelaria II podría haber sido el ámbito para la realización de la “danza del suri”, que considera se trataría de una ceremonia propiciatoria. Por su parte, Gudemos (2003) vincula este mismo sitio con las “juntas y borracheras” documentadas para los siglos XVI y XVII, y considera también el carácter propiciatorio que estas celebraciones podrían haber tenido. Ambos basan sus interpretaciones en una magnífica escena pintada en el techo de la cueva que representa una gran cantidad de individuos danzando mientras otros parecen estar golpeando un gran tambor. En medio de la escena hay una bandada de avestruces y sobre los personajes danzantes un gran felino acollarado.

¹² Además de las acciones de pintar y mirar los motivos rupestres, por supuesto una primera caracterización general de la localidad y proponer una secuencia cronológica preliminar para el arte rupestre.

Bibliografía citada

Aceñolaza, F., H. Miller y A. Toselli.

1983. Las rocas cristalinas de la sierra de Ancasti en el contexto de las sierras pampeanas septentrionales. En *Geología de la Sierra de Ancasti*, editado por F. Aceñolaza, H. Miller y A. Toselli, pp. 13-22. Münstersche Forschungen Zur Geologie und Palaeontologie 59, Münster.

A.A.V.V.

1999. *Vida e Historia de Nuestra Comunidad. El departamento La Paz en el este catamarqueño del noroeste argentino*. Editorial Sarquís, San Fernando del Valle de Catamarca.

Barrionuevo, O.

1972. La piedra pintada del Tipán. Dpto. Capayán, Catamarca. En: *Cuadernos de Antropología Catamarqueña*, 5. Catamarca.

Battaglia, A. A.

1982. *Descripción geológica de las hojas 13f, Río Hondo; 13 g, Santiago del Estero; 14 g, El Alto; 14 h, Villa San Martín y 15 g, Frías. Provincias de Santiago del Estero, Catamarca y Tucumán. Carta geológico-económica de la República Argentina. Escala 1:200.000.* Servicio Geológico Nacional, Buenos Aires.

Boschín, M. T., M. T. R. Hedges y A. M. Llamazares.

1999. Dataciones absolutas de arte rupestre de la Argentina. *Ciencia Hoy* Vol 9 N° 50.

Castro Olañeta, I.

2006. *Transformaciones y Continuidades de Sociedades Indígenas en el Sistema Colonial. El Pueblo de Indios de Quilino a Principios del Siglo XVII.* Alción Editora, Córdoba.

De Hoyos, M.

2007. Imágenes Contrapuestas. Las Manifestaciones Rupestres de las Sociedades Aguada y de Desarrollos Regionales. En *Resúmenes Ampliados del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo II, pp. 427-433. EdiUnju, San Salvador de Jujuy.

De la Fuente, N.

1990. Nuevos Descubrimientos de Arte Rupestre en la Región de Ancasti, Provincia de Catamarca. *Revista del Centro de Estudios de Regiones Secas*, Tomo VII: 3-6. Tucumán.

De la Fuente, N. y A.R. Díaz Romero.

1979. Algunos motivos del arte rupestre de la zona de Ancasti (provincia de Catamarca). En: *Miscelánea de arte rupestre de la República Argentina. Monografía de arte rupestre. Arte Americano* Nro.1.:37-59. Barcelona.

Dlugosz, J. C.

2005. Prospecciones arqueológicas en los sitios Los Pedraza y Los Corpitos, Dpto. El Alto, Pcia. de Catamarca. Trabajo Final de la Carrera de Arqueología. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo. Universidad Nacional de Tucumán. San Miguel de Tucumán.

Farberman, J.

2005. Las Salamancas Mestizas. De las Religiones Indígenas a la Hechicería Colonial. Santiago del Estero, Siglo XVIII. *Memoria Americana* 13:117-150.

González, A. R.

1977. *Arte Precolombino de la Argentina. Introducción a su historia cultural.* Ed. Valero. Buenos Aires.

1998. *Cultura la Aguada, arqueología y diseños.* Ed. Valero. Buenos Aires.

Gordillo, G.

2011. *Lugares de diablos. Tensiones del espacio y la memoria.* Prometeo, Buenos Aires.

Gordillo, I.

2007. Eran Otros Tiempos. Cronología de la Integración Regional en el NOA. En *Sociedades Precolombinas Surandinas. Temporalidad, Interacción y Dinámica Cultural del NOA en el Ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio, pp. 221-233. Buenos Aires.

2009. *Imágenes quietas y símbolos viajeros. Representaciones rupestres y mobiliarias en el arte Aguada oriental*. Informe final inédito al Fondo Nacional de las Artes. Buenos Aires.

Gramajo de Martínez, A.

2001. *Solar de mis Mayores. La Concepción del Alto*. Ediciones V Centenario, Santiago del Estero.

Gramajo, A. y H. Martínez Moreno.

1982. Otros aportes al arte rupestre del este catamarqueño. *Estudio 3*: 77-88. Museo arqueológico Emilio y Duncan Wagner. Santiago del Estero.

Grosso, J. L.

2008. *Indios Muertos, Negros Invisibles. Hegemonía, Identidad y Añoranza*. Encuentro Grupo Editor, Córdoba.

Gudemos, M.

2003. ¿Una danza de integración regional en las pinturas rupestres de La Salamanca? *Revista Española de Antropología Americana* 33:83-119.

Insoll, T.

2004. *Archaeology, Ritual, Religion*. Routledge, Londres y Nueva York.

Llamazares, A. M.

1999-2000 El arte rupestre de la cueva La Candelaria, provincia de Catamarca, Argentina. *Publicaciones del CIFYH* 50:1-26.

2004. Arte chamánico: visiones del universo. En *El lenguaje de los dioses. Arte, chamanismo y cosmovisión indígena en Sudamérica*, editado por A. M. Llamazares y C. Martínez Sarasola, pp. 67-125. Biblos, Buenos Aires.

Lozano, P.

1733. *Descripción Chorographica del Terreno, Ríos, Árboles y Animales de las Dilatadísimas Provincias del Gran Chaco Gualamba: y de los Ritos y Costumbres de las Innumerables Naciones Bárbaras e Infieles, que le Habitan con una Cabal Relación Histórica de lo que en Ellas han Obrado para Conquistarlas Algunos Gobernadores y Ministros Reales: y los Misioneros Jesuitas para Reducirlas a las Fe del Verdadero Dios*. Córdoba, Colegio de la Asunción.

Maier, M.; A. M. Llamazares y S. Parera.

2007. Nuevos hallazgos de componentes psicoactivos en pinturas rupestres de la Provincia de Catamarca, Argentina. Poster presentado al *2do Congreso Argentino y 1ro Latinoamericano de Arqueometría*. Buenos Aires.

Nazar, D. C.

2003a. *Parque Arqueológico La Tunita. Puesta en Valor Integral del Arte Rupestre de la Vertiente Oriental de la Sierra de Ancasti, Provincia de Catamarca, República Argentina*. Tesis de Maestría

inédita. Universidad Internacional de Andalucía, Sede Iberoamericana Santa María de La Rábida, La Rábida.

2003b. Relevamiento arqueológico de la zona austral de la Sierra de Ancasti (Provincia de Catamarca). CENEDIT, Universidad Nacional de Catamarca, San Fernando del Valle de Catamarca.

Quesada, M. y L. Gheco.

2010. Estructura y Práctica en el Arte Rupestre de las Sierras de El Alto-Ancasti (Catamarca, Argentina). *Actas del VIII Simposio Internacional de Arte Rupestre*, pp. 30-33. IAM/ISES, UNT/CONICET, San Miguel de Tucumán.

Rappaport, R.

1999. *Ritual and Religion in the Making of Humanity*. Cambridge University Press. Cambridge.

Segura, A. B.

1970. Pictografías de Catamarca. *Boletín de la Junta de Estudios Históricos de Catamarca 1960-1968*: 11-33.

1988. El Arte Rupestre del Este de Catamarca. Las Pictografías de la Candelaria. Dpto. Ancasti, Provincia de Catamarca. Editorial Universitaria. Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Catamarca.

Serrano, A.

1968. El Prececerámico en la República Argentina y Países Vecinos. Córdoba: Instituto de Antropología de Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

Severi, C.

2010. *El Sendero y la Voz. Una antropología de la Memoria*. Editorial SB, Buenos Aires.

Troncoso, A.

2007. Arte rupestre y microespacios en el Valle de Putaendo, Chile: entre la movilidad, la visibilidad y el sentido. En *Procesos Sociales Prehispánicos en el sur Andino. La vivienda, la comunidad y el territorio*, compilado por A. Nielsen y otros, pp. 393-411. Brujas, Córdoba.

2008. Arquitectura imaginaria y ritualidad del movimiento: arte rupestre y espacio en el cerro Paidahuen, Chile central. En *Sed non Satiata II. Acercamientos Sociales en la Arqueología Latinoamericana*, compilado por F. Acuto y A. Zarankin, pp. 279-302. Editorial Brujas, Córdoba.

Turner, V.

1999 [1967]. *La selva de símbolos. Aspectos del ritual ndembu*. 4ª edición en español. Siglo XXI, Madrid.

Van Gennep, A.

2008 [1909]. *Los ritos de paso*. Alianza Editorial, Madrid.

ARTE RUPESTRE ENTRE LAS SIERRAS Y LOS LLANOS RIOJANOS: LOCALIDAD ARQUEOLÓGICA PALANCHO

María Pía Falchi¹, M. Mercedes Podestá¹, Diana S. Rolandi¹,
Anahí Re² y Marcelo A. Torres¹

¹Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL). mpiafalchi@gmail.com,
mercedespodesta@yahoo.com, rolandidiana@gmail.com, marcel_art@yahoo.com.ar

²INAPL-CONICET anahire@inapl.gov.ar

Presentado el: 07/07/2011 - Aceptado 23/08/2011

Resumen

Este artículo presenta la localidad arqueológica con arte rupestre Palancho (Depto. Chilecito, La Rioja). Dadas las dimensiones de la localidad investigada y la abundancia de representaciones rupestres, este trabajo tiene como objetivo realizar una primera caracterización general de la localidad y proponer una secuencia cronológica preliminar para el arte rupestre. Para ello se toman en cuenta cuatro variables (técnica, tipos de motivos, superposiciones y grados de pátina) para agrupar las representaciones rupestres y proponer cinco momentos de ejecución. Por otra parte, ante la ausencia de otra evidencia arqueológica para el análisis se recurrió a indicadores estilísticos regionales.

Palabras claves: *Arte rupestre, grabados, La Aguada, Sanagasta, La Rioja.*

Abstract

This paper presents the archaeological site with rock art Palancho (Depto. Chilecito, La Rioja). Given the extension of the site and the number of representations, the main purpose of this presentation is to do a first preliminary description of the site and to propose a chronological sequence for rock art representations. To accomplish this goal four variables were analyzed (techniques, types of motifs, superimpositions and different desert varnish shades) in order to make five groups of representations from different chronological periods.

Also, because of the absence of other archeological remains, stylistic regional indicators were used.

Keywords: *Rock art, engravings, La Aguada, Sanagasta, La Rioja.*

Introducción y antecedentes

El objetivo de este artículo es presentar la localidad arqueológica con arte rupestre Palancho (Depto. Chilecito, La Rioja) (Fig. 1). Las amplias dimensiones de esta localidad y la gran cantidad de representaciones circunscriben el objetivo de este trabajo a llevar a cabo una primera caracterización general de la localidad y proponer una secuencia cronológica preliminar para el arte rupestre.

Hasta el momento las investigaciones arqueológicas en la provincia de La Rioja se concentraron en regiones alejadas a la localidad de Palancho (Sur del departamento de Chilecito). En Raviña y Callegari (1988) puede consultarse la bibliografía editada hasta la década de 1980 y en Renard (1988) la relacionada al arte rupestre en particular. Con respecto a los trabajos desarrollados en regiones más próximas a la localidad de Palancho, pueden mencionarse la de Los Llanos riojanos (Sitio Guasamayo)(de Aparicio 1939; Cáceres Freyre 1956-57), Parque Nacional Talampaya (Schobinger 1966; Giordano y Gonaldi 1991; Ferraro 2005), entre otros. Actualmente el INAPL continúa con los trabajos en Los Colorados (Falchi y Torres 2010), y recientemente inició investigaciones arqueológicas en las proximidades de la localidad de El Chiflón, La Rioja (Guráieb et al. 2010-11). En la provincia vecina de San Juan, el INAPL continúa con las investigaciones en el Parque Provincial Ischigualasto y Sierra de Valle Fértil (Re et al. 2009 y en este volumen). Por su parte, Cahiza investiga el poblamiento tardío en el sector sur de la misma Sierra y en la Sierra de la Huerta (Cahiza 2007).

Palancho carecía de investigaciones sistemáticas antes de 2002, pero contaba con menciones en notas periodísticas en diarios y publicaciones locales dadas a conocer entre 1973 y 1992. Asimismo se tiene conocimiento de la visita de Cáceres Freyre, si bien no se cuenta con documentación de su autoría. Más tarde Schobinger realizó una documentación de la localidad (com. pers.) pero ésta nunca se divulgó. Sólo hizo una breve mención en una obra de carácter general con respecto a la gran profusión de motivos abstracto-geométricos observados (Schobinger y Gradín 1985:70). En 2004 Ortiz Malmierca presentó una descripción de la localidad en una obra de carácter general sobre arqueología riojana (Ortiz Malmierca 2004).

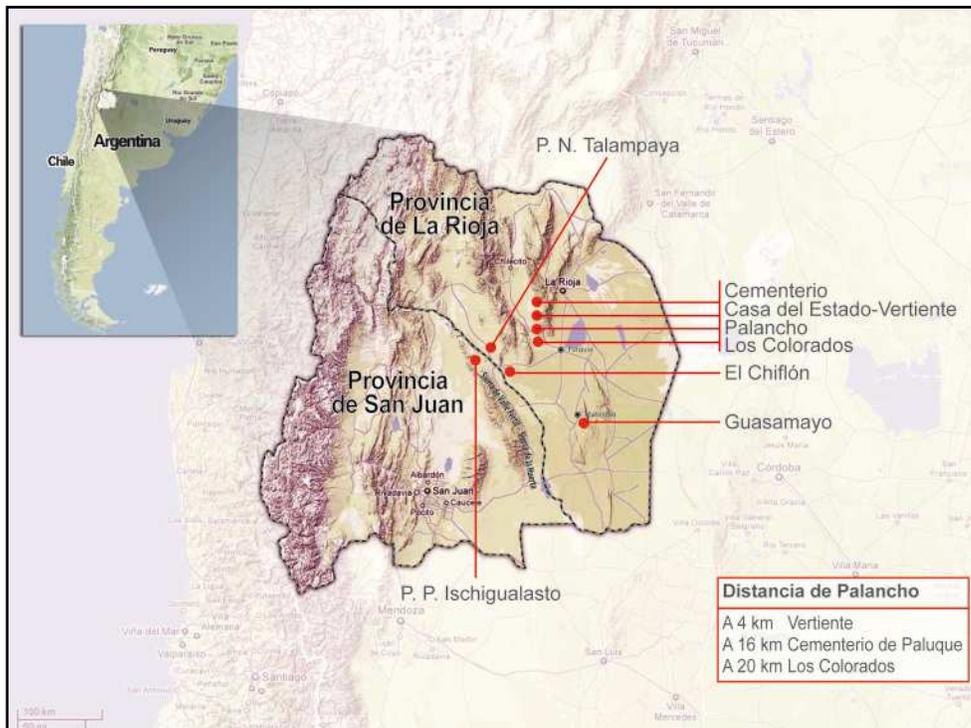


Figura 1. Ubicación de la localidad con arte rupestre Palancho y de otros sitios y localidades mencionados en las provincias de La Rioja y San Juan (Argentina).

La localidad fue declarada de Interés Municipal en 1990 (ordenanza N° 960). En 1991 se creó el Primer Reservorio Ecológico-Faunístico-Arqueológico (ordenanza 1173/91), y por último, en noviembre de 1992 el Destacamento "Perfil Incaico" en el paraje "el Palanche" (ordenanza N°1289). Ambas tuvieron como principal foco de interés el mencionado sitio arqueológico, sin embargo estas nominaciones no se tradujeron en acciones concretas de protección.

En 2002, mediante la invitación de la Agencia de Cultura de la Provincia de La Rioja, arqueólogos del INAPL y miembros de la Agencia (Martha Ortiz Malmierca y Oscar Gutiérrez) iniciaron los primeros trabajos en el sitio Palancho, conocido también como Paluque, Paluqui, Perfil del Inca, SlarCH11 o, más recientemente, como Talampayita en alusión al Parque Nacional Talampaya, uno de los polos del turismo riojano. Estas primeras acciones se plasmaron en un informe dirigido a las autoridades provinciales (Rolandi et al. 2003). En el año 2004, el sitio fue incluido en el marco de un proyecto de arqueología y turismo cultural subsidiado por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCYT) (Podestá y Rolandi 2005).

Luego de varios trabajos de campo se completó el registro de las representaciones y se elaboró una base de datos de los deterioros antrópicos que presenta la localidad (graffiti, impactos de bala, desprendimientos intencionales del soporte, fogones, etc.) producidos por las frecuentes visitas de cazadores y campistas. Esta documentación fue la base para el desarrollo de un plan de interpretación que incluyó la confección de una cartelería bilingüe y el diseño de un sendero interpretativo a fin de dar respuesta a la solicitud de la provincia de incluir la localidad en un circuito de turismo arqueológico. A pesar de los esfuerzos realizados, el plan propuesto y elevado a la provincia nunca fue puesto en práctica y hasta hoy la localidad no cuenta con protección alguna que frene las acciones vandálicas. Esta situación se agrava ante el avanzado proceso de deterioro natural que presentan los soportes con arte rupestre debido a las características intrínsecas de la roca soporte y a los agentes erosivos que actúan sobre la misma (Rolandi *et al.* 2009).

Cabe destacar que el sitio Los Colorados, situado a 20 km de esta localidad tiene representaciones, en parte, comparables a las de Palancho (Falchi y Torres 2010). En Los Colorados se realizó una recolección de superficie en la cual se recuperó material lítico y cerámico. El fechado por termoluminiscencia de un tiesto sin decoración dio como resultado 900+/-90 años AP (1105 DC) (UCTL1868) (INAPL 2009). Por otra parte, en 2004 se realizó un relevamiento del Cementerio Quebrada de Paluque, localizado a 16 km al Norte de



Figura 2. Izquierda tiesto cerámico del Cementerio Quebrada de Paluque. Derecha tiesto sin decoración de Los Colorados. La Rioja.

Palancho, y se hizo una recolección de material disperso en superficie. El fechado por termoluminiscencia de un tiesto arrojó 990+/-100 años AP (1050 DC) (UCTL 1896) (Fig. 2).

Ubicación y caracterización del área de estudio

La localidad arqueológica con arte rupestre Palancho se encuentra en la zona donde las laderas occidentales de las Sierras de Velasco (Sierras Pampeanas) descienden hacia el Bajo de Carpintería, en el sur del departamento de Chilecito. Más específicamente, se ubica en uno de los extremos de la quebrada de Palancho, al suroeste del Bolsón de Paluqui, a 850 m.s.n.m. Se accede a la localidad desde la ruta 74, que une Patquia con Chilecito, donde se inicia un camino de tierra (antiguo Camino Real) que se abre en dirección Norte a lo largo de 22 km. Luego de atravesar un tramo a campo traviesa, se alcanza la localidad (Fig. 1). Unos pocos kilómetros al Sudeste, más allá de la ciudad de Patquia, se extiende la región de Los Llanos, con altitudes promedio de 400 metros y clima riguroso.

La región se caracteriza por su aridez, el clima es cálido continental, con veranos muy calurosos e inviernos suaves. El área bajo estudio está comprendida dentro de la provincia biogeográfica del Monte (Cabrera y Willink 1973) que se caracteriza por presentar una vegetación homogénea con predominio del matorral, en la que se observan distintos tipos de jarilla (*Larrea* sp), retamo (*Bulnesia retama*), brea (*Caesalpinia praecox*) y cactáceas de los géneros *Opuntia* y *Cereus*, con ausencia de ejemplares arbóreos. En cuanto a la fauna, las especies presentes son representativas del distrito zoogeográfico subandino. Entre los camélidos, el guanaco (*Lama guanicoe*) es el más abundante y la presa preferida de los cazadores que frecuentan el lugar. Además, se puede destacar la presencia del ñandú y el cóndor entre las aves características.

La localidad arqueológica Palancho ocupa una superficie de ca. 28 ha. Está conformada por diez afloramientos muy erosionados de areniscas sedimentarias rojizas y bloques desprendidos, que se disponen en forma alineada y paralela con orientación NE-SO. La longitud de los afloramientos varía entre los 100 y 500 m, salvo dos excepciones de aproximadamente 10 m de largo. Entre los afloramientos hay bloques con morteros pero, curiosamente, no se han hallado otros vestigios arqueológicos en superficie. Esta ausencia puede explicarse, en parte, por el efecto de las aguas de las lluvias de primavera-verano que bajan de la Sierra de Velasco y que corren entre los afloramientos produciendo el arrastre de materiales y profundas cárcavas (Fig. 3). En la actualidad la fuente de agua permanente más cercana se ubica a unos 4 km. de distancia, en una posta abandonada (Casa de Estado) del antiguo Camino Real que unía Patquia con Chilecito. Si bien no se cuenta con información paleoambiental, este dato es significativo ya que apunta a la imposibilidad de un asentamiento a largo plazo en las inmediaciones de la localidad arqueológica.

Arte rupestre

Soportes, distribución y cantidad de motivos

Una de las características relevantes de Palancho es la monumentalidad de su emplazamiento. Los relieves de los afloramientos de arenisca utilizados como soportes para la ejecución del arte rupestre sobresalen con su color rojizo dentro del paisaje llano dominante con un fondo recortado por la silueta de la Sierra de Velasco (Fig. 3).



Figura 3. Afloramiento de arenisca de la localidad arqueológica Palancho con el fondo de la Sierra de Velasco, La Rioja.

Los soportes seleccionados para el arte rupestre fueron, además de las paredes de los afloramientos de arenisca, los bloques caídos al pie. También se han registrado grabados en el piso de roca expuesta en sectores planos de algunas cumbres de ciertos afloramientos y, un único caso, en un sector de techo de un pequeño alero. Los afloramientos (Af.) se presentan como una acumulación estratificada y diaclasada compuestos por un material con poca resistencia a los agentes erosivos, por lo que las manifestaciones rupestres grabadas están en un proceso de desgaste acelerado, tanto por caída del soporte como por el producido por la erosión eólica que va puliendo la superficie rocosa restando visibilidad a los grabados. El producto del desgaste de la roca -arenas rojizas y rocas de distintas dimensiones- se va acumulando al pie de los afloramientos conformando terraplenes que en algunos sectores adquieren una pronunciada pendiente (Fig. 3).

El arte rupestre se documentó en las diferentes caras de los afloramientos 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 10, cubriendo una totalidad de 59 paredes, 58 bloques, 4 cumbres y un sector de techo (Tabla 1). La unidad topográfica que se define como “pared” tiene superficies de tamaños muy diversos que varían entre los 0,32 y 20 m². En algunos casos los grabados se observan en paredes a grandes alturas (por ej. en el Af. 7, Pared 7 a más de 10 m de altura), en otros se ubican a pocos centímetros del suelo. La distribución de las representaciones en los diferentes afloramientos es muy irregular, siendo los más densamente utilizados los números 6 y 7, en los cuales se registraron casi la totalidad de las superposiciones de motivos.

Con el objetivo de ordenar este universo tan vasto de representaciones se tomaron en cuenta las siguientes variables de análisis: tipos de motivos, técnicas de ejecución, tratamiento de la forma, grados de pátina (relativa en cada unidad topográfica) y superposiciones de motivos.

Nº Afloramiento	Cantidad de motivos	Superposiciones
AF2	1	-
AF3	17	-
AF4	18	-
AF5	52	1
AF6	292	18
AF7	488	29
AF8	1	-
AF10	5	-
Total general	874	48

Tabla 1. Total de motivos y superposiciones por afloramiento.

Características morfológicas y técnicas

Los 874 motivos registrados se agruparon, según sus características morfológicas, en tres categorías: abstractos (N: 529, 60,53%), figurativos (N: 315, 36,04%) e indeterminados por deterioro del soporte (N: 30, 3,43%) (Fig. 4).

Entre los motivos abstractos (32 tipos) se destacan: línea quebrada (13,61% del total de motivos abstractos), líneas paralelas, línea sinuosa, círculo con línea, enmarcado y línea recta. Entre los menos representados se incluyen: figura escalonada, línea curva, círculo/s, geométrico complejo. El listado completo de motivos y sus correspondientes números totales y porcentajes pueden consultarse en las Figuras 5 y 6 y en la Tabla 2.

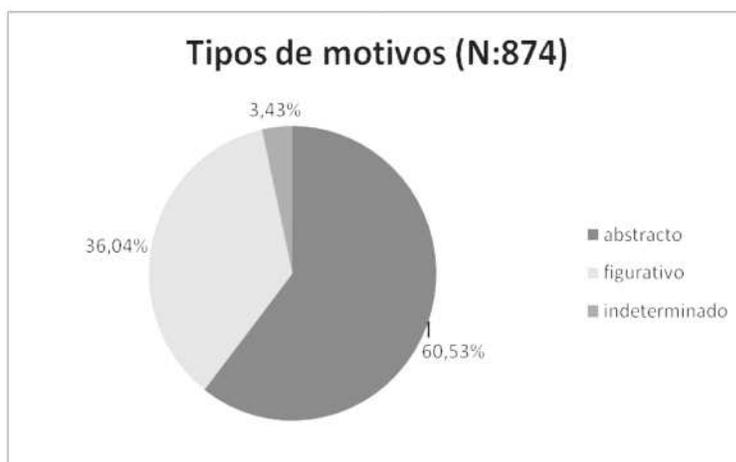


Figura 4. Porcentaje de tipos de motivos.

Dentro de los figurativos, se diferenciaron 20 tipos, entre los que se destacan por su mayor frecuencia: tridígitos (26,03% del total de figurativos), pisadas humanas (24,76%) y pisadas de felino (12,70%). En menores cantidades están: camélidos, zoomorfos no identificados, figuras humanas y suris, seguidos por tipos de motivos de muy baja frecuencia, como por ejemplo: cabeza trofeo, rostro humano, lagartija, serpentiforme y rastros de suri, camélido y humano (Fig. 5 y 7, Tabla 3).

Cabe aclarar que dentro de algunos tipos de motivos figurativos se detecta una amplia variabilidad morfológica de la cual sólo mencionaremos algunos ejemplos a medida en que se detallan los cambios que se observan a lo largo de la secuencia de producción de grabados establecida para la localidad, tema que se tratará más adelante.

Con respecto a las técnicas de ejecución, el arte rupestre de Palancho presenta únicamente motivos grabados ejecutados a través de una gran diversidad de técnicas: picado, incisión, horadado, abrasión y raspado, y las combinadas: inciso/abradido, picado/abradido, y picado/inciso (Fig. 8). Para esta categorización conviene aclarar que en este trabajo se distingue el raspado del abradido. El raspado aquí se considera una abrasión superficial, en cambio el abradido supone la acción reiterada de raspado dando como resultado surcos más profundos de contornos más definidos. El horadado supone un movimiento rotacional del instrumento para obtener un hoyo circular en el soporte (Fiore 2007).

TIPOLOGIA DE MOTIVOS PALANCHO						
TIPOLOGIA DE MOTIVOS FIGURATIVOS						
1 Figura humana	2 Rostro	3 Cabeza Trofeo	4 Mano humana	5 Camélido	6 Felino	7 Suri
8 Lagartija	9 Serpentiforme	10 Zoomorfo no identif.	11 Pisada humana	12 Pisada camélido	13 Pisada felino	14 Tridígito
15 Rastro humano	16 Rastro camélido	17 Rastro felino	18 Rastro suri	19 Fecha	20 Marca ganado/Inicial	
TIPOLOGIA DE MOTIVOS ABSTRACTOS						
1 Puntos dispersos	2 Puntos agrupados	3 Puntos alineados	4 Línea recta	5 Línea curva	6 Línea sinuosa	7 Línea quebrada
8 Línea escalonada	9 Línea almenada	10 Línea con extremos diferenciados	11 Línea en zigzag	12 Líneas paralelas	13 Líneas curvas paralelas	14 Círculo/Ovalo con línea interna
15 Círculo/s	16 Semicírculo	17 Cúpulas	18 Cruz	19 Cruz de contorno curvilíneo	20 Círculo con línea	21 Espiral
22 Triángulo/s	23 Cuadrilátero c/s apéndice	24 Cuadrilátero con línea interna	25 Figura de puntos	26 Figura escalonada	27 Figura almenada	28 Figura radiada
29 Figura sinuosa	30 Enmarcado	31 Geométrico complejo	32 Trazo			

Figura 5. Cuadro tipológico.

Tipos de motivos abstractos	N	%
puntos dispersos	4	0,76%
puntos agrupados	9	1,70%
puntos alineados	6	1,13%
línea recta	38	7,18%
línea curva	23	4,35%
línea sinuosa	41	7,75%
línea quebrada	72	13,61%
línea escalonada	15	2,84%
línea almenada	6	1,13%
línea con extr. difer.	10	1,89%
línea en zigzag	18	3,40%
líneas paralelas	53	10,02%
líneas curvas paralelas	3	0,57%
círc./óvalo c/línea interna	8	1,51%
círculo	22	4,16%
semicírculo	6	1,13%
cúpula	16	3,02%
cruz	8	1,51%
cruz de cont. curvilíneo	6	1,13%
círculo c/ línea	41	7,75%
espiral	4	0,76%
triángulo	5	0,95%
cuad. con/sin apéndice	6	1,13%
cuad. c/ línea interna	3	0,57%
figura de puntos	5	0,95%
figura escalonada	24	4,54%
figura almenada	6	1,13%
figura radiada	2	0,38%
figura sinuosa	9	1,70%
enmarcado	36	6,81%
geométrico complejo	20	3,78%
trazos	4	0,76%
TOTAL	529	100,00%

Tabla 2. Motivos abstractos, cantidades y porcentajes. Referencias: extr.difer.: extremos diferenciados; circ.: círculo; c/: con; cont.: contorno; cuad.: cuadrilátero.

75 motivos simples y compuestos con un total 160 elementos, es decir 18,71 representaciones (o elementos) por m².

Las diferencias de coloración de las pátinas de las superficies grabadas son notables en Palancho. Si bien reconocemos que la conformación de pátinas puede responder a diferentes causas, en el caso de Palancho marcan una diferenciación temporal y en todos los casos se ha considerado su valor cronológico en relación a otras variables. Se diferenciaron tres grados de

La técnica más empleada es el picado con 467 casos. Siguen en número decreciente el abradido (N: 140), el picado/abradido (N: 94), el inciso (N: 72), el raspado (N: 27), el picado/inciso (N: 7), el abradido/inciso (N: 2) y, por último, el horadado (N: 7). Esta última técnica se presenta como complemento de otras y es especialmente utilizada durante un momento de la secuencia de grabados de la localidad (Grupo 2), como se verá más adelante. En 58 casos no se ha podido definir la técnica de ejecución. Se trata de grabados localizados a gran altura y que resultan inaccesibles para realizar un relevamiento adecuado (por ejemplo Af. 7, Pared 7) (Fig. 8).

Indicadores temporales: superposiciones, reciclados y pátinas

Las superposiciones de motivos registradas (47 casos en los afloramientos 6 y 7 y una sola en el 5) dan cuenta de la reutilización de determinados afloramientos (Tabla 1). En muchos casos sugerimos que las superposiciones no son azarosas y que, por lo contrario, hay una búsqueda en superponer o yuxtaponer intencionalmente representaciones sobre o en proximidad a otras preexistentes. Los casos de reciclados documentados también llevan a constatar que algunos soportes son reutilizados expresamente a lo largo de la secuencia de producción de los grabados en la localidad. Esta reutilización de soportes, en desmedro del uso de soportes libres –que vale aclarar son abundantes en la localidad– se refleja también en la alta densidad de representaciones que se registra en algunas unidades topográficas (pared o bloque). Por ejemplo en el Af. 6 la Pared 4B, que tiene una superficie de 8,55 m², fueron contabilizados

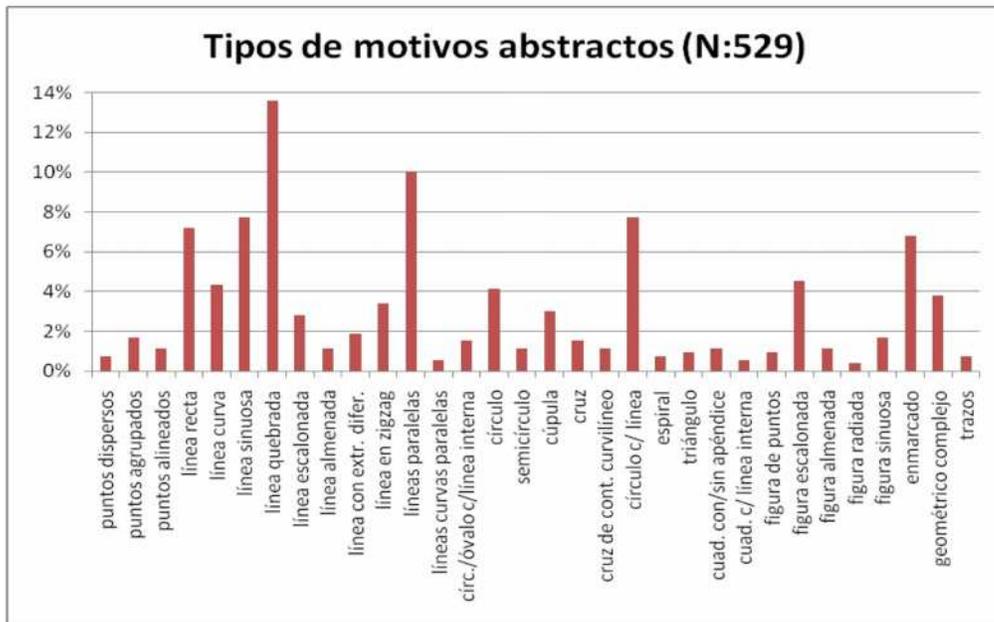


Figura 6. Motivos abstractos, porcentajes.

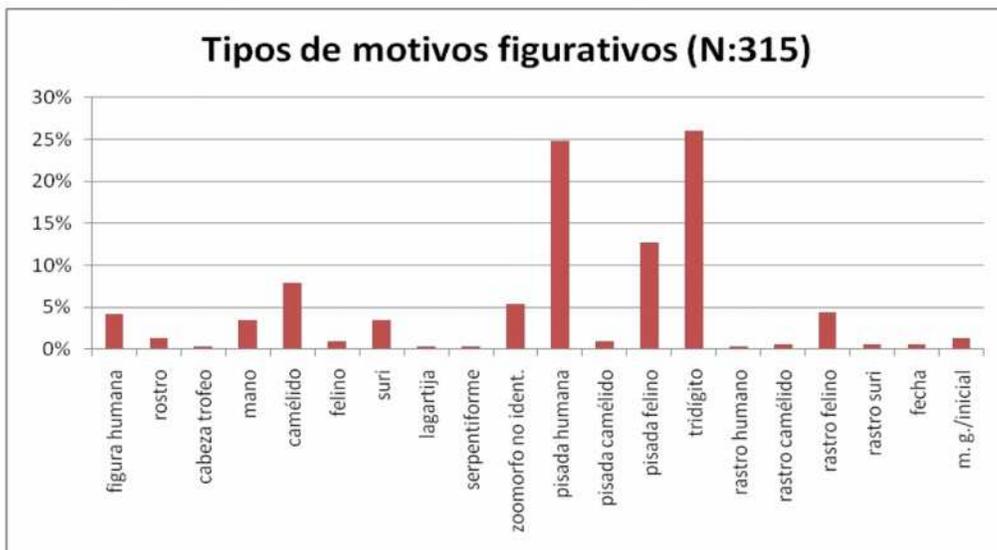


Figura 7. Motivos figurativos, porcentajes.

pátina, la 1 es la de coloración más fuerte, de formación más antigua y poco contrastante con el soporte circundante, de tono rojizo. En el otro extremo, están los grabados de pátina 3 de tonalidad clara y contrastante con la roca soporte, como es el caso de los motivos históricos que se analizarán más adelante.

Secuencia temporal del arte de Palancho: grupos y asignación estilística

En base a los tipos de motivos, las técnicas de ejecución y teniendo en cuenta sobre todo los casos de superposiciones de motivos registrados y las variaciones en la coloración

Tipos de motivos figurativos	N	%
figura humana	13	4,13%
rostro	4	1,27%
cabeza trofeo	1	0,32%
mano	11	3,49%
camélido	25	7,94%
felino	3	0,95%
suri	11	3,49%
lagartija	1	0,32%
serpentiforme	1	0,32%
zoomorfo no ident.	17	5,40%
pisada humana	78	24,76%
pisada camélido	3	0,95%
pisada felino	40	12,70%
tridígito	82	26,03%
rastro humano	1	0,32%
rastro camélido	2	0,63%
rastro felino	14	4,44%
rastro suri	2	0,63%
fecha	2	0,63%
m. g./inicial	4	1,27%
TOTAL	315	100,00%

Tabla 3. Motivos figurativos, cantidades y porcentajes. Referencias: ident.: identificado; m.g.: marca de ganado.

de las pátinas, se elaboró una secuencia de producción de grabados en la localidad.

Aproximadamente el 60% de los motivos de la localidad fue asignado a cinco grupos ordenados secuencialmente entre el de ejecución más temprana (Grupo 1) y el de menor antigüedad (Grupo 5), si bien hay que aclarar que un 6,30% de los mismos son de asignación dudosa. El resto de los motivos (39,47%) permanece sin asignación alguna destacando, por esta razón, el carácter tentativo de estas agrupaciones. Las representaciones de algunos de estos grupos guardan estrechas similitudes temáticas y estilísticas con otros conjuntos de arte rupestre y de iconografía cerámica y textil del Noroeste Argentina (NOA) y del área Centro-Oeste que se señalarán en los casos en que corresponda.

Grupo 1

Este grupo es el que reúne la mayor cantidad de los motivos de la localidad (N: 239 y 24 dudosos), registrándose 39 tipos que se distribuyen en todos los afloramientos con excepción del Af. 8 (con un solo motivo no asignado) (Tabla 4).

Se incluyen: motivos de pisadas y rastros (felino, camélido, suri, humana), manos,

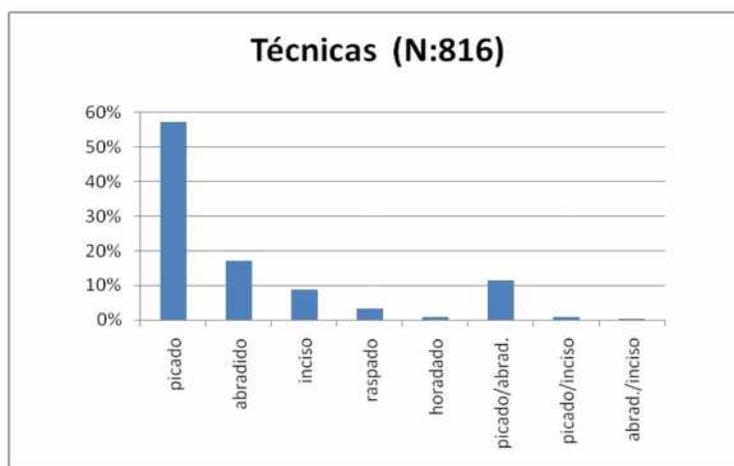


Figura 8. Técnicas de grabados, porcentajes. Referencia: abrad.: abradido.

Afloramientos/ Grupo	AF2	AF3	AF4	AF5	AF6	AF7	AF8	AF10
Grupo 1	X	X	X	X	X	X		X
Grupo 2			X		X	X		X
Grupo 3					X	X		
Grupo 4			X	X	X	X		
Grupo 5					X	X		

Tabla 4. Distribución de los grupos por afloramiento.

figuras humanas, camélidos, suris, zoomorfos no identificados, cruces de contorno curvilíneo, líneas rectas, paralelas, quebradas, sinuosas, curvas, en zigzag, escalonadas y con extremos diferenciados, espiral, enmarcados, figuras escalonadas y almenadas, geométricos simples (semicírculos, círculos, círculo con línea, cuadrilátero) y figuras geométricas complejas. También se destacan los puntos alineados y agrupados. Las cúpulas son exclusivas de este grupo (Fig. 5).



Figura 9. Grupo 1. Af. 3, Pared 1. Camélidos alineados y suri ejecutados por picado discontinuo. Pátina 1. Camélido izquierda: 15 cm de largo.

Los siete motivos de camélidos se caracterizan por la representación del cuerpo con tratamiento plano, cuatro patas y, en la mayoría de los casos, orejas, todos rasgos que los distinguen del mismo tipo de figuras de grupos de motivos ejecutados más tardíamente (Grupo 2). En la mayor parte de los casos se representa un solo animal y sólo en dos ejemplos aparece un par de camélidos alineados (Fig. 9).

Las representaciones de figuras humanas de la localidad son exclusivas de este grupo, con excepción de una asignada al Grupo 2 y otra figura que permanece sin agrupación. Las diez representaciones de este grupo siempre se presentan de frente, en la mayoría de los casos con los brazos en alto y/o portando objetos (Fig. 10). Los motivos de pisadas humanas (27 motivos) y de animales también son cuantitativamente importantes, sin ser exclusivos de este grupo ya que en los Grupos 2 y 3 también se registra su presencia.

Uno de los motivos que se destaca en el conjunto de representaciones abstractas es la línea escalonada que, en algunos casos, forma figuras de pirámides. Las cruces de contorno curvilíneo son también representativas y exclusivas de este grupo si bien, de los seis casos documentados, dos son de asignación dudosa.

Los grabados se caracterizan por la utilización de la técnica de picado regular discontinuo (que deja sectores del soporte sin remover). Las figuras son de tratamiento lineal y plano y la coloración de la pátina es oscura (pátina 1) por lo que, en general, contrastan levemente con el soporte circundante (Fig. 9). Ambos rasgos (picado discontinuo y pátina oscura) permiten que estos grabados sean asignados fácilmente al primer grupo de ejecución de la localidad, característica que no se repite en los grupos subsiguientes ya que su agrupación ha sido más dificultosa, con excepción del Grupo 5. En los casos de superposiciones, los

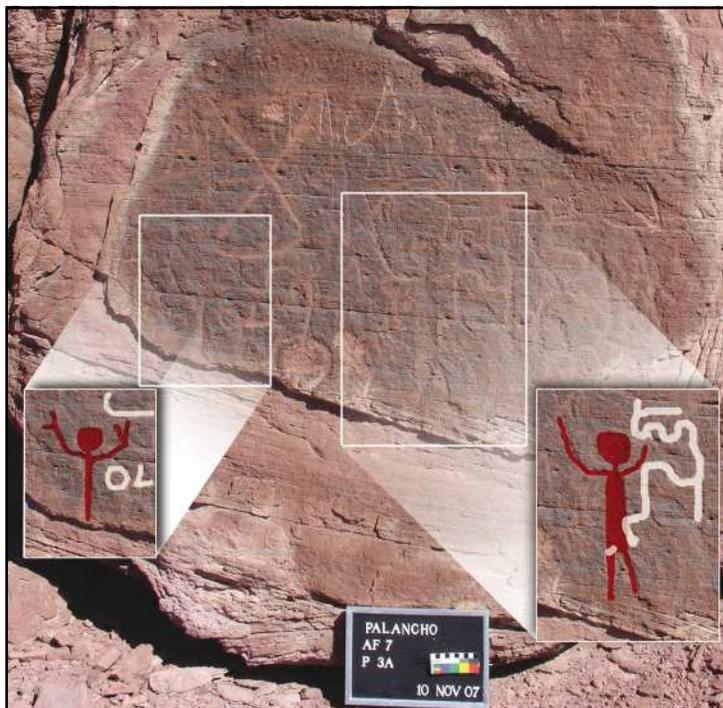


Figura 10. Grupo 1. Af. 7, Pared 3A. Figuras humanas y superposiciones del Grupo 2 (color claro) sobre el 1 (color oscuro).

motivos de este grupo están siempre por debajo. Existen 15 superposiciones de motivos de los grupos 2, 3 y 4 sobre el 1.

La asignación del Grupo 1 se torna compleja por la falta de trabajos comparativos. Parte del repertorio iconográfico del Grupo 1 fue registrado en el Parque Nacional Talampaya (Schobinger 1966; Giordano y Gonaldi 1991 y Ferraro 2005) y región de Los Llanos (Cáceres Freyre 1956) en La Rioja y en el Parque Provincial Ischigualasto en San Juan (Re et al. 2009 y en este volumen). Asimismo, la cruz de contorno curvilíneo, que es exclusiva de este grupo, si bien es un motivo de gran dispersión geográfica y amplitud temporal, acompaña a las pirámides, las líneas escalonadas y a los motivos de pisadas en el Parque Nacional Talampaya y en el Parque Provincial Ischigualasto. Cabe mencionar que algunos tipos que integran en forma exclusiva el Grupo 1 en Palancho, principalmente las cruces de contorno curvilíneo, las figuras humanas y las cúpulas, entre otros motivos que también participan del repertorio de los grupos restantes, se encuentran en soportes de Ischigualasto y de la Sierra de Valle Fértil. En dos sitios (LT y PQC) localizados en esta última, los soportes se asocian con círculos de piedras de colores y áreas con morteros, propios de sitios de actividades múltiples asignados al Período Medio o de Integración en base a la presencia de cerámica decorada de estilo “La Aguada” y a la existencia de dos fechados obtenidos por termoluminiscencia indicativos de esos momentos de ocupación (Guraieb et al. 2010; Re et al. 2009).

Grupo 2

Este Grupo incluye 106 motivos y 13 de asignación dudosa que se ordenaron en 33 tipos. El repertorio antropomorfo contiene el único caso de figura humana que no pertenece al Grupo 1 y una cabeza trofeo (exclusiva del grupo), además de pisadas humanas. Existen también pisadas de suri (tridígitos) y de camélidos. Entre los zoomorfos predominan los felinos y camélidos, y entre los abstractos los geométricos curvilíneos como espirales, líneas curvas paralelas, líneas paralelas y enmarcados con contorno rectilíneo o curvilíneo y elementos geométricos en el interior (Fig. 5).

La representación de figura humana (Af.7- Pared 7) es sumamente indicativa en la definición de este grupo. La misma está compuesta por una cabeza-máscara de contorno oval, ojos oblicuos al eje de la nariz y de forma en “grano de café”, el cuerpo -separado de la cabeza- es cuadrangular con puntos internos. Estos puntos, ejecutados por horadado, sobrepasan el contorno del cuerpo en la parte superior del mismo. Hacia arriba y a la izquierda del observador se encuentra representada una mano y por debajo del cuerpo, dos pequeños pies. Todas las partes están separadas entre sí y solo una visión de conjunto permite reconocer la figura humana en su totalidad (Fig. 11).

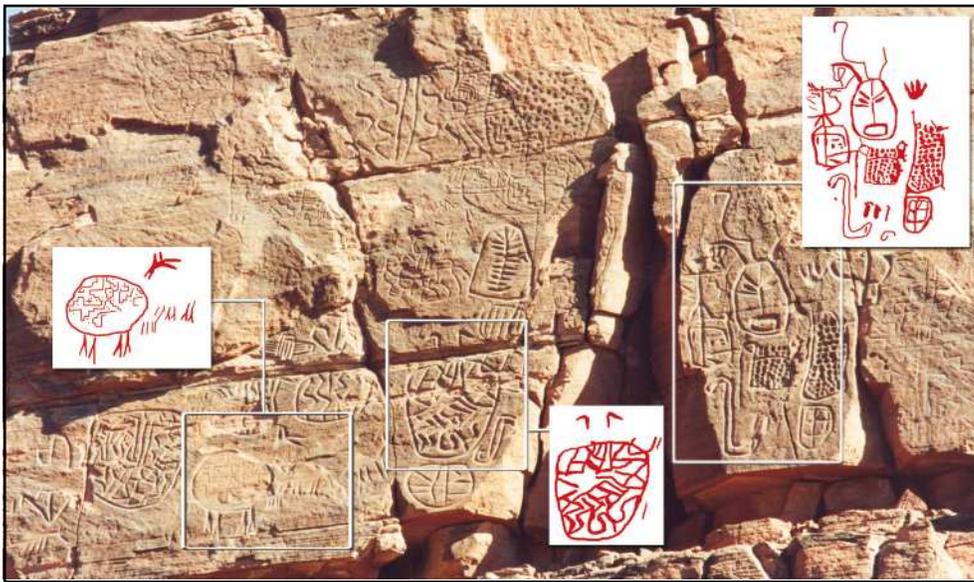


Figura 11. Grupo 2. Af. 7, Pared 7. Figura humana, camélidos y enmarcados con elementos geométricos en el interior. Pared a gran altura, sin indicación de escala.

Las tres figuras de felinos de Palancho son también privativas de este grupo. Están diseñadas con el cuerpo de perfil y la cabeza de frente con orejas redondeadas. El cuerpo, al igual que la figura humana antes descrita, se halla cubierto de puntos horadados a manera de las típicas manchas de la piel del felino. Las cuatro extremidades terminan con la indicación de la pisada de este animal, tal como es hallada frecuentemente en forma aislada o conformando rastros. Las imágenes del felino suelen encontrarse dominando la superficie de los bloques, único soporte utilizado para la representación de estos animales (Fig. 12).



Figura 12. Grupo 2. Af. 7, Bloque 15. Figura de felino y otros motivos (color oscuro) superpuestos a grabados del Grupo 1 (color claro). Felino: 70 cm de largo.

El diseño de los camélidos es exclusivo también de este grupo y se diferencia claramente del descrito para el Grupo 1. Los animales se representan con cuerpo oval alisado y patas, cuello y cabeza ejecutados a través de un surco profundo. Las patas finalizan con dos líneas bifurcadas en V (Fig. 11).

Entre los abstractos, se destacan los enmarcados de contorno rectilíneo o curvilíneo con una gran diversidad de elementos geométricos en el interior dispuestos en forma caótica sin guardar relaciones de simetría. Buenos ejemplos son los motivos del Af. 7, Pared 7, donde se da la mayor profusión de enmarcados de este tipo. Los elementos internos no se repiten en ningún caso, rasgo que otorga un carácter exclusivo a cada uno de los enmarcados. Si bien este tipo de motivo no es privativo de este grupo, aquí adquiere mayor complejidad y diversidad morfológica (Fig. 11).

Este grupo se distribuye en la localidad en forma más restringida en su comparación con el Grupo 1, hallándose presente en los afloramientos 4, 6, 7 y 10 (Tabla 4). En ocasiones se halla ejecutado en soportes a gran altura (a más de diez metros) como es el caso del Af. 7- Pared. 7 (Fig. 11). Se registran al menos cuatro superposiciones de motivos del Grupo 3 y 4 sobre otros del Grupo 2. Es interesante señalar un caso de reciclado de un camélido del Grupo 2 cuyo cuerpo es abradido y grabado en el interior con motivos escalonados, típicos del Grupo 4 (Fig. 11). Los grabados presentan pátina 2.

Buena parte del arte rupestre del Grupo 2 puede relacionarse con la estilística de La Aguada. Dentro del ámbito que nos ocupa (sector meridional de la dispersión de La Aguada en el NOA), ésta tiene un amplio rango temporal (ca. 600-1300 d.C.), según las investigaciones dirigidas por Callegari y su equipo (Callegari et al. 2009, entre otros). En Palancho no puede señalarse la existencia de un arte Aguada, con las características del de la Sierra de Ancasti (Catamarca) (de la Fuente et al. 1979). La imagen del sacrificador, que define la estilística Aguada más al Norte no está presente en Palancho, pero sí es posible reconocer aquí algunas imágenes y rasgos de diseño que remiten a esa ella. Uno de los ejemplos más ilustrativos es la figura humana descrita anteriormente (Fig. 11). Es posible destacar que la representación del rostro de esta figura es también recurrente en otros ámbitos que, al igual que Palancho, son periféricos al radio central de acción de La Aguada (región de Ancasti y La Candelaria en Catamarca). Buen ejemplo de lo antedicho es la presencia de rostros-máscaras con rasgos típicamente Aguada en sitios de la Puna catamarqueña (Punta del Pueblo en Antofagasta de

la Sierra y Potrerito 1 en el bolsón de Laguna Blanca) (Podestá 1989; Aschero 1999; Podestá et al. 2005). Otros casos han sido reportados en el Oeste de la provincia de La Rioja, en sitios próximos a la localidad de Villa Castelli (Sierra de Famatina) (Callegari 2001; Callegari et al. 2009). También puede mencionarse el mascariforme del Parque Nacional Talampaya, citado por Schobinger. El autor destaca la presencia de alfarería Aguada en recintos próximos a las paredes con grabados rupestres (Schobinger 1966). La cabeza trofeo, representada de frente con prolongaciones inferiores, que aparece junto a un suri de cuerpo en espiral, es también un claro ejemplo de imaginería Aguada (Fig. 13).

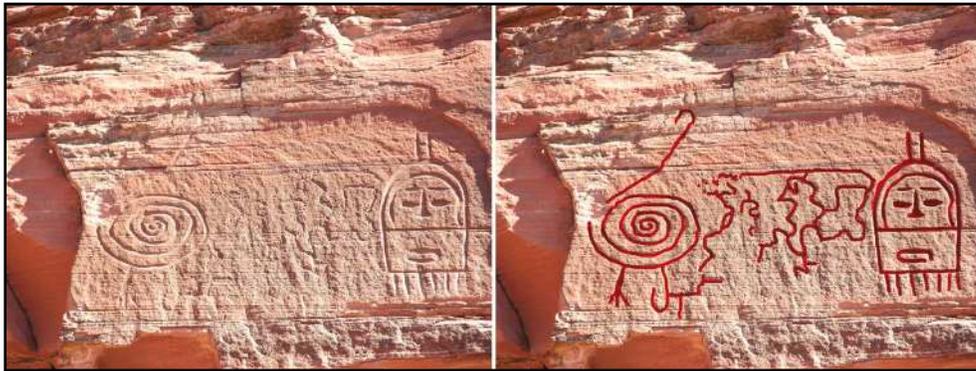


Figura 13. Grupo 2. Af. 7, Pared 14. Suri con cuerpo en espiral y cabeza trofeo.

Las tres figuras de felinos, representadas con cuerpo completo remiten también al arte Aguada, si bien en ningún caso se identificaron fauces y otros rasgos típicos de este animal que suelen presentarse en forma aislada en otros componentes estilísticos del mismo (ver al respecto ejemplos reportados por Callegari y su equipo en el Oeste riojano antes citados y por Gordillo et al. 2000 en Catamarca y Norte de La Rioja). La escasa imaginería Aguada reconocida en el arte rupestre de Antofagasta de la Sierra (Puna catamarqueña) presenta también casos de felinos con representaciones de “pisadas” en el extremo de las patas como ocurre en Palancho (Podestá 1989:46).

Con respecto a los motivos enmarcados con elementos geométricos internos que acompañan estas figuras, se han identificado similares en el sitio El Salado (Finca San Isidro) en la Sierra de Malanzán, próximo a la Reserva Provincial de Uso Múltiple Guasamayo en los Llanos riojanos (Torres y Zubeldía 2007) (Fig.1). Más alejado de nuestra región de estudio, Callegari (2001) describe la presencia de motivos geométricos curvilíneos (círculos vacíos, círculos con puntos en interior, espirales, etc.) y rectilíneos (líneas rectas, líneas zigzagueantes, rectángulos vacíos y con el interior dividido, entre otros) como característicos de uno de los sitios del Oeste riojano (Rincón del Toro) y frecuentes en la decoración alfarera Aguada del área (Callegari 2001:28). Los motivos de círculos con punto central son descriptos también en una pieza textil Aguada recuperada en el sitio Punta del Barro, valle de Iglesia (San Juan) que son comparados con diseños similares propios de la cerámica pintada (Michieli 2001a:33). El Grupo 2 de Palancho presenta varios motivos geométricos simples de los tipos descriptos. En una comparación interregional, encontramos algunos puntos de coincidencia con el arte rupestre del Norte Semiárido chileno (Troncoso et al. 2008). Para el caso de los motivos enmarcados, se señalan semejanzas estilísticas con las “representaciones a partir de un marco” analizadas por Cabello (2011) ubicadas en el Valle de Chalinga (Provincia del Choapa), propias del tradicional estilo Limarí. Esta autora describe el desarrollo de dichas

representaciones a lo largo del tiempo: desde el reconocimiento de un motivo figurativo que alude al rostro, en un primer momento, hasta un enmarcado con elementos abstractos en los momentos más tardíos. En el Grupo 2 de Palancho se identificaron tanto máscaras como enmarcados con geométricos internos formando conjuntos sin diferenciación cronológica (Fig. 11).

Por último, puede mencionarse que el recurso plástico utilizado en el grabado de la figura humana antes descripta –en el cual el horadado interno del cuerpo de la figura sobrepasa el contorno del mismo– de uso exclusivo del Grupo 2, fue también registrado en el sitio puneño de Antofagasta de la Sierra, uno de los enclaves más septentrionales de la iconografía rupestre Aguada (Podestá 1989:46).

Grupo 3

Dentro de este grupo se han identificado 84 motivos (más 17 de asignación dudosa) y 19 tipos de motivos, entre los que se destacan por su cantidad los tridígitos (24 motivos) y las pisadas humanas (17 motivos). Otros grabados que sobresalen, ya no por su cantidad sino por su factura más prolija y regular, son los zoomorfos (suris, camélidos, lagartija) (Fig. 5). Se caracterizan por presentar el cuerpo de tratamiento plano cuya superficie está abradida en forma uniforme, no dejando restos de roca-soporte en el interior. Un recurso plástico particular es que, en la mayoría de los casos, esta superficie no aparece contorneada por un surco (Fig.14).

Entre los abstractos son frecuentes los motivos rectilíneos como series de líneas rectas y quebradas, realizados por abradido de surcos profundos en sección V y muy anchos (en algunos casos de más de tres centímetros). En estos ejemplos nuevamente la técnica del abradido remueve la totalidad del soporte logrando una superficie uniformemente alisada (Fig. 15).



Figura 14. Grupo 2 y 3. Af. 7, Bloque 14. Suri de cuerpo plano abradido sin surco perimetral del Grupo 3 (color claro) superpuesto a camélido del Grupo 2 (colores oscuros) y reciclando felino del mismo grupo. Suri: 60 cm de altura.



Figura 15. Grupo 3. Af.7, Bloque 9. Líneas quebradas paralelas abradidas superpuestas a línea escalonada del Grupo 1. Líneas quebradas: 20 cm de largo.

Este grupo tiene una distribución restringida en la localidad ya que sólo se ha identificado en los afloramientos 6 y 7. Además de los ejemplos ya vistos donde se superponen motivos del grupo 3 sobre otros del 2 y del 1 (Fig. 14 y 15) se han registrado superposiciones de grabados del mismo grupo. Existen algunos pocos casos de reciclado, como el de la Fig. 14 donde un motivo de suri recicla el grabado de un felino del Grupo 2 dejando visible sólo la cabeza del animal. La pátina, al igual que la del grupo anterior, fue definida como pátina 2.

Grupo 4

El rasgo particular de este grupo es que no registra motivos figurativos, con excepción de los tridígitos (7 motivos). Los 39 motivos asignados se agrupan en 17 tipos entre los que prevalecen las líneas quebradas (6 motivos). Hay también líneas con extremos diferenciados y en zigzag (Fig. 16). Un motivo que identifica a este grupo es la figura escalonada. La figura se compone de una doble línea paralela recta y escalonada que se desenvuelve formando un zigzag (Fig. 17).

Las técnicas utilizadas son el inciso y el abradido poco profundo combinado con inciso que se distingue notablemente del utilizado en el Grupo 3 (Fig. 8). Tiene una mayor dispersión en la localidad en comparación al grupo anterior ya que se encuentra en los afloramientos 4, 5, 6 y 7 (Tabla 4). Se observan superposiciones y, en algunos casos, reciclado de algunos motivos preexistentes (Fig. 11, 16 y 17). Los grabados presentan la patina 3 que contrasta notablemente con la roca soporte y que indica la ejecución más reciente de este grupo de representaciones.

Buena parte de los motivos abstractos que caracterizan a este grupo guardan similitudes estilísticas con la decoración cerámica y textil Sanagasta que se desarrolló en ámbitos de la provincia de La Rioja durante el Período Tardío o de Desarrollos Regionales (1000-1480 d.C.)

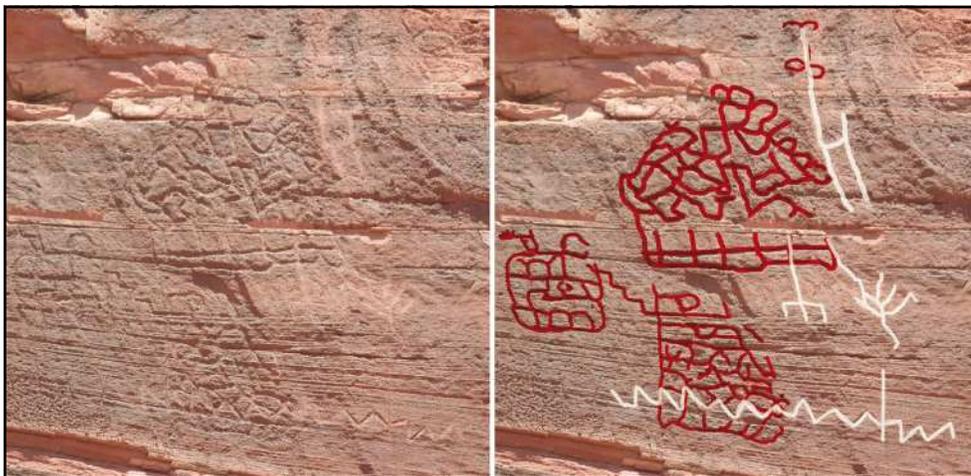


Figura 16. Grupo 2 y 4. Af.7, Pared 6A. Línea en zigzag (color claro) superpuesta a motivos del Grupo 2 (color oscuro).

(Callegari 2004; Callegari et al. 2009, entre otros). Callegari y su equipo de investigación señalan la escasa información relacionada con el estudio de las sociedades Sanagasta en comparación con la existente sobre el fenómeno Aguada en La Rioja. La presencia de las ocupaciones tardías se evidencia en las extensas superficies de terreno denudadas por la erosión (barreales), cubiertas por fragmentos cerámicos correspondientes a diferentes períodos cronológicos, reconociéndose allí la gran abundancia de vestigios propios de Sanagasta. Esta escasa información sobre los sitios tardíos se refleja también en la ausencia de referencias sobre arte rupestre de estilística de este período.



Figura17. Textil donde se aprecian diseños espirales y escalonados. Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo Prof. Mariano Gambier. FFHA, UNSJ.

Entre las semejanzas estilísticas más estrechas con los grabados del Grupo 4, es posible mencionar la decoración de los refuerzos de camisas y ponchos correspondientes a contextos Angualasto (nombre con el cual se reconoce al estilo Sanagasta en San Juan) de los vecinos valles sanjuaninos. Michieli en su estudio sobre textiles tardíos de la provincia de San Juan describe varios ejemplares con decoración de espirales curvos o cuadrangulares, sucesión de triángulos escalonados y líneas oblicuas que interpreta como abstracción de atributos del cóndor macho adulto (especialmente el cuello, cresta y ojo) (Michieli 2001b, 2009; INAPL 2009:19) (Fig. 17). Las similitudes con el arte rupestre de Palancho se expresan particularmente en las figuras escalonadas como la que se ilustra en la Fig. 18 que, a su vez, comparten una morfología común con algunos motivos similares del sitio Los Colorados (Fig. 19).

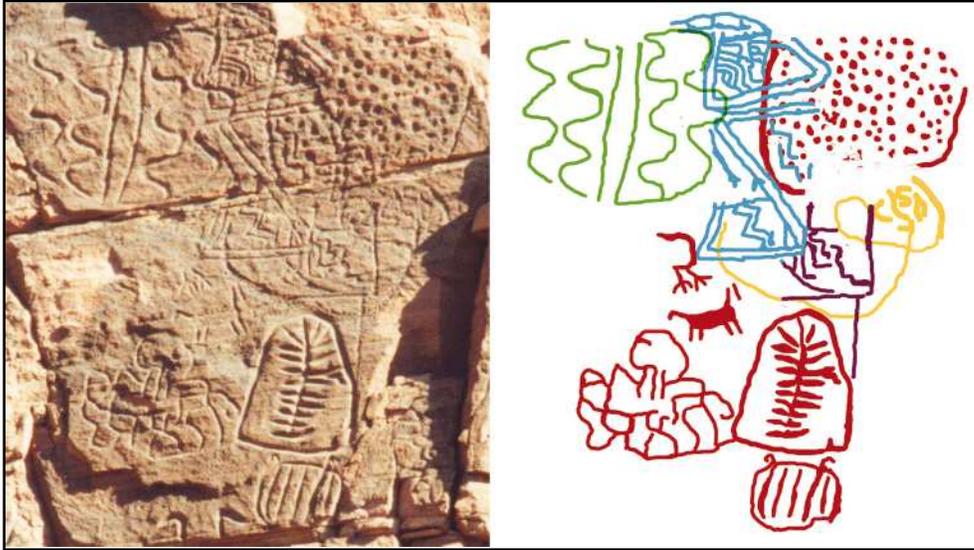


Figura 18. Grupo 4. Af. 7, Pared 7. Detalle de la superposición de la figura escalonada y en zigzag sobre un enmarcado del Grupo 2. Pared a gran altura, sin indicación de escala.

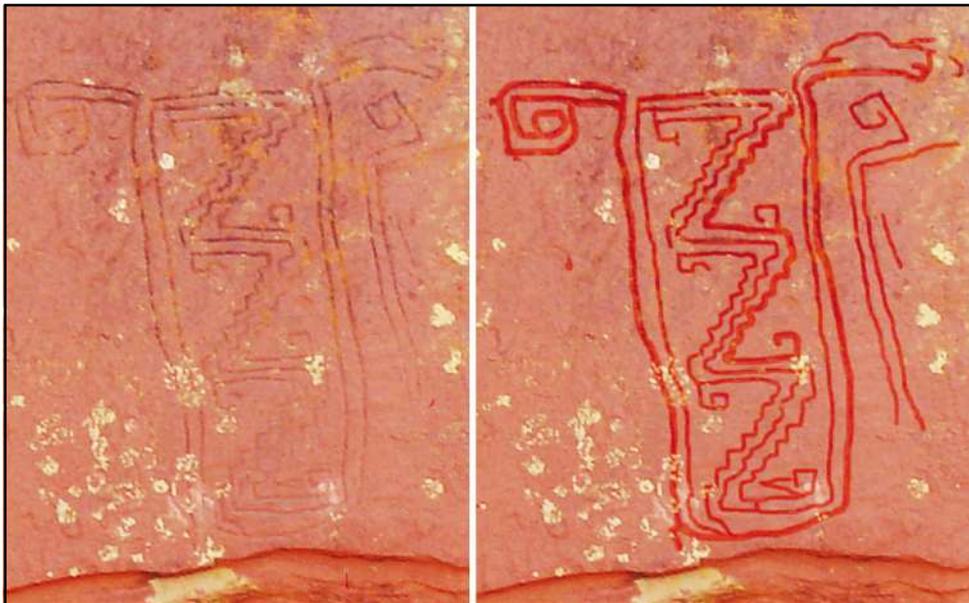


Figura 19. Sitio Los Colorados. Bloque 1. Detalle de la figura escalonada y en zigzag similar a Fig. 17. Motivo: 1,30 m de alto.

Grupo 5

Los escasos motivos históricos de la localidad están representados por tres marcas de ganado, dos fechas (1915 y 1946) y una inicial, agrupados en dos tipos de motivos. La pátina es muy clara (pátina 3) y contrastante con el soporte circundante. Están localizados en los

afloramientos 6 y 7 y no se superponen a motivos de grupos prehispánicos si bien en un caso comparten el mismo soporte.

Estos grabados se adscriben a momentos históricos y son comparables a los registrados en el Parque Provincial Ischigualasto (San Juan) (Podestá et al. 2006 y 2011) y en diversas localidades de La Rioja (Revuelta 2008). Están relacionados con la presencia de arrieros que conducían ganado bovino hacia la Cordillera de los Andes con destino final en Chile, actividad que se concentró entre mediados del siglo XIX y principios del XX. Como se mencionó al comienzo, Palancho se ubica en las cercanías del Camino Real y de los restos de una Casa del Estado, es decir que en tiempos coloniales la zona estaba enclavada en la vía de circulación más importante existente entre Chilecito y Patquía. Si bien la práctica de la arriería fue perdiéndose gradualmente, al menos hasta 1946 -fecha más reciente grabada en Palancho- pudo haberse mantenido en esta región.

Consideraciones finales

Teniendo en cuenta una visión de conjunto de los grupos de motivos prehispánicos (1 a 4), destacamos que entre los grupos 1 a 3 existen coincidencias en cuanto a la recurrencia de algunos tipos de motivos, como por ejemplo los camélidos, suris, pisadas humanas y de suri, entre otros, si bien indicamos cierta variabilidad morfológica en algunos tipos dependiendo del momento de su ejecución (caso de los camélidos y de los suris, por ejemplo). Por su parte, las pisadas de suri o tridígitos, además de los motivos geométricos complejos y los geométricos simples (líneas rectas, quebradas, sinuosas y paralelas), son los únicos que se mantienen a lo largo de toda la secuencia prehispánica. Paralelamente a la vigencia de algunos motivos a lo largo de la secuencia de producción, enfatizamos la existencia de tipos exclusivos en ciertos grupos. Entre estos indicamos: las cruces de contorno curvilíneo, las figuras humanas (con las excepciones mencionadas) y las cúpulas en el Grupo 1; las figuras de felino, la cabeza trofeo del Grupo 2, algunos zoomorfos exclusivos (lagartija) del Grupo 3 y un motivos de triángulo y de cruz simple en el Grupo 4. Al mismo tiempo hemos destacado que las técnicas de ejecución y algunos recursos plásticos utilizados en la representación del arte rupestre -como los horadados de las figuras humanas del Grupo 2 y los incisos profundos del 3- fueron indicadores importantes a la hora de asociar temporalmente a algunas representaciones. Como por ejemplo los grupos 3 y 4 han sido separados principalmente en base a las diferentes técnicas de ejecución y a la coloración de pátina.

Ante la ausencia de mayor evidencia arqueológica, se emplearon principalmente indicadores estilísticos con el fin de intentar asignar los diferentes grupos de motivos de arte rupestre de Palancho a los momentos de ocupación humana reconocida en la provincia. Nos encontramos para ello con diversos inconvenientes: por un lado, la escasez de estudios, sobre todo en lo referido a las ocupaciones tardías de la provincia y, por otro lado, a la ausencia de una caracterización del arte rupestre del Período Tardío o de Desarrollos Regionales. La estilística Aguada, reconocible ya desde el momento de ejecución del Grupo 1 pero con una presencia muy acentuada en el estilo de los grabados del Grupo 2, es quizás la más fácilmente determinable. De esta manera, Palancho representaría una de las expresiones de arte rupestre más australes relacionadas con su dispersión meridional. Con respecto al Grupo 4, señalamos diversos elementos que remiten a la decoración cerámica y textil Sanagasta/Angualasto. Muy preliminarmente podemos extender también esta comparación a las representaciones del Grupo 3. De esta manera, y en forma tentativa, nos aproximamos a la primera definición de un arte rupestre de estilística Sanagasta para los momentos tardíos de ocupación de la región.

Dentro de este marco temporal general, no se descarta que las representaciones de los grupos 1 y 2, por un lado y 3 y 4 por otro, guarden una cierta contemporaneidad, dada la interacción La Aguada-Sanagasta constatada al Noroeste de esta región (Valle de Vinchina) (Callegari 2004). Podemos sugerir que esta parcial superposición temporal en Palancho podría estar explicando la persistencia de algunas representaciones a lo largo de la secuencia.

Retomando la escasa información proveniente de los sitios próximos Los Colorados y el Cementerio Quebrada de Paluque, con fechados por termoluminiscencia entre los 900 y 990 años AP, respectivamente, podemos señalar que dan un marco temporal general para el arte rupestre prehispánico de Palancho.

Cerrando la secuencia de producción de la localidad, los grabados asignados al Grupo 5 son la expresión más reciente del arte rupestre de Palancho asignada al movimiento de los arrieros durante el período histórico de fines del siglo XIX y comienzos del XX.

La reutilización de la localidad durante un extenso rango temporal -que en forma tentativa sugerimos entre los 600 d.C. hasta momentos históricos- estaría señalando a Palancho como un hito en el espacio regional a lo largo del tiempo. La monumentalidad del paisaje y las amplias condiciones de visibilidad de los paneles le dan al arte rupestre un carácter de tipo público. La ausencia de agua durante un largo período del año inhibe pensar en un asentamiento a largo plazo en las inmediaciones de Palancho. Esta condición de aridez, sumada a la ausencia de otro tipo de evidencia arqueológica (con excepción de algunos bloques con morteros) conducen a pensar que la función de la localidad estuvo acotada a la ejecución y uso del arte rupestre, si bien no descartamos que futuras investigaciones puedan abrir otras alternativas.

No se han registrado otros sitios con concentraciones de arte rupestre de la magnitud de las de esta localidad en la región, por lo tanto se podría considerar a Palancho como único por sus características. La información generada en sitios con arte rupestre próximos (Parque Provincial Ischigualasto y sectores del Norte y del Sur de la Sierra de Valle Fértil y Norte de la de la Huerta, en San Juan y en las localidades de El Chiflón, Los Colorados, Talampaya y Guasamayo -Los Llanos-, en La Rioja) permite señalar la importancia y la particularidad de Palancho en este espacio regional acotado entre las sierras y los llanos riojanos.

Agradecimientos

A nuestros compañeros del INAPL que colaboraron en los trabajos de campo: A. Gabriela Guráieb, Gaudalupe Romero Villanueva y Teresa Lagos Mármol, especialmente a esta última que trabajó en la base de datos de la localidad. Muy especialmente reconocemos la colaboración de Martha Ortiz-Malmierca, Oscar Gutiérrez y Claudio Revuelta, que desde la Agencia de Cultura de la provincia de La Rioja, nos brindaron todo su apoyo para iniciar los trabajos en Palancho y su inestimable ayuda en los relevamientos efectuados. Agradecemos al Prof. Adolfo Scaglioni quien nos hiciera conocer el sitio Palancho y nos apoyara y alentara para iniciar las investigaciones en el mismo. Por último agradecemos a los evaluadores por sus valiosos aportes.

Bibliografía citada

Aparicio, F. de
1939 Petroglifos Riojanos. *Revista Geográfica Americana* 11 (67) Año VI, Buenos Aires.

Aschero, C. A.

1999 El arte rupestre del desierto puneño y el Noroeste argentino. J. Berenguer Rodríguez y F. Gallardo Ibáñez editores. *Arte Rupestre en los Andes de Capricornio*, pp. 97-135. Museo Chileno de Arte Precolombino.

Cabello, G.

2011 De rostros a espacios compositivos: una propuesta estilística para el Valle de Chalinga, Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 43 (1): 25-36.

Cabrera, A. y A. Willink

1973 Biogeografía de América Latina. Departamento de asuntos Científicos, Secretaría General de la OEA. Washington. *Monografía* 13.

Cáceres Freyre, J.

1956 Arte rupestre de la provincia de La Rioja. *Runa* Vol. VIII Parte Primera, pp.60-75, Buenos Aires.

Cahiza, P.

2007 Las sociedades formativas tardías de Valle Fértil, San Juan. *Comechingonia. Revista de Arqueología* 10: 79-94.

Callegari, A.

2001 Los grabados del Rincón del Toro, el paisaje y su relación con el sistema iconográfico Aguada. *Boletín del Museo chileno de Arte Precolombino* N°8: 21-33.

2004 Las poblaciones precolombinas que habitaron el sector central del valle de Vinchina entre el 900/950 y 1600/1650 d. C. (dto. General Lamadrid, La Rioja, Argentina). *Relaciones* 24: 81-110.

Callegari, A. L. Wisnieski, G. Spengler, G. Rodriguez, S. Aumont

2009 Nuevas manifestaciones del arte rupestre del Oeste riojano. Su relación con el paisaje y con otras expresiones del arte Aguada. M. Sepúlveda R., L. Briones M., J. Chacama R. editores. *Crónicas en la piedra. Arte Rupestre de las Américas*, pp. 381-402. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.

de la Fuente, N., C. Nazar y E. Pelli

1979 Arte rupestre en la región de Ancasti, prov. de Catamarca. *Antiquitas* 2: 408-418.

Falchi, M. P. y M. A. Torres

2010 Recursos didácticos para la valoración y conservación de sitios arqueológicos con arte rupestre. *Global Rock Art. Anais do Congresso Internacional de Arte Rupestre IFRAO, FUMDHAMentos IX*, vol. 4, Piauí, Brasil. Fundação Museu do Homen Americano, pp. 1101-1109.

Ferraro, L.

2005 *Los Pizarrones: investigación, conservación y difusión de arte rupestre en el Parque Nacional Talampaya*. Tesis de Licenciatura. Carrera de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

Fiore, D.

2007 The economic side of rock art: concept son the production of visual images. *Rock Art Research* vol. 24, N° 2, pp. 149-160.

Giordano, A. y M. E. Gonaldi

1991 Manifestaciones del arte rupestre en una zona de alto interés turístico. Una política de protección. *El arte rupestre en la Arqueología Contemporánea*, Podestá, M.M., Hernández Llosas, M.I. y Renard de Coquet, S.F. (eds.), Buenos Aires.

Gordillo, I., M. Baldini y M. F. Kusch

2000 Entre objetos, rocas y cuevas: significados y relaciones entre la iconografía rupestre y mobiliario de Aguada. *Arte en las rocas*, M.M. Podestá y M. de Hoyos (eds.) SAA y AINA, Buenos Aires.

Guráieb, A. G., M. Rambla y D. Carro

2010 Primera aproximación al estudio del registro lítico y cerámico del Parque Provincial Ischigualasto (PPI). En *Arqueología del Centro Oeste argentino: aportes desde las IV Jornadas Arqueológicas cuyanas*, editado por R. Bárcena; pp. 91-105. XAMA Serie Monografías. INCIHUSA Mendoza.

Guráieb, A. G., E.D. Carro y M. J. Rambla

2010-2011 Una primera campaña afortunada a la Reserva Natural El Chiflón (La Rioja). *Novedades de Antropología* N° 67:9-13.

INAPL

2009 *Los Colorados: Un lugar para descubrir*, AAINA, Buenos Aires.

Michieli, C. T.

2001a Textilería Aguada en el Valle de Iglesia, Provincia de San Juan. *Publicaciones* 24 (nueva serie). UNSJ, Fac. de Fil., Humanidades y Artes, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, San Juan.

2001b Textiles de Angualasto: ratificación de juicios a través de cuatro fardos funerarios. *Publicaciones del Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo* 24: 63-76, Univ. Nac. de San Juan, San Juan.

2009 Tumbas y textiles preincaicos en una zona andina meridional. *Las sociedades de los paisajes áridos y semi-áridos del centro-oeste argentino* (compilado por Y. Martini, G. Pérez Zavala y Y. Aguilar), pp.111-122. Universidad Nacional de Río Cuarto, Argentina.

Ortiz Malmierca, Martha

2004 *Amanecer de la historia. Arqueología de La Rioja. La vida antes de la llegada de los españoles*. Nexo Comunicación, La Rioja.

Podestá, M. M.

1989 Punta del Pueblo: expresiones del arte rupestre Agro-alfarero en la Puna argentina. *Boletín del SIARB* 3: 38-47. La Paz.

Podestá, M. M. y D. S. Rolandi.

2005 El uso del pasado y el arte rupestre de Palancho, La Rioja. *Novedades de Antropología* Año 14 N°50, pp.8-9, Buenos Aires.

Podestá, M. M., D. S. Rolandi y M. Sánchez Proaño
2005 *El Arte Rupestre de Argentina Indígena. Noroeste*. Union Academique Internationale-Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.

Podestá, M. M., D. Rolandi, A. Re, M. P. Falchi y O. Damiani
2006 Arrieros y marcas de ganado: expresiones de arte rupestre de momentos históricos en el desierto de Ischigualasto. D. Fiore y M. M. Podestá eds. *Tramas en la Piedra. Producción y Usos del Arte Rupestre*. World Archaeological Congress, AINA. SAA, Buenos Aires.

Podestá, M. M., A. Re y G. Romero Villanueva
2011 Visibilizando lo invisible. Grabados históricos como marcadores idiosincráticos en Ischigualasto (San Juan- Argentina). L. Núñez y A. E. Nielsen eds. *En ruta, arqueología, historia y etnografía del tráfico sur andino*, pp. 341-372. Encuentro Grupo Editor, Córdoba.

Raviña, M.G. y A.B. Callegari
1988 Mapa arqueológico de la provincia de La Rioja. *Revista del Museo de La Plata* (Nueva Serie) tomo IX, pp. 21-91. La Plata.

Re, A., M.M. Podestá y D.S. Rolandi
2009 Arte rupestre prehispánico en valles y quebradas del Parque Provincial Ischigualasto y su área de amortiguación (provincia de San Juan, Argentina). M. Sepúlveda R., L. Briones M., J. Chacama R. editores. *Crónicas en la piedra. Arte Rupestre de las Américas*, pp.413-429. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.

Renard de Coquet, S.F.
1988 *Sitios arqueológicos con arte rupestre de la República Argentina. Registro/Documentación*. FECIC, Buenos Aires.

Revuelta, C.M.
2008 Arte rupestre de arrieros históricos en La Rioja. Nuevos sitios y descripción preliminar para su estudio en la provincia. *Novedades de Antropología* Año 16 N° 58:9-11. Buenos Aires.

Rolandi, D., M. M. Podestá y A. Re
2003 Proyecto Documentación y Preservación de Sitios con Arte Rupestre en la provincia de La Rioja: Palancho (Paluque) y Reserva Provincial de Uso Múltiple Guasamayo. Informe del Primer Trabajo de Campo, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (MS).

Rolandi, D., A.G. Guráieb, M.M. Podestá, A. Re, M.P. Falchi, R. Rotondaro y M.A. Torres
2009 Investigación y gestión del patrimonio cultural en Ischigualasto (San Juan) y Palancho-Los Colorados (La Rioja). *Las sociedades de los paisajes áridos y semi-áridos del centro-oeste argentino* (compilado por Y. Martini, G. Pérez Zavala y Y. Aguilar), pp.449-464. Universidad Nacional de Río Cuarto, Argentina.

Schobinger, J.
1966 Nota sobre los petroglifos de Talampaya (Prov. La Rioja). *Antiquitas* II, pp. 1-4, Buenos Aires.

Schobinger, J. y C. J. Gradín

1985 *Arte rupestre de la Argentina. Cazadores de la Patagonia y agricultores andinos*. Encuentro Ediciones, Madrid.

Torres, M. A. y N. Zubeldía

2007 Informe del primer trabajo de campo: Reserva Provincial de Uso Múltiple Guasamayo, provincia de La Rioja. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (MS).

Troncoso, A., F. Armstrong, F. Vergara, P. Urzúa y P. Larach

2008 Arte rupestre en el Valle El Encanto (Ovalle, Región de Coquimbo): hacia una reevaluación del sitio-tipo del Estilo Limarí. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 13 (2): 9-36, Santiago de Chile.

OCUPACIONES HUMANAS Y GRABADOS RUPESTRES DEL NORTE DE LA SIERRA DE VALLE FÉRTIL (PROVINCIA DE SAN JUAN)

Anahí Re¹, M. Mercedes Podestá² y Guadalupe Romero³

¹CONICET - UBA - INAPL. anahire@inapl.gov.ar

²INAPL. mercedespodesta@yahoo.com

³INAPL. guada.romero.arq@gmail.com

Presentado el: 10/07/2011 - Aceptado 11/10/2011

Resumen

Se considera la problemática de las ocupaciones humanas prehispánicas del norte de la sierra de Valle Fértil (Provincia de San Juan), a partir del análisis del arte rupestre documentado. El objetivo de este trabajo es profundizar en la caracterización de los grabados de la región, haciendo hincapié en la zona de valles y quebradas. Así, se busca evaluar el potencial uso diferencial al interior de ésta, así como considerar su rol en una escala amplia. Se presenta la nueva información disponible al tiempo que se evalúan nuevas variables. Se revisa la tipología propuesta y se plantean subtipos más detallados a fin de sistematizar la diversidad morfológica observada. Asimismo, se exploran los patrones de distribución de las representaciones en distintas escalas, comparando los diferentes sitios así como la disposición al interior de los mismos. Por último, enfatizando la asociación del arte rupestre con otros tipos de evidencias arqueológicas, se busca brindar mayor información acerca de los posibles roles que tuvo el mismo dentro de la ocupación de la región.

Palabras claves: Arte rupestre, Sierra de Valle Fértil, Tipología, Distribución.

Abstract

This work considers the issue of prehispanic human occupations of the north of the Valle Fértil range (province of San Juan, Argentina) through the analysis of the rock art recorded. The aim of this paper is to deepen the characterization of the engravings of the region, focusing on the valley and ravine zone. By doing this, we seek to evaluate the potential differential use inside it as well as to consider its role on a greater scale. New information available is presented and novel variables are incorporated. The proposed typology is revised and more detailed subtypes are suggested to systematize the morphological diversity observed. Also, the distribution patterns of the representations are explored on different scales, comparing the different sites as well as the disposition inside them. Finally, in emphasizing the association of the rock art with other kinds of archaeological evidence, we seek to provide more information about the possible roles that rock art had in the occupation of the region.

Keywords: Rock art, Valle Fértil Range, Tipology, Distribution.

Introducción

En el presente artículo se considera la problemática de las ocupaciones humanas prehispánicas del norte de la sierra de Valle Fértil (Departamento Valle Fértil-Provincia de San Juan), a partir del análisis del arte rupestre documentado. El estudio cuenta como punto de partida una primera caracterización de las representaciones rupestres de la región realizada por Re y colaboradores (2009). Se había detectado la presencia de motivos distribuidos en diversos sitios en la hoyada de Ischigualasto y en las estribaciones septentrionales de la sierra de Valle Fértil, zona denominada valles y quebradas interserranos. Se destacó que en esta última se registró la mayor cantidad y variedad de motivos rupestres. Re y colaboradores (2009) sostuvieron que los sitios con arte rupestre de la hoyada se relacionarían con lugares de paso mientras que los de valles y quebradas estarían asociados a espacios de mayor permanencia y de uso más intensivo. Por otra parte, se planteó de manera preliminar la presencia de diferencias al interior de esta última. La ocupación humana fue cronológicamente acotada entre los ca. 600 y 1500 años d.C. (Guráieb *et al.* 2010; Re *et al.* 2009).

De esta manera, el objetivo de este trabajo es profundizar en la caracterización del arte rupestre de la región, haciendo hincapié en la zona de valles y quebradas. En primer lugar, se presenta una descripción ambiental de la misma. Luego, se detallan los antecedentes de investigación disponibles tanto para el área de estudio como para otras cercanas. Seguidamente, se presenta la nueva información disponible -sitios y motivos recientemente relevados- al tiempo que se evalúan nuevas variables en el análisis. Se revisa la tipología propuesta y se plantean subtipos más detallados a fin de sistematizar la diversidad morfológica observada. Asimismo, se exploran los patrones de distribución de las representaciones en distintas escalas, comparando los diferentes sitios así como la disposición al interior de los mismos. Por último, se busca evaluar el potencial uso diferencial al interior de la zona de valles y quebradas del noreste de San Juan, así como considerar su rol en una escala amplia. Enfatizando la asociación del arte rupestre con otros tipos de evidencias arqueológicas, se busca brindar mayor información acerca de los posibles roles que tuvo el mismo dentro de la ocupación de la región. De esta manera, se explora la relación de las representaciones con los espacios nodales e internodales (*sensu* Nielsen 2006) definidos en diferentes escalas espaciales.

Caracterización ambiental del área de estudio

La sierra de Valle Fértil se ubica en el departamento homónimo en el noreste de la provincia de San Juan (Figura 1). El área de investigación incluye sus estribaciones septentrionales y la hoyada de Ischigualasto, mejor conocida como Valle de la Luna, colindante con la provincia de La Rioja. La misma presenta una superficie de 1400 km² y se corresponde, en gran medida, con el ámbito del Parque Provincial Ischigualasto y parte de su área de amortiguación. Geográficamente, la sierra de Valle Fértil se continúa al sur en la sierra de La Huerta, constituyendo la frontera suroccidental de las Sierras Pampeanas. Hacia el oeste de la sierra se encuentra la gran llanura del valle del río Bermejo. Por último, el límite noreste del área de investigación lo constituyen las Barrancas Coloradas, incluidas en el Parque Nacional Talampaya, provincia de La Rioja (Figura 1).

En lo referido al clima, la región de estudio está incluida en la gran Diagonal Árida Sudamericana (Pereyra 2000). De tipo continental, predominantemente seco con marcada amplitud térmica. Las escasas precipitaciones, entre 250-400 mm anuales, se concentran

exclusivamente en el período estival. De esta manera, los ríos de la región tienen un régimen de fuerte estacionalidad caracterizado por intensas escorrentías de corta duración. Estas características climático-ambientales, que presentan variaciones locales, permitieron distinguir dos zonas ecológicas diferenciadas (Re *et al.* 2009) (Figura 1): por un lado, la amplia hoyada de Ischigualasto y, por el otro, los valles y quebradas interserranos de las estribaciones del norte de la sierra de Valle Fértil, siendo esta última abordada en profundidad en el presente trabajo.

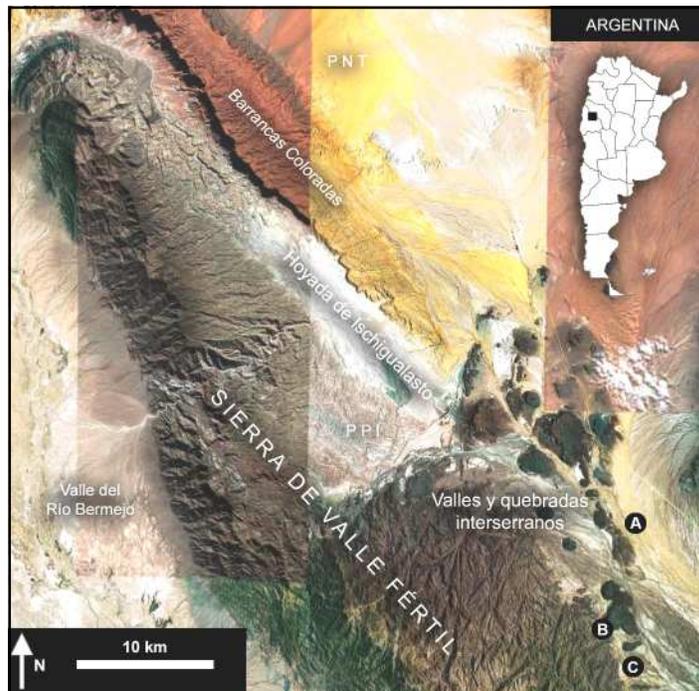


Figura 1. Ubicación del área de estudio.
Referencias: PPI = Parque Provincial Ischigualasto, PNT = Parque Nacional Talampaya, A = Los Baldecitos, B = Los Rincones, C = Balde del Rosario.

Los valles y quebradas de la sierra de Valle Fértil

La sierra de Valle Fértil es un conjunto serrano de tipo asimétrico con una pendiente predominante de oeste a este (Suvires 2000). La vertiente occidental es la más abrupta e inclinada mientras que hacia el oriente el descenso es más suave. Tiene una altitud promedio que varía entre los ca. 1200 a 1800 msnm. Cauces temporarios de poca profundidad, como por ejemplo, el río El Durazno, drenan la sierra en sentido oeste-este (Figura 2).

La aridez general de la región se atempera en el ámbito serrano, fomentando el cambio de condiciones naturales de clima desértico a una variedad subhúmeda en algunos sectores del mismo (Suvires 2000). Al correr en sentido noroeste-sureste, conforma una barrera a los vientos húmedos procedentes del Atlántico, motivo por el cual éstos descargan las precipitaciones en la vertiente oriental del cordón montañoso. Así, las precipitaciones medias anuales varían entre los 300 y 400 mm con acentuadas oscilaciones en el sector central de la sierra de Valle Fértil, creciendo la intensidad de las mismas hacia el interior de la sierra

(Ardissonne y Grondona 1953; Pereyra 2000). Biogeográficamente está representado el Dominio Chaqueño con el Monte como provincia dominante (Morrone 2005), no obstante se observan diferencias internas relacionadas con la topografía.

Las diferentes altimetrías de la sierra influyen en la temperatura y la dinámica local de la ecología, controlando el desarrollo de una extensa y larga faja pedemontana que presenta características diferenciales a las observadas en el cordón montañoso (Lochbaum 1993). Por un lado, la faja pedemontana o piedemonte está conformada por los sectores más bajos. Aquí, los espacios son más abiertos o de tipo rincón, denominación local de las profundas entradas con amplios recodos en forma de U que se describen en la parte baja del faldeo (Figura 2). En la actualidad, hacia el este de la faja pedemontana, se ubican las localidades de Los Baldecitos, Los Rincones y Balde del Rosario (Figura 1). Estas instalaciones humanas aprovechan para su subsistencia los cursos de agua temporarios que drenan la sierra y proveen de agua para el consumo, el riego y la ganadería durante el verano (Re *et al.* 2009). Por el otro lado, el cordón montañoso comprende las mayores altitudes de la sierra de Valle Fértil. Este sector presenta una topografía diversa con predominancia de abras que comunican quebradas y bolsones interiores de la sierra.

A los fines de este trabajo se considerará la distribución de los sitios arqueológicos en el piedemonte y en el cordón montañoso de acuerdo un criterio altitudinal. De esta manera, el primero estaría comprendido entre los 1200 a 1300 msnm y el segundo arriba de los 1300 msnm.

Antecedentes de investigación

En términos generales, las investigaciones arqueológicas de la provincia de San Juan se han focalizado en el estudio de los valles preandinos y precordilleranos como los de Iglesia y Calingasta, con breves menciones al arte rupestre (ver por ejemplo Gambier 2000). En lo referido a esta línea de evidencia, Consens (2003) estima que la variabilidad de diseños observada en la provincia de San Juan imposibilita la elaboración de tipologías. No obstante, en tiempos recientes ésta ha sido abordada en algunos trabajos (García *et al.* 2011; López y García 2011; Riveros 2010, 2011; Riveros y Varela 2001).

Hacia el norte del área bajo análisis, se ha descripto la presencia de evidencias de ocupación prehispánica y, en particular, de arte rupestre en el actual Parque Nacional Talampaya en la provincia de La Rioja (Ferraro 2005; Giordano y Gonaldi 1991). Se ha planteado que éstas deben ser consideradas en el marco de la arqueología del noroeste argentino, constituyendo una zona periférica. Los grabados han sido asignados cronológicamente a los períodos Agroalfarero Medio y Tardío (Ferraro 2005). En el sur de la misma provincia, a 80 km al noreste del área de estudio, se ha destacado la cantidad y diversidad de motivos rupestres en el sitio Palancho (Falchi *et al.* en este volumen), así como la presencia en menores densidades de similares representaciones en Los Colorados (Falchi y Torres 2010; INAPL 2009). Las distintas pátinas y superposiciones de Palancho permitieron proponer diferentes momentos de ejecución (Falchi *et al.* en este volumen).

Se cuenta asimismo con antecedentes más próximos al área de estudio. El primero de ellos refiere al arte rupestre del sur de la sierra de Valle Fértil y el norte de la sierra de La Huerta, donde se mencionan dos sitios con grabados y la presencia de gran cantidad de morteros (Ardissonne y Grondona 1953). Posteriormente, Schobinger y Gradin (1985: 77) plantearon

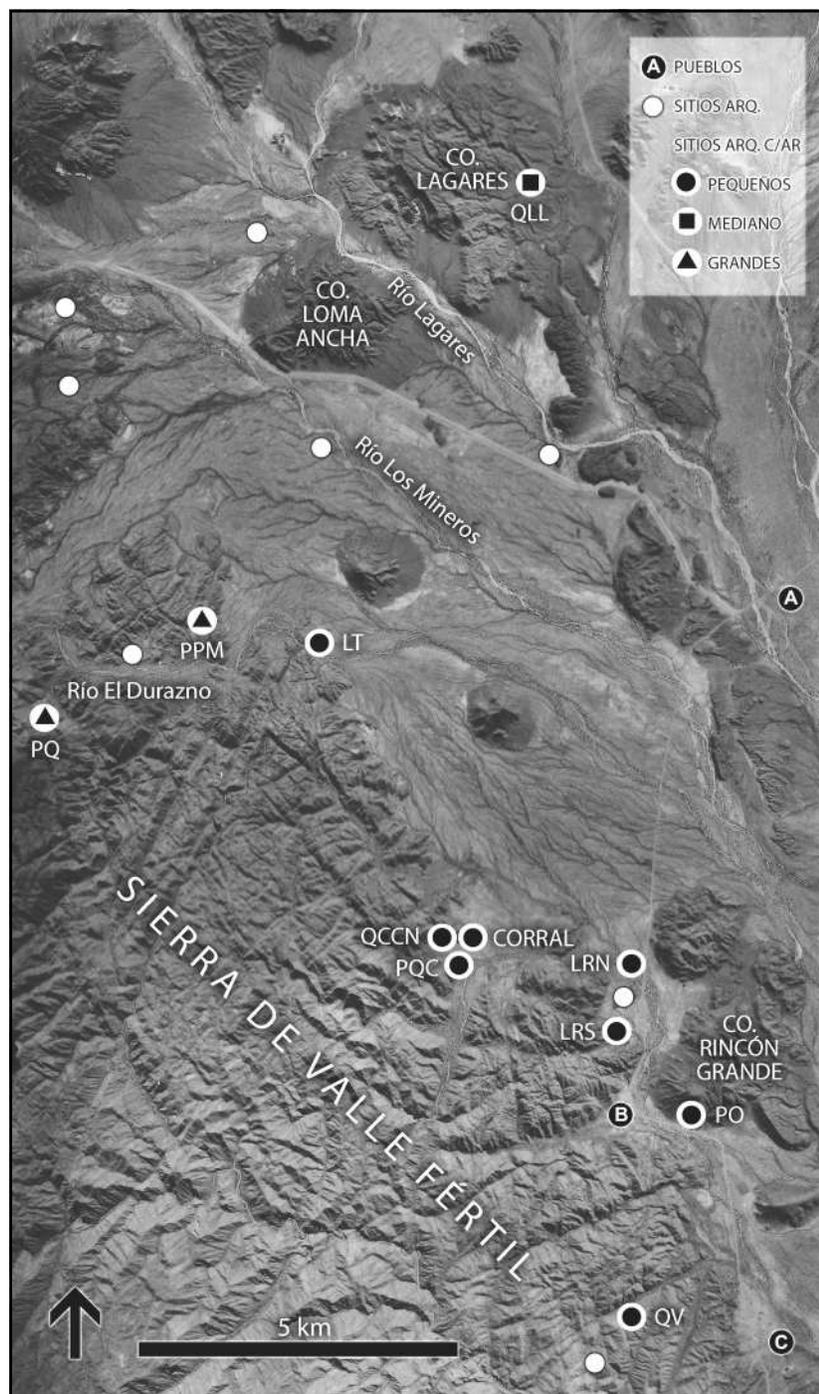


Figura 2. Sitios arqueológicos en la zona de valles y quebradas.
Referencias: ARQ. = Arqueológicos, C/AR = con arte rupestre, CO. = cerro,
A = Los Baldecitos, B = Los Rincones, C = Balde del Rosario.

la existencia de una “tendencia abstracta más o menos compleja” en el arte rupestre de la región. En tiempos más recientes, los trabajos de Cahiza (2006-2007, 2007), también en el sur de la sierra de Valle Fértil y el norte de La Huerta, dieron a conocer una concentración de sitios arqueológicos con dataciones entre 230 y 1650 años d.C. (García Llorca *et al.* 2010). Siete de ellos presentan grabados rupestres en asociación a morteros comunales y áreas caracterizadas como canteras y talleres de extracción de materias primas y formas-base. Así, este autor señala la relación espacial del arte rupestre con espacios de actividad doméstica y, por otro lado, destaca su posible función como marcadores del tránsito interserrano.

Las investigaciones en que se enmarca el presente artículo se iniciaron en 1999 en la mencionada hoyada de Ischigualasto. Previamente, se contaba con breves referencias a las ocupaciones humanas prehispánicas (Gambier 2000; Monetta y Mordo 1995-1996) de las cuales sólo algunas mencionaban el arte rupestre (Riveros y Varela 2001; Sanchidrián Torti y Márquez Alcántara 1998). En un principio los trabajos realizados por el equipo se orientaron a la caracterización del arte rupestre de momentos históricos (Podestá y Rolandi 2000, 2001; Podestá *et al.* 2006, 2011). No obstante, los trabajos de campo evidenciaron la presencia de una importante ocupación prehispánica, tanto en la hoyada como en las estribaciones septentrionales de la sierra de Valle Fértil (Rolandi *et al.* 2003). De esta manera, se comenzó el estudio de las diversas líneas de evidencia, incluyendo la tecnología lítica y cerámica, estructuras de piedra (algunas de piedras de colores) y arte rupestre (Guráieb *et al.* 2007, 2010; Re *et al.* 2009). En la zona de valles y quebradas se llevó a cabo un estudio del material lítico y cerámico de dos sitios de superficie con presencia de arte rupestre: La Toma (LT) y Puerta Quebrada de las Casas (PQC) (Guráieb *et al.* 2010) (Figura 2). Cronológicamente fueron ubicados dentro del Período Agroalfarero Medio sobre la base de la presencia de cerámica decorada de estilo La Aguada y de dos fechados obtenidos por termoluminiscencia (Tabla 1). Sin embargo, se contempla que las fechas obtenidas son sólo indicativas de una cronología posiblemente mucho más extensa.

En lo referido al arte rupestre prehispánico de la región, Re y colaboradores (2009) realizaron una primera caracterización tanto de los motivos hallados en la zona de la hoyada como en la de valles y quebradas. Se planteó la existencia de similitudes y diferencias entre las representaciones registradas en ambas zonas. Los sitios analizados fueron clasificados según la cantidad de motivos diferenciándose sitios pequeños (1 a 50 motivos), medianos (51 a 150) y grandes (más de 151). En la hoyada se describió la presencia de cuatro sitios, tres pequeños y uno mediano con un total de 195 motivos. Los soportes utilizados son bloques y paredes de arenisca, habiéndose empleado distintas técnicas de grabado, principalmente picado. Por otra parte, en los valles y quebradas se identificaron nueve sitios (siete pequeños y dos grandes), sumando 603 motivos. La mayoría de los soportes son bloques de granito de dimensiones variables, utilizándose paredes sólo en uno de los sitios. Se observó que la totalidad de los motivos fueron realizados por picado siendo posible que la dureza del soporte haya determinado el empleo de esta única técnica.

En ambas zonas se observó el predominio de los abstractos, prevaleciendo los círculos con línea y las líneas sinuosas. En menores porcentajes, se registraron las líneas quebradas, las cruces de contorno curvilíneo y los geométricos complejos. Entre los figurativos se relevaron figuras humanas, camélidos y tridígitos, así como huellas de felino y humanas. Como diferencias se planteó que en la hoyada se halla una mayor cantidad de figurativos, encontrándose presentes algunos tipos no registrados en valles y quebradas, y la existencia de abstractos de diseños complejos como pirámides. Por otra parte, en los valles y quebradas

se observó una mayor representación de círculos y óvalos en todas sus variantes y una mayor variedad de tipos abstractos. A partir de la escasez de superposiciones de motivos y la poca diferenciación de las pátinas de los grabados, se planteó una ejecución temporalmente acotada de los mismos. Se sugirió que la misma pudo estar comprendida entre *ca.* 600 y 1500 años d.C. (períodos Agroalfarero Medio y Tardío) sobre la base de los tiestos cerámicos y fechados del área de estudio así como las cronologías propuestas para otras cercanas (Re *et al.* 2009).

Re y colaboradores (2009) sostuvieron que los sitios con arte rupestre de la hoyada se relacionan con lugares de paso mientras que los de valles y quebradas están asociados a espacios de mayor permanencia y de uso más intensivo. Por otra parte, se planteó de manera preliminar la presencia de diferencias al interior de esta última. De esta manera, en este trabajo se propone profundizar la caracterización del arte rupestre de la región, haciendo hincapié en la zona de valles y quebradas.

La muestra

En el análisis del arte rupestre de la región, en este trabajo se incorporaron nuevos motivos a la muestra de los sitios ya conocidos y dos nuevos sitios producto de relevamientos más recientes. De esta manera, el total de la muestra disponible al momento asciende a 747 motivos en 158 soportes distribuidos en 11 sitios (Tabla 1 y Figura 2).

Tipología utilizada

De acuerdo a los objetivos de este trabajo, en este acápite se presentan los resultados producto de la profundización en el análisis de la variabilidad morfológica de los grabados de la zona de valles y quebradas. En primera instancia, se revisó la tipología propuesta en la aproximación inicial realizada por Re y colaboradores (2009), agrupando algunos tipos, diferenciando otros y modificando algunas denominaciones. Los motivos relevados fueron clasificados en categorías generales tales como abstractos, zoomorfos, antropomorfos e indeterminados. Posteriormente, éstos fueron asignados a diferentes tipos de motivos dentro de cada una de estas categorías, identificando en esta oportunidad: 22 tipos abstractos, 4 tipos zoomorfos y 3 tipos antropomorfos (Figuras 3 y 4).

Asimismo, en esta revisión más detallada se observó una gran variabilidad morfológica al interior de la mayor parte de los tipos de motivos considerados, principalmente, dentro de los abstractos. De esta manera, se planteó la necesidad de evaluar la diversidad en ciertos tipos de motivos mediante la creación de subtipos. El criterio utilizado para definir estos subtipos refiere principalmente a la variabilidad morfológica detectada en los diseños de los motivos, reflejada generalmente en una mayor o menor complejidad y/o en diferente inversión de trabajo en su ejecución. Éstos se diferenciaron al interior de 12 tipos abstractos, en los que la cantidad de motivos justificaba su definición. Fueron denominados mediante letras (por ejemplo A o B) (Figuras 3 y 4 y Tablas 2 y 3). En la mayoría de los casos se identificaron dos subtipos mientras que los restantes presentan tres y cinco (Tabla 6).

Dado que no existe una única tipología consensuada entre los distintos investigadores y las dificultades específicas que implica esta tarea en el caso del arte rupestre (ver por ejemplo Re 2011), en las tablas presentadas se explicitan los rasgos morfológicos seleccionados en esta investigación para caracterizar cada tipo y subtipo de motivo (Tablas 2 y 3).

Sitios		N Motivos	N Soportes	Evidencias asociadas ⁱ	Fecha ⁱⁱ
Grandes	Portezuelo de las Piedras Marcadas (PPM)	198	42	Lítico N:1 Cerámica N:8	
	Puerta de las Quebradas (PQ)	312	71		
Mediano	Quebrada de Los Lagares (QLL)	85	13		
Pequeños	Corral	3	2		
	La Toma (LT)	34	6	Lítico N:131 Cerámica N:380	1005±100AP 1000 DC (UCTL1865)
	Los Rincones Norte (LRN)	24	4	Cerámica N:3	
	Los Rincones Sur (LRS)	15	3		
	Piedras de Ontivero (PO)	23	5	1 estructura circular	
	Puerta de la Quebrada de las Casas (PQC)	11	2	Lítico N:300 Cerámica N:128 1 estructura de piedra de colores 2 bloques con morteros	1315±130AP 690 DC (UCTL1866)
	Quebrada de las Casas Costado Norte (QCCN)	27	7		
	Quebrada de las Vacas (QV)	15	3		
Total		747	158		

Tabla 1. Sitios con arte rupestre del norte de la sierra de Valle Fértil ordenados por tamaño (cantidad de motivos) (datos modificados y actualizados de Re et al. 2009).

Frecuencia de tipos y subtipos en el norte de la sierra de Valle Fértil

Cuando se considera el área objeto de este artículo en su conjunto, a pesar de la incorporación de nueva información, se mantuvieron las tendencias observadas previamente por Re y colaboradores (2009) en relación a la proporción de categorías de motivos representados. Siguen predominando los abstractos (N: 628, 84,07%) por sobre los zoomorfos (N: 54, 7,23%), antropomorfos (N: 12, 1,61%) e indeterminados (N: 53, 7,10%) (Tabla 4).

Entre los abstractos, en mayores frecuencias se ubican los círculos (12,68%) y las líneas sinuosas (10,09%) seguidos por las líneas quebradas (9,37%) y los círculos con línea (9,22%) (Tabla 5 y Figura 5a, c y d). En menores porcentajes se registran tipos tales como geométrico complejo (6,92%), cruz de contorno curvilíneo (5,04%) y, con iguales porcentajes, círculo con línea interna y línea curva (4,32%). Asimismo, se encuentran representadas otras formas geométricas simples (círculos concéntricos, cruces, figuras sinuosas, líneas rectas, semicírculos y trazos) y tipos de características particulares tales como los cuadriláteros con diseño interno, las líneas en V con extremos diferenciados y las líneas con extremos diferenciados. Como se

Círculo	A		A		Geométrico complejo	A		A		B		
	B		B									
Círculo con línea	A		A		Línea curva	A		A		B		
	B		B									
Círculo con línea interna	A		A		Línea quebrada	A		A		B		
	B		B									
Círculos concéntricos	A		A		Línea recta	A		A		B		
	B		B									
Cruz	A		A		Línea sinuosa	A		A		B		
	B		B									
Cruz de contorno curvilíneo	A		A		Línea con extremos diferenciados	A		A		B		
	B		B									
Cuadrilátero con diseño interno	A		A		Semicírculo	A		A		B		
	B		B									
Figura sinuosa	A		A		Trazo	A		A		B		
	B		B									

Figura 3. Tipos y subtipos de motivos abstractos definidos en el área seleccionada.

Tipos		Descripción y Subtipos
Abstractos	1. Círculo	Al menos una circunferencia u óvalo A Simples B Adosados C A o B con apéndices cortos o elementos internos (punto, trazo)
	2. Círculo con línea ^a	Al menos una circunferencia u óvalo unido a una línea A Con líneas rectas B Con líneas sinuosas
	3. Círculo con línea interna	Circunferencia u óvalo con al menos una línea en su interior A Con línea interna recta o sinuosa B Con cruz interna
	4. Círculos concéntricos	Circunferencias u óvalos que comparten un mismo centro A Con/sin apéndices y/o elementos internos (trazo) B Involucran al menos un círculo y un semicírculo
	5. Cruz	Dos líneas entrecruzadas, pudiendo variar el ángulo
	6. Cruz de contorno curvilíneo	Al menos dos líneas entrecruzadas contorneadas por una línea, representados en forma total o parcial A Simples B Dobles, donde ya sea la cruz y/o el contorno se encuentran duplicados C Motivos representados en forma parcial
	7. Cuadrilátero con diseño interno	Figura cuadrangular simple con líneas y/o circunferencias en su interior
	8. Figura sinuosa	Figura de línea sinuosa, con/sin apéndice y/o bisectadas por línea A Sin elementos agregados B Con apéndices y/o líneas internas que bisectan la figura
	9. Geométrico complejo	Motivos conformados por dos o más tipos de motivos geométricos simples que, en algunos casos, se repiten una multitud de veces describiendo formas más complejas A Simétricos B Asimétricos
	10. Línea curva	Línea que presenta curvatura en su totalidad o sólo en un extremo
	11. Línea en V con extremos diferenciados	Línea en forma de V o U con extremos diferenciados, pudiendo presentar apéndices o círculos adosados
	12. Línea quebrada	Línea que presenta al menos un ángulo quebrado en toda su extensión A Sin elementos agregados B Más complejos, con múltiples bifurcaciones y apéndices
	13. Línea recta	Líneas verticales, horizontales u oblicuas, tanto aisladas como paralelas
	14. Línea sinuosa	Línea que presenta al menos dos curvaturas en sentidos opuestos A Más sencillos, sin elementos agregados B Con curvaturas más complejas, pudiendo presentar apéndices
	15. Línea con extremos diferenciados	Al menos una línea recta o en S con ambos extremos diferenciados A Con extremos curvos o en voluta B Con extremos quebrados C Con extremos con círculo D Con extremos combinados E Línea en forma de S con extremos diferenciados
	16. Semicírculo	Motivos de semicírculos simples o con elementos agregados A Simples sin agregados, pudiendo ser concéntricos B Con apéndices y/o adosados
	17. Trazo	Línea corta y generalmente gruesa, encontrada tanto de manera aislada como agrupada
	18. Otros abstractos	Motivos escasos cuya representatividad no supera el 1% de la muestra total. Incluye cúpulas, puntos, espirales, triángulos y cuadriláteros simples

Tabla 2. Tipos y subtipos de motivos abstractos definidos en el área seleccionada.

mencionó anteriormente, se observó una gran variabilidad morfológica al interior de gran parte de los tipos abstractos. Para evaluarla en forma sistemática, se diferenciaron subtipos, identificándose en la mayoría de los casos dos y en los restantes tres y cinco (Figura 3 y Tabla 6). Respecto de las frecuencias, en casi todos ellos un subtipo concentra más del 50%

Tipo		Descripción y Subtipos
Zoomorfos	1. Camélido	Siluetas asignables a camélidos silvestres o domesticados
	2. Lagartija	Representaciones asignadas a variedades del género <i>Liolaemus</i>
	3. Pisada o rastro de ave	Motivos tridígitos que representarían pisadas de aves como el suri (<i>Rhea pennata</i>) u otras
	4. Pisada o rastro de felino	Motivos asignados a huellas de puma (<i>Felis concolor</i>)
Antropo.	1. Figura humana	Siluetas asignables a la figura humana
	2. Pisada o rastro de humano	Motivos asignados a huellas humanas
	3. Rostro	Representaciones asignadas a rostros humanos

Tabla 3. Tipos de motivos figurativos definidos en el área considerada.

Referencias: Antropo. = Antropomorfos.

de los motivos, como se observa en los círculos (A: 60,23%) y los geométricos complejos (B: 72,92%). Por otro parte, sólo en los círculos con línea, las figuras sinuosas y las líneas con extremos diferenciados se observa una distribución homogénea entre los subtipos identificados (Tabla 6).

Respecto de los figurativos, los zoomorfos son la categoría más numerosa (Tablas 4 y 5). Se registraron casos de representaciones tanto de siluetas como de pisadas de animales. Entre las primeras se cuentan las lagartijas (0,29%) y los camélidos (0,86%) (Figura 5c y d). Como se observó en el análisis preliminar (Re *et al.* 2009), estos últimos son en su totalidad esquemáticos y presentan una importante estandarización. Mayoritariamente fueron representados en forma aislada salvo en el caso del bloque 28 del sitio PQ donde el motivo está conformado por dos camélidos en hilera.

Tamaño de sitios	Sitio	Abstractos	Zoomorfos	Antropo morfós	Indet.	Total %	Total N
Pequeños	Corral	100%				100%	3
	LT	82,35%		8,82%	8,82%	100%	34
	LRN	87,50%			12,50%	100%	24
	LRS	60,00%	13,33%	6,67%	20,00%	100%	15
	PO	95,65%	4,35%			100%	23
	PQC	81,82%			18,18%	100%	11
	QCCN	81,48%		3,70%	14,81%	100%	27
	QV	100%				100%	15
Total Pequeños		84,87%	1,97%	3,29%	9,87%	100%	152
Mediano	QLL	82,35%	8,24%	2,35%	7,06%	100%	85
Total Mediano		82,35%	8,24%	2,35%	7,06%	100%	85
Grandes	PPM	82,32%	9,09%		8,59%	100%	198
	PQ	85,26%	8,33%	1,60%	4,81%	100%	312
Total Grandes		84,12%	8,63%	0,98%	6,27%	100%	510
TOTAL		84,07%	7,23%	1,61%	7,10%	100%	747

Tabla 4. Categorías de motivos presentes en el área.

Referencias: Indet. = Indeterminados.

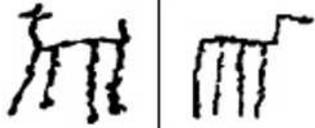
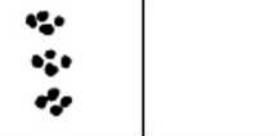
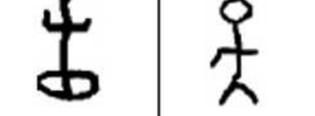
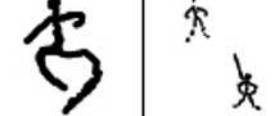
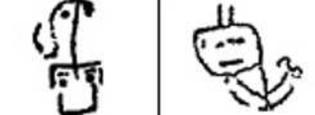
Camélido		Lagartija	
Pisada o rastro de ave			
Pisada o rastro de felino			
Figura humana			
Rostro		Pisada o rastro humano	

Figura 4. Tipos de motivos figurativos definidos en el área considerada.

Respecto de las huellas, se observa el predominio de las pisadas o rastros de ave (5,48%) por sobre las pisadas o rastros de felino (1,15%) (Figura 5a, c y d). De esta manera, los tridígitos constituyen el tipo figurativo más representado dentro de la zona estudiada a pesar de lo cual presentan escasa variabilidad morfológica (Figura 5a, c y d). Por otra parte, los antropomorfos constituyen la categoría figurativa menos representada (Tablas 4 y 5). A pesar de encontrarse en baja frecuencia, las figuras humanas (1,15%) presentan una enorme variabilidad interna (Figura 5b). Los tipos restantes, rostro y pisada o rastro humano, se registran en bajos porcentajes (0,29%).

Por último, se revisaron las superposiciones previamente identificadas en esta zona (Re *et al.* 2009) que ascienden a un total de 24 casos. De modo general, los motivos involucrados son en su mayoría abstractos predominando las variedades de los tipos de motivos círculos y líneas aunque hay algunos ejemplos de motivos geométricos complejos, cruces de contorno curvilíneo y líneas con extremos diferenciados. Entre los figurativos, los únicos motivos involucrados son 3 tridígitos y 1 camélido. En 12 superposiciones se pudo resolver el orden de ejecución de los motivos (ver ejemplo en Figura 5a). Interesa destacar que en tres casos se observó que los tridígitos se ubican en la posición superior.

Distribución de los motivos

Comparación inter-sitio

Como se planteó previamente, otro objetivo de este artículo es considerar la distribución espacial de los motivos rupestres en la zona de valles y quebradas. Se observó que éstos presentan una distribución heterogénea, ya que se encuentran agrupados en 11 sitios (Figura 2). Además, como ya fuera observado por Re y colaboradores (2009), la cantidad de motivos registrados en cada uno de ellos es variable. Así, se diferencian ocho sitios pequeños (1 a 50 motivos), uno mediano (51 a 150 motivos) y dos grandes (más de 151 motivos) (Figura 2 y Tabla 1).

Las tendencias observadas por Re y colaboradores (2009) en cuanto a la ubicación de los sitios pequeños y grandes siguen siendo evidentes. Los pequeños se ubican en la faja pedemontana a una altura sobre el nivel del mar entre los 1200 y 1300 m. La mayoría están localizados en los cursos de agua temporarios que bajan hacia el llano y circunscriptos en

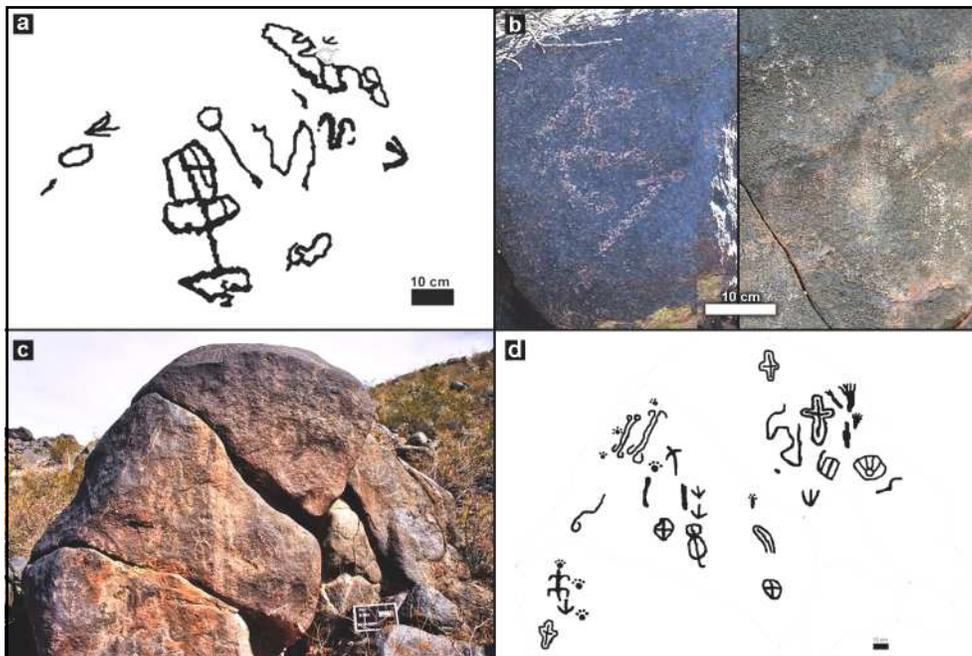


Figura 5. *a = calco del bloque 8 (cara B) del sitio PQ. Se indica superposición en color más claro, b = ejemplos de figuras humanas de los sitios QCCN (izquierda) y QLL (derecha), c y d = foto y calco del bloque 28 (cara A) del sitio PQ.*

ambientes de tipo rincón. En forma excepcional, dos de estos sitios presentan características ambientales que difieren de las antes mencionadas. Uno de ellos es PO, que se ubica en una lomada que permite una visión ininterrumpida del terreno circundante. El otro sitio es QV que se encuentra en una pequeña quebrada.

El único sitio mediano identificado (QLL) se ubica en el extremo septentrional de la región estudiada, a 1340 msnm en las inmediaciones del cerro Lagares. A su vez, se distingue del resto de los sitios analizados por ser el único caso que registra el uso de paredes para la

Tipos de Motivos	Pequeños										Mediano			Grandes		Total
	Corral	LT	LRN	LRS	PO	PQC	QCCN	QV	QLL	PPM	PQ					
Círculo	33,33%	9,68%	14,29%	8,33%	13,04%		21,74%		3,80%	16,02%	13,47%	12,68%				
Círculo con línea	33,33%	16,13%	19,05%	8,33%	13,04%		17,39%	20,00%	3,80%	6,63%	9,43%	9,22%				
Círculo con línea interna			4,76%				8,70%	6,67%	1,27%	8,29%	3,37%	4,32%				
Círculos concéntricos		3,23%	14,29%						1,27%	2,76%	2,02%	2,31%				
Cruz								6,67%	3,80%	1,66%	1,35%	1,59%				
Cruz de cont. curvilíneo		3,23%	19,05%			22,22%	4,35%	6,67%	2,53%	3,87%	5,72%	5,04%				
Cuad. c/ diseños internos		6,45%		16,67%				6,67%		1,10%	2,02%	1,87%				
Figura sinuosa			4,76%	16,67%			4,35%		6,33%	1,10%	4,71%	3,60%				
Geométrico complejo		3,23%			13,04%	22,22%	8,70%	20,00%	7,59%	4,42%	7,74%	6,92%				
Línea curva		6,45%	4,76%		8,70%				6,33%	2,76%	5,05%	4,32%				
L. en V con extr. dif.						11,11%			2,53%		2,02%	1,30%				
Línea quebrada	33,33%	16,13%			17,39%		4,35%	20,00%	11,39%	10,50%	7,74%	9,37%				
Línea recta		3,23%	4,76%		8,70%	11,11%	4,35%		2,53%	4,42%	1,35%	2,88%				
Línea sinuosa		22,58%	4,76%	8,33%	8,70%			6,67%	20,25%	12,15%	6,73%	10,09%				
Línea con extr. dif.						11,11%	4,35%	6,67%	3,80%	3,31%	8,08%	5,19%				
Semicírculo					4,35%				3,80%	6,63%	2,02%	3,17%				
Trazo			4,76%		8,70%		13,04%		3,80%	1,10%	5,39%	3,89%				
Otros abstractos			4,76%	16,67%		22,22%	4,35%		3,80%	3,31%	1,35%	2,74%				
Total abstractos	100%	90,32%	100%	75,00%	95,65%	100%	95,65%	100%	88,61%	90,06%	89,56%	90,49%				
Camélido				16,67%					1,27%	0,55%	0,67%	0,86%				
Lagartija											0,67%	0,29%				
Pisada o rastro de ave									6,33%	8,29%	6,06%	5,48%				
Pisada o rastro de felino					4,35%				1,27%	1,10%	1,35%	1,15%				
Total zoonorios				16,67%	4,35%				8,86%	9,94%	8,75%	7,78%				
Figura humana		9,68%					4,35%		2,53%		0,67%	1,15%				
Pisada o rastro de humano											0,67%	0,29%				
Rostro				8,33%							0,34%	0,29%				
Total antropomorfos		9,68%		8,33%			4,35%		2,53%		1,68%	1,73%				
TOTAL GENERAL (%)	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100%				
TOTAL GENERAL (N)	3	31	21	12	23	9	23	15	79	181	297	694				

Tabla 5. Tipos de motivos documentados en el norte de la sierra de Valle Fértil (no se consideran los indeterminados).

Referencias: Cuad. = Cuadrilátero, c/= con, L.= Línea, extr. dif.= extremos diferenciados

Tipos	Subtipos					Total %	Total N	
	A	B	C	D	E			
Abstractos	Círculo	60,23%	23,86%	15,91%			100%	88
	Círculo con línea	54,69%	45,31%				100%	64
	Círculo con línea interna	73,33%	26,67%				100%	30
	Círculos Concéntricos	68,75%	31,25%				100%	16
	Cruz de contorno curvilíneo	54,29%	20,00%	25,71%			100%	35
	Figura sinuosa	52,00%	48,00%				100%	25
	Geométrico complejo	27,08%	72,92%				100%	48
	Línea curva	76,67%	23,33%				100%	30
	Línea quebrada	66,15%	33,85%				100%	65
	Línea sinuosa	87,14%	12,86%				100%	70
	Línea con extremos diferenciados	25,00%	11,11%	22,22%	27,78%	13,89%	100%	36
	Semicírculo	77,27%	22,73%				100%	22

Tabla 6. Subtipos de motivos presentes en el área.

ejecución de los grabados. Éstas enmarcan un curso de agua temporario y, específicamente un lagar, reservorio natural de agua sobre lecho rocoso que puede perdurar entre uno a tres meses (Herrera y Damiani com. pers.). Los dos sitios grandes se ubican en emplazamientos de mayor altitud (entre 1350 y 1500 msnm) donde convergen varias quebradas (PQ) o, como en el caso de PPM, en un portezuelo o abra. Cabe destacar que tanto el sitio mediano como los grandes se localizarían en el cordón montañoso dado que su altitud supera los 1300 msnm.

Resulta de interés evaluar la representación de los distintos tipos de motivos y subtipos en cada uno de los sitios. En primer lugar, se evidencia una serie de similitudes entre ellos, siendo la más notoria el predominio de motivos abstractos en todos ellos en una frecuencia mayor al 80%, a excepción del caso de LRS (Tablas 4 y 5). Mientras que prácticamente todos los tipos se registran en sitios medianos y grandes, se observa que algunos se encuentran escasamente representados en los pequeños. Así, ciertos tipos se registran de manera casi exclusiva en los grandes y el mediano (círculos con líneas internas, círculos concéntricos, cruces, cuadriláteros con diseños internos, figuras sinuosas, líneas curvas, líneas en V con extremos diferenciados, líneas con extremos diferenciados, semicírculos y trazos).

Por otra parte, los zoomorfos se presentan en mayores porcentajes en el sitio mediano (8,24%) y los grandes (8,63%) en contraposición con los pequeños (1,97%) (Tabla 4). En particular, se documentan en cinco de los 11 sitios, en los dos sitios grandes, en el mediano y sólo en dos de los pequeños. Si se consideran los tipos de motivos (Tabla 5), se observan frecuencias variables de cada uno de ellos. Los cuatro tipos se documentan en conjunto solamente en el sitio grande PQ, mientras que en los sitios pequeños hay dos camélidos en

LRS y una pisada de felino en PO. Así, los tridígitos se observan de manera exclusiva en los sitios medianos y grandes y las lagartijas únicamente en PQ.

Por último, los motivos antropomorfos se registran en proporciones mayores en los sitios pequeños (3,29%) seguidos por el mediano (2,35%) y los grandes en último lugar (0,98%) (Tabla 4). Específicamente, se localizan en cinco sitios, en este caso, en tres de los pequeños, en el mediano y en uno de los grandes, destacando su ausencia en PPM. Al considerarse los tipos (Tabla 5), mientras que las figuras humanas se encuentran en bajas densidades en sitios de diversas dimensiones, las huellas sólo se hallan en PQ y los rostros uno en PQ y otro en LRS.

En términos generales, se observa que a medida que se incrementa la frecuencia de motivos, aumenta la cantidad de tipos identificados en cada sitio. Sin embargo, destaca la representación casi exclusiva de determinados tipos de motivos en los sitios de dimensiones más grandes (por ejemplo, círculos concéntricos, figuras sinuosas, líneas con extremos diferenciados, lagartijas, tridígitos y huellas humanas) en contraposición con una distribución más homogénea de otros (círculos, círculos con línea, líneas quebradas y figuras humanas, entre otros). Al considerar los subtipos mencionados en el apartado anterior, se evidencia que toda la diversidad se registra únicamente en el sitio PQ. En particular, se destaca que los distintos subtipos de las cruces de contorno curvilíneo y de líneas con extremos diferenciados se encuentran en conjunto solamente en los sitios grandes y, en el primer caso, específicamente en PQ, único sitio donde se documentaron las cruces dobles (subtipo B).

Por último, revisando la distribución de las superposiciones, se observó que en su mayoría (N: 15) se documentan en los sitios grandes, destacándose PQ con 11 de ellas. No obstante, resulta interesante destacar que los sitios pequeños presentan un índice mayor de superposiciones por cantidad de motivos.

Comparación intra-sitio

Por otra parte, también interesa evaluar la distribución de los motivos al interior de los sitios, así como el uso de los soportes. Como se mencionó anteriormente, en su mayor parte se seleccionaron bloques, ejecutándose grabados en una única cara o hasta en cinco de ellas. Sólo en uno de los sitios (QLL) se utilizaron paredes. A pesar de la amplia disponibilidad de soportes, el número utilizado en cada uno de los sitios es muy variable (Tabla 1). En los sitios pequeños se emplearon pocos bloques (entre 2 y 6), en el mediano 14 y en los grandes: 42 en PPM y 71 en PQ.

Los soportes empleados se distribuyen de manera diferencial, localizándose tanto ejemplos dispersos como concentrados, es decir, dos o más soportes ubicados a una distancia igual o menor a 5 m (Tabla 7). Así, se observa que los soportes con grabados tienden a estar concentrados. En los sitios pequeños generalmente se presenta una única concentración de dimensiones menores (entre 2 y 6 bloques), siendo las excepciones LT, constituido por dos concentraciones chicas de bloques, y PQC, conformado por dos bloques dispersos, es decir, ubicados a una distancia mayor a 5 m. En el sitio mediano, que se compone de 14 paredes, mientras cinco soportes se encuentran en forma dispersa, los restantes se disponen en forma agrupada formando dos concentraciones de menores dimensiones, una de ellas de tres y la otra de seis paredes. En esta última, los soportes se ubican alrededor del lagar.

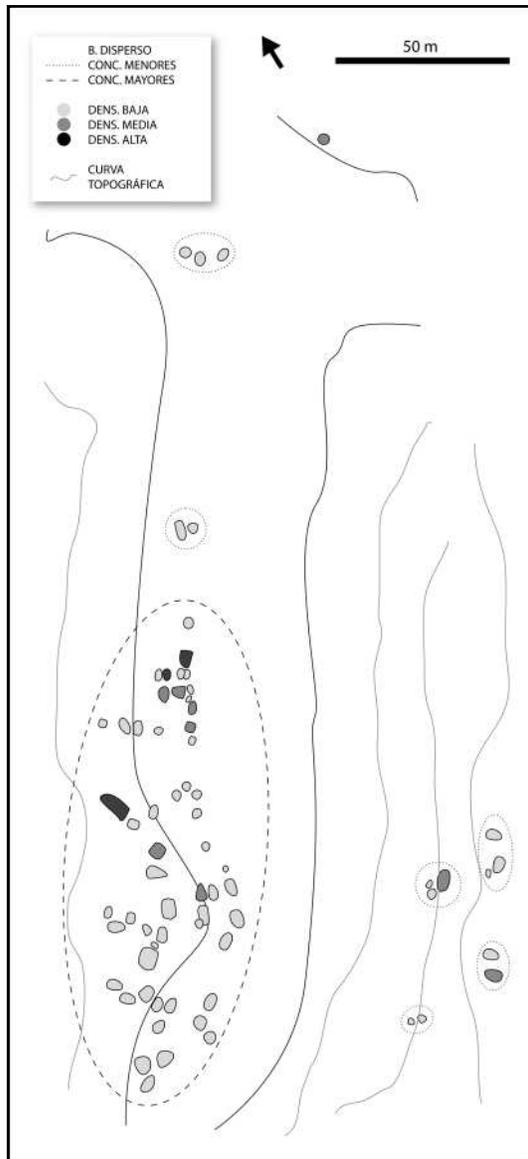


Figura 6. Croquis con la distribución de los bloques con grabados en el sitio PQ.

Referencias: Conc. = Concentración, Dens. = Densidad.

En los sitios grandes también se relevaron soportes tanto dispersos como agrupados. No obstante, se destaca que en ellos se registran concentraciones de diversos tamaños, es decir, reuniendo diferente cantidad de bloques. Así, en ambos sitios hay seis concentraciones de dimensiones chicas (de 2 a 4 bloques) y una concentración mayor (Figura 6 y Tabla 7). En el caso de PPM esta última cuenta con 21 bloques y en PQ con 55. Los soportes restantes, un bloque en PQ y cuatro bloques en PPM se encuentran dispersos.

Por otra parte, se evidencia que los motivos fueron ejecutados en los distintos soportes en forma heterogénea. Así, se registran bloques de baja densidad de motivos (1 a 5), media (6 a 20) y alta (21 a 42) (Tabla 7 y Figura 6). En la mayor cantidad de soportes (N: 122) se ejecutaron de 1 a 5 motivos, presentando por tanto una densidad baja, sin importar las dimensiones de los sitios. No obstante, asimismo en todos los sitios se registraron en menor frecuencia soportes de densidades medias (entre 6 y 20 motivos). Destacan los casos de LRS, donde dos de los tres bloques presentan estas densidades, y QLL, en el cual casi la mitad de las paredes presentan esta cantidad de motivos. Solamente se registraron tres bloques de densidad alta (entre 21 y 42 motivos), todos ellos localizados en el sitio de mayores dimensiones (PQ).

Cuando se considera en conjunto la ubicación de los soportes y la cantidad de motivos ejecutados (Tabla 7), se observa que los soportes de densidades bajas y medias pueden presentarse tanto de manera dispersa como en concentraciones de distintas dimensiones. En contraposición, los bloques con una alta densidad de motivos se ubican exclusivamente en la concentración mayor del sitio PQ.

Resulta asimismo de interés considerar algunas particularidades referidas a la distribución de las distintas categorías y tipos de motivos al interior de los sitios ya que se evidencia que algunas de ellas se distribuyen de manera diferencial en los soportes. Ciertos tipos suelen presentarse en las concentraciones menores de distinto tamaño de sitio, siendo el caso de los círculos concéntricos (subtipo A), las cruces de contorno curvilíneo (subtipos B y C), los

cuadriláteros con diseños internos y las líneas rectas y sinuosas (subtipo A). Dentro de los figurativos, se observa una situación semejante en las figuras humanas y los rostros. Por otra parte, algunos motivos se localizan en porcentajes más altos en las concentraciones de mayores dimensiones de los sitios grandes. Estos son: los círculos con líneas internas, las cruces, los semicírculos, las líneas con extremos diferenciados, los tridígitos, las lagartijas y las pisadas humanas. Resumiendo, se observa que algunos tipos de motivos presentan una distribución diferencial al interior de los sitios, de manera que se habrían seleccionado soportes de diversas características para su ejecución.

Finalmente, las superposiciones se registran casi exclusivamente en bloques que forman concentraciones, tanto pequeñas como grandes, y de densidades media y alta de motivos. Excepcionalmente se registró una superposición en un bloque disperso en el sitio PQ y dos casos de superposiciones en un bloque de baja densidad en el sitio PPM.

Evidencias asociadas

En este acápite se refiere brevemente las otras evidencias arqueológicas asociadas a los sitios con arte rupestre. Una primera apreciación fue realizada por Re y colaboradores (2009), buscándose aquí actualizar la información que se encuentra disponible. En primer lugar, en la Tabla 1 se evidencia que mientras que algunos sitios presentan diversas líneas de evidencia en conjunto, en otros el arte rupestre se encuentra de manera aislada.

Sitios		S. Dispersos		S. en Conc. Menores		S. en Conc. Mayores			Total
		Dens. Baja	Dens. Media	Dens. Baja	Dens. Media	Dens. Baja	Dens. Media	Dens. Alta	
Peq.	Corral			2					2
	LT			4	2				6
	LRN			3	1				4
	LRS			1	2				3
	PO			4	1				5
	PQC	1	1						2
	QCCN			6	1				7
	QV			2	1				3
Med.	QLL	3	2	4	4				13
Grandes	PPM	4		14	3	15	6		42
	PQ		1	13	2	46	6	3	71
Total		8	4	53	17	61	12	3	158

Tabla 7. Clasificación de los soportes empleados de acuerdo a su ubicación (disperso, en concentración menor o en concentración mayor) y a la cantidad de motivos ejecutados (densidad baja, media o alta). Referencias: S. = Soportes, Conc. = Concentraciones, Dens. = Densidad, Peq. = Pequeños, Med. = Mediano.

De esta manera, se observa que la mitad de los sitios pequeños, ubicados en la faja pedemontana, se asocian directamente a concentraciones de material lítico y cerámico, bloques con morteros y/o estructuras circulares de piedra, algunas de colores (Tabla 1). Cabe aclarar que, si bien en QCCN y Corral no se registraron otras evidencias, éstos conforman con PQC una localidad arqueológica, encontrándose por tanto muy próximos (Figura 2). Éste también es el caso de LRS y LRN, los cuales se hallan a 500 m del sitio Los Rincones Estructuras, hallándose por tanto en relación a una serie de estructuras y material lítico y cerámico en superficie. Además, se debe tener presente que, en función de su cercanía a los poblados actuales y a la ruta provincial, algunos de los sitios pequeños estuvieron expuestos al huaqueo. Como se mencionó en el apartado Antecedentes, el análisis del material cerámico y lítico en PQC y LT, en conjunción con los fechados, permitió sugerir la realización actividades múltiples orientadas al procesamiento de recursos locales al menos durante el Período Agroalfarero Medio (Guráieb *et al.* 2010).

Como se mencionó antes, los sitios de mayores dimensiones se localizan en el cordón montañoso. El único sitio mediano identificado (QLL) se ubica en el extremo norte de la región estudiada y no se encuentra asociado a otro tipo de evidencias arqueológicas (Figura 2). Los dos sitios grandes, localizados en espacios de mayor altura, presentan diferentes características. Por un lado se registraron pequeñas cantidades de material lítico y cerámico en PPM, el cual se halla a 1350 msnm en un portezuelo. En este último caso se debe tener presente su cercanía (500 m) a un conjunto de dos estructuras de piedra con gran cantidad de materiales y dos morteros asociados en la margen del río El Durazno (Rolandi *et al.* 2003) (Figura 2). Por otra parte, en PQ, ubicado a 1500 msnm y en la confluencia de diversas quebradas, no se encontraron otros materiales arqueológicos asociados.

Cabe destacar que en el piedemonte del norte de la sierra de Valle Fértil se documentaron además otros sitios arqueológicos entre cuyas evidencias no se incluye el arte rupestre (Guráieb *et al.* 2007; Re *et al.* 2009; Rolandi *et al.* 2003). En éstos se registraron diversas estructuras de piedra, concentraciones de material lítico y cerámico en superficie y, en algunos casos, morteros. Estos son, de norte a sur, Los Pasantes, Loma Las Vizcachas, Piedras de Afilar, Estructura Río de los Mineros, Loma del Balde Viejo, Río El Durazno, Los Rincones Estructuras y Morteritos (Figura 2).

De tal manera, las restantes líneas de evidencia arqueológicas apuntan a la realización de diverso tipo de actividades en la faja pedemontana de la sierra de Valle Fértil, principalmente en los ambientes de tipo rincón y en asociación a los cauces temporarios de los ríos de la región. Por el contrario, la ocupación humana del cordón montañoso se halla señalizada principalmente por el arte rupestre.

Discusión y conclusiones

Tal como se anticipara en la introducción, los objetivos del presente artículo son, por un lado, la profundización del estudio del arte rupestre del norte de la sierra de Valle Fértil y, por el otro, la evaluación de los diversos roles adoptados por el mismo en las sociedades del pasado. A lo largo de las páginas se hizo evidente, a partir del análisis de los motivos registrados, tanto semejanzas como diferencias al interior del área seleccionada. Así, se observó que el arte rupestre de la misma se caracteriza por un claro predominio de grabados abstractos. Dentro de los mismos se identificó una alta diversidad morfológica, diferenciándose 22 tipos y varios subtipos al interior de más de la mitad de ellos. Se observó

una mayor frecuencia de círculos, líneas sinuosas, líneas quebradas y círculos con línea. Por otra parte, los motivos figurativos, tanto zoomorfos (4 tipos) como antropomorfos (3 tipos), se encontraron más escasamente representados. En términos generales, las representaciones fueron ejecutadas en bloques de granito concentrados, es decir, dos o más soportes ubicados a una distancia igual o menor a 5 m. Se observó que la mayor parte de los soportes presentan una baja densidad de motivos (1 a 5).

No obstante, también quedó claro que los motivos, así como algunos tipos en particular, se distribuían de manera diferencial en el espacio. Así, se distinguieron ocho sitios pequeños (1 a 50 motivos), uno mediano (51 a 150 motivos) y dos grandes (más de 151 motivos). Como se planteó antes, los sitios pequeños son los más comunes y se encuentran en el piedemonte de la sierra, generalmente en ambientes de rincón y en cercanía a cursos de agua temporarios. De esta manera, desde los mismos se suele tener una visión del entorno muy restringida. Asimismo, se destacó su asociación con evidencias de ocupación relativamente estable asignables al período Agroalfarero Medio, si bien se reconoció a su vez un posible lapso temporal más amplio (Guráieb *et al.* 2010). Se encuentran en la zona más intensamente ocupada actualmente y de mayor potencial productivo. En todos ellos se registraron frecuencias bajas de motivos, desde 3 casos en el sitio Corral hasta 34 en LT. Éstos se disponen generalmente en una única concentración de 2 a 6 bloques, los cuales presentan en su mayoría una baja densidad de motivos. Se registra una menor variedad de motivos rupestres, con escasos figurativos, si bien destaca el porcentaje levemente mayor de la categoría antropomorfos (3,29%).

Dentro de los sitios pequeños se observaron asimismo algunas particularidades. Por ejemplo, llama la atención el sitio LRS, el cual presenta una mayor frecuencia de figurativos, incluyendo tanto camélidos como un rostro, y donde dos de los tres bloques que lo componen son de densidad media (6 a 20 motivos). Por otra parte, LT es el que cuenta con una mayor cantidad relativa de motivos y bloques empleados, encontrándose dispuestos los mismos en dos concentraciones pequeñas que enmarcan el sector con materiales líticos y cerámicos. Por último y, como se mencionó anteriormente, tanto PO como QV presentan condiciones ambientales diferenciales a las del resto de los sitios pequeños considerados.

Por otra parte, los sitios con una mayor cantidad de motivos (el mediano y los grandes) se encuentran a una mayor altitud, localizándose por tanto en el cordón montañoso, si bien en distintos sectores del mismo. En los mismos se registró la presencia casi exclusiva de determinados tipos de motivos como los círculos concéntricos, las figuras sinuosas y las líneas con extremos diferenciados, entre los abstractos y de los tridígitos, dentro de los zoomorfos.

El único sitio mediano detectado, QLL con 85 motivos, resalta por su ubicación en el extremo norte del área seleccionada en este artículo, siendo el más alejado, y por su asociación con un lugar, el cual actúa como reservorio temporal de agua en determinadas estaciones. Destaca la ausencia de otras evidencias arqueológicas en proximidad a los grabados. Este sitio es el único donde se utilizaron paredes para ejecutar las representaciones rupestres, distribuyéndose en dos concentraciones pequeñas y algunos soportes dispersos. Casi la mitad de las mismas presentan una densidad media de motivos. Llama la atención una alta representación relativa de los zoomorfos (8,24%) y en menor medida de los antropomorfos (2,35%).

Por otra parte, los sitios grandes, localizados a mayor altitud, se caracterizan precisamente por una mayor cantidad de motivos distribuidos tanto en bloques dispersos como en concentraciones de diversas dimensiones. Asimismo, concentran la mayor cantidad de superposiciones de la zona de valles y quebradas. Es de interés destacar una alta frecuencia relativa de zoomorfos (8,63%) y en contraposición una muy escasa representación de antropomorfos (0,98%). En particular, PPM cuenta 198 motivos distribuidos en 42 bloques. Si bien presenta una gran variedad de motivos, destaca la ausencia de antropomorfos en cualquiera de sus variantes. Como se mencionó antes, el sitio se localiza en un portezuelo con amplia visibilidad en dos direcciones, a 500 m de evidencias de ocupación en las márgenes del río El Durazno.

Por último, PQ es el sitio de mayores dimensiones del área considerada con 312 motivos en 71 bloques. Se destaca por ser el único que presenta toda la variedad de tipos y subtipos de motivos definidos en este trabajo. De esta manera, algunos de ellos son exclusivos de este sitio, como las cruces de contorno curvilíneo (subtipo B), las pisadas humanas y las lagartijas. Además, sólo en él se han documentado bloques con una alta densidad de motivos (21 a 42 motivos) y 11 casos de superposiciones. En contraposición, llama la atención su mayor altitud y la ausencia de otras evidencias arqueológicas de ocupación humana.

La necesidad de considerar el arte rupestre en su contexto, evaluando tanto las restantes líneas de evidencias como su emplazamiento particular ha sido reconocida por numerosos autores de diversos marcos teóricos (Aschero 1988; Conkey 2001; Hartley y Wolley Vawser 1998; Mithen 1996; Quinlan y Woody 2003; Schaafsma 1985; entre otros). Se ha planteado que los distintos contextos del arte rupestre inciden en los roles que el mismo habría cumplido, ya que éstos indicarían con quién o quienes se quería comunicar e interactuar a través de él. De esta manera, Quinlan y Woody (2003) proponen que el arte rupestre ubicado en o en proximidad a lugares de habitación, es decir, en un contexto doméstico, habría sido encontrado por gran parte de la sociedad en sus actividades cotidianas. Aquel emplazado en lugares más alejados solamente habría sido ejecutado y/o utilizado por un segmento de la población. Estos autores sostienen que las representaciones ubicadas en contextos domésticos habrían sido potencialmente utilizadas para negociar relaciones sociales y definir identidades culturales. Por otra parte, Hartley y Wolley Vawser (1998) sostienen que el arte rupestre podría haber sido utilizado como demarcador de caminos a fin de facilitar la orientación espacial de las personas en el tránsito por el paisaje (ver Podestá *et al.* 2011 para una aplicación de estos conceptos al arte rupestre histórico de Ischigualasto) o también para restringir el acceso a determinados lugares mediante una reclamación de propiedad. Estos autores representan sólo algunos ejemplos de los roles que se le ha asignado al arte rupestre.

A falta de dataciones directas, la asociación entre el arte rupestre y las restantes evidencias es un problema que requiere de evaluación caso a caso. En el área de investigación, las escasas superposiciones y la ausencia de diferenciación en las pátinas de los grabados ha sustentado la consideración de un lapso temporal de ejecución relativamente corto, entre ca. 600 y 1500 años d.C. sobre la base de distintos indicadores (Re *et al.* 2009). Asimismo, las semejanzas observadas en los tipos de motivos en un área relativamente pequeña (Figura 2), es decir, la presencia de un mismo repertorio de motivos, permiten asumir que las diferentes localizaciones del arte rupestre analizado en este trabajo eran conocidas y/o utilizadas por los mismos grupos humanos. De esta manera, se asume en un principio que los productores del arte rupestre habrían sido parte de los mismos grupos cuyas actividades son atestiguadas por las restantes evidencias arqueológicas.

Así, se plantea que el contexto de ejecución del arte rupestre en el área considerada ha sido variado. En primera instancia, se sostiene que los motivos localizados en sitios pequeños habrían sido ejecutados y/o utilizados en su mayoría en lugares de habitación más o menos prolongada y, por tanto, en un contexto doméstico, siendo partícipes todos los integrantes de la sociedad. En contraposición, aquellos ubicados en el sitio mediano y los grandes se relacionarían principalmente con espacios de tránsito y localización de recursos particulares, cumpliendo un rol en tanto demarcadores espaciales para la circulación. No obstante, estos sitios presentan particularidades. Mientras que PPM se encuentra próximo a evidencias de ocupación permanente, éste no es el caso de QLL y PQ. Así, cabe preguntarse en qué medida estos últimos fueron producidos y/o utilizados por la sociedad en su conjunto o solamente por un segmento de ella.

En este punto, es de interés retomar una distinción realizada por Nielsen (2006). Este autor resalta la necesidad de evaluar en los estudios de interacción tanto los nodos como los internodos, aquellos espacios “vacíos” o escasamente poblados que están en el medio, cuya ocupación se caracteriza por ser de tránsito o con objeto de tareas extractivas. Plantea que el registro arqueológico de estos últimos espacios tiende a ser poco denso y, por lo tanto, poco visible y obstrusivo, a menos que se dé una importante redundancia en su uso. Se debe tener presente que el investigador plantea que la definición de los mismos dependerá de la escala de análisis. A continuación se evalúa esta problemática en el caso bajo estudio en diferentes escalas espaciales. En primer lugar, se la considera al interior de la zona de valles y quebradas, área seleccionada en este artículo. Luego esta última es contemplada en conjunto con la colindante hoyada de Ischigualasto, la cual también es parte del área de investigación tal como se mencionara en apartados precedentes. Por último, se plantea una primera comparación en una escala espacial más amplia con regiones más alejadas y abordadas por otros investigadores.

Al interior de la zona de valles y quebradas, es posible sugerir que la faja pedemontana, la cual presenta la mayor cantidad de sitios con y sin grabados, habría funcionado como un nodo de las ocupaciones agroalfareras prehispánicas, es decir, donde se habrían encontrado los asentamientos relativamente permanentes. Al mismo tiempo, otros espacios como el cordón montañoso habrían cumplido un rol internodal. En este sentido, lugares como PPM, PQ y QLL habrían sido espacios de tránsito u objeto de tareas extractivas. Así, se destaca que los espacios internodales en el área considerada habrían sido demarcados mediante una mayor cantidad y diversidad de motivos rupestres.

Si se considera la hoyada de Ischigualasto, se evidencia una menor cantidad de motivos y diversidad de abstractos en conjunto con una mayor frecuencia relativa y variedad de motivos figurativos (Re et al. 2009; Romero y Re 2011). Este hecho resulta de interés dado que se ha planteado que esta hoyada habría sido un espacio internodal en función de sus características ambientales en tiempos prehispánicos (Romero y Re 2011) y aún en momentos históricos (Podestá et al. 2011). Siendo así, a futuro deberá evaluarse la posibilidad de que distintos espacios de tránsito hayan sido demarcados de diferentes maneras.

Si se cambia la escala y se considera una perspectiva espacial más amplia, se debe reconsiderar los espacios que habrían actuado como nodos e internodos de la interacción. Según Nielsen (2006), en este caso en los nodos se observarían densidades altas de población estable mientras que en los internodos se registrarían densidades relativamente bajas o nulas de población. Como se describió en los antecedentes, las investigaciones en la provincia

de San Juan se han focalizado en los valles preandinos y precordilleranos, destacándose la diversidad y cantidad de evidencias arqueológicas que apuntan a ocupaciones intensas durante un amplio lapso temporal (Gambier 2000; García 2010). Por otra parte, en el área de investigación el análisis del registro arqueológico de dos de los sitios con mayor cantidad de evidencias de la faja pedemontana (PQC y LT) apunta a ocupaciones poco densas enfocadas en el procesamiento de recursos locales (Guráieb *et al.* 2010). De esta manera, en primera instancia, en una escala espacial amplia, podría considerarse al área de estudio, que incluye tanto la hoyada de Ischigualasto como las estribaciones septentrionales de la sierra de Valle Fértil, como un espacio internodal, ya que probablemente presentaría una baja densidad relativa de población. No obstante, dado que las investigaciones se iniciaron en tiempos recientes, se espera que las nuevas evidencias que se generen a futuro permitan evaluar de mejor manera esta idea .

A fin de considerar la interacción en una escala espacial amplia, cabe reflexionar sobre las similitudes y diferencias observadas con el arte rupestre de regiones cercanas. Si bien la comparación muchas veces se dificulta por la ausencia de datos cuantitativos, se evidencia que hacia el norte del área de estudio en el sur de la provincia de La Rioja en el Parque Nacional Talampaya (Ferraro 2005; Giordano y Gonaldi 1991), en Los Colorados (Falchi y Torres 2010; INAPL 2009) y en Palancho (Falchi *et al.* en este volumen) se registra una mayor frecuencia relativa y diversidad de motivos figurativos, así como un rango más amplio de técnicas de grabado. Mientras que se comparten algunos motivos abstractos como las líneas rectas, sinuosas y quebradas, círculos y círculos con línea, cruces de contorno curvilíneo y líneas con extremos diferenciados y figurativos como camélidos, figuras y huellas humanas, pisadas de felino y tridígitos, éstos se encuentran en diferentes porcentajes. Además, algunos tipos y diseños son exclusivos de determinadas áreas. Así, en el norte de la sierra de Valle Fértil se encuentran ausentes las líneas y figuras escalonadas y almenadas, los enmarcados, los suris y huellas de camélidos. Por otra parte, cuando se compara con el arte rupestre registrado al sur de la sierra de Valle Fértil y norte de La Huerta, se observan similitudes relacionadas con el emplazamiento de los sitios y los tipos de motivos registrados (figuras humanas, tridígitos, camélido, distintas variedades de líneas y círculos y cuadrilátero con diseños internos) (Cahiza 2006-2007). No se habrían registrado casos de cruces de contorno curvilíneo, líneas con extremos diferenciados, rostros, pisadas humanas, lagartijas y huellas de felino, si bien cabe tener presente las posibles diferencias de criterio entre los investigadores. A pesar de que no se encuentran disponibles datos cuantitativos, los sitios referidos parecen ser pequeños y medianos en términos de cantidad de motivos y soportes utilizados para su ejecución.

La comparación con las representaciones rupestres de otras regiones de San Juan como los valles preandinos y precordilleranos en esta instancia es aún más difícil. No obstante, se evidenciaría en los mismos una mayor cantidad de grabados y una mayor diversidad morfológica, incluyendo gran variedad de diseños de motivos figurativos (García *et al.* 2011; López y García 2011; Riveros 2010, 2011). Es de esperar que a medida que avancen las investigaciones se pueda explorar esta vía de la comparación.

Dado los escasos datos cronológicos disponibles en las distintas áreas, todavía resulta difícil establecer hasta qué punto las diferencias entre ellas se relacionan con distintos momentos de ejecución, tal como se observara en Palancho (Falchi *et al.* en este volumen) o diversas esferas de interacción social, en las cuales el arte rupestre podría haber actuado como un demarcador de tipo social. Se espera que las futuras investigaciones puedan avanzar en este sentido.

Concluyendo, el estudio del arte rupestre del norte de la sierra de Valle Fértil ha permitido establecer que los roles adoptados por el mismo son diversos y de ninguna manera simples de establecer. Si bien se entiende que todas las representaciones rupestres pueden ser entendidas como una forma de comunicación, el contenido de la información transmitida así como el segmento de la sociedad con el que se desea comunicar e interactuar es variable, destacándose la necesidad de llevar a cabo un análisis contextual. Por otra parte, se espera que los datos aportados e interrogantes planteados demuestren que las investigaciones arqueológicas en el noreste de la provincia de San Juan se encuentran en su inicio y que su abordaje y profundización a futuro serán de gran interés y utilidad asimismo para comprender las ocupaciones humanas en un área de transición entre el Noroeste y el Centro-Oeste argentino.

Agradecimientos

Queremos agradecer a todos los integrantes del equipo que colaboraron en diferentes instancias de este trabajo, especialmente a Diana Rolandi y María Pía Falchi quienes nos acompañaron en todos los relevamientos. También a los pobladores de Baldecitos, Los Rincones y Balde del Rosario quienes hicieron posible los trabajos de campo, en particular a Dante Herrera y Miguel Ontivero. A Matías Salinas por colaborar con el tratamiento digital de las figuras. Al evaluador anónimo y a Pablo Cahiza por sus valiosos comentarios. Finalmente a los editores de Comechingonia por la oportunidad de publicar este trabajo.

Bibliografía citada

Ardissone, R. y M. Grondona
1953 *La instalación aborigen en Valle Fértil*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Aschero, C. A.
1988 Pinturas rupestres, actividades y recursos naturales: un encuadre arqueológico. *Arqueología Contemporánea Argentina. Actualidad y Perspectivas* (ed. por H. Yacobaccio), pp. 109-145. Ediciones Búsqueda, Buenos Aires.

Cahiza, P.
2006-2007 Una perspectiva espacial para el estudio de la representaciones rupestres de Valle Fértil (provincia de San Juan). *Cuadernos del INAPL* 21: 253-258.
2007 Las sociedades formativas tardías de Valle Fértil, San Juan. *Comechingonia*. Revista de Arqueología 10: 79-94.

Conkey, M.
2001 Hunting for images, gathering up meanings: art for life in hunting-gathering societies. *Hunter-gatherers. An interdisciplinary perspective* (ed. por C. Panter-Brick, R. Layton y P. Rowley-Conwy), pp. 267-291. Cambridge University Press, Cambridge.

Consens, M.
2003 San Juan y su arte rupestre: acotaciones críticas a intentos de sistematización. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo 3, pp. 185-200. Córdoba.

Falchi, M. P. y M. Torres
2010 Recursos didácticos para la valoración y conservación de sitios arqueológicos con arte rupestre. Artículo 81, *Anais do Congresso Internacional de Arte rupestre IFRAO*. Fundamentos IX vol. 4, pp. 1101-1109. Fundação Museu do Homem Americano. Piauí, Brasil.

Ferraro, L.

2005 *Los Pizarrones: investigación, conservación y difusión de arte rupestre en el Parque Nacional Talampaya*. Tesis de Licenciatura. Carrera de Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Gambier, M.

2000 *Prehistoria de San Juan*. Ansilta Editora, San Juan.

García, A.

2010 *Arqueología prehistórica de San Juan. La conquista indígena de los dominios del cóndor y el guanaco*. Universidad Nacional de San Juan, San Juan.

García, A., C. López y O. Damiani

2011 Relevamiento de sitios con representaciones rupestres en el valle de Calingasta (San Juan). Ponencia presentada a las *IX Jornadas de Investigadores en Arqueología y Etnohistoria del Centro-Oeste del País*. 24 al 26 de Agosto de 2011. Río Cuarto, Universidad Nacional de Río Cuarto.

García Llorca, J., P. A. Cahiza y J. P. Aguilar

2010 Análisis zooarqueológico de los componentes formativos del alero Las Tumanas, Valle Fértil. Informe preliminar. *Arqueología Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo, XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (ed. por R. Bárcena y H. Chiavazza), Tomo V, pp. 1765-1770. UNCuyo-CONICET, Mendoza.

Giordano, A. y M. E. Gonaldi

1991 Manifestaciones del Arte Rupestre en una Zona de Alto Interés Turístico. Una Política de Protección. *El Arte Rupestre en la Arqueología Contemporánea* (ed. por M. M. Podestá, M. I. Hernández Llosas y S. F. Renard de Coquet), pp. 85-91. Buenos Aires.

Guráieb, A. G., M. M. Podestá, D. Rolandi y O. Damiani

2007 Estructuras prehispánicas de piedras del Parque Provincial Ischigualasto y su área de amortiguación, Prov. de San Juan. *Actas XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Tras las huellas de la materialidad*. San Salvador de Jujuy, 8 al 12 de Octubre de 2007. Tomo III, pp. 529-535. Jujuy.

Guráieb, A. G., M. Rambla y D. Carro

2010 Primera aproximación al estudio del registro lítico y cerámico del Parque Provincial Ischigualasto (PPI). *Arqueología del Centro Oeste argentino: aportes desde las IV Jornadas Arqueológicas Cuyanas* (ed. por R. Bárcena), pp. 91-105. XAMA Serie Monografías. INCIHUSA, Mendoza.

Hartley, R. y A. Wolley Vawser

1998 Spatial behavior and learning in the prehistoric environment of the Colorado River drainage (south-eastern Utah), western North America. *The archaeology of rock art* (ed. por C. Chippindale y P. Taçon), pp. 185-211. Cambridge University Press, Cambridge.

INAPL

2009 *Los Colorados: un lugar para descubrir*. AINA, Buenos Aires.

- Lochbaum, A. L. de
1993 *Geomorfología del Alto de Ischigualasto, Valle Fértil, San Juan*. Trabajo Final de Lic. en Ciencias Geológicas. FCEF N, UNSJ.
- López, C. y A. García
2011 Arqueología y etnohistoria del centro-oeste argentino. *Publicación de las VIII Jornadas de Investigadores en Arqueología y Etnohistoria del Centro-Oeste del País* (comp. por C. M. Laferrère, F. Ribero y J. Díaz), pp. 363-374. Universidad Nacional de Río Cuarto, Río Cuarto.
- Mithen, S.
1996 Ecological Interpretations of Paleolithic Art. *Contemporary Archaeology in Theory* (ed. por R. Preucel y I. Hodder), pp. 79-96. Blackwell Publishers, Gran Bretaña.
- Monetta, A. y C. Mordo
1995-1996 *Ischigualasto-Talampaya. Tiempo de dinosaurios*. Editorial Manrique Zago, Buenos Aires.
- Morrone, J. J.
2005 Presentación sintética de un nuevo esquema biogeográfico de América Latina y el Caribe. *Regionalización Biogeográfica en Iberoamérica y Tópicos Afines* (ed. por J. Llorente y J. J. Morrone). Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Nielsen, A.
2006 Estudios internodales e interacción interregional en los Andes circumpuneños: teoría, método y ejemplos de aplicación. *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas: los Andes sur centrales* (ed. por H. Lechtman), pp. 29-62. Instituto de Estudios Peruanos e Institute of Andean Research, Lima.
- Pereyra, B. R.
2000 Clima de la provincia de San Juan. En *Catálogo de recursos humanos e información relacionada con la temática ambiental en la región andina*.
<http://www.cricyt.edu.ar/ladyot/catalogo/cdandes/cap10.htm#inhalt>.
Consultado el 15 de junio de 2010.
- Podestá, M. M., A. Re y G. Romero
2011 Visibilizando lo invisible. Grabados históricos como marcadores idiosincráticos en Ischigualasto. *En ruta. Arqueología, historia y etnografía del tráfico sur andino* (ed. por L. Núñez y A. Nielsen), pp. 341-372. Encuentro Grupo Editor, Córdoba.
- Podestá, M. M. y D. S. Rolandi
2000 Sobre dinosaurios y marcas de ganado. Prospección arqueológica en Ischigualasto (Valle de la Luna-Provincia de San Juan). *Novedades de Antropología. Boletín Informativo del INAPL* 37: 3-6.
2001 Marcas en el desierto. Arrieros en Ischigualasto (San Juan, Argentina). *Boletín de la Sociedad de Investigación del Arte Rupestre de Bolivia* 15: 63-73.

Podestá, M. M., D. Rolandi, A. Re, M. P. Falchi y O. Damiani
2006 Arrieros y marcas de ganado. Expresiones del arte rupestre de momentos históricos en el desierto de Ischigualasto. *Tramas en la Piedra. Producción y usos del arte rupestre* (ed. por D. Fiore y M. M. Podestá), pp. 169-190. SAA, INAPL, WAC, Buenos Aires.

Quinlan, A. y A. Woody
2003 Marks of distinction: rock art and ethnic identification in the Great Basin. *American Antiquity* 68 (2): 372-390.

Re, A.
2011 *Representaciones rupestres en mesetas altas de la provincia de Santa Cruz. Circulación de información en espacios de uso estacional*. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. MS.

Re, A., M. M. Podestá y D. Rolandi
2009 Arte rupestre prehispánico en valles y quebradas del Parque Provincial Ischigualasto y de su área de amortiguación (Provincia de San Juan, Argentina). *Crónicas sobre la piedra. Arte rupestre de Las Américas* (ed. por M. Sepúlveda, L. Briones y J. Chacama). Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.

Riveros, M. G.
2010 Petroglifos de Colangüil (San Juan, Argentina). Publicaciones del Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo 28 (nueva serie). *Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo*, UNSJ, San Juan.
2011 Petroglifos de Conconta (San Juan, Argentina). *Ponencia presentada a las IX Jornadas de Investigadores en Arqueología y Etnohistoria del Centro-Oeste del País*. 24 al 26 de Agosto de 2011. Río Cuarto, Universidad Nacional de Río Cuarto.

Riveros, M. G. y A. del V. Varela
2001 Ischigualasto: estudio preliminar del arte rupestre. *Publicaciones del Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo* 25: 131-147. Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, UNSJ, San Juan.

Rolandi, D., M. M. Podestá, G. Guráieb, A. Re y A. Vidal
2003 El patrimonio cultural en un área protegida de valor excepcional: Parque Provincial Ischigualasto (San Juan, Argentina). *Relaciones XXVIII*: 231-240.

Romero, G. y A. Re
2011 Arte rupestre y ocupaciones prehispánicas de la hoyada de Ischigualasto (provincia de San Juan). *Ponencia presentada a las IX Jornadas de Investigadores en Arqueología y Etnohistoria del Centro-Oeste del País*. 24 al 26 de Agosto de 2011. Río Cuarto, Universidad Nacional de Río Cuarto.

Sanchidrián Torti, J. L. y A. M. Márquez Alcántara
1998 Informe sobre la primera fase de intervención del Proyecto de Investigación. Documentación del arte rupestre de Ischigualasto (San Juan, Argentina) MS.

Schaafsma, P.

1985 Form, content and function: theory and method in North American rock art studies. *Advances in Archaeological Method and Theory* 8: 237-277. Academic Press, New York.

Schobinger, J. y C. Gradin

1985 *Arte rupestre de la Argentina. Cazadores de la Patagonia y agricultores andinos*. Encuentro Ediciones, Madrid.

Suvires, G. M.

2000 Geomorfología de la provincia de San Juan. En *Catálogo de recursos humanos e información relacionada con la temática ambiental en la región andina*.

<http://www.cricyt.edu.ar/ladyot/catalogo/cdandes/cap11.htm#inhalt>.

Consultado el 15 de junio de 2010.

VARIABILIDAD Y DISPERSIÓN DE LOS DISEÑOS DE CAMÉLIDOS EN EL OCCIDENTE DE CÓRDOBA (ARGENTINA). CIRCULACIÓN DE INFORMACIÓN, REPRODUCCIÓN SOCIAL Y CONSTRUCCIONES TERRITORIALES PREHISPÁNICAS.

M. Andrea Recalde¹ y Sebastián Pastor²

¹CONICET. Universidad Nacional de Córdoba. recaldema@yahoo.com.ar

²CONICET. Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti". pastorvcp@yahoo.com.ar

Presentado el: 15/07/2011 - Aceptado 28/10/2011

Resumen

Este trabajo tiene por objetivo establecer una comparación regional de las figuras de camélidos documentadas en 49 sitios con arte rupestre, distribuidos en diferentes áreas del sector occidental de las Sierras de Córdoba (sobre ambas vertientes del cordón de Serrezuela, las sierras y valle de Guasapampa y la sección sur del valle de Traslasierra). En el marco de un repertorio que refleja una significativa variabilidad, las figuras de estos artiodáctilos tienen una importante representatividad en el total de motivos y temas identificados. No obstante, lejos de mostrar diseños homogéneos, es factible distinguir siete cánones constructivos disímiles. El análisis comparativo ha permitido determinar diversos patrones de circulación y replicación de estos cánones en el paisaje, así como las prácticas sociales que activaban y sustentaban dicha transmisión, entendiendo que la presencia de determinados diseños en el repertorio local es un indicador de los vínculos y lazos entre los grupos que ocuparon las diferentes áreas del occidente cordobés durante el período prehispánico tardío (ca. 1500-350 AP).

Palabras claves: Arte rupestre, diseños de camélidos, circulación de información.

Abstract

The aim of this work is to establish a regional analysis of distribution of camelids motifs, documented in 49 rock art sites along different areas of western Córdoba Hills (Serrezuela hills, Guasapampa hills and valley, and south Traslasierra valley). The figure of this animal is important among all motifs and themes identified in the region. However is possible to define seven types or designs that are differentially distributed between the areas included in the study. In this context, our research has allowed to identify the patterns of circulation of these design in the landscape and, in the same way, definite the social practices which activate and supported this transmission. So the presence of some camelids designs in the local rock art is an indicator of links and ties between the groups that occupying different areas in western Córdoba during the late pre-hispanic period (ca. 1500-350).

Keywords: Rock art, camelids designs, data circulation.

Introducción

Dentro del sector central de las Sierras de Córdoba, el extenso valle de Traslasierra (figura 1), entre el cordón central (Sierra de Achala y Cumbres de Gaspar) y el occidental (Sierras de Altautina, de Pocho, Guasapampa y Serrezuela) concentra la mayoría de sitios con arte rupestre documentados hasta el momento en la región, 80 sobre un total de 92 (Argüello de Dorsch y Berberían 1985; Gardner 1931; Murra 1965; Pastor 2009, 2010; Pastor y Recalde 2009; Raggio 1979; Recalde 2005, 2006, 2009; Romero y Uanini 1978; Romero *et al.* 1973; Serrano 1945). La ejecución de la mayoría de los paneles, salvo unas pocas excepciones dispersas, es asignada al período tardío (*ca.* 1500-350 AP). Estas expresiones se presentan en forma concentrada en algunas áreas como el sur del valle de Guasapampa y el occidente de la sierra de Serrezuela, o de manera dispersa en otras como el norte de Guasapampa, el oriente de Serrezuela y el sur de Traslasierra. En vastos espacios sólo hemos detectado sitios con arte puntuales (oriente de la sierra de Guasapampa, sur de las sierras de Pocho), mientras que en otros, no menos extensos, este tipo de manifestaciones están ausentes por completo (especialmente en la vertiente oeste de las sierras de Pocho y en torno a los antiguos paisajes agrícolas).

Un análisis detallado de la información ha permitido detectar una significativa variedad de motivos. Sin embargo, los camélidos conforman un elemento común y recurrente en la mayoría de las áreas y paneles, constituyendo la figura estructurante en más de un 80% de los temas identificados. Nuestro objetivo es comparar este elemento común dentro del universo iconográfico del occidente cordobés, en tanto figuras simbólicamente sensibles (Aschero 1996) para identificar de qué manera se definieron, desarrollaron y perpetuaron los vínculos sociales. Entendemos que delimitar su dispersión en el tiempo y espacio autoriza a concebir estas semejanzas como información que circula y es diferencialmente compartida por los distintos grupos y unidades sociales. En otras palabras, comprender la estandarización de este motivo en particular (Martel y Aschero 2007) es una vía de análisis válida para indagar acerca de la manera en que estas antiguas sociedades objetivaron sus vínculos e interacciones en el curso de la apropiación de estos paisajes serranos.

En tal sentido, es válido atender a los mecanismos sociales que pusieron en marcha o que interfirieron en esta circulación de información, particularmente en un contexto de intensificación económica y de incremento de las tensiones y reclamos territoriales, que en esta época comenzaron a contar con expresiones materiales concretas (Medina 2008; Pastor 2007, 2010; Pastor y Berberían 2007; Pastor *et al.* 2011; Rivero *et al.* 2010). Por lo tanto, también es importante dar cuenta de las variaciones de diseño que muestran estas representaciones, ya que lejos de mostrar modos uniformes de resolución, presentan una significativa variabilidad dentro y entre las áreas. Consideramos que esta diversidad, reflejada en cánones constructivos disímiles (*sensu* Aschero 1996), constituye una medida que permite delimitar la especificidad y las expresiones locales, así como determinar aquellos diseños de amplia replicación, compartidos y significados por y entre las unidades sociales a un nivel regional.

En este marco surgen interrogantes en torno a determinar en qué medida la distancia espacial constituyó un factor de peso respecto de la afinidad o de las diferencias interáreas (Tabla 1). En el caso concreto del occidente de Córdoba, ¿es esperable que las áreas cercanas muestren una mayor afinidad o cantidad de elementos compartidos, considerando la circulación de determinados cánones de camélidos, en virtud de las asiduas vinculaciones

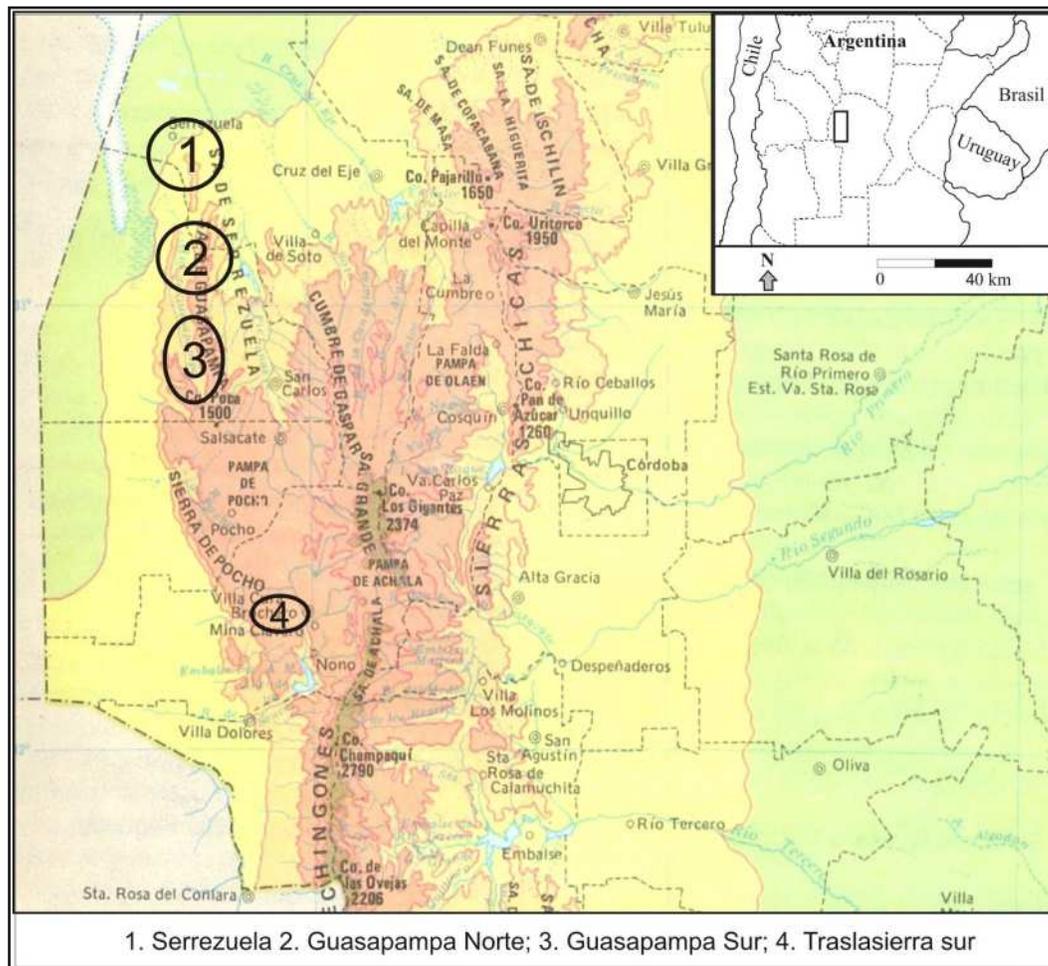


Figura 1. Ubicación de las áreas trabajadas en Traslasierra

entre los grupos que las ocuparon? O, en misma línea, ¿la mayor distancia se tradujo en la adopción de cánones disímiles, que constituirían el reflejo de una escasa interacción efectiva o incluso de interacciones teñidas de cierto grado de conflictividad? Debemos apuntar a identificar cómo y de qué manera circularon estos elementos o cánones compartidos, dando cuenta de los diversos vínculos e interacciones sociales al interior de cada área y en las relaciones externas interáreas.

En este sentido, para comenzar un camino hacia la resolución de estas preguntas, entendemos que el arte rupestre, y fundamentalmente la continuidad en la ejecución de un tipo de figura en un determinado período de tiempo y espacio, implicó para las personas que ocuparon estos paisajes una constante apelación a la memoria social, es decir a la activación

	TS	GS	CC	Amp.	LN	VP
TS	-	80km	82km	105km	115km	115km
GS	80km	-	2km	35km	42 km	42km
CC	82km	2km	-	33km	41km	40km
Amp.	105km	35km	33km	-	8km	10km
LN	115km	42km	41km	8km	-	7km
VP	115km	42km	40 km	10km	7km	-

Tabla 1. Interdistancias entre las áreas analizadas. TS: Traslasierra Sur; GS: Guasapampa Sur; CC: Cerco de la Cueva; Amp.: Ampiza; LN: Lomas Negras; VP: Virgen de la Peña.

y la continuidad a largo plazo de determinados vínculos y relaciones sociales, por medio de prácticas y materialidades concretas (Hastorf 2003).

Los camélidos en el contexto del arte rupestre del occidente de Córdoba

Las investigaciones arqueológicas desarrolladas desde hace más de 10 años en el extenso valle de Traslasierra, en el occidente cordobés, han comprometido distintas líneas de estudio concretadas en sus diferentes sectores (Medina *et al.* 2011; Pastor 2007, 2009, 2010; Recalde 2006, 2008-09, 2009; Rivero *et al.* 2010). El presente análisis se restringe a un tipo de motivo rupestre particular, los camélidos, teniendo en cuenta la variabilidad existente a nivel de los diseños y sus patrones de circulación en el espacio. Se considera la situación de determinadas áreas dentro del valle, y se excluyen los resultados obtenidos en otras que no contienen arte rupestre, o que cuentan con expresiones correspondientes a otras modalidades estilísticas (que no utilizan este tipo de figuras) y/o donde se registraron muy pocos ejemplares (*v.g.* menos de 10).

En su mayoría, las áreas consideradas se ubican en las serranías noroccidentales (Pocho, Guasapampa, Serrezuela), y en sus piedemontes, quebradas y valles interiores. En primer lugar se cuenta un sector restringido de 20 km² en el piedemonte oriental de las sierras de Pocho, en la sección sur del valle de Guasapampa (figura 1), donde documentamos una concentración de sitios con arte rupestre ($n = 36$) en siete subáreas (Charquina, Barranca Honda, Yaco Pampa, Cerco de Otto, La Pampita, Cerco de la Cueva y Cerco Rodríguez, esta última no considerada en el presente estudio por no contener motivos de camélidos). Este sector se distingue por su accidentada topografía, por la escasez hídrica (restringida a arroyos estacionales y al curso intermitente del río Guasapampa, en el fondo de valle), por su riqueza forestal, con diversas especies que aportan frutos comestibles (algarrobos -*Prosopis* spp.-, chañar -*Geoffroea decorticans*-, mistol -*Zizyphus mistol*-, etc.), y recursos faunísticos limitados a especies generalmente pequeñas y de hábitos solitarios (armadillos -Euphractinae-, roedores -Caviinae, *Ctenomys* sp.-, corzuelas -*Mazama* sp.-, etc.).

El arte rupestre se encuentra en pequeños abrigos rocosos con evidencias estratigráficas indicativas de su utilización como campamentos transitorios para múltiples propósitos como pernoctar, preparar y consumir alimentos y elaborar y reparar herramientas (además de aquellas prácticas relacionadas con la ejecución y observación de las imágenes). Diferentes

informaciones señalan eventos repetidos de abandono y reocupación de los refugios que ocurrieron a lo largo del período tardío (ca. 1400-400 de acuerdo a las dataciones obtenidas). Además, estas ocupaciones tendieron a concentrarse en la temporada estival, como lo indican algunos recursos consumidos *in situ*, con disponibilidad acotada a esta época del año: lagartos (*Tupinambis* sp.), frutos de algarrobo y chañar y, en forma masiva, huevos de ñandú (*Rhea* spp.) (Recalde 2008-09, 2009).

El emplazamiento de los soportes en el interior de los refugios confiere una baja visibilidad a las imágenes, en particular en el caso de los tafones (figura 2), para todo aquel que desconozca su ubicación. La técnica mayoritaria corresponde a las pinturas, con empleo de diversos colores como el blanco, negro, rojo, anaranjado y amarillo. En cuanto al repertorio iconográfico se registra la mayor variedad de motivos, con diversas figuras zoomorfas como ñandúes, cérvidos, cánidos y saurios, motivos fitomorfas (cactáceas), antropomorfas y no figurativos (figuras 2 y 3). Sin embargo, los camélidos son claramente las figuras predominantes, con un 61.5 % del total de motivos, y un rol protagónico en gran parte de las composiciones, constituyendo el elemento estructurante de la mayoría de las asociaciones temáticas identificadas en el área (Recalde 2009).

Un segundo sector corresponde a ambas vertientes del cordón de Serrezuela y al extremo norte del valle de Guasapampa (áreas de Virgen de la Peña, Lomas Negras y Ampiza; figura 1). Se trata de entornos pedemontanos de baja altitud (menos de 400 msnm), en la transición con el ambiente de las Salinas Grandes. En comparación con otros microambientes serranos, aquí se constata la mínima disponibilidad hídrica, restringida a pozos naturales de paredes rocosas, ubicados en medio de los cauces, que retienen por algún tiempo el agua de lluvias. Además de su riqueza forestal, desde esta base pedemontana (sustentada por sus aguadas estacionales) fue posible el acceso a la planicie semi-desértica que circunda a las salinas, donde se podían obtener recursos complementarios como sal, guanacos (*Lama guanicoe*), ñandúes y sus huevos.

Los soportes elegidos para la ejecución de las imágenes se ubican dentro de aleros de diferentes dimensiones, en pequeñas oquedades, frentes rocosos y bloques a cielo abierto. Generalmente, estas posiciones confieren una alta visibilidad al arte, que puede ser apreciado sin dificultades hasta unos 10 o 20 metros, y en ocasiones a distancias bastante mayores. Los materiales arqueológicos asociados a nivel superficial (útiles de molienda,



Figura 2. Tipo de soporte predominante en Guasapampa sur y detalle del panel

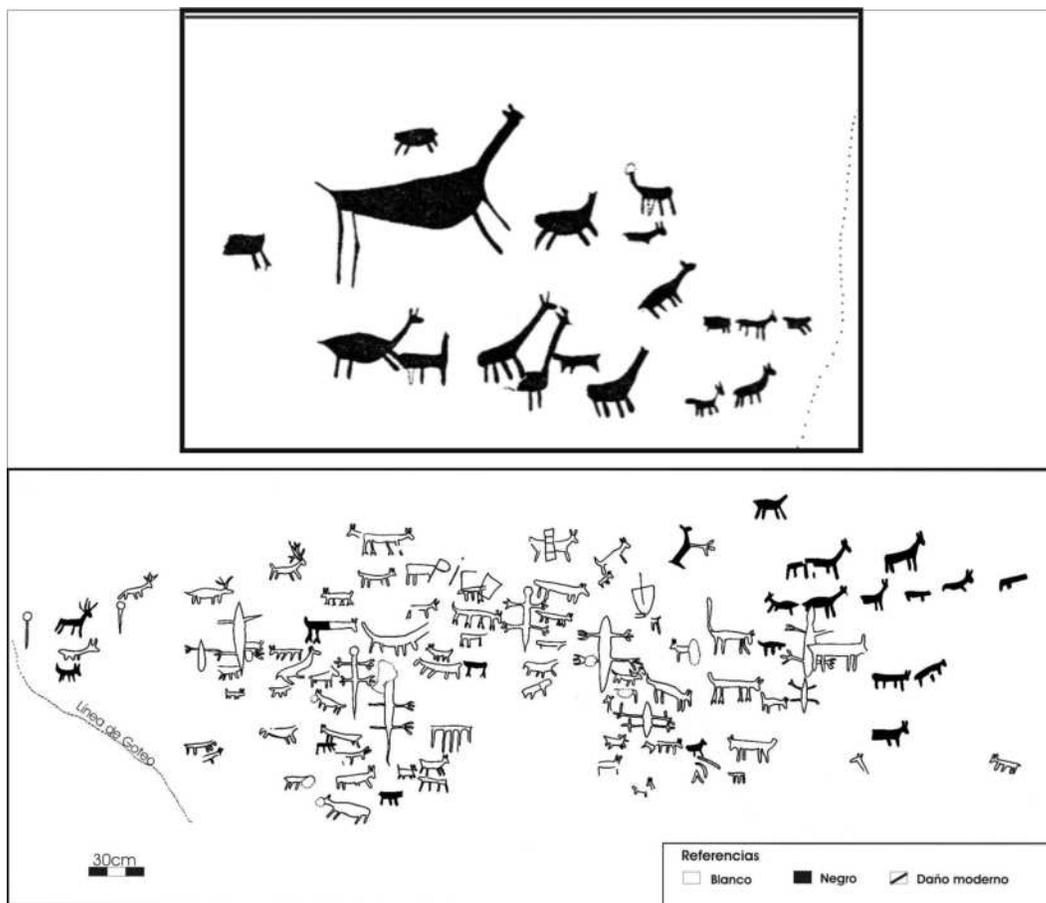


Figura 3. Diversidad iconográfica documentada en Guasapampa Sur

fragmentos cerámicos, instrumentos y desechos líticos), indican que otras actividades de procesamiento y consumo ocurrían en conjunción con la producción y observación de las imágenes. También sugieren, por consideraciones estilísticas y ergológicas, que los eventos ocupacionales, estacionales y de corta duración, aunque recurrentes a lo largo del tiempo, tendieron a concentrarse en el período tardío. En la mayoría de los casos se trata de sitios pequeños, cuya utilización podría ser asociada a una escala doméstica de participación (figura 4). Otros sitios de considerable tamaño, con numerosos equipos de molienda dispuestos para uso potencialmente simultáneo por un nutrido grupo de ocupantes, tienden a concentrarse en la vertiente occidental de la sierra de Serrezuela (área de Lomas Negras), especialmente en torno a las aguadas principales (figuras 5). Por último se cuenta un grupo de paneles en soportes rocosos sin ninguna asociación con otros materiales arqueológicos, generalmente vinculados a vías de tránsito en lomadas o fondos de quebradas, cercanos al acceso a determinadas aguadas (Pastor 2009, 2010).

A diferencia del primer sector, las técnicas más frecuentes para la producción de las imágenes corresponden a los grabados, en general a través del raspado de la superficie rocosa, y con menor frecuencia por incisiones lineales finas, surcos abradidos de diversas profundidades y mediante el picado y pulido. Respecto de los motivos representados, las figuras de camélidos sólo se integran en una cierta cantidad de composiciones, que compren-

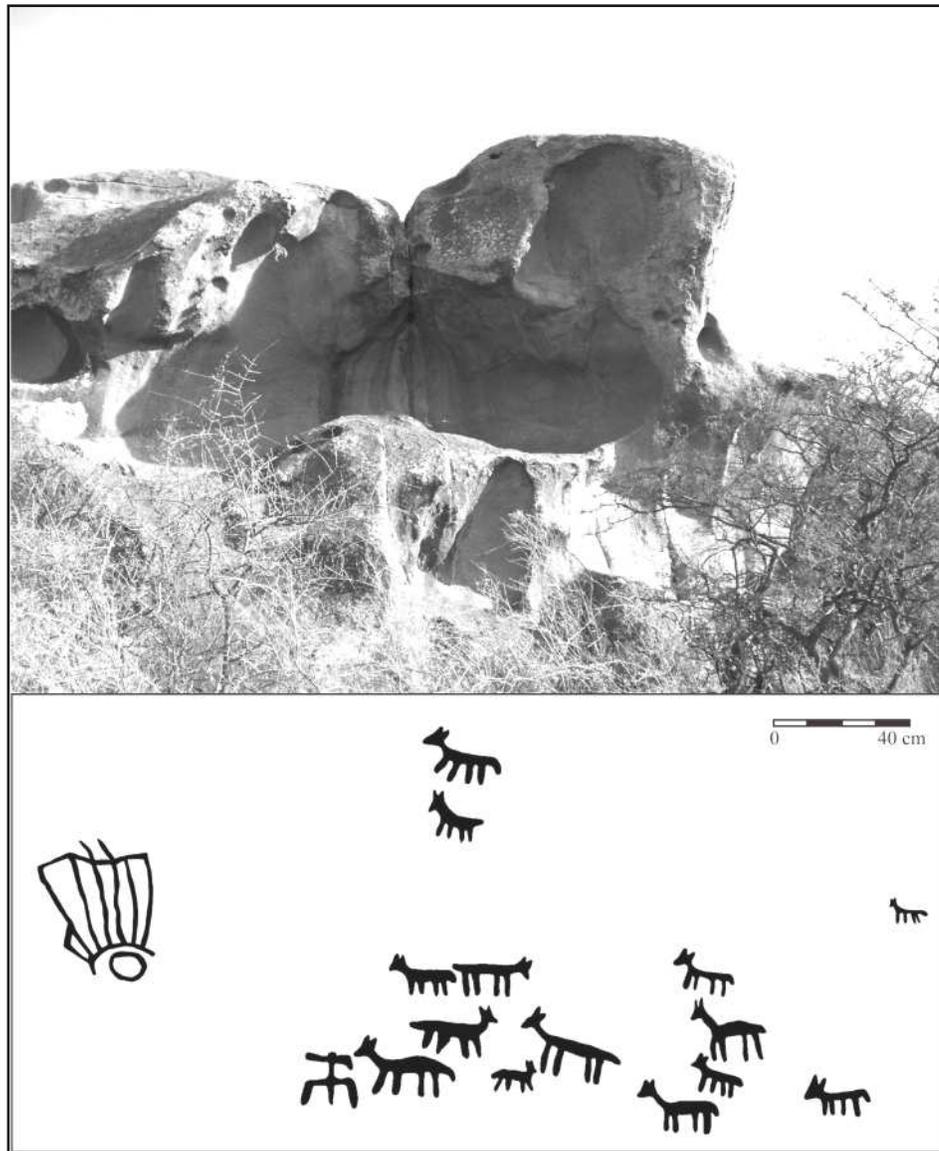


Figura 4. *Cajones del Igno 3 (sitio de escala doméstica)*

den aproximadamente la mitad de los paneles documentados (figuras 4). A diferencia del sur de Guasapampa, estas figuras son acompañadas por una menor variedad de animales como felinos, cánidos y en ocasiones únicas un lagarto y un ñandú. También se cuentan motivos antropomorfos y no figurativos. En el caso de otros paneles, los motivos exclusivos o más importantes corresponden a no figurativos (cuadrangulares, circulares, lineales) y/o antropomorfos destacados por sus aditamentos (tocados, vestimentas, objetos portados en las manos, etc.). Estos últimos paneles no son tenidos en cuenta en esta oportunidad por no incluir figuras de camélidos.

Finalmente, tomaremos la información de tres sitios o localidades en la sección sur del valle de Traslasierra: Cerro San José, Achalita y La Quebrada (figura 1; Recalde 2005, 2006).

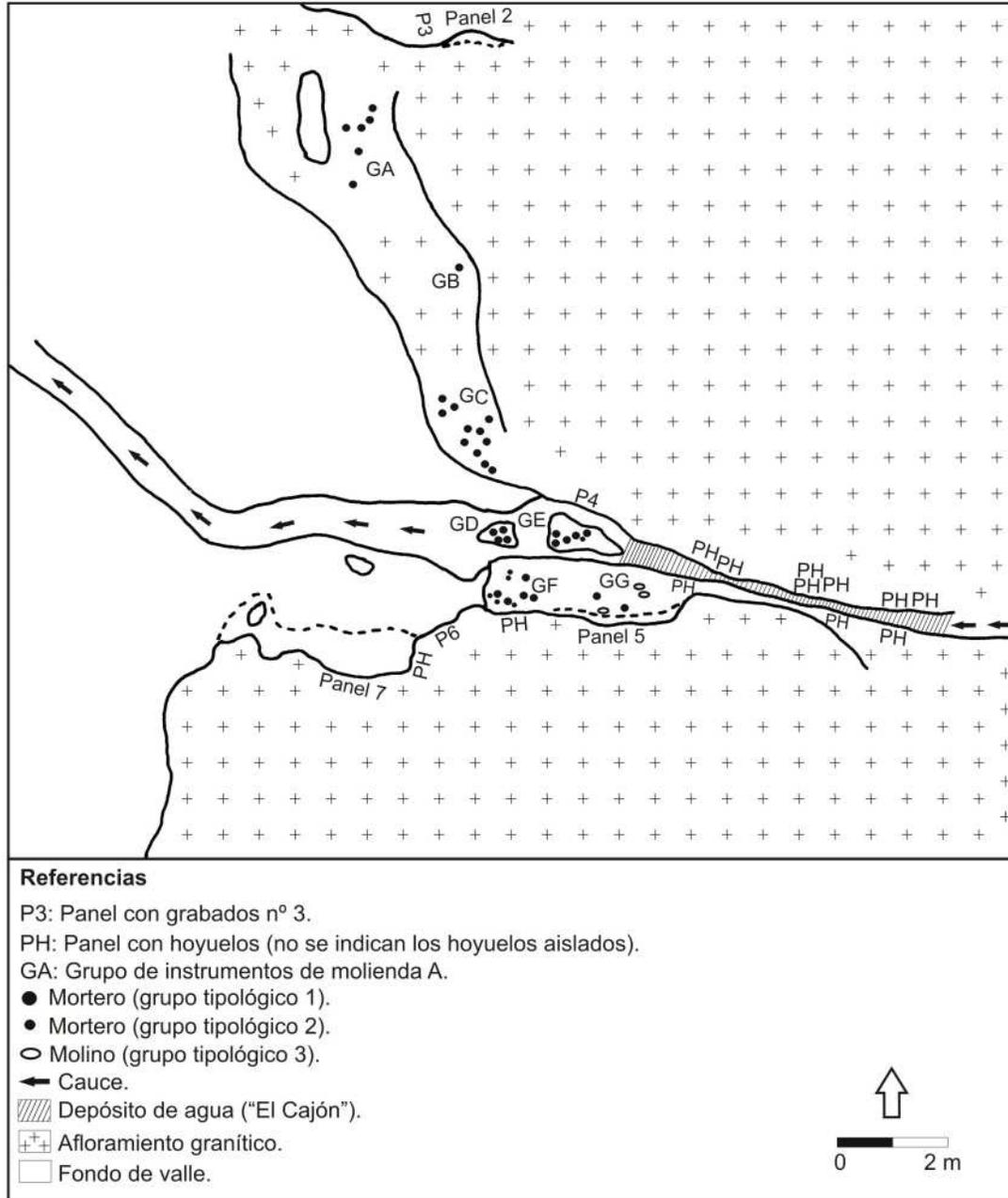


Figura 5. Diseño de planta de un sitio de interacción grupal (El Cajón)

Todos ellos se encuentran en las inmediaciones de los antiguos paisajes agrícolas, aunque no asociados directamente a los sitios habitacionales y productivos, sino a entornos boscosos donde podían obtenerse diversos recursos silvestres chaqueños (Cerro San José y Achalita), o en los primeros contrafuertes de las Sierras Grandes (La Quebrada), en la transición con el microambiente de pastizales de altura, por entonces el principal "cazadero" de guanacos y venados de las pampas (*Ozotoceros bezoarticus*).

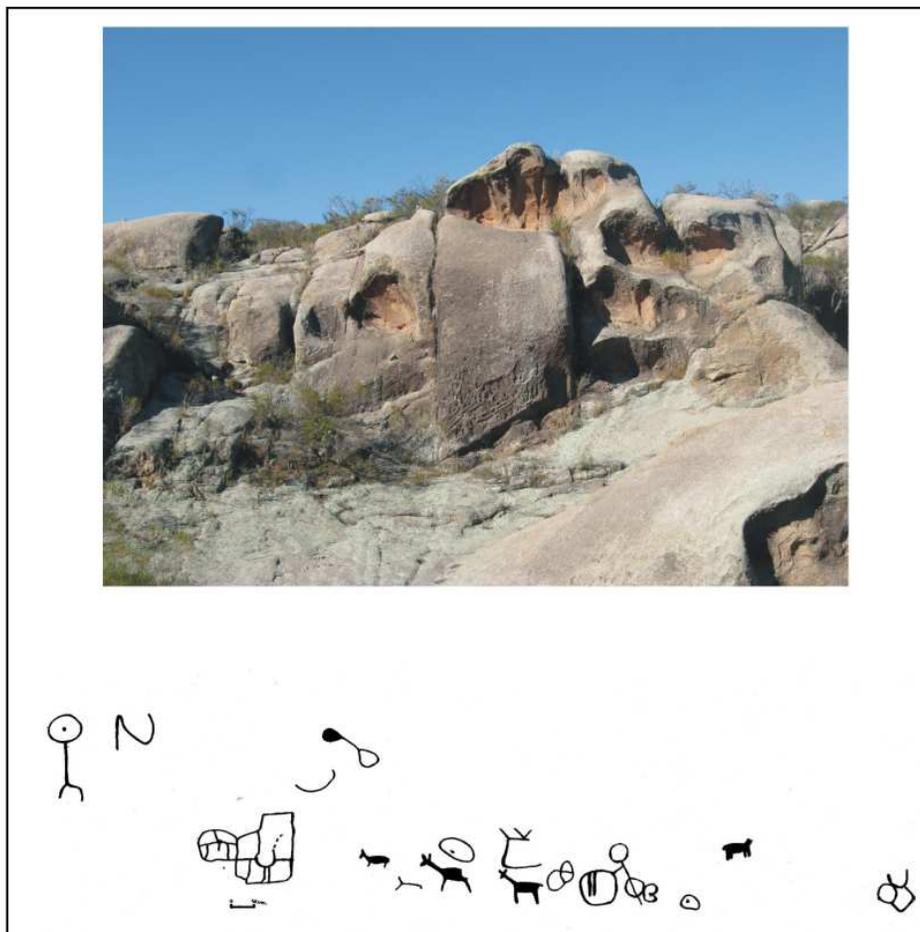


Figura 6. Emplazamiento de los paneles en Achalita y detalle de lo representado

Este último sitio comprende diversos testimonios arqueológicos como dos aleros con arte rupestre, un tercer alero sin estas expresiones pero con depósitos estratificados (perturbados por saqueos) y cuatro morteros fijos en bloques a cielo abierto. Estos materiales dan cuenta de diversas actividades, probablemente llevadas a cabo por grupos con bajo nivel de inclusión, como unidades familiares. El arte incluye imágenes grabadas, excepto un motivo pintado, emplazado en puntos con alta visibilidad.

La localidad arqueológica Cerro San José comprende bloques a cielo abierto con útiles de molienda y expresiones de arte rupestre en dos abrigos y un frente rocoso. Sólo las representaciones de uno de los abrigos, un tafón denominado Cerro San José 1, incluye la figura de un camélido. Este tafón cuenta con tres paneles con imágenes mayoritariamente pintadas, en posiciones de visibilidad restringida y en un caso "oculto" (las figuras sólo pueden ser apreciadas sobre el techo, en posición recostada con la espalda sobre el piso). No se conservan depósitos estratificados pero sí una conana fija en el piso, que permite suponer que determinadas actividades de procesamiento y consumo eran llevadas a cabo en el interior del refugio, a una escala doméstica de participación (Recalde 2006).

El contexto de la última localidad considerada, Achalita, es diferente. Se cuentan numerosos testimonios en un sector en torno a una juntura de arroyos, incluyendo numerosos instrumentos de molienda fijos, espesos depósitos estratificados en puntos a cielo abierto, con altas densidades de residuos, además de 10 aleros con representaciones rupestres grabadas. En la mayoría de los casos las imágenes son altamente visibles, algunas desde considerables distancias (*v.g.* más de 100 m). Otros paneles se distinguen por su posición en altura, en puntos de difícil acceso (aunque confiriendo realce y visibilidad a las representaciones; figura 6). La información obtenida a partir de sondeos da cuenta de eventos de ocupación concentrados en el período tardío, de carácter estacional, y relacionados con el procesamiento y consumo de una diversidad de recursos silvestres (Recalde 2006; Rivero *et al.* 2010). La localidad muestra similitudes con otros lugares de importancia "pública" en la región, y en cuanto al contexto de producción del arte rupestre, se aproxima a situaciones reconocidas en las serranías noroccidentales, especialmente en el norte de Guasapampa y Serrezuela (Pastor 2007, 2009).

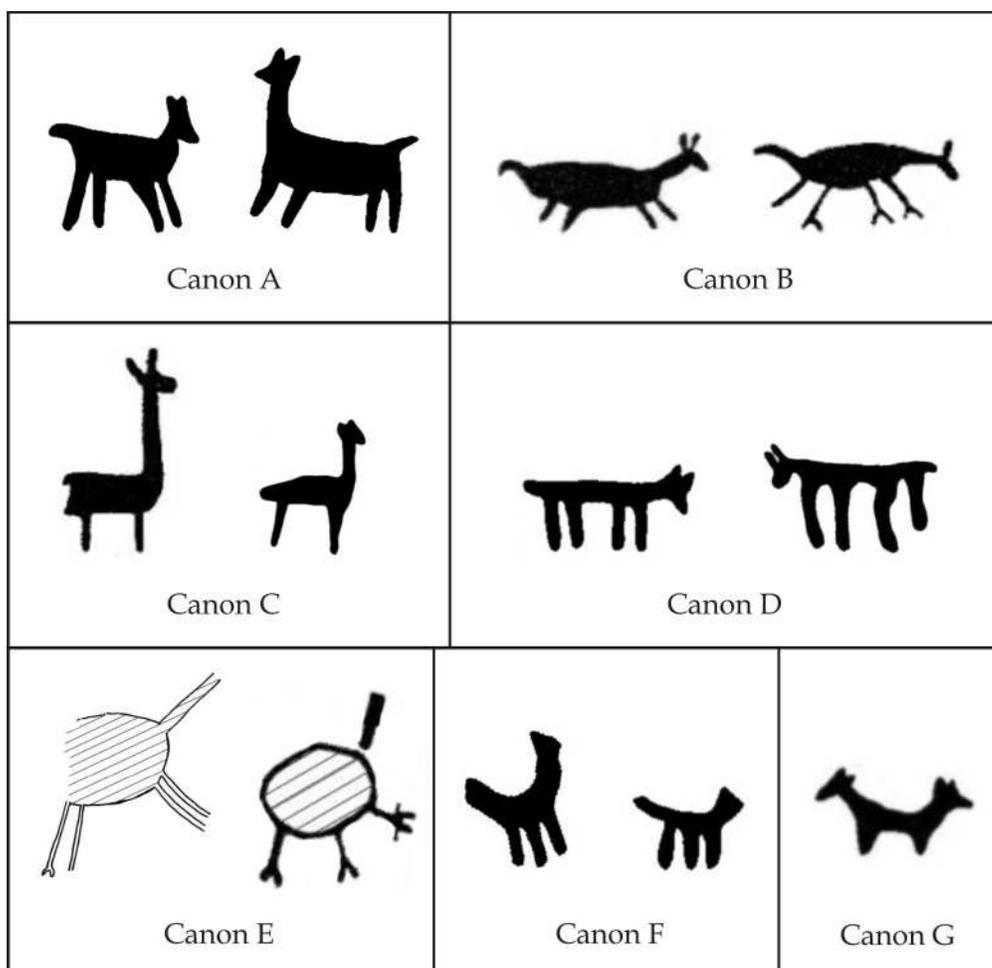


Figura 7. Tipo de cánones identificados en Traslasierra

En síntesis, según podemos observar, las figuras de camélidos tuvieron una sensible importancia y una elevada frecuencia de replicación en el arte rupestre del occidente de Córdoba, en particular en determinadas áreas y bajo los parámetros de ciertas modalidades estilísticas (*sensu* Aschero 2007). Esto se aprecia, efectivamente, en la alta proporción en la que aparecen representados estos animales frente a otros tipos de motivos, y también en su rol protagónico en la integración de más del 80 % de las asociaciones temáticas reconocidas. Sin embargo, el diseño de estas figuras dista de ser uniforme, pudiéndose distinguir siete cánones generales (*sensu* Aschero 1996), algunos de ellos con diversos patrones constructivos (figura 7). Ofrecemos a continuación una breve descripción de cada uno.

El canon A se caracteriza por un esquema constructivo que parte de un cuerpo con forma elíptica, al que se agregan el cuello, cabeza, extremidades y cola. En general el diseño respeta las proporciones entre el cuerpo y las extremidades. Se muestra de perfil no absoluto (con indicación de dos orejas y generalmente cuatro patas). Se diferencian cuatro patrones constructivos principales, a partir de variaciones en el grosor del cuello y cuerpo, el número de extremidades representadas o en la condición estática o dinámica de las figuras.

El canon B parte de un esquema donde sobresalen los cuerpos alargados, que no respetan las proporciones del referente objetivo. Las patas, aunque están bien diferenciadas y separadas, no guardan relación con el cuerpo y, en el caso de las delanteras, se insertan en el pecho de animal.

El canon C se caracteriza por un cuerpo más cuadrangular que los anteriores, definido a partir de trazos rectos. La inserción de las patas y cuello está en relación directa con el referente objetivo. Las figuras suelen combinar dos planos, con el cuerpo y las extremidades de perfil absoluto (sólo se indican dos patas), y la cabeza de tres cuartos perfil, ya que se representan las dos orejas. Otros patrones constructivos se diferencian por la disposición de los planos de ejecución y por las proporciones y grosor de las extremidades y cuerpo.

El canon D no respeta las proporciones del referente real y se caracteriza por un trazado lineal, en el cual cola, cuerpo, cuello y cabeza conforman un todo. Están presentes las cuatro extremidades, aunque distribuidas de manera aleatoria, así como las dos orejas, lo cual indica que sólo el cuerpo del camélido está de perfil.

Los restantes diseños se distinguen por su baja frecuencia de replicación. El canon E se reconoce como una expresión esquemática del animal, ya que su cuerpo está formado por un círculo al cual se agregan las extremidades y cuello mediante trazos lineales. El F se diferencia por una resolución sumamente esquemática, en el cual cola, cuerpo, cuello y cabeza se componen por un único trazo en forma de U y sólo se indican tres patas. El canon G corresponde a un único motivo de Lomas Negras afín al canon C, sólo que en lugar de la cola, se representó otra cabeza idéntica a la primera (bicápite).

Patrones en la distribución de los diseños o cánones constructivos

La tabla 2 informa sobre la frecuencia de representación de los cánones o diseños constructivos de los camélidos, en cada una de las áreas o unidades espaciales consideradas. Un supuesto que manejamos en este trabajo, y que intervendrá en el proceso de análisis e interpretación, acepta que las similitudes y diferencias en estas frecuencias de representación pueden aportar indicios sobre el grado de diversidad y/o de coherencia interna dentro de

un área, así como sus afinidades o diferencias con áreas vecinas o alejadas. De este modo, es posible delinear hipótesis acerca de posibles unidades territoriales, esferas de interacción, vinculaciones a larga distancia o estrategias de identificación, que pueden ser exploradas sumando otras variables e informaciones, como los contextos de producción del arte rupestre, o los materiales superficiales o provenientes de depósitos estratificados.

La medida utilizada para estimar el grado de afinidad o de disimilitud entre las áreas es la suma de las diferencias porcentuales en la representación de cada canon, donde los valores bajos indican un mayor grado de conexión y numerosos elementos compartidos, mientras que los valores altos señalan lo contrario, una escasa vinculación entre las unidades espaciales comparadas. Los resultados obtenidos de la comparación interáreas, en términos de relaciones bilaterales, son expuestos en la tabla 3.

Área	A	B	C	D	E	F	G
Traslasierra sur	14 63.6 %	-	3 13.6 %	5 22.7 %	-	-	-
Guasapampa sur	180 46.2 %	17 4.4 %	10 2.6 %	182 46.7 %	1 0.3 %	-	-
Cerco de la Cueva	57 78.1 %	8 11 %	6 8.2 %	1 1.4 %	1 1.4 %	-	-
Ampiza	25 58.1 %	-	18 41.9 %	-	-	-	-
Lomas Negras	88 83 %	1 0.9 %	10 9.4 %	4 3.8 %	-	2 1.9 %	1 0.9 %
Virgen de la Peña	5 15.2 %	-	3 9.1 %	25 75.8 %	-	-	-
TOTAL	369 55.3%	26 3.9 %	50 7.5 %	217 32.5 %	2 0.3 %	2 0.3 %	1 0.1 %

Tabla 2. Frecuencia de representación de los cánones por unidad espacial.

Se detectan diversas situaciones que pueden ser enmarcadas dentro de las expectativas de dos hipótesis generales. La primera de ellas, que calificaríamos como "económica", asume articulaciones entre la afinidad y la distancia espacial. Así, las relaciones de mayor afinidad se darían entre áreas cercanas y las de menor similitud entre sectores alejados. Dentro de este esquema, se observan estrechas afinidades entre las subáreas del sur de Guasapampa (Charquina, Barranca Honda, Yaco Pampa, Cerco de Otto y La Pampita), excepto Cerco de la Cueva, sugiriendo que estos sectores constituían un tipo de unidad territorial con alto grado de interacción e información compartida entre sus ocupantes.

También se aprecian relaciones cercanas entre las subáreas de Lomas Negras (Los Pilonos, Sacha Cabra, Cerco Quemado y Cajones del Igno), en el occidente de Serrezuela, y en menor medida con el área de Ampiza, en el extremo norte del valle de Guasapampa. Estas áreas formarían un segundo núcleo o unidad territorial, con escasa vinculación con el núcleo del sur de Guasapampa (situación también enmarcada en las expectativas de la primera hipótesis). Las restantes situaciones dentro de esta lógica involucran a unidades

	Sur de Traslasierra	Núcleo 1	Cerco de la Cueva	Núcleo 2	Virgen de la Peña
Sur de Traslasierra	-	57.1	53.6	40.1	106
Núcleo 1 (Sur Guasapampa)	57.1	-	90.5	95.8	71.3
Cerco de la Cueva	53.6	90.5	-	27.9	150.6
Núcleo 2 (W. Serrezuela y N. Guasap.)	40.1	95.8	27.9	-	146.1
Virgen de la Peña	106	71.3	150.6	146.1	-

Tabla 3. Similitudes y diferencias interáreas, a partir de la suma de las diferencias porcentuales en la frecuencia de representación de cada canon (expresada en relaciones bilaterales).

espaciales discretas, de reducida extensión y distantes entre sí, que de acuerdo a las expectativas muestran muy poca afinidad (Virgen de la Peña con Cerco de la Cueva y Virgen de la Peña con Traslasierra sur).

Una segunda hipótesis general plantea niveles de afinidad independientes de la distancia. Tendríamos por un lado las situaciones de desconexión (o de poca conexión) entre áreas cercanas, y por otro la existencia de afinidades estrechas entre zonas distantes. El primer caso, el de áreas cercanas y no obstante poco afines (indicando escasa interacción y circulación de datos entre sus ocupantes) incluye a Cerco de la Cueva, poco relacionada con las subáreas vecinas del sur de Guasapampa (*i.e.* núcleo 1). También se cuenta el área de Virgen de la Peña, en el oriente de Serrezuela, que muestra una baja conexión con las áreas adyacentes de Lomas Negras y Ampiza (*i.e.* núcleo 2).

Dentro de las serranías noroccidentales, las afinidades a distancia tienden a vincular a los núcleos 1 y 2 con los territorios disímiles o discontinuos dentro del área de dispersión del otro núcleo y viceversa: la sección sur de Guasapampa (núcleo 1) muestra similitudes con el área de Virgen de la Peña (disímil en el "territorio" del núcleo 2), en tanto que las áreas de Lomas Negras y Ampiza (núcleo 2) se aproximan notoriamente a la subárea de Cerco de la Cueva (disímil y en las inmediaciones del núcleo 1).

Por último, tenemos las relaciones establecidas desde la sección sur de Traslasierra, que dentro de la escala espacial utilizada, corresponderían en todos los casos a vínculos de larga distancia. Fuera de la relación, o más precisamente la ausencia de relación con Virgen de la Peña (una situación ajustada a las expectativas de la primera hipótesis), con todas las unidades espaciales restantes se establecieron vínculos de afinidad, es decir, situaciones enmarcadas en la segunda hipótesis, más allá de las diferencias internas existentes, por ejemplo, en el sur de Guasapampa (entre el núcleo 1 y Cerco de la Cueva), o a mayor escala, entre los "núcleos territoriales" 1 y 2. Tanto éste como otros patrones y tendencias que derivan del análisis de estos datos serán evaluados y discutidos en la próxima sección.

Discusión

En efecto, los resultados sugieren distintas tendencias y patrones en las vinculaciones interáreas, que acompañan a las similitudes y diferencias en el diseño de un motivo rupestre en particular, los camélidos. Esto requiere y justifica un desarrollo interpretativo, que intentamos a continuación, sumando datos contextuales más amplios, que incluyen el marco de la producción del arte rupestre y las diversas prácticas y escalas de participación asociadas a la ocupación de los diferentes lugares y paisajes.

Un primer caso es el del llamado "núcleo 1", extendido por buena parte de la sección sur del valle de Guasapampa (figura 8). Se trata de un área caracterizada por una marcada concentración de sitios con arte, a la que describimos como un tipo de unidad territorial, social y políticamente integrada. Dentro de la misma, a nivel del arte rupestre, y en concreto del repertorio iconográfico, apreciamos significativas similitudes y diferencias. Estas últimas se manifiestan en motivos o tipos de diseños únicos, limitados a paneles y sitios puntuales, o de circulación restringida entre ciertas localidades y subáreas. Las similitudes derivan de los elementos de amplia circulación (tipos de motivos, cánones o diseños, temas), que en el caso concreto de las figuras de camélidos, se expresan en una alta afinidad por la replicación repetida de determinados cánones. Esta relativa uniformidad se ve acrecentada si se consideran los contextos de producción del arte, que son siempre muy homogéneos. Los grupos que ocuparon el área en tiempos tardíos, y que produjeron estas imágenes, compartían mucho respecto de las formas de construir y significar el paisaje, y de llevar a cabo en el mismo determinadas prácticas económicas, políticas o rituales. Con su regular asociación con pequeños refugios de uso transitorio, con condiciones de visibilidad restringida, la producción de este arte ha sido ligada a los procesos que permitían la integración, reproducción y diferenciación de grupos domésticos o familiares, y de sus sentidos de identidad y pertenencia. Estas prácticas, dirigidas hacia el seno de los grupos mínimos de interacción, y de algún modo negadas u omitidas hacia el exterior, en el espacio abierto y en el trato con otras personas (pertenecientes o no a la propia formación política), son interpretadas como testimonios de la construcción de un paisaje social "abierto", sin imposiciones de límites o restricciones para la circulación o el acceso a los recursos (Recalde 2009).

Otra situación es la del "núcleo 2", que abarca el occidente de Serrezuela y el extremo norte del valle de Guasapampa (áreas de Lomas Negras y Ampiza, figura 8). También observamos una conjunción de elementos singularizantes (motivos, cánones, temas), ya sean únicos o de circulación restringida, y otros con una amplia dispersión, compartidos y repetidamente replicados dentro del área y aún fuera de ella. Además de estos elementos iconográficos comunes, la coherencia de este segundo sector también se advierte considerando más ampliamente los contextos de producción de las imágenes, que muestran una acentuada uniformidad interna, y a la vez oposición con los parámetros dominantes en el "núcleo 1". Estas tendencias favorecen su especificación y delimitación como otra unidad territorial diferenciada, pero construida sobre la base de otras relaciones políticas y sociales. Las prácticas asociadas a la producción de este arte, emplazado en posiciones visibles en sitios de escala doméstica, pero también en vías de tránsito y en determinados hitos geográficos que a su vez fueron lugares de importancia "pública", ocupados repetidamente por colectivos sociales inclusivos, de nivel comunitario, hablan de la construcción de sentidos y significados no limitados al interior de los grupos familiares. Por el contrario, estos abarcaban a todos aquellos que accedían y circulaban por el paisaje, ya sean propios (miembros del mismo grupo de parentesco, de la misma comunidad) o también extraños. Sobresale el empleo y

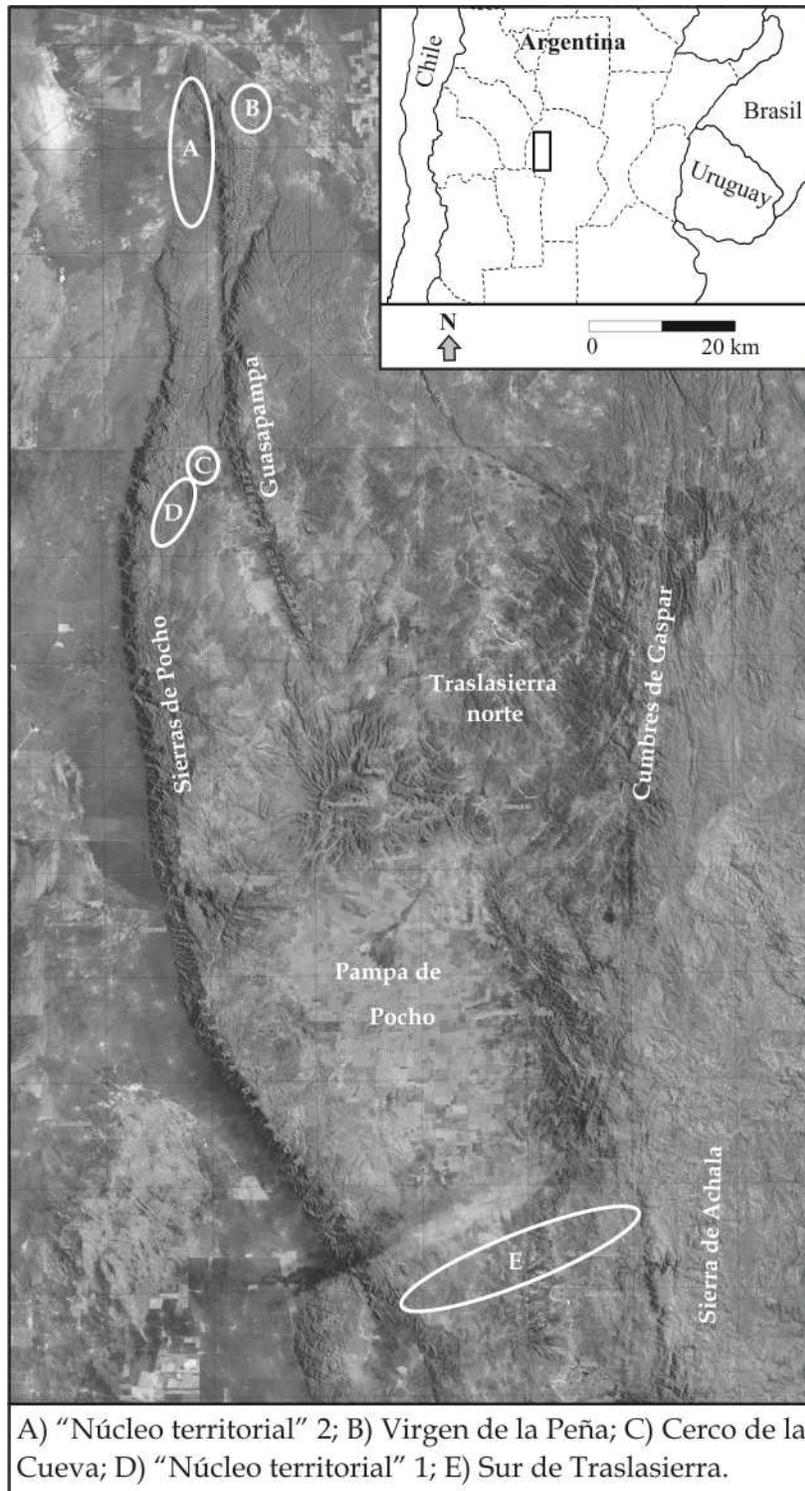


Figura 8. Ubicación de los Núcleos o Unidades territoriales.

replicación de un universo iconográfico diferenciado, donde se destacan diversos motivos antropomorfos con aditamentos (tocados cefálicos, vestimentas, objetos en las manos), que restringen el protagonismo de los camélidos, propio de otras modalidades estilísticas. Podríamos plantear como hipótesis que estos motivos y sus asociaciones temáticas formaban parte de otros "relatos", centrados en figuras humanas que bien pudieron constituir referentes de determinados grupos, de sus autoridades, ancestros u otras entidades tutelares, apuntando al establecimiento de límites y restricciones territoriales, y esto de parte de unos grupos más inclusivos que simples unidades familiares (v.g. linajes, comunidades), frente a otros (Pastor 2009, 2010).

Los "núcleos" 1 y 2 son muy diferentes y en un punto pueden ser concebidos como construcciones paisajísticas y territoriales mutuamente excluyentes. Los contrastes comprenden ampliamente a los contextos de producción, los criterios de elección de los soportes, su visibilidad, las temáticas y aún las técnicas empleadas para la ejecución de las imágenes. Además, de acuerdo a los resultados expuestos en la tabla 2, existió una escasa circulación efectiva de información entre ambos sectores. Sin embargo, la desconexión no fue absoluta, hubo una porción compartida del repertorio iconográfico, si bien ésta fue menor. A pesar de las notables diferencias, esto último habla de la existencia de relaciones entre los grupos que ocuparon ambos entornos, aún tratándose de vínculos negados o de oposición.

Tanto las diferencias internas, como las pautas de vinculación externa, tienden a socavar la uniformidad y la coherencia de los núcleos. No obstante, estos contrastes sólo alcanzan hasta cierto punto y no impiden su reconocimiento como unidades diversas. La situación es distinta en el caso de determinados espacios discretos, asociados al área de distribución de cada "núcleo territorial". A pesar de su cercanía, estos espacios muestran patrones muy diferenciados que justifican su tratamiento como unidades separadas. Estas comprenden a la subárea de Cerco de la Cueva, disociada del núcleo 1, y al área de Virgen de la Peña, cercana aunque muy poco conectada al núcleo 2 (figura 8). Si los sectores sur y norte de las serranías noroccidentales de Córdoba (áreas principales de la distribución de los núcleos 1 y 2), fueron algún tipo de unidades políticas y territoriales, su coherencia y continuidad espacial se habrían visto interrumpidas por estas áreas menores que muestran comportamientos autónomos. La información provista por ésta y también por otras materialidades arqueológicas de época prehispánica, así como el panorama que devuelven las primeras fuentes escritas del tiempo de la conquista, permiten pensar en territorios indígenas espacialmente discontinuos, imbricados entre las diferentes unidades políticas y de parentesco, en particular fuera de los paisajes agrícolas, como era el caso de estos microambientes serranos áridos de la transición con el *Chaco Seco*.

La subárea de Cerco de la Cueva, vecina al núcleo 1, muestra notorias similitudes con aquel, con una determinada iconografía en común (incluyendo a los camélidos y otros tipos de motivos) e idénticos contextos de producción. Sin embargo, las diferencias también son acentuadas, y se traducen en el alto valor que podemos observar en la tabla 2, señalando la existencia de una importante reserva de información que no era compartida. Estos contrastes también se extienden a las respectivas pautas de vinculación externa. A diferencia del núcleo 1, Cerco de la Cueva no muestra una mayor afinidad con el área de Virgen de la Peña (de la cual está casi desconectado), sino con el núcleo 2, con quien registra el valor indicativo de la mayor afinidad a distancia a nivel regional (tabla 2). Estas características obligan a un tratamiento separado para Cerco de la Cueva, que pudo constituir una segunda unidad territorial dentro del sur de Guasapampa, más pequeña y algo separada del núcleo 1. Podríamos concebirla como una suerte de enclave ocupado por grupos también

habitados al territorio del núcleo 2, que lograban apropiarse de este sector restringido del sur de Guasapampa (un área mayormente ocupada por otros grupos), aunque respetando los parámetros impuestos por estos últimos respecto de la construcción del paisaje y la delimitación de las relaciones sociales, traducidos en unos específicos contextos compartidos para la producción del arte rupestre.

Por su parte, el área de Virgen de la Peña, en el oriente de Serrezuela, se muestra como una pequeña unidad territorial casi desconectada del núcleo 2 (occidente de Serrezuela y extremo norte de Guasapampa), así como del resto de la sección norte del valle y sierra de Guasapampa, donde primaban otros contextos para la producción del arte rupestre y también otros repertorios iconográficos (Pastor 2010; Pastor y Recalde 2009). Sus mayores vinculaciones se dieron con el núcleo 1, situación que se extiende a los mismos contextos de producción. En este sentido, la desconexión entre Virgen de la Peña y el vecino núcleo 2 es mayor que la que se constata entre Cerco de la Cueva y el núcleo 1. Si el arte rupestre del núcleo 2, y sus expresiones extendidas por el resto de la sección norte de Guasapampa, fueron materialidades con una participación activa en el proceso de demarcación y “cierre” de un determinado territorio, este proceso encontró su límite y discontinuidad en áreas como Virgen de la Peña, también como el núcleo 1 y como los extensos sectores que no contienen arte rupestre y que se extienden, por ejemplo, por el occidente de las sierras de Pocho (en el límite con la planicie). En estas últimas áreas primaría la construcción de territorios más bien “abiertos” (aunque diferencialmente apropiados y significados), sin imposiciones efectivas de límites a la circulación y la explotación de recursos por parte de unos grupos frente a otros.

Por último, tenemos el caso de la sección sur del valle de Traslasierra, que contiene sitios dispersos con arte rupestre, localizados en los límites de los paisajes agrícolas o en sus inmediaciones (además de los tres sitios o localidades incluidos en este trabajo, también se documentaron otros dos paneles sin representaciones de camélidos en los sitios Cuesta de la Iguana y Piedra Pintada). Respecto de las serranías noroccidentales, esta área podría ser concebida como una unidad territorial autónoma, distante, estableciendo con cada uno de sus sectores diversas vinculaciones de larga distancia (entre 40 y 100 km). Tal como se observa en otros espacios serranos, a nivel del arte rupestre, este núcleo territorial también se presenta como una unidad internamente diversa, con una apreciable variabilidad a nivel del repertorio iconográfico y en los contextos de producción.

Teniendo en cuenta las importantes distancias desde el sur de Traslasierra, podríamos plantearnos si sus ocupantes tuvieron una interacción directa, cara a cara, con las personas y grupos que accedían estacionalmente a las serranías noroccidentales, descartando por el momento que fueran ellos mismos. Si nos limitamos al mínimo grado de relación con el área de Virgen de la Peña pensaríamos que, en efecto, existieron pocos contactos, con una escasa información compartida, de manera concomitante con la distancia espacial. Pero esto no ocurre del mismo modo con las restantes áreas o “unidades territoriales” (núcleos 1, 2 y Cerco de la Cueva), con las cuales se aprecia una notable afinidad, a pesar de la distancia y aún de las diferencias internas entre los grupos noroccidentales.

Comprensiblemente, se imponen interrogantes acerca del significado y de los mecanismos de reproducción que permitieron esta amplia circulación de determinados diseños rupestres, abiertamente compartidos por los diferentes grupos tardíos de Traslasierra, más allá de la distancia. Como vimos, dentro de la microrregión noroccidental, determinadas semejanzas

a nivel de motivos, tipos de diseño o temas son concebidas como información que circulaba irrestrictamente entre sus ocupantes, más allá de las particularidades locales que también existieron y que confieren un tono específico, singular, a cada composición rupestre y al lugar que la contiene. Este interjuego entre elementos más y menos compartidos, o de mayor y menor circulación, nos advierte sobre estrategias de identificación y diferenciación de los grupos locales, incluso a nivel de unidades familiares, que al mismo tiempo se articularon con su participación en redes de interacción más extensas, que aseguraban el mantenimiento de vínculos sociales a larga distancia.

Sujetos hipotéticos habituados al territorio del sur de Traslasierra, y trasladados luego hacia las serranías noroccidentales, o viceversa, hallarían en el nuevo contexto una cierta "familiaridad" e "inteligibilidad". Planteamos que, en el seno de estas vinculaciones de larga distancia, pudieron primar las estrategias de identificación, más allá de las particularidades locales o de las divisiones internas de las formaciones políticas o de las colectividades que se apropiaban de determinados territorios.

Pero prácticamente, ¿cómo se pudieron transmitir estas informaciones, y llegar a producirse los patrones que hoy reconocemos? Hemos apuntado que, durante el período tardío, la escala doméstica de participación fue fundamental para efectivizar la producción económica, a través de la movilidad residencial y la ocupación efectiva de los diversos microambientes serranos, poco distantes entre sí, aunque provistos de recursos silvestres complementarios, o con diversa disponibilidad temporo-espacial, así como posibilidades para la agricultura. La escala doméstica también fue un contexto clave para la reproducción de las prácticas y sentidos asociados a la ejecución del arte rupestre, con sus elementos compartidos y también aquellos particularizantes. Aún cuando estos contextos domésticos de participación debieron favorecer la transmisión de determinadas informaciones comunes, así como la limitación de otras al seno de cada grupo particular, podemos suponer que la tendencia local se habría visto incrementada si, paralelamente, no hubieran existido otros ámbitos y mecanismos de interacción social y de circulación de la información.

Ya nos referimos a los sitios de participación a escala extra-doméstica, emplazados en todos los microambientes serranos y fuertemente ligados al procesamiento y consumo colectivo de alimentos y bebidas, implicando diversos recursos silvestres obtenidos en el entorno inmediato o trasladados desde ciertas distancias (en la línea de las "juntas y borracheras" del período colonial temprano) (Castro Olañeta 2002; Pastor 2007, 2009). A pesar que todos ellos se distinguen por presentar numerosos equipos de molienda en soportes rocosos fijos, varían sus emplazamientos en posiciones a cielo abierto, en las márgenes de ríos y arroyos (en el caso de los paisajes agrícolas y forestales circundantes), en grandes aleros y cuevas (en los pastizales de altura) o en torno a las principales aguadas estacionales (en las serranías noroccidentales). También se diferencian por la ausencia o presencia de arte rupestre, y eventualmente por sus características. En el caso del sur de Traslasierra, el sitio Achalita, como tipo de contexto, es del todo similar a distintos lugares de importancia pública del occidente de Serrezuela y del norte de Guasapampa (*i.e.* núcleo 2 y adyacencias; sitios El Cajón, Cajones del Igno 1 o Las Mazas 1). Todos ellos coinciden en su asociación a aguadas, las evidencias de molienda colectiva y la presencia de bloques y aleros con arte rupestre, con imágenes grabadas en posiciones de visibilidad media o alta, y un repertorio parcialmente compartido, con la replicación de determinados diseños de camélidos (básicamente los cánones A y C) y antropomorfos sintéticos con aditamentos (cabezas con tocados). La participación colectiva en estos contextos, donde debieron interactuar personas con diver-

sas pertenencias y acceso a diferentes territorios específicos, pudo constituir un “caldo de cultivo” para que ocurrieran estas copias y replicaciones en el paisaje que aún podemos observar a nivel arqueológico. Dicho de otro modo, estos contextos de participación colectiva aseguraron la continuidad temporo-espacial de las relaciones sociales, de parentesco y alianza política, dentro del extenso valle de Traslasierra, así como la circulación efectiva de información, lo cual se tradujo en unos patrones específicos de localidad y de vinculación a distancia, que pueden ser advertidos a través del análisis del arte rupestre.

Conclusiones

Las imágenes de camélidos constituyeron un elemento de amplia circulación y fueron compartidas por los grupos que ocuparon diferentes áreas y paisajes. Claramente, estas figuras fueron importantes dentro del universo simbólico de las sociedades indígenas del oeste cordobés en tiempos prehispánicos tardíos. Es significativo destacar que las mismas fueron ejecutadas a considerable distancia de los paisajes abiertos donde habitaron los guanacos, en los pastizales de altura o en ciertas áreas de la planicie occidental (ca. 20-60 km). Entendemos que, más allá de la importancia económica y simbólica de estos animales, la ejecución de las representaciones denota la activación y refuerzo de ciertos vínculos históricos de filiación, parentesco o vecindad entre los grupos que ocuparon las diferentes áreas, permitiendo la reproducción de significados y de determinadas maneras de hacer las cosas, entre ellas la forma de ejecutar estas figuras. Los lazos sociales eran afirmados y reforzados con la realización de actividades comunitarias, así como en contextos de interacción doméstica.

Por su parte, las notables diferencias en el diseño de las figuras, con diversos cánones constructivos, permiten apreciar las particularidades locales y/o grupales. Estas últimas también se manifiestan, en los distintos paneles, en las asociaciones con otros tipos de motivos, y en general en los disímiles contextos de producción (en cuanto a las condiciones de visibilidad, la existencia o no de otras actividades asociadas a la producción de las imágenes, las escalas de interacción social, etc.).

El análisis de diversas variables asociadas a la producción del arte rupestre, entre ellas la circulación de determinados cánones de camélidos, nos ha permitido identificar una variedad de respuestas sociales, políticas y económicas, objetivadas por los grupos que ocuparon los diferentes núcleos o unidades territoriales. No obstante, la reiteración de figuras estandarizadas (como determinados diseños de camélidos) a lo largo del período tardío y de diferentes paisajes del occidente de Córdoba, nos permite reconocer la existencia de vínculos y lazos sociales que eran sostenidos en diferentes contextos de interacción, aún a pesar de la distancia espacial o de las tensiones sociales. Estos ámbitos de participación estaban relacionados, básicamente, con la ocupación estacional (estival) de paisajes adyacentes a las áreas agrícolas, fuera de los entornos más cotidianos, por parte de grupos familiares dispersos que, sólo en algunas áreas y lugares particulares (Achalita, Lomas Negras), solían agruparse para realizar celebraciones y rituales ligados a la recolección y la cacería.

Como se puede apreciar, los resultados del análisis de la circulación de los diseños de camélidos permiten plantear hipótesis relativas a la objetivación de las prácticas sociales involucradas en su estandarización y diferenciación. Estas hipótesis constituyen líneas de indagación que buscamos robustecer con la contemplación de otros datos, incluso con la aplicación de la misma metodología para el tratamiento de otros tipos de motivo.

Agradecimientos

Este trabajo se integra al proyecto "Condiciones de posibilidad de la reproducción social en sociedades prehispánicas y coloniales tempranas en las Sierras Pampeanas (República Argentina)", dirigido por Eduardo E. Berberían y que cuenta con un subsidio otorgado por CONICET (PIP 112-200801-02678).

Bibliografía citada

Argüello de Dorsch, E. y E. Berberían

1985. Investigaciones arqueológicas en el yacimiento La Playa (Dpto. Punilla - Córdoba). *Comechingonia* 5: 137-151.

Aschero, C.

1996. ¿Adónde van esos guanacos? En J. Gómez Otero (ed.), *Arqueología. Solo Patagonia*: 153-162. Puerto Madryn, Centro Nacional Patagónico.

2007. Iconos, huancas y complejidad en la Puna Sur Argentina. En A. Nielsen, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli (eds.), *Producción y circulación prehispánica de bienes en el sur andino*: 135-166. Córdoba, Editorial Brujas.

Castro Olañeta, I.

2002. Recuperar las continuidades y transformaciones: las juntas y borracheras de los indios de Quilino y su participación en la justicia colonial. En J. Farberman y R. Gil Montero (eds.), *Los pueblos de indios del Tucumán colonial: pervivencia y desestructuración*: 175-202. Quilmas-Jujuy, UNQ Ediciones-Ediunju.

Gardner, G.

1931. *Rock-paintings of north-west Córdoba*. Oxford, Clarendon Press.

Hastorf, C.

2003. Community with the ancestors: ceremonies and social memory in the middle formative at Chiripa, Bolivia. *Journal of Anthropological Archaeology* 22: 305-332.

Martel, A. y C. Aschero

2007. Pastores en acción: imposición iconográfica vs. autonomía temática. En A. Nielsen, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli (eds.), *Producción y circulación prehispánica de bienes en el sur andino*: 329-349. Córdoba, Editorial Brujas.

Medina, M.

2008. Diversificación económica y uso del espacio en el tardío prehispánico del Norte del Valle de Punilla, Pampa de Olaen y Llanura Noroccidental (Córdoba, Argentina). Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Medina, M.; Pastor, S.; Apolinaire, E. y L. Turnes

2011. Late Holocene subsistence and social integration in Sierras of Córdoba (Argentina): the South-American ostrich eggshells evidence. *Journal of Archaeological Science* 38(9): 2071-2078.

Murra, J.

1965. Sobre un hallazgo de petroglifos en la sierra de "Las Lomas Negras". *Notas del Museo Provincial de Ciencias Naturales "Bartolomé Mitre"* N° 6. Córdoba.

Pastor, S.

2007. "Juntas y cazaderos". Las actividades grupales y la reproducción de las sociedades prehispánicas de las Sierras Centrales de Argentina. En A. Nielsen, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli (eds.), *Procesos sociales prehispánicos en el sur andino: la vivienda, la comunidad y el territorio*: 361-376. Córdoba, Editorial Brujas.

2008. Acerca de una inhumación temprana (ca. 2500 AP) en el sitio Cruz Chiquita 3 (Valle de Salsacate, Córdoba, Argentina). *Comechingonia* 11: 119-133.

2009. Informe sobre el sitio El Cajón (Serrezuela, Córdoba, Argentina). La ocupación prehispánica de los micro-ambientes áridos próximos a las Salinas Grandes. *Sociedades de Paisajes Áridos y Semi-áridos* 1: 95-114.

2010. Aproximación inicial a la arqueología del norte de la sierra de Guasapampa y cordón de Serrezuela (Córdoba, Argentina). *Arqueología* 16: 151-174.

Pastor, S. y E. Berberían

2007. Arqueología del sector central de las Sierras de Córdoba (Argentina). Hacia una definición de los procesos sociales del período prehispánico tardío (900-1573 d.C.). *Intersecciones en Antropología* 8: 31-49.

Pastor, S. y A. Recalde

2009. Primeras perspectivas sobre la ocupación prehispánica del norte del valle de Guasapampa (Córdoba, Argentina). *Anuario de Arqueología* 1: 19-28.

Pastor, S.; Barrientos, G. y D. Rivero

2011. Conflicto y violencia interpersonal en las Sierras de Córdoba (Argentina) en los siglos previos a la conquista europea. Manuscrito enviado a publicar.

Raggio, M.

1979. La roca grabada de San Buenaventura (Córdoba). *Miscelánea de Arte Rupestre de la República Argentina. Monografías de Arte Rupestre, Arte Americano* N° 1. Barcelona.

Recalde, A.

2005. Grabados y pinturas en el valle de Traslasierra. Una aproximación al problema estilístico. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* 4: 267-276. Córdoba.

2006. Las representaciones rupestres y su relación con el paisaje. Aproximación a un análisis regional en el sector occidental de las Sierras de Córdoba. *Comechingonia* 9: 77-90.

2008-2009. Movilidad estacional y representaciones rupestres. Primeras evidencias de ocupaciones estivales vinculadas con la explotación de ambientes chaqueños en las sierras de Córdoba. *Anales de Arqueología y Etnología de Cuyo* (63-64): 57-80.

2009. Diferentes entre iguales: el papel del arte rupestre en la reafirmación de identidades en el sur del valle de Guasapampa (Córdoba, Argentina). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 14(2): 39-56.

Rivero, D.; Medina, M.; Recalde A. y S. Pastor

2010. Variabilidad en la explotación de recursos faunísticos durante el Holoceno en las Sierras de Córdoba (Argentina): una aproximación zooarqueológica. En M. Gutiérrez, M.

De Nigris, P. Fernández, M. Giardina, A. Gil, A. Izeta, G. Neme y H. Yacobaccio (eds.), *Zo-
oarqueología a principios del siglo XXI: aportes teóricos, metodológicos y casos de estudio*: 321-332.
Buenos Aires, Ediciones del Espinillo.

Romero, C. y M. Uanini

1978 Los grabados rupestres del sitio Ampiza 1 (Aguas de Ramón, Dpto. Minas, Prov. de
Córdoba). *Revista del Instituto de Antropología* VI: 111-133.

Romero, C.; Argüello de Dorsch, E. y M. Uanini

1973. El Arte Rupestre de Córdoba. *Proyecciones. Edición especial en homenaje al IV Centenario
de la Fundación de Córdoba* N° 8. Editado por Ika-Renault. Córdoba.

Serrano, A.

1945. *Los Comechingones*. Serie Aborígenes Argentinos, vol. I. Córdoba, Instituto de Arqueo-
logía, Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera".

ARTE RUPESTRE DE LAS SIERRAS DEL NORTE DE CÓRDOBA, ARGENTINA

Silvana Valeria Urquiza

Instituto Superior de Estudios Sociales - CONICET/UNT. Instituto de Arqueología y Museo, Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán. silvanaurquiza@yahoo.com

Presentado el: 05/07/2011 - Aceptado 27/08/2011

Resumen

Con el objetivo de ampliar el conocimiento para la región se presenta el registro y caracterización de cinco sitios con arte rupestre en la Sierra Norte de la Provincia de Córdoba (Argentina). Hasta el momento se identificaron 172 representaciones pintadas y grabadas, distribuidas en 12 soportes. Como aproximación a los temas plasmados, dinámica, uso de los espacios y la cronológica relativa, se analizan los tipos de ejecución, superposiciones y yuxtaposiciones. Se discute también la correlación estilística con otras regiones de Córdoba, Catamarca y La Rioja. Esto permitió distinguir un grupo estilístico en común, con énfasis en la representación humana, propio del ámbito de las Sierras Pampeanas.

Palabras claves: *Arte Rupestre, Norte de Córdoba, Sierras Pampeanas.*

Abstract

This paper aims to improve and enhance the regional knowledge. We present the record and the further analysis of five sites having rock art in the Sierra Norte of Córdoba, Argentina. To the moment 172 representations are indentified, which are conformed by pictographs and petroglyphs, distributed in 12 support rocks. As attempt to understand the motifs, the use and spatial dynamics, chronology, the techniques, overpositions and yuxtapositions are analyzed. The stylistical and regional relationship with several sites of Córdoba, Catamarca and La Rioja are discussed. This allows us to recognize a group with stylistic affinities, which emphasizes the human motifs that are typical to the Sierras Pampeanas.

Keywords: *Rock Art, Córdoba North, Sierras Pampeanas.*

Introducción

Con el objeto de ampliar el conocimiento sobre la arqueología del Norte de la provincia de Córdoba, llevamos a cabo una caracterización de los sitios con arte rupestre relevados hasta el momento en el área, y planteamos una cronología relativa. Anteriormente dimos a conocer el sitio Las Mojarras (Urquiza et al. 2009). En esta oportunidad se incorporan al análisis y discusión las representaciones de cuatro sitios. Estos son: El Río, Agua del Difunto Quinto, La Concebida y El Quebrachal, localizados en los departamentos Sobremonte y Tulumba (Figura 1).

Los sitios se ubican en las Sierras Pampeanas Orientales sobre los cordones montañosos cámbricos de las Sierras del Norte de Córdoba, limitadas hacia el oeste por las Salinas Grandes y al norte por las Salinas de Ambargasta, quedando un paso natural entre éstas y los sitios en estudio con el sur de la provincia de Catamarca. Las Sierras del Norte de Córdoba continúan hacia el sur de la provincia de Santiago del Estero, donde se denominan Sierra de Ambargasta y de Sumampa (Llambías et al. 2003). El basamento de dichas sierras está constituido por rocas ígneas de composición dominante granítica (Elortegui Palacios et al. 2008) con plutones de granodiorita, granito y cuerpos subvolcánicos (Llambías et al. 2003), caracterizándose el sector centro-norte por granodioritas y granitos con composiciones mineralógicas de hornblenda, biotita y epidoto (Bonalmi 1988), además de pequeños afloramientos de metasedimentitas.

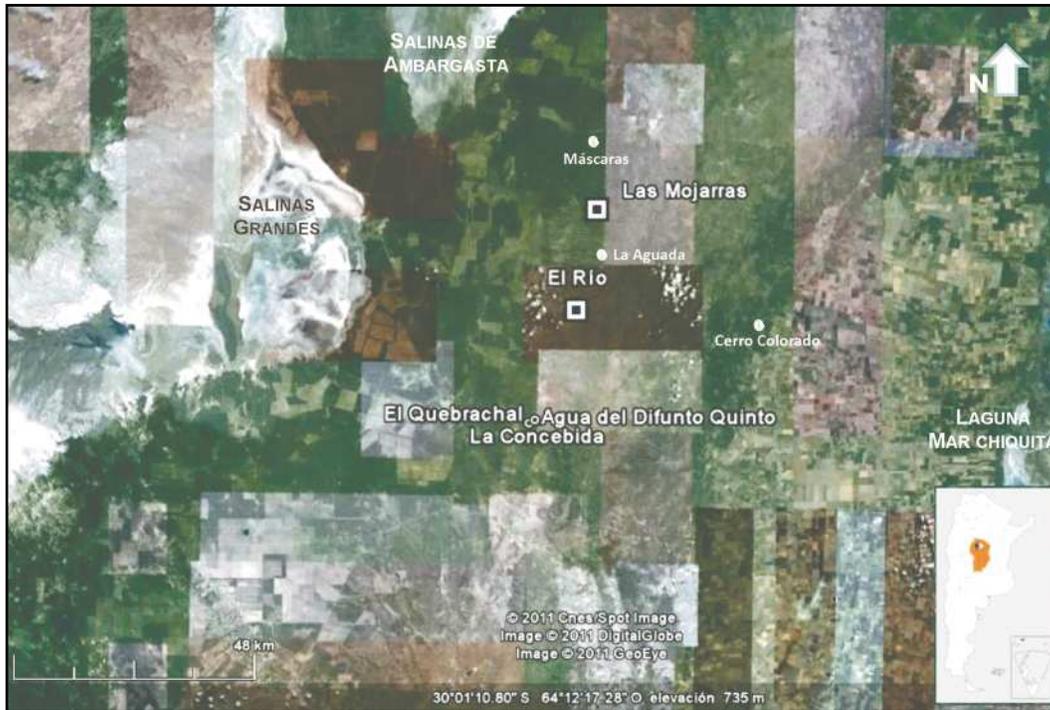


Figura 1. Ubicación del área de estudio y de los sitios relevados en el Norte de la Provincia de Córdoba: Las Mojarras (LM), El Río (ER), El Quebrachal (EQ) y Agua del Difunto Quinto (ADQ).

El área comprende la región Neotropical de dominio Chaqueño (Cabrera 1976), con cauces estacionales y permanentes donde predomina el bosque xerófilo caducifolio con varios estratos, uno superior (mayor a 8 m) abierto, dominado por quebracho blanco (*Aspidosperma quebracho-blanco*) y quebracho colorado (*Schinopsis lorentzii*) y el molle (*Lithraea molleoides*); en el estrato medio (4 a 8 m) algarrobo (*Prosopis sp.*), mistol (*Zizyphus mistol*). El estrato arbustivo es denso y se compone por diversas especies como garabatos (*Acacia prae-cox*, *Acacia furcatispina*), brea (*Cercidium australis*), chañar (*Geoffroea decorticans*), tala blanco (*Celtis sellowiana* Miq.), piquillin (*Condalia lineata*), sombra de toro (*Jodina rhombifolia*), jarilla (*Larrea divaricata*), peperina (*Mintostachys mollis*) poleo (*Lippia turbinata*) y palmera caranday

(*Trithrinax campestris*). El último estrato es el herbáceo donde predominan cola de caballo (*Trichloris crinita*), cola de zorro (*Setaria spp.*) y avenilla (*Gouinia paraguarienses*) (Codesio y Bilenca 2004), la jarilla y palmera proliferan en zonas de desmonte o incendiadas. Algunos ejemplares de la fauna actual son el zorro gris (*Dusicyon griseus*), puma (*Felis concolor*), corzuela (*Mazama americana*), chanco del monte (*Tayassu tajacu*), dasipódidos (*Tolypeutes matacus*; *Chaetophractus vellerosus*), cuis (*Microcavia australis*), vizcacha (*Lagostomus maximus*), gato montés (*Oncifelis geoffroyi*), perdiz (*Nothura maculosa*), psitácidos (*Myiopsitta monachus*; *Aratinga acuticaudata*), lagartija (*Liolaemus sp.*), víboras (*Crotalus durissus terrificus*; *Bothrops alternata*; *B. neuwiedii*) y gasterópodos (*Spixia pyrgula*; Strophocheilidae) entre otras. El clima actual es templado con veranos cálidos y húmedos, mientras que los inviernos son secos y fríos, las precipitaciones anuales de régimen estival ascienden a los 600 mm. La economía en la zona de estudio se basa en la ganadería de caprinos y vacunos; y de menor relevancia son los cultivos de maíz y frutales como cítricos, duraznos y tunas.

Antecedentes del área de investigación

El arte rupestre de Córdoba ha sido clasificado por Pedersen (1959) en tres zonas: la Sierra de Guasapampa, la Sierra de Comechingones y las Sierras del Norte; en éstas últimas se localiza el área de estudio.

En 1875, el geólogo Brackebusch menciona figuras pintadas y grabadas en el cerro Casa del Sol o Intihuasi (Gardner 1931), y años más tarde en 1897, es descrito por Menéndez sin mencionar el arte (González 1963). Las pinturas de Cerro Colorado y Casa del Sol son dadas a conocer en un breve artículo periodístico por Lugones (1903), en 1908 son citadas por Boman y en 1911 Outes propone una clasificación sin un estudio sistemático (González 1980; Ochoa 2008; Urquiza 2006 y 2009). Es G.A. Gardner quien realizaría estudios sistemáticos con fotografías y dibujos en acuarela del arte de diversos sitios de la Sierra Norte, publicándolos en la Universidad de Oxford (Gardner 1931). También F. de Aparicio, registró el arte en Cerro Colorado mediante la toma de fotografías (de Aparicio 1936).

Posteriormente, M. Vignati investiga las pinturas del sitio Máscaras, adscribiendo a las representaciones de la figura humana, atuendos similares a los relatados en las crónicas españolas para los aborígenes de la zona (Vignati 1939). Éste sitio y algunos del área estudiada por Gardner, como La Aguada, ubicado a 8 km de Las Mojaras, se corresponden desde el punto de vista estilístico con la zona de éste trabajo y presentan motivos pintados de blanco y rojo.

El área de Cerro Colorado ha sido la más intensamente investigada y se localiza hacia el Este de nuestra zona de estudio. Serrano (1945) describe las representaciones de Cerro Colorado, Intihuasi y Máscaras, diferenciando entre petroglifos y pictografías. A. Pedersen (1953-4, 1959) documentó mediante la fotografía infrarroja numerosos sitios con pinturas en abrigos rocosos (Cerro Colorado, Cerro Condorhuasi, Cerro Casa del Sol, Cerro Veladero, Desmontes, El Pantanillo y La Quebrada). En 1961, R. González lleva a cabo las primeras excavaciones estratigráficas y luego Pérez Gollán (1968) publica un compendio del arte, y posteriormente surgen numerosas publicaciones de distinta índole sobre estas representaciones (revisión en Urquiza et al. 2009). Por último, en 1987 E. Bolle observa en el sitio Intihuasi el estado de conservación de los motivos y plantea una cronología relativa a través de las modalidades estilísticas (Recalde y Berberían 2005).

En 1975, Cocilovo y Marcelino presentan el sitio con arte Cerro Puntudo, Dpto. Sobremonste, donde describen un personaje con tocado de plumas, sosteniendo un arco, y la figura de un felino seguido por perros.

Berberián y Nielsen (1985) realizan un análisis comparativo y de acuerdo a las tendencias en la forma de representación distinguen dos tipos de sitios en la provincia de Córdoba: 1) con motivos figurativos naturalistas, destacándose los antropomorfos con detalles, donde incluyen a Máscaras (CSob1), Cerro Puntudo (C.Sob3), Cerro Colorado (C.Sob4), La Aguada (C.Tul2); y 2) con esquematismo en las representaciones figurativas, como Suana (C.Tul3) y Copacabana (C.Isch4). Si bien Berberián releva Suana en la década del 70 sus datos han permanecido inéditos, realizando una breve mención en Berberián y Nielsen (op.cit.).

Emplazamiento y Arte Rupestre

El área de estudio se encuentra entre los 64°13' y 64°20' de longitud Oeste y entre 29°51' y 30°20' de latitud Sur, en la Sierra Norte de la provincia de Córdoba. Los sitios fueron agrupados en dos sectores de la misma: Septentrional y Austral. En el Septentrional, se localizan Las Mojarras (LM) y El Río (ER), y aproximadamente a 40 km al SW en línea recta, dentro del sector Austral se ubican El Quebrachal (EQ), La Concebida (LC) y Agua del Difunto Quinto (ADQ). Todos se encuentran entre los 600 y 800 msnm, en quebradas angostas con vegetación cerrada, adyacentes a cursos de agua y a vías de circulación naturales que comunican quebradas, y a éstas con las Salinas Grandes y Ambargasta hacia el Norte y con los llanos riojanos hacia el oeste.

Para cada sitio se relevaron las unidades topográficas (UT), el tipo y orientación de los soportes, así como las alturas con respecto al suelo de las representaciones y motivos. Las representaciones pueden conformar motivos o elementos de un motivo (*sensu* Aschero y Martel 2003-2005). Estas fueron descriptas analizando su morfología, técnica de ejecución y estado de conservación. A la vez se llevó a cabo un inventario de las representaciones apoyado por documentación fotográfica y calcos directos. Se analizaron las repeticiones y asociaciones de motivos en los soportes, relacionando las técnicas de ejecución y los espacios utilizados para plasmar el arte. Las representaciones se clasificaron en Figurativas y No Figurativas, incluyendo en las primeras antropomorfas, zoomorfas y fitomorfas. Mientras que en las No Figurativas se conjugan formas geométricas simples y complejas (líneas, puntos, círculos simples, círculos concéntricos, círculos con punto interior, etc.).

Se analizó la organización en el espacio mediante el registro de la distribución, asociaciones y visibilidad de las representaciones sobre los soportes, a la vez que se establecieron los procesos de alteración natural y antrópica, como modo de acercarnos al problema estilístico. Con el fin de diferenciar formas de representación, los motivos registrados fueron comparados con el arte rupestre de otros sitios de la zona del norte de Córdoba, y sitios ubicados en las provincias de Catamarca y La Rioja.

El arte rupestre ha sido plasmado de manera de ser perceptible visualmente. Puede ser visibilizado a la distancia, o solo ser visible a una muy corta distancia. Nos referimos a la visibilidad del arte y no del soporte, ya que a excepción de LM los demás sitios se confunden en el paisaje de mogotes y monte cerrado. La visibilidad será alta cuando el observador pueda distinguirlo fácilmente a la distancia; con visibilidad media, la percepción visual del arte se reduce por determinadas características topográficas, p.e. vegetación. En estos dos



Figura 2. A- Vista panorámica del Sitio Las Mojarras, B y C- Ubicación de las UT I y III respectivamente, se indican las pinturas.

tipos de visibilidad hay una intención del artista de hacer perceptibles las representaciones, pudiendo señalar recursos, caminos, cursos de agua, territorios, etc. Cuando el observador no puede distinguir las representaciones en el paisaje, por estar “ocultas”, la visibilidad es baja, p.e. representaciones localizadas dentro de cuevas. Estas representaciones con baja visibilidad, son sin embargo visibles a nivel intra-sitio, para un número restringido de personas que pueden acceder a él, conociendo muy bien su ubicación.

Sector Septentrional de la Sierra Norte

Sitio Las Mojarras (LM)

Se localiza a 600 msnm, distante 43 Km hacia el este de las Salinas Grandes y a 29 Km hacia el sur de las salinas de Ambargasta. El sitio se encuentra en un valle surcado por el arroyo El Salto, de cauce permanente. El arte se presenta sobre grandes bloques verticales desprendidos de vulcanitas y plutonitas félsicas con superficies planas. La muestra relevada consta de 86 representaciones que constituyen ocho motivos distribuidos en cinco unidades topográficas. Con respecto a la visibilidad del arte en los soportes, las pinturas localizadas en los sectores altos de las paredes verticales presentan alta visibilidad. En cambio, el arte ubicado a bajas alturas, en su mayoría grabados, ofrece mediana a baja visibilidad debido a obstáculos, como la vegetación (Figura 2).

Las técnicas de ejecución corresponden a grabados mediante el picado en surco y pinturas con conjuntos tonales blancos y negros, manifestándose en ambas técnicas motivos figurativos (27%) y no figurativos (73%). Entre los figurativos se repiten camélidos, aves y

Unidad Topográfica	Total de Representaciones	n Motivos	Representaciones Figurativas		R. No Figurativos	Técnicas de Ejecución	
			Antropomorfos	Zoomorfos		Grabados	Pintados
I	12	3	2	6	4	1	11
IIA	8	-	-	-	8	8	-
IIB	11	1	1	-	10	11	-
IIIA	43	3	-	12	31	4	39
IIIB	4	-	-	-	4	4	-
IIIC	3	-	-	-	3	2	1
IV	3	1	1	1	1	-	3
V	5	-	1	-	4	5	-
Total	89	8	5 (5,6%)	19 (21,4%)	65 (73%)	35 (39,3%)	54 (60,7%)
			24 (27%)				

Tabla 1. Sitio Las Mojarras. Características morfológicas y técnicas de ejecución por Unidades Topográficas.

en menor proporción antropomorfos. Las pinturas (60,7%) se concentran en tres UT (I, IIIA y IV), y los grabados (39,3%) ocupan casi todas las UT (Tabla 1).

Los soportes que presentan grabados de surco picado continuo se orientan hacia el Oeste, con motivos de círculos simples o compuestos, algunos con un punto central y/o bordes radiados (UT II A y B) y los con círculos concéntricos hacia el Noreste y a mayor altura (UT IIIC) (Figura 3). En el caso de la UT IIB, con picado en surco profundo y líquenes en su interior, a los motivos circulares se suman no figurativos complejos, al igual que en UT

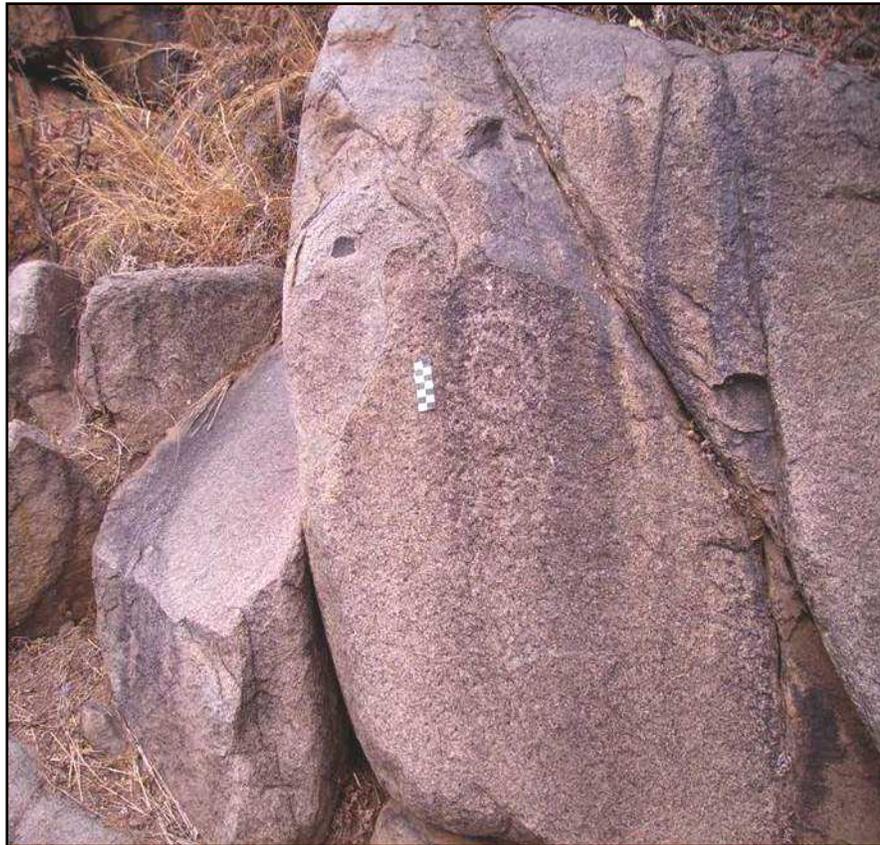


Figura 3. Bloque con motivo abstracto (UT IIA-LM)

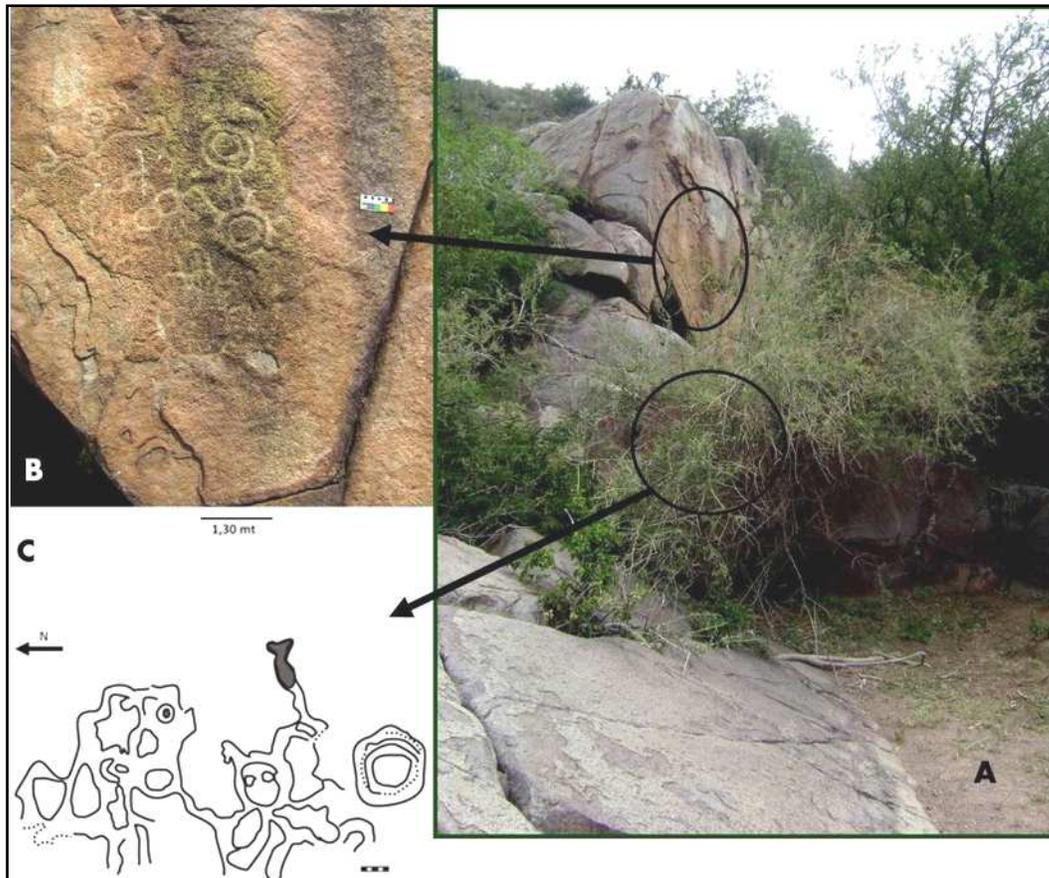


Figura 4. A-Ubicación de los grabados en la UT IIB (LM). B- Motivos abstractos y C- motivo figurativo.

V orientada al Norte. La UT I es un paredón de pátina oscura orientado al Sur, que a baja altura muestra un único grabado no figurativo con dos tipos de líquenes.

Los grabados figurativos, dos antropomorfos, se sitúan en paredes a baja altura emplazadas al Norte. La UT IIB, ubicada a 3 m del arroyo, presenta una figura antropomorfa central, de frente, con dos prolongaciones como apéndices en su cabeza, y en sus extremidades superiores se distinguen un círculo concéntrico y un motivo complejo (animal?). El motivo grabado en surco picado, se ubica en el lateral de un bloque granitoide, que forma una mesada o pequeño escenario. Por encima de éste, en la pared lindante superior se encuentran grabados en surco picado profundo, formando motivos abstractos orientados al oeste (Figura 4). El antropomorfo de la UT V exhibe un rostro triangular sin indicadores de rasgos faciales y un tocado, los brazos extendidos a los lados y las piernas flexionadas.

Las representaciones pintadas se agrupan en las unidades orientadas al Sur (UT I) y al Norte (UT III y UT IV). La UT III presenta mayor número de no figurativos. En todas las UT son blancas, con excepción de un motivo figurativo zoomorfo blanco que incluye una representación en negro en su interior (UT I) (Figura 12.1A). Los motivos de aves se cir-

cunscriben a UT I (Figura 5). En la UT IV, a 100 metros de altura del suelo, se encuentra el motivo pintado de mayor tamaño (0,55x 0,45 mts) un cuadrúpedo con dos orejas, y por detrás de él un antropomorfo de brazos extendidos sosteniendo un objeto alargado, denominado “el guanaquito” por los pobladores locales, el cual es notable a la distancia (Urquiza et al 2009). El empleo de puntos se repite en los paneles pintados, siempre formando motivos abstractos y como elementos internos de un motivo zoomorfo (Urquiza op cit.).



Figura 5. Motivos de aves en UT I (LM)

Sitio El Río (ER)

Se trata de una pequeña cueva a 813 msnm, formada por un bloque granitoide con dos aberturas enfrentadas al ras del suelo en sentido E- W. La oquedad formada dentro de la cueva tiene 1,20 m de altura y el piso es de la misma roca. En la pared Sur se encuentra la UT I, formada por una concavidad erosiva del bloque rocoso donde se exhibe una representación zoomorfa, probablemente un felino, formado por 96 elementos (círculos simples, círculos divididos diametralmente y una espiral, entre otros) pintados en color rojo (Tabla 2). Parte de la pintura ha sido alterada por el tizne de un fogón. Sobre la pared N se localiza la UT II con tres camélidos menores a 10 cm pintados en blanco, estos presentan dos orejas y cuatro miembros. La visibilidad de ambas UT es baja. De los sitios analizados en este trabajo, El Río es el único donde se utilizó pintura roja (Figura 6).

Unidad Topográfica	Total de Representaciones	Total de Elementos	Representaciones Figurativas		R. No Figurativas	Técnicas de ejecución: Pintados	
			Antropomorfos	Zoomorfos		Rojo	Blanco
I	1	96	-	1	-	1	-
II	3	3	-	3	-	-	3
Total	4	99	-	4 (100%)	-	4 (100%)	-

Tabla 2. Sitio El Río. Características morfológicas y técnicas de ejecución.

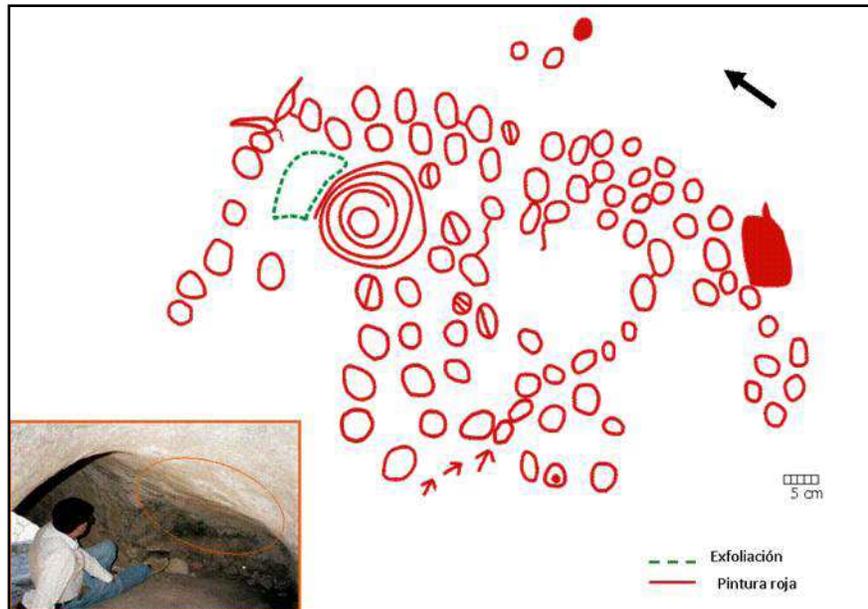


Figura 6. Sitio El Río. Localización de la UT I y motivo a escala.

Sector Austral de la Sierra Norte

En la zona conocida como Suana se registraron diversos sitios. En este trabajo se relevaron los que presentan arte rupestre.

Sitio Agua del Difunto Quinto (ADQ)

En el margen de un arroyo permanente de sentido E-W, se localizan grandes bloques granitoides, y tres de ellos contienen cuatro morteros de entre 15 y 25 cm de diámetro. El mortero de mayor tamaño se encuentra solo en un bloque desgastado en forma cóncava. En las inmediaciones del grupo de morteros, a 725 msnm sobre la ladera Norte, se emplaza una cueva dentro de un gran bloque granitoide. El interior de la cueva es de forma cilíndrica, con 1,40m de alto x 6 m de largo y 1,90m de ancho, presentando una pequeña abertura al Sur, y otra de mayor tamaño hacia el Noreste, con una antecámara sin arte rupestre que se perfila hacia el Norte (Figura 7).

Se definieron dos unidades topográficas (Tabla 3), la UT I ubicada en la pared Este, cuenta con 43 representaciones (93,5%) pintadas en blanco que conforman 10 motivos, de éstas, 30 son no figurativas y 13 figurativas, dominando los zoomorfos sobre los antropomorfos. Las representaciones se ubican entre los 0,66 y 1,35 m sobre la superficie del terreno. Entre los motivos animales muestreados se agrupan, un iguanoide, una huella de felino y camélidos cuadrúpedos, con dos orejas y cola hacia abajo. En uno de los motivos se encuentran dos camélidos de espaldas. En el panel se observan tres motivos antropomorfos, uno pequeño de apariencia simiesca, otro simplista posicionado de frente y el más complejo se encuentra de perfil y presenta ornamentos cefálicos y sostiene un arma (arco y flecha?).

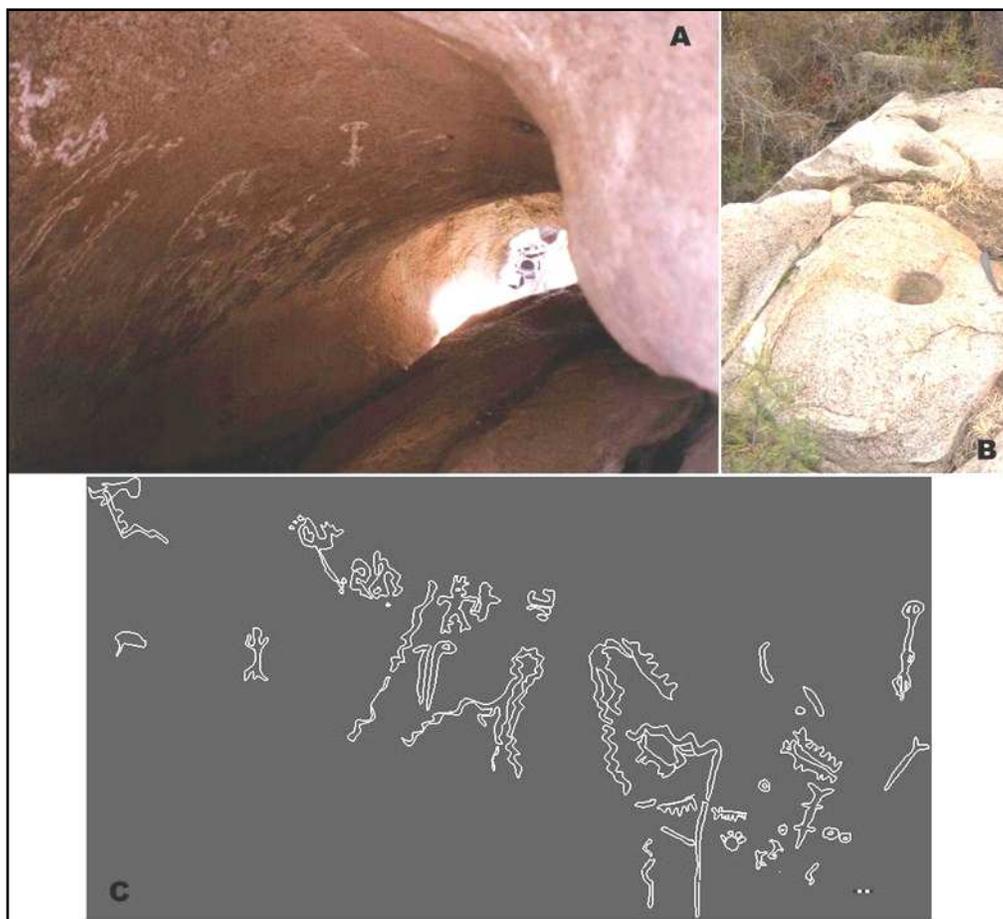


Figura 7. Sitio Agua del Difunto Quinto. A- Ubicación de la UT I; B- Morteros localizados en las inmediaciones de la cueva; C- Calco de la UT I.

Unidad Topográfica	Total de Representaciones	n Motivos	Representaciones Figurativas		R. No Figurativas	Técnicas de ejecución: Pintados
			Antropomorfos	Zoomorfos		
I	43	10	3	10	30	43 (93,5%)
II	3	3	-	1	2	3(6,5%)
Total	46	13	3 (6,5%)	11 (24%)	32(69,5%)	46 (100%)
			14 (30,5%)			

Tabla 3. Sitio Agua del Difunto Quinto. Características morfológicas y técnicas de ejecución.

La mayor parte del piso de la cueva es de roca, excepto debajo de la UT I donde hay sedimento cubierto por hojarasca. Sobre la pared Oeste se ubica UT II, con 3 representaciones (6,5%), exhibiendo un camélido de cuatro patas y dos orejas, y dos representaciones lineales pintadas en blanco. Las UT presentan baja visibilidad desde el exterior al estar en el interior de la cueva.

Sitio El Quebrachal (EQ)

Es un alero de roca soporte granítica a 770 msnm, con tres representaciones pintadas en blanco agrupadas en una UT (Tabla 4). Estas cuentan con un posible antropomorfo de

Unidad Topográfica	Total de Representaciones	n Motivos	Total de Elementos	Representaciones Figurativas		R. No Figurativa	Técnicas de ejecución: Pintados
				Antropomorfos	Fitomorfos		
I	3	2	11	1	1	1	3
Total	3	2	11	1 (33,3%)	1 (33,3%)	1 (33,3%)	3 (100%)
				2 (66,7%)			

Tabla 4. Sitio alero El Quebrachal. Características morfológicas y técnicas de ejecución.

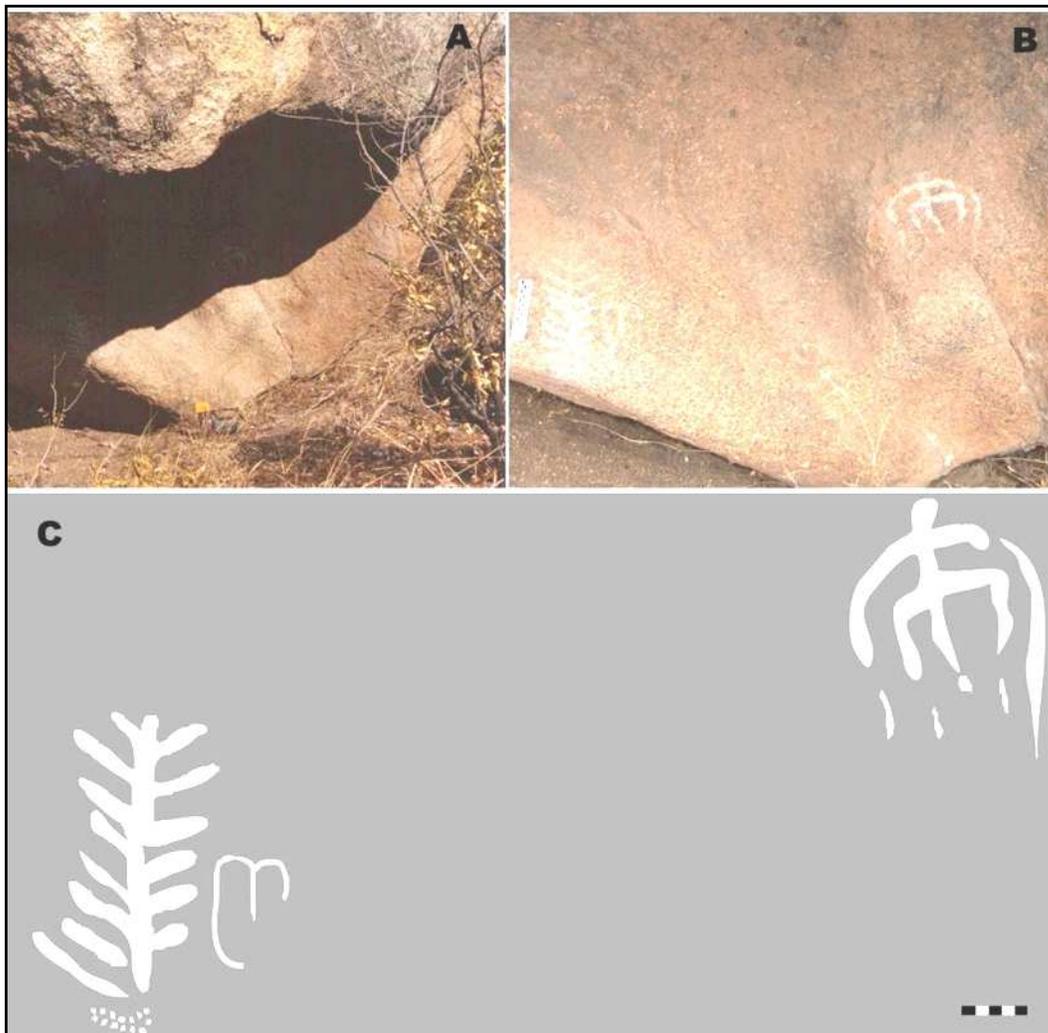


Figura 8. Sitio El Quebrachal. A y B- Ubicación de las pinturas en el alero; C- Calco de la UT I.

extremidades alargadas hacia abajo, separado de las otras representaciones (fitomorfa y no figurativa) por una pequeña oquedad en la roca soporte (Figura 8). Hacia el Noroeste del alero, a tres metros, se localiza un gran bloque que conforma una cueva en su interior sin arte rupestre, de aproximadamente 12 m² con dos aberturas y piso de tierra, e inmediata a ésta se encuentra otra pequeña cueva con una abertura cerrada intencionalmente con rocas. La visibilidad de los motivos es media.

Sitio La Concebida (LC)

En la misma quebrada que EQ, a 600 m hacia el Sur, se encuentra el sitio LC sobre la ladera de la sierra. Es una cueva a 750 msnm, conformada por un bloque granitoide y piso de tierra, donde se registraron dos UT con representaciones pintadas en blanco, entre las cuales el 83,4% son no figurativas. La UT I comprende el 70% de las representaciones, mientras que en el 30% restante se ubica en el muro adyacente, denominado UT II. Esta última incluye ocho representaciones no figurativas y un motivo antropomorfo con las extremidades prolongadas, similar al registrado en el EQ (Tabla 5). La UT I se sitúa dentro de una oquedad natural del soporte contra el suelo, de 0,60 m de altura. Comprende como

Unidad Topográfica	Total de Representaciones	n Motivos	Representaciones Figurativas		R. No Figurativos	Técnicas de ejecución: Pintados
			Antropomorfos	Zoomorfos		
I	21	1	3	1	17	21
II	9	2	1	.	8	9
Total	30	3	4 (13,3%)	1 (3,3%)	25 (83,4%)	30 (100%)
			5 (16,6%)			

Tabla 5. Sitio La Concebida. Características morfológicas y técnicas de ejecución por unidad topográfica.

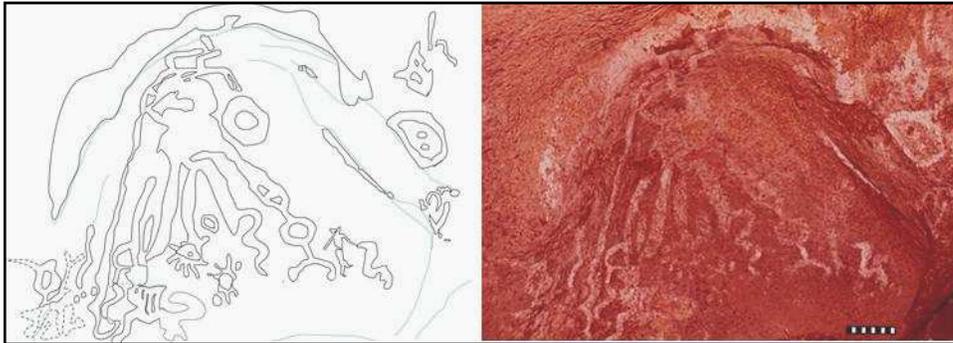


Figura 9. Sitio La Concebida. Motivo central de UT I.

motivo central un antropomorfo exhibiendo apéndices a modo de un tocado, del torso penden elementos y otro antropomorfo de menor tamaño. En la parte inferior del motivo se ubica otro antropomorfo de cabeza triangular junto a un serpentiforme. Los bordes de la oquedad presentan pintura blanca y representaciones no figurativas delimitando en su interior el motivo descrito (Figura 9). La visibilidad de ambas UT es baja desde el exterior de la cueva.

Cotejo intersitios

Hasta el momento se relevaron en la Sierra Norte cinco sitios con un total de 12 Unidades Topográficas, de las cuales siete se localizan en el Sector Septentrional y cinco en el Austral (Tabla 6). Se cuantificaron 172 representaciones, algunas de las cuales conforman 31 motivos, con un bajo a nulo porcentaje de superposiciones y alto de yuxtaposiciones.

Las representaciones se concentran en Las Mojarras (52%) y Agua del Difunto Quinto (27%), configurando en éste último la principal cantidad de motivos con el 41,9%. En todos los sitios se registran figurativas (28,5%) y no figurativas (71,5%), con excepción del sitio

Sitio y Sector	Representaciones				Total de R	n Motivos	n UT	Tipo de Soporte y Litología	Técnica de Ejecución	Visibilidad
	F			NF						
	A	Z	F							
Las Mojarras SS	5	19	-	65	89 (52%)	8 (25,8%)	5	-Paredes verticales y Bloques aislados -Vulcanitas y plutonitas félsicas	-Pintado: Blanco y Negro -Grabado: Surco picado	Alta/Media
El Río SS	-	4	-	-	4 (2%)	4 (12,9%)	2	-Cueva -Granitoide	Pintado: Rojo y Blanco	Baja
Agua del Difunto Quinto SA	3	11	-	32	46 (27%)	13 (41,9%)	2	-Cueva -Granitoide	Pintado: Blanco	Baja
El Quebrachal SA	1	-	1	1	3 (2%)	3 (9,7%)	1	-Alero -Granitoide	Pintado: Blanco	Media
La Concebida SA	4	1	-	25	30 (17%)	3 (9,7%)	2	-Cueva -Granitoide	Pintado: Blanco	Bajo
Total y porcentajes	13 7,6%	35 20,3%	1 0,6%	123	172	31	12			
	49 28,5%			71,5%	100%	100%				

Tabla 6. Características morfológicas y técnicas de ejecución del arte rupestre en los sitios analizados de la Sierra Norte (Prov. Córdoba).

F: Figurativas; NF: No Figurativas; A: Antropomorfas; Z: Zoomorfas; F: Fitomorfas; R: Representaciones; UT: Unidades Topográficas; SS: Sector Septentrional; AS: Sector Austral.

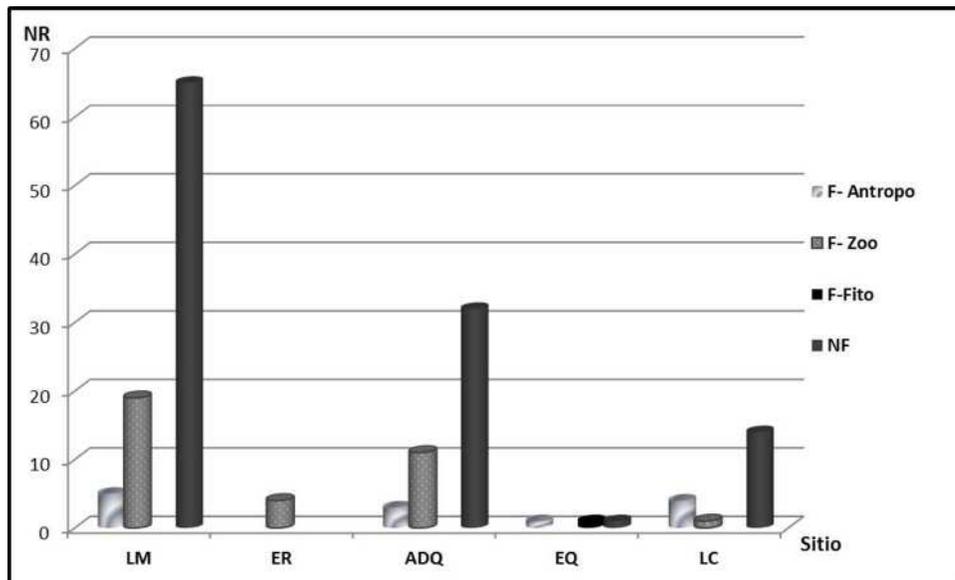


Figura 10. Número y tipo de representaciones por sitio.

NF: No Figurativas, F: Figurativas (Antropomorfas, Zoomorfas, Fitomorfas)
LM: Las Mojarras, ER: El Río, ADQ: Agua del Difunto Quinto, LC: La Concebida

El Río donde sólo encontramos zoomorfos (Figura 10). Las no figurativas incluyen diseños geométricos lineales, zigzag, líneas rectas cortadas por círculos, círculos simples y concéntricos entre otros. Los figurativos cuentan con un fitomorfo (EQ) y zoomorfos (20,3%) como huellas de felinos (LM y LC), iguánidos (LM y ADQ), ofidios (LM y LC), aves (LM), un posible felino (ER) y camélidos (LM, ER y ADQ) (Figura 11). Los antropomorfos se presentan en todos los sitios (7,6%), excepto en ER. En LM encontramos cinco motivos antropomorfos, tres de los cuales son pintados y dos grabados de mayores proporciones.

En cuanto a la técnica, en LM encontramos representaciones grabadas (n: 35) y pintadas (n: 54), se empleó el picado en surco y en las pinturas los colores blanco y negro. En los otros sitios estudiados no se registraron grabados. En ER los motivos están pintados de coloración roja (n:1) y blanca (n:3), y solo de blanco en EQ(n:3), LC (n:30) y ADQ (n:46).

Las Mojarras es el único sitio a cielo abierto y donde se emplearon como soportes bloques aislados y paredes verticales de vulcanitas y plutonitas félsicas, éstas últimas han brindando alta/media visibilidad a las representaciones en general (Urquiza et al. 2009). En los sitios restantes, los soportes se conforman por las paredes internas de tres cuevas y un alero, de litología plutónica granitoide, los cuales resguardan las representaciones y otorgan baja visibilidad (Tabla 6).



Figura 11. Motivos de camélidos. 1- Sitio Las Mojarras, A: UT IIIA; B y C: UT I; 2-A y B. Sitio Agua del Difunto Quinto UTI.

En cuanto a la preservación del arte hemos observado en sucesivas campañas el desvanecimiento de pinturas y la degradación de los soportes, los que han sido cubiertos de líquenes, presumimos por un aumento de la humedad en los últimos años.

En todos los sitios se registraron y recolectaron evidencias materiales en la superficie de las áreas relacionadas al arte rupestre. En el sitio ADQ se recuperaron lascas de ópalo, fragmentos de cerámica tosca y en LM fragmentos de cerámica tosca oxidante y una punta triangular apedunculada de cuarzo blanco (UT V) asignable a momentos agropastoriles (Urquiza et al. op cit.). Sobre el faldeo de la sierra, frente a los paneles pintados de UT III, se localiza una cueva sin arte con restos óseos de camélidos en superficie. Ambos sitios presentan morteros sobre los bloques de rocas que bordean los arroyos. Los sitios ADQ, LC y EQ, son cercanos al antiguo poblado minero de Suana, donde se recuperaron fragmentos de cerámica símil Sunchituyo, puntas de cuarzo y un punzón óseo¹. Un dato particular se vincula a la posible existencia de un cuerpo humano, el cual según los lugareños, se encuentra enterrado en la cueva de ADQ. Es probable que este registro material se encuentre asociado a las representaciones rupestres pero serán las excavaciones arqueológicas ulteriores las que reforzarán estos vínculos contextuales.

Los antropomorfos fueron clasificados tentativamente en grupos, que si bien son construcciones arbitrarias, cada uno involucra diversos estándares manteniendo un estilo (*sensu* Troncoso 2003). La identidad de este estilo, se manifiesta por la elección de un tipo de soporte, las técnicas empleadas, las representaciones y su ubicación en el espacio (Figura 12).

- 1- Figura posiblemente humana, de perfil hacia su izquierda?. Presenta un flanco con la extremidad superior extendida y la inferior flexionada, su tamaño varía entre 10-20 cm. Técnica: pintado. Localizado en LM (UT I) y en ADQ (UT I).
- 2- Figura erguida de frente, con cráneo redondeado exponiendo apéndices y/o tocado. Exhibe extremidades superiores e inferiores, en algunos casos ostentan objetos, armas y/o animales. Su tamaño varía entre 20-60 cm. Localizado en ADQ (UT I), LC (UT I) y LM (pintado- UT I), y LM (grabado-UT IIB).
- 3- Figura estilizada de frente, con cráneo subtriangular, piernas y pies definidos, en algunos casos se distingue el atavío, y probable actitud dinámica de las extremidades inferiores. El antropomorfo pende de un personaje de mayor tamaño. Sus dimensiones rondan los 10 cm. Se localiza en LC (UT I) y su técnica es pintado.
- 4- Figura de frente, estilizada y escueta, de cráneo pequeño. Extremidades superiores e inferiores flexionadas y alargadas hacia abajo, ostenta un apéndice entre las inferiores. Técnica: pintado. Ubicado en LC (UT II) y EQ (UT I).
- 5- Figura de frente, cráneo triangular con tocado, rasgos faciales ausentes, extremidades superiores alargadas, miembros inferiores flexionados, y posible atavío. Técnica: grabado. Situado en LM (UT V).

Las figuras del grupo 1 se vinculan a zoomorfos (huella de felino, camélidos e iguánidos) y a círculos y líneas. Si bien estamos en duda sobre la posible representación de cuerpos humanos, se toma en cuenta la alternativa hasta tener más evidencias al respecto. En el caso de los personajes del grupo 2, uno de ellos sostiene una figura animal en una mano y elementos indistintos en la otra (LM). El personaje antropomorfo central del EQ muestra en las extremidades a las figuras del grupo 3 junto con elementos similares a armas, huella de felino, un ofidio, círculos y líneas. Las figuras del grupo 4 se asocian a representaciones no figurativas en zigzag, circulares y lineales; y las del grupo 5 con motivos circulares en cadenas y otros con radiaciones.

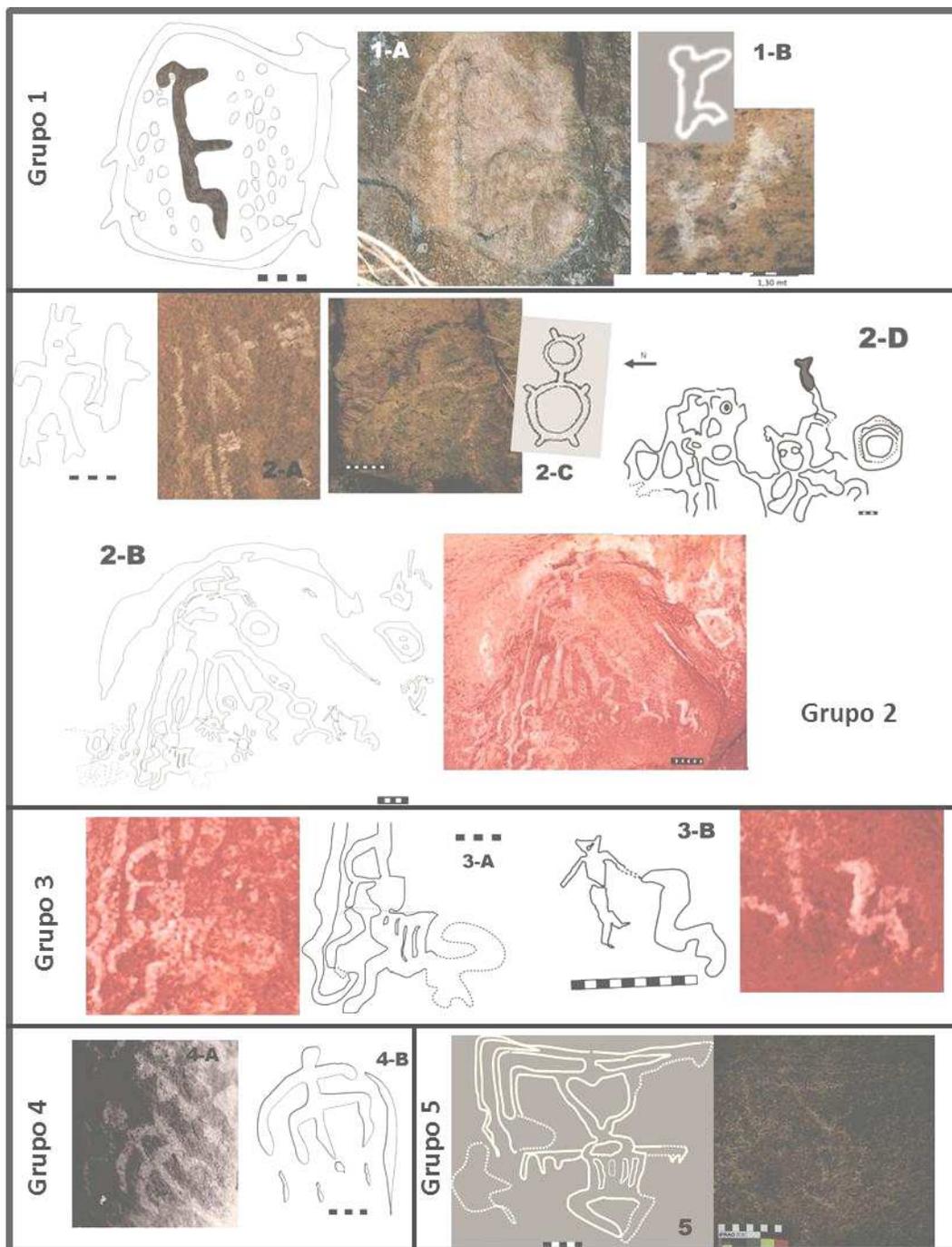


Figura 12. Grupos de motivos antropomorfos definidos para el área de estudio.
 Grupo 1: A. UT I (LM), B. UT I (ADQ). Grupo 2: A. ADQ (UT I), B. LC (UT I), C. LM (UT I), D. LM (UT IIB). Grupo 3 A y B. LC (UT I). Grupo 4: A. LC (UT II), B. EQ (UT I). Grupo 5: LM (UT V).

En el caso de LM, los antropomorfos grabados del grupo 2 y 4 comparten la misma orientación de panel hacia el norte y se ubican ambas a pocos centímetros del suelo en la entrada del valle, uno en la entrada oeste (UT V) y el otro al este (UT II). Se caracterizan por presentar tocados, como mencionan las relaciones españolas citadas por Pedersen (1959:54) "traen todos los mas en las tocas de las cabezas y tocados de lana hazen por galla muchas varilas largas de metal y al cavo dellas como cucharas" (Urquiza et al.2009).

Consideraciones Finales

Tanto los sitios septentrionales como los meridionales analizados, comparten una temática de motivos, siendo más intensa en ADQ y LM. En todos los sitios la técnica es pintado y sólo en LM se suma el grabado surco picado, siendo probablemente más tardíos que las pinturas (Urquiza et al. 2009).

Resulta llamativo el sitio ER ya que es donde se encuentra el único motivo pintado en rojo, predominando en los otros el color blanco. El sitio Las Mojarras presenta mayor variabilidad de técnicas de ejecución, con grabados (surco picado y surco picado profundo) y pintados en negro y blanco. En LM se registra una importante cantidad y variedad de motivos, siendo el único donde el arte es visible, ya que se localiza en paredones y bloques en la orilla de un arroyo junto a una senda actual, señalando tal vez una continuidad en el uso de los espacios para circular y transportar animales, lo que otorga al arte un carácter público, que podría relacionarse con el control de caminos, agua o bienes de circulación entre los distintos ambientes (*Ibid*). Así, se marca diferencia con los restantes sitios donde el arte se encuentra dentro de cuevas, tomando un carácter más privado "que tiene injerencia directa en el carácter restringido de la información transmitida y dirigida sólo hacia aquellos que ingresan, ocupan y construyen cotidianamente sus lugares..." (Recalde 2009: 50). En todos los sitios existe un fuerte vínculo entre las representaciones rupestres y los cursos de agua. El corredor de las Salinas desemboca en cercanías al valle de LM, donde el arte presenta mayor visibilidad y la representación de mayor envergadura. En el caso del motivo ubicado a gran altura, su tamaño, la técnica empleada, el contraste con el soporte y su tamaño, aseguró su visibilidad por personas que llegaban desde zonas desérticas como las salinas, sindicando tal vez su cercanía con agua y/o territorios de pastoreo de camélidos, ya sean viajeros del mismo grupo que el artista o que comparten los mismos códigos de identidad. Los sitios con representaciones poco visibles para viajeros o para aquellos que no conozcan su localización, significarían lugares especiales para un público interno y reducido, acaso destinados a evocar la memoria de un grupo o ser recurrido por cazadores y pastores. En estos casos el espectador se involucra con las representaciones en un vínculo más directo, logrando percibirlo de forma visual y táctil, transformándolo en un arte interactivo.

Hasta el momento continúa siendo notoria la subrepresentación de sitios con grabados en el área de estudio, con excepción del Cerro Veladero, donde ha sido descrito un solo grabado en surco no figurativo (Gardner 1931). Los grabados de Las Mojarras, únicos hasta el momento, se encuentran en rocas con patina natural fuerte donde el picado produce gran contraste. La pátina débil de los mismos, es parecida en todos los motivos, variando levemente los tonos en los surcos que registran líquenes. Nos permitimos especular entonces, en que los grabados se ejecutaron en un momento de ocupación o en diferentes muy próximos (Urquiza et al. 2009). En relación a las pinturas, como mencionamos, ER presenta motivos en rojo y blanco, análogamente a Máscaras y al área de Cerro Colorado.

Berberián y Nielsen (1985) clasifican a los sitios con arte de Córdoba en dos grupos, incluimos en el segundo grupo a ER, en el primero a LM, y sumamos ADQ y EQ (en discrepancia con los autores) localizados en Suana.

Sobre los camélidos, todos se encuentran pintados en blanco y exhibiendo características propias del arte rupestre Formativo inicial y medio del Noroeste argentino (Aschero 1999,2000; Podestá 1988; Berenguer 1999). En ADQ un par de camélidos se encuentran de espaldas, uno invertido sobre el otro, y en LM sólo se encuentra el invertido, recordando a los de Cerro Veladero, Intihuasi y La Aguada (Figura 11). Los camélidos, ubicados en LM y ADQ, presentan cuatro patas y dos orejas como el Canon D definido por Recalde (2009:46) para el área oeste de Córdoba. No obstante, las semejanzas son más fuertes con Cerro Colorado, por lo que pensamos en un nuevo canon de camélidos.

Resulta llamativa la ausencia de aves, ya que sólo están presentes en las pinturas de LM y en paneles de La Aguada y del área de Cerro Colorado con los cuales presentan semejanzas (Cerro Colorado, Cerro del Sol, Cerro Veladero, Desmonte) (Figura 5). Las aves representadas en LM se asemejan a los motivos de la cerámica Sunchituyo y Averías. También se observan semejanzas entre los motivos no figurativos pintados y los diseños de la cerámica Averías. Es probable que el arte rupestre de las Sierras Norte de Córdoba haya estado influenciado por las antiguas poblaciones del sur de la provincia de Santiago del Estero (González, 1998 y González y Pérez, 1972) basado esto en hallazgos de cerámica santiagueña en los sitios con representaciones rupestres, como es el caso de Suana. Por lo que debemos realizar comparaciones con los sitios la sierra de Guasayán, Quebrada de las Marcas, Casa del Tigre y Puerta Chiquita.

En general el arte no presenta superposiciones. En su mayoría las representaciones grabadas, y algunas pintadas, poseen una alta frecuencia de yuxtaposiciones (*sensu* Troncoso 2005), y en algunos casos las representaciones geométricas conforman figuras complejas “que impiden identificar claramente si nos encontramos ante un solo gran motivo o diferentes motivos pequeños unidos” (Troncoso *op cit.*). Los trazos verticales con círculos adosados y circunferencias cruzadas por un trazo (LM y ADQ: pintados y LM: grabados), guardan similitudes formales con los sitios del norte de Córdoba La Aguada, Máscaras, Copacabana, Cerro Puntudo y Cerro Colorado. En tanto que los trazos meandriformes se correlacionan estilísticamente con los sitios La Aguada, Cerro del Sol y Desmonte, y los circulares con La Aguada y Cerro Colorado. Para éste último, González (1998) infiere diferentes momentos, y si bien no menciona a las representaciones más antiguas, se continúan desde el inicio de la era cristiana hasta el siglo V con motivos de arco y flecha, seguidos por la presencia de alfarería chaco santiagueña hacia el siglo X y finalizando en el siglo XVI con motivos de conquistadores españoles en las pinturas rupestres. Por esto, los sitios de Suana podrían adscribirse entre los siglos V y X, de acuerdo a la cerámica recuperada y el motivo antropomorfo del grupo 2.

Entre los grupos de antropomorfos planteados, se destaca el predominio de las pinturas por sobre los grabados. Las representaciones antropomorfas analizadas presentan semejanzas estilísticas con las pinturas de Cerro Puntudo para el área de estudio, y con los personajes del arte rupestre del sitio La Tunita (De La Fuente y Díaz Romero 1974, Nazar *et al.* 2010) y La Candelaria (Llamazares 1999) de la sierra de Ancasti y con algunas figuras de la cerámica estilo Aguada de los valles de Hualfín y Ambato (Prov. Catamarca) (González 1998, Gordillo 2009, Laguens 2006). Esta misma analogía se da con los grabados del cerro Las Marcas en el valle de Vinchina (Prov. La Rioja) (Callegari *et al.* 2009).

Vignati (1939) asigna al sitio Máscaras una antigüedad anterior al siglo XVI, previo al contacto hispano-indígena, y por analogías en el arte, González (1980) lo vincula cronológicamente con La Aguada del sitio La Tunita, y Urquiza et al. (*op. cit.*) bajo el mismo criterio asigna este estilo a Las Mojarras. En este caso, también relacionamos a los antropomorfos del Grupo 2 (Figura 12), de El Quebrachal y Agua del Difunto Quinto, con los de La Tunita y La Candelaria (Catamarca), cerro Las Marcas (La Rioja) y Máscaras, Cerro Puntudo y Veladero (Córdoba). El resto de las representaciones de ADQ se asemejan a Máscaras. Los personajes antropomorfos de este grupo, muestran una distinción jerárquica y/o guerreros con armas, los que se presentan en el arte rupestre del NOA desde el Formativo Temprano (Korstanje y Aschero 1996). Los Grupos 4 y 5, asociados con motivos no figurativos, y realizados en bloques y aleros, es probable que correspondan a un momento temporal posterior, tal vez de contacto hispano indígena. El material recuperado en superficie es escaso, sin embargo, en LM se vincula a momentos agropastoriles, y en ADQ podría relacionarse con Sunchituyoj.

Si bien admitimos afinidades con el área sudeste de Catamarca, La Rioja y tal vez con el sur de Santiago del Estero, lo que adscribe tentativamente el arte rupestre de las Sierras Norte a una cronología relativa de entre fines del Formativo Tardío y el Período de Integración Regional, debemos realizar excavaciones sistemáticas con la finalidad de acercarnos a los modos de vida de los antiguos pobladores del norte de Córdoba, y demarcar un rango temporal más ajustado. Hasta contar con mayores asociaciones contextuales, inferimos para los sitios estudiados, en base a su ubicación geográfica y en las correlaciones estilísticas con otras áreas, que las sierras del Norte de Córdoba han sido puntos de flujo de bienes y de información visual entre los grupos humanos del SE de Catamarca, el este riojano y quizás del sur de Santiago del Estero. Estas personas probablemente recurrieron a los corredores naturales de las salinas en caravanas de llamas. Es sugerente y posible que el grupo estilístico afianzado en la representación de la figura humana, común de las Sierras Pampeanas, sea producto de éstas dinámicas sociales.

Agradecimientos

A Daniel Cosutta, María Celminia y Marcelo Castillo, así como a los Sres. Ferreyra y Valle. A Carlos Cónsole, Lincoln y Ariel Urquiza por sus invaluable aportes e interés. Nuestro especial agradecimiento para los evaluadores, quienes con sus valiosos comentarios mejoraron el manuscrito original.

Notas

¹ Suana era un poblado de mineros dedicados a la explotación de granito para la confección de adoquines. Fue abandonado entre 1930 y 1940. El punzón de hueso y puntas líticas encontrados en sus inmediaciones, se encuentran en el Museo de Paleontología, Arqueología e Historia de la ciudad de Deán Funes (Prov. Córdoba).

Bibliografía citada:

Aschero, C. A.

1988. Pinturas rupestres, actividades y recursos naturales: un encuadre arqueológico.: *Arqueología Contemporánea Argentina. Actualidad y perspectivas* (ed. Por H. Yacobaccio) pp. 109-145. Ediciones Búsqueda, Buenos Aires.

1999. El Arte Rupestre del Desierto Puneño y el NOA. *Arte Rupestre en los Andes de Capricornio* (ed. Por J. Berenguer R. y F. Gallardo I.) pp. 97-135, Museo Chileno de Arte Precolombino y Banco de Santiago, Santiago de Chile.

2000. Figuras Humanas, camélidos y espacios en la interacción circumpuneña. *Arte en las Rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en la Argentina* (ed. por M. Podestá y de Hoyos), pp.15-44. Sociedad Argentina de Antropología y Asociación Amigos del INAPL, Buenos Aires.

Aschero, C.A. y A.R. Martel.

2003-2005. El arte rupestre de Curuto-5. Antofagasta de la Sierra (Catamarca, Argentina). *Cuadernos del INAPL* 20: 47-72.

Berberián, E.E. y A.E. Nielsen.

1985. El Arte Rupestre de la Región serrana de la Provincia de Córdoba (Argentina). Manifestaciones Pictográficas. *Comechingonia* 3 (5): 15-30.

Berenguer, J.

1999. El evanescente lenguaje del arte rupestre en los Andes atacameños. *En Arte rupestre en los Andes de Capricornio*, J. Berenguer y F. Gallardo Eds., pp. 9-56. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.

Bonalumi, A.

1988. Características petrológicas y geoquímicas de los granitoides asociados a la mineralización de manganeso en el norte de la Provincia de Córdoba y sur de Santiago del Estero. *5º Congreso Geológico Chileno*, Actas 2: 47-61, Santiago de Chile.

Boman, E.

1908. *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert du Atacama*. Imprimerie Nationale, París.

Cabrera, A.L.

1976. Regiones Fitogeográficas Argentinas. *Enciclopedia Argentina de Agricultura y Jardinería*, ACME, Buenos Aires.

Cocilovo, J., A. Marcelino.

1975. Dos nuevos grupos pictográficos de la provincia de Córdoba. Actas y Trabajos del *Primer Congreso de Arqueología Argentina*. Museo Histórico Provincial «Dr. Julio Marc». pp. 271-285. Buenos Aires

Codesio, M. y D. Bilenca

2004. Variación Estacional de un Ensamble de Aves en un Bosque Subtropical Semiárido del Chaco Argentino. *Biotropica* 36 (4): 544-554.

Callegari, A. L. Wisnieski, G.G. Spengler, G. Rodriguez y S. Aumont

2009. Nuevas manifestaciones del arte rupestre del oeste riojano. Su relación con el paisaje y con otras expresiones del Arte Aguada. *Crónicas sobre la Piedra. Arte Rupestre de las Américas* (ed. por M. Sepúlveda, L. Briones y J. Chacama), pp. 381-402. Arica, Chile.

De Aparicio, F.

1936. La antigua provincia de los comechingones. *Historia de la Nación Argentina* I: 381-428 (ed. Ricardo Levene) Editorial El Ateneo, Buenos Aires.

- De La Fuente, N.R y A.R. Díaz Romero
1974. Un conjunto de figuras antropomorfas del yacimiento "La Tunita", Prov. de Catamarca. *Revista del Instituto de Antropología* (V): 35-57.
- Elortegui Palacios, J., R.Lira, F. Poklepovic y M. J. Dorais.
2008. El granito calasuya: un intrusivo alcalifeldespático postcolisional en el batolito de Sierra Norte-Ambargasta, Córdoba. *Revista de la Asociación Geológica Argentina* 63 (3): 299-309.
- Gardner, G.A.
1931. *Rock paintings of North-West Córdoba*. Oxford: at the Clarendon Press.UK
- González, A.R.
1956-58. Reconocimiento arqueológico de la zona de Copacabana (Córdoba). *Separata de la Revista do Museo Paulista, Nova Serie*. (X): 174-212.
1963. Las Pinturas Indígenas del Cerro Colorado. *Revista Gacetika* N° 63.
1980. *Arte Precolombino de la Argentina*. Filmediciones Valero, 2° Ed. Bs.As.
1998. Las pinturas indígenas de Cerro Colorado. *Estudios* N°10. Centro de estudios avanzados de la Univ. Nac. Córdoba.
- González, A.R. y Pérez Gollán, J.
1972. *Historia Argentina. Argentina Indígena, víspera de la conquista*. Editorial Paidós. Buenos Aires.
1998. *Cultura de La Aguada. Arqueología y diseños. Arte precolombino*. Filmediciones Valero, Buenos Aires.
- Gordillo, I. 2009. Dominios y Recursos de la Imagen. Iconografía Cerámica del Valle de Ambato. *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas*. N° 37: 99-121. San Pedro de Atacama. Chile.
- Korstanje, M.A. y C.A.Aschero.
1996. Arte Rupestre en los Valles El Bolsón y Las Cuevas (Catamarca, Argentina). *Chungara* 28 (1-2): 199-222.
- Laguens, A. G.
2006. Continuidad y ruptura en procesos de diferenciación social en comunidades aldeanas del Valle de Ambato, Catamarca, Argentina. *Chungara* 38 (2): 211-222.
- Llamazares, A.M.
1999. El arte rupestre de la cueva La Candelaria, provincia de Catamarca, Argentina. *Publicaciones del CIFYH* (50): 1-26.
- Llambías, E.J., Gregori, D., Basei.M., Varela, R. y C. Prozzi.
2003. Ignimbritas riolíticas neoproterozoicas en la Sierra Norte de Córdoba: ¿evidencia de un arco magmático temprano en el ciclo Pampeano?. *Revista de la Asociación Geológica Argentina*, 58 (4): 572-582.
- Lugones, L.
1903. Las grutas pintadas del Cerro Colorado. 26 de marzo de 1903. Suplemento ilustrado, *Diario La Nación*.

Morello, J. y S. Matteuci.

1999. Biodiversidad y fragmentación de los bosques en la Argentina. *Biodiversidad y uso de la tierra: conceptos y ejemplos de Latinoamérica*. (ed. por S. Mateucci, O. Solbrig, J. Morello y G. Halffter), pp. 463-498. Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires.

Nazar, D.C., L. Gheco y C. Barot.

2010. El arte rupestre de La Tunita y La Toma, cuenca media e inferior de los ríos Chico y Los Molinos, provincia de Catamarca, Argentina. *Resúmenes del VIII SIAR*. pp.131-135. San Miguel de Tucumán.

Ochoa, G.S.

2008. Análisis e interpretaciones de las representaciones rupestres de Córdoba en publicaciones de fines del S.XIX hasta los 80' del S. XX. *Revista del Museo de Antropología* 1(1) 41-50.

Pedersen, A.

1953-1954. El Infrarrojo y su aplicación en la investigación de pinturas rupestres. *Runa* VI (1-2): 216-219. Archivo para las Ciencias del Hombre. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

1959. Las Pinturas Rupestres de las Sierras de Córdoba (República Argentina) y sus Normas Convencionales de Representación. *De los Anales de Parques Nacionales*. (VII): 51-59.

Pérez Gollán, J.

1968. *Arte Rupestre de Cerro Colorado*. Filmediciones Valero, Bs. As.

Podestá, M.M.

1986-87. Arte Rupestre en Asentamientos cazadores Recolectores y agroalfareros en la Puna Sur Argentina: Antofagasta de la Sierra, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XVII (1):241-263. Buenos Aires.

Recalde, A.

2009. Diferentes entre Iguales: El Papel del Arte Rupestre en la Reafirmación de Identidades en el Sur del Valle de Guasapampa (Córdoba, Argentina) *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 14 (2): 39-56.

Recalde, A y E. Berberían.

2005. *El Arte Rupestre de Argentina Indígena*. Centro. Union Acadeique Intrenationale-Academia Nacional de la Historia.GAC. Buenos Aires.

Scattolin, M.C.

2006. Categoriemas indígenas y designaciones arqueológicas en el noroeste argentino prehistórico. *Chungará* 38 (2): 185- 196.

Serrano, A.

1945. Los Comenchingones. *Serie aborígenes argentinos* VI. Instituto de Arqueología, Lingüística y Folclore, Córdoba.

Troncoso, A.

2003. Proposición de Estilos para el Arte Rupestre del Valle de Putaendo, Curso Superior del Río Aconcagua. *Chungara* 35 (2):209-231.

2005. Hacia una semiótica del arte rupestre de la cuenca superior del río Aconcagua, Chile Central. *Chungara* 37 (1): 21-35.

Urquiza, S. V.

2006. Revisiones arqueológicas del norte de Córdoba. *Noticias Históricas del Norte Cordobés*. Ediciones La Posta, pp. 167-171. Deán Funes, Córdoba.

Urquiza, S.V.; C.A. Aschero y L. R. Urquiza.

2009. Arte Rupestre en las Sierras Pampeanas: Sitio Las Mojarras. *Crónicas sobre la Piedra. Arte Rupestre de las Américas* (ed. por M. Sepúlveda Retama, L. Briones Morales, J. Chacama Rodríguez), pp. 403-412. Arica, Chile.

Vignati, M.A.

1939. El Arte Parietal Indígena en Máscaras. Al Norte de la Provincia de Córdoba. Notas del Museo de La Plata. Tomo IV. *Antropología* 14: 264-284.

MATERIALIDAD ARQUEOLÓGICA, PRÁCTICA CIENTÍFICA Y ACTIVACIÓN PATRIMONIAL EN LA CUENCA DEL CHOAPA, IV REGIÓN, CHILE.

Patricia Salatino¹ y Diego Artigas²

¹Sección Antropología Social, ICA-FFyL-UBA- CONICET (Argentina). Puán 480 Of. 402 (CABA).
patriciasalatino@gmail.com

²Universidad Academia de Humanismo Cristiano (Chile). Condell 343 (Santiago). dartigas@academia.cl

Presentado el: 14/08/2011 - Aceptado 21/10/2011

Resumen

En el presente artículo reflexionamos sobre la relación simbólica de los habitantes del Choapa con la materialidad arqueológica, tratando de entenderla en el marco de los procesos históricos que caracterizaron a la provincia. Dicha relación es pensada a partir del diálogo que establecimos con los habitantes de las localidades de Césped y Los Perales en el valle de Illapel, y de Zapallar y San Agustín en el valle de Chalinga; y las ciudades cabeceras de cada valle, Illapel y Salamanca, respectivamente. Analizamos asimismo nuestra intervención en los procesos de activación patrimonial. Concluimos que estos procesos se sostienen sobre discursos patrimoniales contruidos a partir de distintos tipos de capital cultural y que sólo en la medida que se incorpore el saber de las comunidades locales se logrará una apropiación espontánea del patrimonio, potenciando así la utilidad social de los restos arqueológicos.

Palabras claves: *Arqueología, comunidades, patrimonio, discursos.*

Abstract

In this article we analyze the symbolic relation between Choapa habitants and archaeological materiality, trying to understand it as part of the historical processes that characterized the province. This analysis is based on the dialog we could establish with the inhabitants of Césped and Los Perales in Illapel Valley and from Zapallar and San Agustín in Chalinga Valley; as well as from the principal cities of each valley, Illapel and Salamanca, respectively. We also analyze our intervention in the heritage activation processes. We conclude that these processes are based on heritage discourses constructed upon different kinds of cultural capital and just as long as the local community knowledge get involved, a spontaneous appropriation of heritage can be achieved, increasing the social benefits of archaeological material.

Keywords: *Archaeology, communities, heritage, discourses.*

Introducción

La problemática patrimonial se está convirtiendo en un tópico cada vez frecuente en el ámbito arqueológico. Aunque su tratamiento en artículos académicos generalmente se limita a describir tareas de intervención como la puesta en valor, la divulgación científica o la conservación y preservación de sitios arqueológicos; en otras oportunidades se discute el vínculo material y simbólico de las comunidades locales con dichos sitios y el impacto social de la práctica arqueológica en el territorio (Ayala 2007; Chaparro y Soria 2008; Crespo 2006; Criado Boado 2001; Curtoni y Chaparro 2008; Endere y Curtoni 2003; Nielsen 2005; Uribe y Adán 2003; entre otros). Estos planteos ponen a la vista la necesidad de teorizar sobre los procesos de patrimonialización al tiempo que se reflexiona sobre la forma que éstos toman en casos concretos, considerando la triple relación entre comunidades locales, materialidad arqueológica y práctica científica.

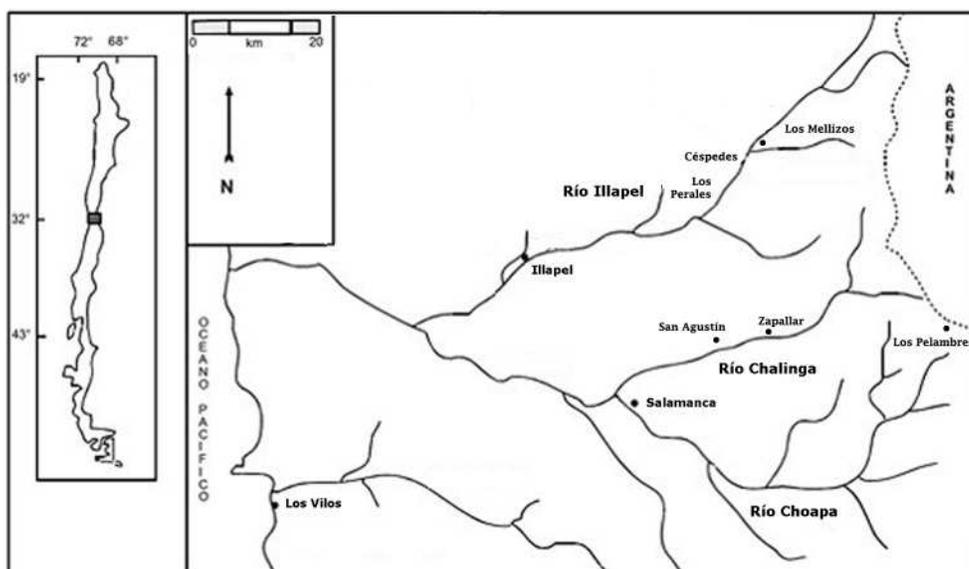


Figura 1. Mapa del valle del Choapa con indicación de las principales localidades mencionadas en el texto.

En este artículo analizaremos la relación de la comunidad local con la materialidad arqueológica y el uso que se le otorga al conocimiento científico en los discursos y prácticas de los distintos actores sociales que intervienen en los procesos de patrimonialización del valle del Choapa, ubicado en la IV Región chilena (Figura 1). Al empezar los trabajos de campo, nuestro objetivo era generar una devolución a la comunidad local y entender su relación con la materialidad arqueológica. Sin embargo, nuestras tareas se diversificaron a la luz de una demanda no prevista, que demostró un interés por apropiarse del conocimiento que nosotros generáramos, tanto por parte de las comunidades como por otros actores sociales pertenecientes a la esfera pública y privada.

En principio, expondremos brevemente lo que entendemos por patrimonio y por procesos de patrimonialización. Luego nos adentramos en la historia de la región a la luz de los relatos que registramos durante las entrevistas realizadas a los habitantes de las distintas localidades del Choapa. En segundo lugar, analizamos la concepción que poseen las comunidades locales de la materialidad arqueológica, tratando de entender su relación

con la construcción de una memoria colectiva, para finalmente comprender los usos del conocimiento arqueológico en los procesos de activación patrimonial.

Patrimonio, arqueólogos y comunidades

Podemos pensar en el patrimonio cultural como una de las tradiciones inventadas (Hobsbawn 1990-1991) por la modernidad en los albores de la revolución industrial y el nacimiento de los Estados-nación (Prats 2005). Desde esta perspectiva, el patrimonio cultural vendría “a establecer o simbolizar la cohesión social o la afiliación a grupos o comunidades, reales o ficticias” (Hobsbawn 1990-1991: 103). Sin embargo, en la actualidad existen toda clase de patrimonios, en los que convergen elementos tradicionales y modernos, populares y hegemónicos, originarios y occidentales, construidos y apropiados por diversos grupos sociales, que actúan simultáneamente en el ámbito local y global, trascendiendo las fronteras nacionales. Estos elementos, que forman parte de los procesos de hibridación cultural (García Canclini 1995), convierten al patrimonio en un recurso cultural para actuar en el ámbito político y económico (Yúdice 2003).

En principio, entendemos que el patrimonio cultural se constituye como *diferencia* siempre a partir de la *desigualdad*. Es decir que aunque desde una perspectiva antropológica, todos los grupos humanos poseen recursos culturales para asegurar su reproducción social (Bonfil Batalla 2004), no todos son seleccionados, legitimados y activados para convertirse en patrimonio (Prats 2005). Por lo tanto, tienen distinto peso específico dentro del campo patrimonial y para entrar a jugar como capital en otros campos (Bourdieu 1990).

Rescatamos entonces aquella concepción de patrimonio que pone énfasis en la desigualdad, tanto durante el proceso de su construcción social como de su apropiación ulterior. Por estas razones, el patrimonio se presenta como un “recurso para reproducir las diferencias entre los grupos sociales y la hegemonía de quienes logran un acceso preferente a la producción y distribución de los bienes” (García Canclini 1999: 18).

Entonces, para entender los conflictos inherentes al proceso de patrimonialización en un caso particular es necesario entenderlo como un doble proceso: aquel que da cuenta de la valoración y sentido que adquiere un elemento cultural para una comunidad local; y otro mediante el cual ese elemento es seleccionado y activado, en general por actores ajenos a la comunidad (Prats 2005). Esto conlleva que los discursos y prácticas desplegados para activarlo suelen ignorar las concepciones y valoraciones que poseen los elementos culturales seleccionados para las comunidades locales. Como señala Néstor García Canclini, el problema consiste en indagar la coexistencia de la *cultura comunitaria* con la *cultura como distinción* (2004: 114).

Entonces, si sólo aquellos elementos que se convierten en *patrimonio cultural* son los que se activan mediante un discurso autorizado (Candau 2002; Prats 2005; Smith 2006), nos preguntamos ¿qué ocurre con los restos arqueológicos?

Durante la activación, los científicos y expertos hacen una descripción que “deja a la sombra lo esencial: el hecho de que esos rasgos materiales son interpretables” (Sperber 1996 en Candau 2002: 33), es decir, que oscurece su condición de construcción social (Prats 2005). La interpretación científica de la materialidad arqueológica suele centrarse en el sentido histórico del objeto o lugar, vinculado a su uso original (Smith 2005), antes que en los sentidos

otorgados en el presente (Curtoni y Chaparro 2008), lo que produce una tensión entre una representación del pasado como *historia reconstruida vs memoria vivida* (Nora 1993).

Sin embargo, actualmente, muchos de los sitios o restos arqueológicos que sustentaron la construcción de identidades nacionales son reclamados como símbolos de una identidad local (p. e. Ayala 2007; Jimenez y Seguel 2003). De esta forma, los grupos que ingresan al campo patrimonial buscan legitimar su patrimonio recurriendo muchas veces a discursos que subvierten la lógica imperante. Pero en otros casos, los expertos son ahora interpelados por las mismas comunidades locales, que buscan apropiarse de un capital cultural socialmente legitimado, como es el saber científico-académico. Esta última es la situación que encontramos en nuestro caso de estudio.

Cuenca superior del río Choapa: los valles de Illapel y Chalinga

La vida en los valles es fundamentalmente campesina, predominando las actividades agrícolas de baja escala, como las plantaciones frutales, y la cría de ganado caprino, que genera cierta movilidad estacional desde los valles hacia la cordillera en las veranadas. Las familias propietarias conforman sociedades de parceleros y a veces se organizan en cooperativas para comercializar productos específicos como las nueces en las zonas de Céspedes y Los Perales (valle de Illapel; Figura 1). En el valle de Chalinga, el paisaje rural se complementa con pueblos pequeños o *villorrios*, como los de San Agustín y Zapallar, habitados conjuntamente por familias parceleras y otras que subsisten de fuentes de trabajo no vinculadas con la tierra.

Las localidades rurales mencionadas, junto con las ciudades cabeceras de cada comuna, homónima en el caso del valle de Illapel y Salamanca en el valle de Chalinga, constituyen los lugares donde tuvimos oportunidad de trabajar en el marco del proyecto Fondecyt 1080360 entre los años 2008-2010. Al interior de la cordillera, dentro de la comuna de Salamanca, se encuentra uno de los yacimientos cupríferos más importantes del territorio chileno, que es actualmente explotado por la minera Los Pelambres. Si bien en los valles de Illapel y Chalinga todavía no hay mineras instaladas, ya se han realizado algunas exploraciones. Por otra parte, el uso del cobre en la región se registra desde tiempos prehispánicos (Troncoso 1998).

En la región se han encontrado evidencias de ocupaciones humanas que van desde el Arcaico Temprano (complejo Huentelauquén), pasando por grupos alfareros tempranos (Molle) hasta llegar a los períodos tardíos, representados por los componentes Diaguita-chileno e Inka (Troncoso 1998; Jackson, Artigas y Cabello 2002; Pavlovic 2004). Los petroglifos constituyen la evidencia arqueológica más destacada de momentos tardíos. De hecho, el valle del Choapa es una de las regiones con mayor concentración de petroglifos del territorio chileno, superando los 1500 bloques grabados, según lo registrado hasta el momento.

Durante nuestros trabajos de campo, nos propusimos realizar una devolución a las comunidades locales. Con esta intención, nos acercamos a distintas instituciones públicas, como las escuelas rurales de Céspedes, Zapallar y San Agustín; y las municipalidades de Illapel y Salamanca. En este último caso nos derivaron a la Fundación Minera Los Pelambres, que en su momento decidimos no contactar. Sin embargo, en el último año del proyecto, la Fundación nos convocó a nosotros. De esta forma, también pudimos dialogar con actores sociales vinculados al ámbito privado empresarial.

Mediante estos diálogos quisimos aproximarnos, por un lado, a la visión que tienen los habitantes de los valles tanto de la materialidad como de la práctica arqueológica; y, por otro lado, a los discursos que construyen distintos actores sociales sobre dicha materialidad, atendiendo al uso que hacen del conocimiento científico.

Actualmente, el rol de entidades públicas y privadas en el desarrollo socio-económico de las comunidades del valle es significativo. Sin embargo, existe una diferencia sustancial en la dirección que tienen ciertos programas que fomentan el aprovechamiento de los recursos naturales y culturales del valle para el turismo y aquellas actividades económicas que implican la extracción y, a veces, destrucción de dichos recursos. En este contexto, se inserta la actividad del arqueólogo bajo dos modalidades: el desarrollo de proyectos académicos generalmente financiados con fondos públicos, que pueden ser de gran utilidad para la puesta en valor de sitios arqueológicos; y una arqueología de contrato, que responde al creciente desarrollo de la actividad minera en la zona y el consecuente desarrollo de trabajos de impacto ambiental bajo la legislación vigente (leyes 17.288 sobre los Monumentos Nacionales y 19.300 sobre las Bases Generales del Medio Ambiente).

Por lo tanto, como práctica profesional, la arqueología se ubica en una posición que alterna entre el ámbito público y privado. Con el desarrollo de la actividad minera en la región, se han realizado varios estudios de impacto ambiental, que algunas veces involucraron extensas excavaciones arqueológicas. El caso más conocido corresponde al valle del Mauro (Comuna de Los Vilos), donde junto con el rescate de más de un centenar de sitios arqueológicos, se movilizaron conjuntos enteros de petroglifos de un área donde la minera Los Pelambres realizaría un tranque de relave. Finalmente el tranque se hizo, pero los bloques grabados aún no fueron relocalizados.

Gracias a ésta y otras experiencias, en el marco de obras públicas (por ej. la construcción del embalse El Bato), existe un imaginario social negativo de la práctica arqueológica. Las normativas actuales determinan que los restos extraídos, una vez estudiados, deben permanecer en los museos locales más cercanos. Pero muchas veces, dichos museos no están lo suficientemente cerca de las localidades donde se realizaron las excavaciones (por ej. los museos de Ovalle y La Serena se encuentran a más de 300 km de las localidades rurales de los valles de Illapel y Chalinga). Por otra parte, en escasas ocasiones, los proyectos de investigación desarrollados en el marco académico realizan algún tipo de devolución a las comunidades, confirmando la idea previamente instalada de que el arqueólogo se lleva cosas valiosas, sin que la gente del lugar sepa más de ellas (Artigas y Salatino 2009; Salatino y Artigas 2010a).

Consideramos que para comprender en profundidad la relación que los habitantes del Choapa establecen con la materialidad arqueológica es necesario comprender cómo se insertan significativamente en sus concepciones del pasado. A continuación resumiremos los principales procesos históricos del valle haciendo referencia a aquellos relatos que pudimos registrar durante los trabajos de campo, para luego adentrarnos específicamente a la valoración de los restos arqueológicos por parte de sus habitantes.

La historia y la memoria

El paisaje actual del Choapa es producto de la expropiación y repartición de las tierras de los fundos iniciada en 1965 y de la contra-reforma llevada adelante por el régimen militar en 1973, que instala una agricultura de pequeña escala sobre las bases de políticas

neoliberales, que introducen nuevas formas de diferenciación social entre parceleros vs no-parceleros (Janssen y Livenais 2003). Esta situación se nos manifestó discursivamente en distintas ocasiones:

“Antes acá era un fundo, era un solo dueño. Se expropió este fundo y a la gente que trabaja en el fundo se le cedió una parcela... ahora es una sociedad de parceleros, que tienen derecho a los campos, son todos dueños... pero también hay gente que arrienda.”

A partir de 1985, con la instalación de destilerías industriales, la pequeña agricultura se especializó en la producción de uva pisquera y, a partir de la instalación de la compañía cuprífera chilena-japonesa Los Pelambres, la minería volvió a ser una actividad con fuerte presencia en el Choapa (Livenais, Jansenn y Reyes 2003). Actualmente, los habitantes del valle están viviendo el primer traspaso generacional de parcelas, que junto con el auge minero constituyen potenciales factores para nuevas modificaciones del paisaje agrario (Janssen y Livenais 2003). Al respecto, en reiteradas ocasiones se nos manifestó la preocupación por la falta de interés de las nuevas generaciones en conservar y trabajar la tierra, *“les importa el dinero, no trabajar la tierra”*, de manera que migran a otros lugares en busca de nuevas fuentes laborales.

Pero este fenómeno no es novedoso en la región. La historia del Choapa puede ser trazada, por lo menos desde los momentos de la conquista española, en relación con las posibilidades que presentan los recursos naturales disponibles para el desarrollo de distintos emprendimientos socio-económico, sin que esto signifique el mejoramiento de las condiciones de vida de los habitantes del valle.

Durante el proceso de conquista, las poblaciones indígenas del Norte Chico ofrecieron una fuerte resistencia a la penetración hispana, que sólo decayó a partir de 1549, cuando el líder indígena Michimalongo es capturado y exterminado durante las guerras del sur (Vitale 1971). A partir de este momento, los habitantes originarios fueron explotados para la extracción de oro, mineral que le dio fama al valle del Choapa durante el régimen colonial (Camus y Rosenblitt 2000). Con el doble propósito de suplir la merma de mano de obra local (causada por el trabajo forzado y las enfermedades) y reducir los focos de resistencia indígena durante las Guerras de Arauco, a partir de 1580, *“huiliches”* del sur y *“picunches”* de la zona central son trasladados hacia las minas del Norte Chico (Vitale 1971).

A finales del siglo XVII se crea el marquesado de Pica, que incluye las haciendas de Illapel y de Pullally, que posteriormente pasan a ser posesión de la familia Irarrázabal, mientras se instaura otra forma minoritaria de tenencia de la tierra constituida por comunidades agrarias, asentadas en suelos marginales de muy baja productividad (Camus y Rosenblitt 2000).

Durante una primera etapa, la economía de las haciendas se orientó a la producción ganadera, en respuesta a la demanda de insumos para la extracción de oro en las minas coloniales (Camus y Rosenblitt 2000). En una segunda etapa, la explotación del cobre reemplaza al oro y la agricultura se vuelve hacia el monocultivo de trigo exportado al Perú, cuando se funda la villa de San Rafael de las Rozas (actual Illapel) con el propósito de evangelizar a los indígenas y cobrar impuestos a los habitantes del valle, dando inicio a la conversión del indio encomendado en obrero asalariado (Camus y Rosenblitt 2000). Este doble proceso de aculturación y mestizaje, dio como resultado la *“base demográfica mayoritaria de la emer-*

gente nación chilena” que negó sus orígenes étnicos para asimilarse a la cultura hispana (Waldman 2004: 103).

Finalmente, entre el siglo XVIII y XIX, la actividad agrícola produce un nuevo giro hacia el cultivo de frutas y uvas con una baja productividad. Sin embargo, la actividad minera nunca dejó de ser una fuente alternativa y, por momentos, principal de trabajo, hasta que en el siglo XIX, con el descubrimiento de mejores minerales en el norte y el desarrollo de la industria salitrera, los habitantes del Choapa comienzan a migrar hacia esas regiones; proceso que se vio interrumpido por la crisis mundial de 1929, provocando el retorno de los migrantes a sus lugares de origen (Camus y Rosenblitt 2000). Los fundos de la región recién se desintegraron con la expropiación de los años 1965, iniciada bajo el gobierno de Frei Montalva y profundizada por el gobierno de Allende en los años 70 (Livenais, Jansenn y Reyes 2003). Las referencias a este proceso y los recuerdos de la vida en el fundo son frecuentes en la memoria de los actuales pobladores, tal como lo relata un habitante de San Agustín, dejando en evidencia los abusos a los que estaban sujetos por parte de los propietarios:

“Yo soy nacido aquí en este fundo. Y criado y nacido hasta hoy día. Con 89 años no me he movido nunca. ¿Por qué razón? Lo mal que trabajábamos. Por eso me junté con una mujercita, después apareció un hijito. Andábamos escasos para comer tres personas y ya con el hijito éramos tres. Entonces, pensé yo de salir de aquí a otros lados porque ganaba más. ¿Y con qué salía? (...) me acuerdo bien, cuando salí de aquí, yo hice una salida a Salamanca, por 500 pesos que debía. (...) Llegó el momento de la expropiación aquí. Aquí nos dio una mano Don... ¿Cómo se llama el candidato que hubo este año? ¡Frei! El padre de Frei, cuando llegó él a ser presidente, entonces aparecieron las leyes aquí. Con decirte que no se permitían las revistas aquí, no se permitía que la gente se educara... ¿Para qué era eso? Para que cuando hubieran elecciones, no tener derecho a voto (...) entonces ahí llegábamos, sacaban el voto ellos y marcaban la preferencia, ellos. Este votito es el que vale. Te lo daban que lo echas en el bolsillo, que no te lo vea nadie. ‘Y ahí te van a hacer firmar un libro. Lo firmas tú, te van a dar un voto, un papel así de este mismo tamaño. Y así, cuando vas a dar la preferencia, te lo guardas en el bolsillo bien seguro. Y este de aquí lo echas al sobre y salí y lo vas a depositar en la urna.’ Y esa lección la daban los patrones en las elecciones. Por eso es que no querían que la gente aprendiera a leer, porque eran muchos los que se entusiasman a comprar un diario, una revista y se aprendían las leyes. Después salió la radio y no permitían que nos compramos un radio. Y cuando salió Frei entonces salieron las leyes aquí. Frei Montalva. Y después de él vino este señor... ¿cómo se llamaba, que lo mataron...? Allende. Entonces él entregó las tierras aquí. Y vino a dividir aquí las tierras en parcelas y sitios.”

Así como los propietarios manipulaban impunemente a los habitantes del fundo, también se otorgaban el derecho a tomar del valle lo que quisieran, así como lo sugiere la referencia frecuente a eventos de extracción de petroglifos en tiempos pasados. “Sacaban hartos pedazos y se los llevaban.” En algunos casos se nos mencionó que los responsables eran miembros de la familia propietaria, pero en otros se trata simplemente de un recuerdo impreciso, pero igualmente presente. “Tiempo atrás se llevaron hartos. Llegaban, los sacaban con cincel, se los llevaban.” Es posible que estos eventos, junto con el posterior inicio de los trabajos arqueológicos, que especialmente en casos de impacto ambiental recibieron una valoración negativa por parte de las comunidades, provocaran una particular sensibilización por el resguardo de los petroglifos. Pero también creemos que la valoración otorgada a la materialidad arqueológica

es producto de la vida cotidiana en el campo y de un paisaje social del cual los restos del pasado forman parte.

Las cosas de los indios y el paisaje campesino

Tanto petroglifos como restos más pequeños y móviles descansan en los campos, donde las personas trabajan el sembrado, o en las laderas de los cerros, por donde circulan acarreado a sus animales. La relación de las comunidades de los valles de Illapel y Chalinga con los restos arqueológicos es una de tipo cotidiano, aunque el encuentro con estas piezas del pasado se considera con suerte. No así en el caso de los restos humanos, que según se nos ha informado a veces son vueltos a enterrar en otro lugar donde no sean perturbados.

De hecho, la familia Mánquez cuenta que todavía escuchan los sollozos de la persona cuyos restos fueron encontrados por uno de ellos y luego rescatados por un equipo de arqueólogos para su estudio. Los arqueólogos encargados del rescate entregaron los informes de los estudios realizados a la familia, pero no así el esqueleto (bautizado como "Paulina Arenas", pese a que los análisis lo asignaron al sexo masculino), que permanecen en el depósito del Museo de Historia Natural de Valparaíso (Pavlovic 2007). La devolución de dichos restos para tranquilidad de la familia es un pedido que aún queda pendiente, pero difícil de concretar por las condiciones bajo las cuales debería asegurarse su conservación. Este relato demuestra la sensibilidad de los habitantes del lugar para aquellos que vivieron antes que ellos en un pasado remoto. Pero este respeto no sólo se evidencia en el trato otorgado a los restos óseos, sino también por la valoración dada a los utensilios y objetos de "los indios".

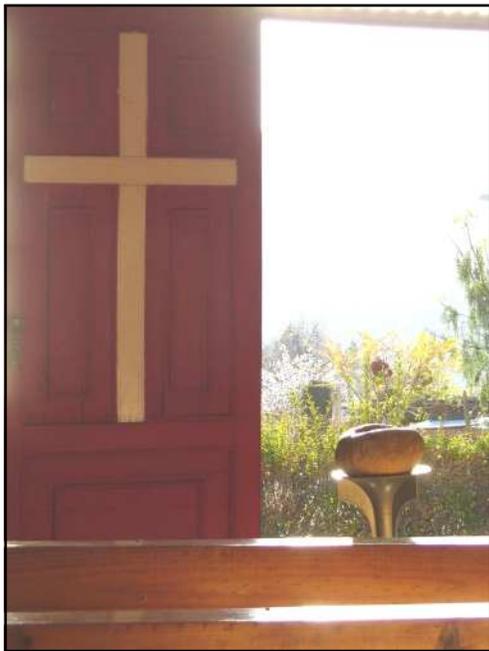


Figura 2. Mortero de piedra en la Iglesia de San Agustín.

Muchos habitantes poseen colecciones de piezas arqueológicas bien cuidadas y cuando se les pregunta por ellas, se perciben dos cosas: 1) la idea de que es una práctica aprehendida desde la infancia, que sus padres ya juntaban las "cosas de los indios", a tal punto que algunas piezas poseen mayor valor afectivo por ser una herencia familiar; y 2) que las cosas conservadas demuestran la habilidad y destreza que tenían los antiguos habitantes para vivir en el valle. Es destacable que en escasas excepciones (Salatino y Artigas 2010a) se menciona su valor económico.

Un hecho que nos da la pauta de que los objetos arqueológicos actualizan nuevos sentidos en el presente se encuentra en la Iglesia de San Agustín (Figura 2), donde un mortero prehispánico ubicado a la entrada es empleado como pila de agua bendita. Este contexto de re-significación espontáneo, establece un nexo simbólico entre dos mundos antiguamente en tensión –la religión católica y los pueblos ori-

ginarios-, que actualmente constituyen parte del paisaje social del valle. Paradójicamente, en distintos lugares, existen petroglifos que dan cuenta de dicha tensión, a través de representaciones de cruces, escenas de monta y nombres, que conviven junto a motivos de momentos previos en las rocas.

Se puede establecer, de hecho, que la relación con los petroglifos es de una naturaleza distinta a la que se establece con los restos móviles. Los petroglifos forman parte en un espacio habitado, recorrido y recreado comunitariamente, convirtiéndose así en un referente para la memoria colectiva. Los bloques con grabados se ubican en las laderas de los cerros, en las márgenes de los ríos, en los pasos cordilleranos, que son los espacios comunes empleados cotidianamente por los habitantes del valle. Los petroglifos se presentan así como parte de un paisaje social del que todos participan.

Este paisaje está cargado de sentidos que no sólo remiten a recuerdos del pasado y usos del presente, sino también a un rico folklore vinculado al mundo de los brujos y otros seres mitológicos. La materialidad relacionada a este mundo se relaciona con lugares del paisaje, como la conocida Raja de Manquehua, identificada como un lugar de encuentros de brujos, tal como se describe en el siguiente relato:

“Entonces aquí, aquel cerro lo llaman Manquehue, ¿no? Según los cuentos, que hay un encanto ahí. Entonces, un caballero de este lado ahí campeando unos animalitos, se encuentra con una señorita. ¿Qué anda haciendo por aquí usted caballero? Ando campeando unos animalitos. ¿Y usted? También vine por aquí a dar una vuelta. Conversando, conversando, no supo: estaba encantado... en Manquehue, dentro de un palacio, como 20 días. Ahí habían distinta gente, se servían los mejores manjares, bailaban. Tuvo una diversión, todo bueno. Visto tanto cariño y era joven, salieron a bailar y se enamoraron. Entonces él, como se enamoró, tomaba, tomaba y se cura. Entonces la niña le dijo: lo voy a echar a dormir para que le pare la cura. Al otro día en el campo, recuerda, donde mismo encontró la niña, ahí mismo durmiendo estaba abrazado con un esqueleto de caballo. Ese es la historia del encanto, de los brujos.”

Recientemente, agrupaciones locales han buscado proteger este lugar ante eventuales acciones destructivas de las mineras instaladas en la zona, pidiendo que lo declaren Monumento Arqueológico y Santuario de la Naturaleza, lo que pone en evidencia los escasos instrumentos legales que existen actualmente en Chile para la protección del patrimonio inmaterial.

Por el contrario, el encuentro de piezas arqueológicas móviles conlleva la apropiación individual y posibilita su traspaso como parte de una herencia familiar. Es decir, que los petroglifos participan mayormente del espacio social comunitario, mientras que las piezas del espacio social doméstico. Pero creemos que ambos se configuran como referentes de la memoria colectiva, en la medida que refieren objetivamente a un pasado, que habilita la recreación de sentidos en el presente en consonancia con procesos de construcción identitaria, lo que por supuesto da lugar también al olvido. A pesar de la abundante toponimia y apellidos originarios de lenguas americanas¹ y la transmisión de un folklore que probablemente tenga el mismo origen (Ponce 1997), los habitantes del valle sienten una ruptura histórica con los “indios”, que “desaparecieron con las guerras de la conquista”; lo que demuestra la efectividad con que fueron hispanizados y occidentalizados los habitantes de estas regiones.

Sin embargo, percibimos una identificación con los antiguos pobladores, que se da a través del habitar y vivir un paisaje, que presenta la misma morfología y ofrece los mismos recursos naturales que en el pasado más remoto. Cuando preguntamos directamente sobre los modos de vida del pasado, nos dijeron que “ellos eran muy habidosos”, que sabían cómo aprovechar los recursos con inteligencia. La interpretación que hacen niños y adultos de los motivos rupestres da cuenta de esta profunda identificación vivida a través del paisaje habitado. Frecuentemente, se “leen” motivos que nosotros clasificamos en “abstractos” y “figurativos”, en relación con referentes conocidos, como círculos yuxtapuestos que representan huevos de rana y zoomorfos que, dependiendo de algunos detalles formales, pueden significar perros o guanacos. En todos los casos, las formas se interpretan en función del mundo conocido y cotidiano, lo visible y lo vivido, que convive con el mundo mítico de los brujos, aquelarres y seres nocturnos, lo invisible y lo contado. Pero ambos mundos configuran un mismo paisaje, cuya integridad material y simbólica es amenazada por la acción de actores externos a la comunidad, como suelen manifestar con respecto a las mineras y los arqueólogos. Si las mineras son una amenaza para los recursos naturales, el arqueólogo lo es para los recursos culturales.

Activación patrimonial y usos del conocimiento arqueológico

Desde hace algunos años, los petroglifos empezaron a adquirir un nuevo valor en el marco de programas que fomentan el turismo rural, pero la materialidad arqueológica también ha sido parte de un proceso más amplio de activación patrimonial. Según nuestra experiencia, pensamos que cada actor social tiene sus intereses particulares y que muchas veces las activaciones tienen por objetivo legitimar la posición de poder que ocupa la institución que las promueve. En este contexto, el conocimiento científico se convierte en una valiosa herramienta para construir los discursos patrimoniales (Prats 2005) siendo manipulado para la concreción de dicho objetivo.

Los procesos de activación en el valle del Choapa se ven como consecuencia de la acción dirigida de dos clases de actores sociales. Por un lado, la acción del poder político, a través de organismos públicos o privados de financiamiento para el desarrollo de proyectos productivos, educativos o turísticos. Generalmente, se convocan técnicos y profesionales de distintas disciplinas, para realizar intervenciones puntuales, pero sin hacer un análisis previo de la realidad socio-cultural local. Esta situación conlleva muchas veces a que el programa se trunque, una vez finalizado el seguimiento técnico y la adjudicación de fondos, cosa que carece de importancia para el organismo financiador, ya que el principal objetivo es generar una buena imagen de la gestión gubernamental de turno. Cuando llegamos al valle de Illapel distintas agrupaciones locales estaban recibiendo fondos para diseñar un sendero turístico que involucraba la apertura de dos sitios arqueológicos²: Los Mellizos (Céspedes) y Loma Las Burras (Sendero del Diaguita en Los Perales).

Por otra parte, actúan actores vinculados al campo económico, que dependiendo de los intereses puestos en el territorio pueden resultar todavía menos efectivos para una adecuada “puesta en valor” y apropiación del patrimonio en cuestión. Este tipo de intervención la observamos principalmente el valle de Chalinga³ y en Salamanca. La fuerte presencia de la empresa minera Los Pelambres en esta ciudad, se evidencia por la inversión realizada en infraestructura y proyectos de diversa índole, muchos de los cuales en conjunto con la Municipalidad.

Ambos tipos de actores demandan el apoyo del saber científico para el desarrollo de proyectos patrimoniales, sin embargo cada uno obtiene beneficios particulares en cada caso. Las mineras disponen directamente de este saber a través de los informes que resultan de los trabajos de impacto ambiental, a los que sacan provecho como se manifiesta en la siguiente frase extraída de la página web de la minera Los Pelambres:

“El valioso patrimonio arqueológico del Valle del Choapa permaneció escondido en gran medida hasta los trabajos de construcción de Minera Los Pelambres, permitiendo que fuera rescatado, investigado y conservado bajo condiciones que permiten asegurar la transmisión de su legado cultural.” (Fuente: http://www.pelambres.cl/m_ambiente/das_1.html)

Es fácil percatarse del confuso y engañoso discurso en esta afirmación. En principio, los “trabajos de construcción” son, antes que nada, trabajos de destrucción, que afectan directamente la integridad de diversos recursos naturales y culturales del valle, incluyendo los arqueológicos. Siguiendo la lógica que las mismas mineras promueven en sus charlas de inducción: “sin accidentes no hay necesidad de salvatajes”; considerando además que, bajo la legislación actual, sólo un porcentaje del recurso impactado será “investigado y conservado”, mientras que el resto será totalmente destruido. Por último, lo que consideramos el punto más importante, el hecho de que se lleven adelante estas acciones no asegura bajo ningún punto de vista “la transmisión de su legado cultural”, que más bien depende de un adecuado programa de educación formal o informal.

En la medida que este saber no se ponga a disposición de las personas, la imagen pública que las mineras buscan construir nunca será creíble. Por esta razón, pensamos que la Fundación creada por la minera realizó las jornadas de fomento a la cultura, a las que fuimos invitados, entre otros especialistas.

Específicamente, se nos contactó para invitarnos a participar de un seminario sobre “Patrimonio, Identidad y Cultura” organizado conjuntamente con la Minera Vale y la Ilustre Municipalidad de Salamanca. A la conferencia asistieron profesores, alumnos de colegios municipales y miembros de la comunidad. Creemos por tanto que la convocatoria es parte de una estrategia para revertir la imagen pública negativa que la empresa posee actualmente y asimismo justificar los trabajos arqueológicos realizados durante las evaluaciones de impacto ambiental.

En Illapel, tuvimos la oportunidad de trabajar con la directora de la Casa de la Cultura, la Sra. Zaida Dabed, para montar una exposición arqueológica, con motivo de la celebración del bicentenario de la ciudad. La exposición se tituló “Arqueología en Illapel: descubriendo a los antiguos habitantes del Choapa” y se armó con piezas donadas a la municipalidad, que estaban guardadas en un depósito desde hacía varias décadas. Asimismo, diseñamos una serie de pendones (*plotters*) con texto e imágenes, que podrían ser trasladados y montados en otros espacios. La exposición fue promocionada por los medios locales, inaugurada por el alcalde de la ciudad y concurrida por cientos de visitantes. Creemos que la atención recibida se debe tanto al valor otorgado a las piezas, muchas de las cuales fueron donaciones de colecciones privadas, como al interés por conocer los resultados de las investigaciones arqueológicas de los últimos años. La existencia de esas piezas era de público conocimiento y se corría el rumor de que habían sido robadas o perdidas en el transcurso de los múltiples traslados a las que fueron sometidas. Al colaborar en la municipalidad y la Casa de la Cultura, ofrecimos

un medio para poner a disposición del pueblo illapelino un capital cultural desigualmente distribuido hasta el momento (García Canclini 1999).

Todas las acciones que tienden a visibilizar o “activar” el patrimonio cultural de la región, lo que hacen es poner el foco en determinados elementos que revisten algún valor para los actores que las promueven. De esta forma, se ponen en circulación discursos y concepciones sobre el patrimonio, que poco incorporan de la valoración y concepción previamente existente en las personas que conviven con dichos elementos. Se reproduce así en el discurso y en la práctica un atomismo, donde lo natural se escinde de lo cultural, lo material de lo inmaterial.

Antes decíamos que las comunidades locales valoran a los restos arqueológicos por la identificación con los antiguos habitantes del valle, que resulta de compartir un paisaje y un modo de vida rural. Aunque no existe una celebración manifiesta de dicha identidad, creemos que los procesos de activación cultural promovidos “desde arriba” generaron una conciencia del valor que ciertos elementos que la conforman reviste para actores externos a la comunidad (mineras, arqueólogos o turistas).

Las distintas agrupaciones locales que buscaban convertir los sitios de arte rupestre en un recurso turístico, manifestaron inmediatamente su interés por obtener nuestra colaboración. No necesariamente reconocían el valor agregado que le otorga el conocimiento científico al producto turístico, sino que la mayor preocupación giraba en torno a “*tener algo para decir*”. Lo paradójico es que ellos tenían tanto para decir sobre los restos arqueológicos como nosotros. En este punto iniciamos un diálogo en pos de construir un discurso conjunto sobre los petroglifos e incorporar el conocimiento local (Artigas y Salatino 2009).

Conclusiones

Al ocupar un espacio intermedio entre las instituciones y las personas, pudimos observar los distintos tipos de saberes que circulan en nuestras sociedades. Para los actores ajenos a la comunidad, que actúan en el territorio (empresas mineras, funcionarios públicos y arqueólogos), el patrimonio del valle se restringe a aquello que posee valor desde un punto de vista económico, legal o científico. Pero como vimos con el caso de la Raja de Manquehua (en Chalinga) o del entierro de “Paulina Arenas” (en Illapel), estos valores pueden entrar en tensión con aquellos que forma comparte la comunidad local, donde “lo ideológico se torna vivencial” (Prats 2005: 26)

Por otro lado, por los procesos históricos particulares que se desarrollaron en la región (aunque similares a otras regiones latinoamericanas), la memoria colectiva fue forzada a olvidar. En este sentido, los arqueólogos tenemos un compromiso con las historias no contadas. Pero la única forma de establecer un vínculo con el presente es trascender la “ruptura metafísica” entre arqueología e historia (Haber 1999), que también se reproduce en las investigaciones científicas del valle del Choapa.

Por otra parte, es necesario comprender la relación simbólica que las personas tienen actualmente con la materialidad que estudiamos, incorporando la mirada antropológica a la práctica arqueológica⁴, ya que es la única forma de hacer una adecuada devolución a la comunidad.

Por último, tener claro qué actores están promoviendo las activaciones culturales, de manera de tener claro a qué intereses estamos favoreciendo con nuestra intervención. En nuestro caso, la reflexión sobre el rol que cumplimos los arqueólogos en los procesos patrimoniales nos llevó a considerar las siguientes premisas a futuro:

- 1) Poner a disposición de las comunidades el conocimiento producido por nosotros, para que no sea un capital exclusivo de otros agentes de poder -empresas o Estado-.
- 2) Partir de un diálogo con las comunidades, para que la entrega de este saber sea sensible a los conocimientos y valoraciones previas sobre lo arqueológico, evitando caer en una imposición.
- 3) Incorporar ambos tipos de saberes, el científico y el comunitario, a los discursos patrimoniales de manera que favorezca el proceso de identificación con (y apropiación de) el producto patrimonial. Esto sólo se logra profundizando el diálogo, permitiendo al arqueólogo recuperar los sentidos ocultos de su objeto de estudio en el presente.

Agradecimientos

No podemos terminar este texto sin agradecer a las personas que apoyaron incondicionalmente nuestro trabajo en terreno: la Señora Zaida Dabed, encargada de la Casa de la Cultura de Illapel en el año 2009; el antropólogo Jimmy Núñez, que actualmente trabaja en la Casa de la Cultura de Illapel, y que continúa con el trabajo de difusión del patrimonio arqueológico en las escuelas rurales. La Familia Mánquez de Los Perales, las profesoras Romina (escuela Los Perales) y María (escuela de Zapallar), que nos apoyaron en nuestro trabajo con los niños. Y a todas las familias de los valles de Illapel y Chalinga que nos abrieron sus puertas y aceptaron amablemente contarnos sus historias.

Notas

¹ Toponimia como Chalinga, Illapel, Manquehua de posible raíz mapuche (Carvajal 1998); y apellidos como Manque o Mánquez, en su forma hispanizada.

² Algunos de los programas y fondos que nosotros observamos en marcha o recientemente ejecutados en el valle de Illapel fueron: "Choapa Emprende" del Ministerio del Interior y Seguridad Pública de la Gobernación de la Provincia del Choapa; fondos otorgados por la Corporación Nacional Forestal de Chile para cartelería sobre flora en el sitio arqueológico "Los Mellizos"; Proyecto "Los Perales, comprometido con la conservación y difusión de nuestro patrimonio cultural" financiado por la Comisión Nacional del Medio Ambiente; Programa "Formación y Capacitación para Mujeres del sector Rural" del convenio entre el Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario y la Fundación para la Promoción y Desarrollo de la Mujer (INDAP-PRODEMU).

³ En el valle de Chalinga solamente conocimos un "Proyecto Conjunto de Apoyo a la Educación Patrimonial", ejecutado por la Municipalidad de Salamanca, la Escuela de San Agustín y la Gerencia Corporativa de Exploraciones de CODELCO (empresa minera estatal).

⁴ Tanto en la Universidad de Chile como en la Universidad de Buenos Aires, los planes para la especialización en Arqueología parten de una formación previa antropológica.

Bibliografía citada

Artigas, D. y P. Salatino

2009 Piedras, Miradas y Discursos El arte rupestre a los ojos de las localidades de Césped y Los Perales Illapel, Chile. *Actas del Congreso Internacional de Arte Rupestre*, pp. 1057-1071. IFRAO.

Ayala R., P.

2007 Relaciones entre atacameños, arqueólogos y Estado en Atacama (norte de Chile). *Estudios atacameños* 33: 133-157.

Bonfil Batalla, G.

2004 Pensar nuestra cultura. *DGCPI Diálogos en acción*, primera etapa: 117-134.

Bourdieu, P.

1990 Algunas propiedades de los campos. *Sociología y cultura*, pp. 135-141. México, Conaculta.

Camus y Rosenblitt

2000 Desarrollo y medio ambiente en la cuenca del Choapa. Un enfoque histórico. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* 56.

Candau, J.

2002 *Memoria e Identidad*. Traducido por E. Rinesi. Ediciones del Sol, Buenos Aires.

Carvajal Lazo, H.

1998 *Ovalle y la toponimia indígena del Limarí*. Caburga, La Serena.

Criado Boado, F.

2001 Problems, functions and conditions of archaeological knowledge. *Journal of Social Archaeology* 1(1):126-146.

Chaparro, M. G. y S. S. Soria

2008 Comunidades anfitrionas, turistas y arqueólogos: un equilibrio difícil de lograr. Los Monumentos Nacionales en la Provincia de Salta, Argentina. *Comechingonia Virtual* 2(1): 1-23.

Curtoni, R. y M. G. Chaparro

2008 El espejo de la naturaleza y la enfermedad histórica en la construcción del conocimiento. *Intersecciones en Antropología* 9: 213-227.

Crespo, C.

2006 "Entre el "deber" y el "derecho": patrimonio arqueológico y obligaciones sociales en Patagonia Argentina. *Intersecciones en Antropología* 7: 63-75.

Endere, M. and R. Curtoni

2003 Patrimonio, arqueología y participación: Acerca de la noción de paisaje arqueológico. *Análisis, interpretación y gestión en la Arqueología de Sudamérica*. Universidad Nacional del Centro, Buenos Aires.

García Canclini, N.

1995 *Hybrid cultures: strategies for entering and leaving modernity*. University of Minnesota Press, Minneapolis.

1999 Los usos sociales del patrimonio cultural. *Patrimonio etnológico. Nuevas perspectivas de estudio*: 16-33.

2004 Diferentes, desiguales o desconectados. *CIDOB d'afersinternacionals* 66: 113-132.

Haber, A.

1999 Caspinchango, la ruptura metafísica y la cuestión colonial en la arqueología sudamericana: el caso del noroeste argentino. *Rev. do Museu de Arqueologia e Etnologia* 3: 129-141.

Hobsbawm, E.

1990-1991 La invención de las tradiciones. Traducido por T. Ranger. *Revista Uruguaya de Ciencia Política* 1990-1991: 97-107.

Jackson, D., D. Artigas y G. Cabello

2002 *Trazos del Choapa*. Universidad de Chile, Santiago.

Janssen, E. y P. Livenais

2003 Solidaridad familiar y sistema de pequeña agricultura en el Alto Valle del Choapa. *Universidad de Chile-Institut de recherche pour le développement*, pp. 417-437. IRD-Universidad de la Serena.

Jiménez, C. y R. Seguel

2003 De lo técnico profesional a lo social: un proceso transhumántico. *Chungará* 35(2): 315-320.

Livenais, P., E. Janssen y H. Reyes

2003 Las transformaciones territoriales contemporáneas de la pequeña agricultura del alto valle del Choapa. *Universidad de Chile-Institut de recherche pour le développement*, pp. 361-396. IRD-Universidad de la Serena

Nielsen, A.

2005 Quien valora el patrimonio. *Ambiente natural y Desarrollo: Propuesta para la Conservación de la Biodiversidad y el Paisaje*. FUNDANDES, San Salvador de Jujuy.

Nora, P.

1993 Entre memória e história: a problemática dos lugares. *Projeto história* 10: 7-28.

Pavlovic, D.

2004 Dejando Atrás la Tierra de Nadie: Asentamientos, contextos y movilidad de las comunidades alfareras tempranas del Choapa. *Werken* 5: 39-46.

2007 Salvataje Contexto Funerario Sitio Arqueológico Parcela Alejandro Manque, Sector F, sector de Césped, Comuna de Illapel, provincia de Choapa, IV Región de Coquimbo. *Informe Preliminar*. Consejo de Monumentos Nacionales. Santiago de Chile. MS.

Ponce, B.

1997 *El Regreso del Arriero, Mitos y Leyendas de la Región de Coquimbo*. Centro Cultural Changos, Coquimbo.

Prats, L.

2003 Patrimonio + turismo = ¿desarrollo? *PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural* 1(2): 127-136.

2005 Concepto y gestión del patrimonio local. *Cuadernos de Antropología Social* 21:17-35.

Salatino, P. y Artigas D.

2010 El patrimonio como capital cultural objetivado: aproximación inicial a dos casos de estudio en la provincia del Choapa, IV Región, Chile. *Arqueología Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo. Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, tomo V, pp. 539-544. Mendoza.

Smith, L.

2006 *Uses of heritage*. Routledge, London.

Troncoso, Andrés

1998. La cultura Diaguita en el valle de Illapel: una perspectiva exploratoria. *Chungará* 30(2): 125-142.

Troncoso, A.

1998. La cultura Diaguita en el valle de Illapel: una perspectiva exploratoria. *Chungara* 30(2): 125-142.

Uribe Rodríguez, M. and L. Adán Alfaro

2003 Arqueología, patrimonio cultural y poblaciones originarias: reflexiones desde el desierto de Atacama. *Chungará*_35(2): 295-304.

Vitale, L.

1971 *Interpretación marxista de la historia de Chile. La Independencia política, la rebelión de las provincias y los decenios de la burguesía comercial y terrateniente*. Prensa Latinoamericana.

Yúdice, G.

2002 *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*. GEDISA. Barcelona.

Waldman M., G.

2004 Chile: indígenas y mestizos negados. *Política y Cultura*: 97-110.

HUELLAS DE ASERRADO PERIMETRAL SOBRE RESTOS ÓSEOS HUMANOS. EL CASO DEL SITIO CERRO LUTZ, PROVINCIA DE ENTRE RÍOS

Alejandro Acosta¹, Natacha Buc¹ y David Pau²

¹CONICET - Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL). acosta@retina.ar, natachabuc@gmail.com,

²Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL) paralelo32@gmail.com

Presentado el: 30/08/2011 - Aceptado 07/11/2011

Resumen

Se presenta el caso de dos fragmentos óseos humanos intencionalmente modificados mediante la técnica de aserrado perimetral (AP). Ambos ejemplares provienen del sitio Cerro Lutz, cuya ocupación arqueológica fue generada por grupos cazadores-recolectores que habitaron el humedal del Paraná inferior (HPI) durante los últimos 2500 años C14 (Holoceno tardío). Aunque el AP es una técnica ampliamente representada en la mayoría de los sitios arqueológicos del HPI, hasta ahora solo había sido identificada sobre restos faunísticos. El principal objetivo del trabajo es discutir las posibles conductas vinculadas con los hallazgos mencionados a través de otras evidencias arqueológicas disponibles y proponer algunas hipótesis preliminares dado que se trata de un registro prácticamente desconocido en el área de estudio. En tal sentido, se realizan distintas interpretaciones para establecer, por ejemplo, si dichos artefactos, además de constituir parte del sistema tecnológico, tuvieron algún otro tipo de asociación o connotación especial vinculada con las prácticas mortuorias.

Palabras claves: Huesos humanos, aserrado perimetral, tecnología ósea.

Abstract

In this paper we present two human bone fragments which were intentionally modified by means of sawing in the perimeter. Both items came from the Cerro Lutz archaeological site, which is result of hunter-gatherer groups that inhabited the Low Paraná wetland during the last 2500 14C years (Late Holocene). Although sawing in the perimeter of bones is a technique widely represented in most archaeological sites of Low Paraná wetland, it has only been identified on faunal remains until now. The major aim of this work is to discuss the possible behaviors linked to these findings through other archaeological evidences, and to propose some hypotheses, considering that this is a record practically unknown in the study area. In that sense, we made different interpretations to assess, for example, if these artifacts, besides of being part of the technological system, have other association or special connotation linked to mortuary practices.

Keywords: Human bones, sawing, bone technology.

Introducción

La tecnología ósea ha tenido un gran desarrollo entre los grupos cazadores-recolectores que habitaron el humedal del Paraná inferior (HPI). Por ello, desde las primeras investigaciones arqueológicas realizadas en el área a principios de siglo pasado, hasta la actualidad, siempre se ha mencionado, con mayor o menor detalle, la presencia de instrumentos óseos (Caggiano 1984; Chiri 1983; Lothrop 1932; Torres 1911, entre otros). Aunque los hallazgos más antiguos corresponderían al componente acerámico del sitio Isla Lechiguana 1, cuya antigüedad podría ser de unos 3000 años C¹⁴ AP (Caggiano 1979, 1984), la mayoría de los mismos se concentran en un bloque de entre 1100 y 700 años C¹⁴AP, dentro del cual también se encuentra la colección de Cerro Lutz (Buc 2010).

Contrariamente a lo que sucede con la materia prima lítica, de escasa disponibilidad en la región, los huesos de la fauna local (*Blastoceros dichotomus*, *Ozotoceros bezoarticus* y peces Siluriformes) fueron utilizados para elaborar diferentes grupos morfo-funcionales de instrumentos, tales como: punzones, arpones, alisadores, ganchos/tacos de propulsor y diferentes tipos de puntas (planas pedunculadas, ahuecadas, bipuntas; Loponte 2008, Buc 2010). También se ha recuperado una gran cantidad de huesos con aserrado perimetral (AP), siendo un rasgo tecnológico recurrente y ampliamente representado en los depósitos arqueológicos generados por las poblaciones humanas que ocuparon el HPI durante el Holoceno tardío. El AP consiste en una serie de cortes transversales al eje del hueso que abarcan el perímetro de los especímenes ya sea de manera completa o casi (cf. Acosta 2000). A nivel experimental hemos visto que el AP es producto de una técnica que, si bien requiere una considerable inversión de energía en tiempo y materiales, permite segmentar elementos óseos de manera controlada valiéndose de la utilización de filos (Buc et al. 2010, 2011). De esta manera se obtienen formas donde, en el caso de los huesos largos, se aprovecha el contorno cilíndrico del soporte (a diferencia de las fracturas que buscan formas longitudinales; Loponte y Buc 2007). Dadas estas características, los restos faunísticos que exhiben huellas de AP fueron interpretados como elementos residuales de las primeras etapas de producción de los instrumentos (cf. Acosta 2000). Debe aclararse que el AP difiere del denominado “marcado o surco perimetral”, el cual ha estado sujeto a un mayor número de hipótesis relacionadas con su potencial función (Gifford González 1989; Hajduk y Lezcano 2005; Mengoni Goñalons 1982; Miotti 1992; Muñoz y Belardi 1998).

Hasta ahora el AP solo había sido identificado sobre restos faunísticos, en esta oportunidad analizamos dos fragmentos óseos humanos recuperados en el sitio arqueológico Cerro Lutz, los cuales presentan huellas de las características antes mencionadas. El objetivo del trabajo consiste en describir el contexto de procedencia de los elementos, sus características formales, y establecer si, al igual que en los otros casos, se encuentran relacionados con la manufactura de instrumentos¹. Finalmente, se plantean y discuten algunas ideas con el fin de comprender qué tipo de conductas podrían estar vinculadas con estos hallazgos dado que, al tratarse de huesos humanos intencionalmente modificados, constituyen un epifenómeno muy peculiar prácticamente desconocido en la región bajo estudio.

El sitio arqueológico Cerro Lutz

Como se mencionó, los huesos humanos con AP que aquí se estudian provienen del sitio Cerro Lutz. El mismo se encuentra localizado en el SE de la provincia de Entre Ríos (Argentina), a unos 2 km de la actual ciudad de Villa Paranacito (Dto. de Gualeguaychú;

Figura 1). Se ubica en un albardón situado sobre la margen izquierda del arroyo Martínez cercano a su intersección con el Sagastume Chico. Si bien los ecofactos y artefactos recuperados en Cerro Lutz sugieren que constituyó un sitio de actividades múltiples, la elevada cantidad de inhumaciones humanas (primarias y secundarias) indica que éstas tuvieron un rol particularmente importante para sus ocupantes. Asimismo, la estructura arqueológica que poseen dos de los sectores excavados y la secuencia de fechados radiocarbónicos obtenidos indican la existencia de redundancia ocupacional. En cuanto a los conjuntos artefactuales se destaca, en primer término, la cerámica con un evidente predominio de la alfarería lisa; los escasos fragmentos con decoración incisa presentan motivos geométricos en forma de guardas. Los bordes recuperados denotan, en líneas generales, la manufactura de escudillas bajas y con perfiles más o menos abiertos. Los artefactos líticos, en orden de importancia, se encuentran representados por lascas de filo natural y por fragmentos de litos formatizados por picado/pulido y/o abrasión. La materia prima predominante es la caliza silicificada aunque, en una proporción mucho más baja, también se reconoció la presencia de calcedonia, sílice, cuarzo y arenisca silicificada. Se recuperaron, además, numerosos artefactos óseos, cuyas características generales se describen más abajo. El registro arqueofaunístico, está compuesto por una abundante y concentrada cantidad de valvas (*Diplodon* sp.) conformando verdaderos concheros; en relación a los vertebrados, análisis preliminares, indican que más del 90 % de los restos corresponde a peces (Siluriformes y Characiformes), habiéndose también registrado cérvidos de mediano y gran porte (*Blastocerus dichotomus*), roedores (*Cavia aperea*, *Myocastor coypus* e *Hidrochoerus hidrochoerus*), además de un esqueleto prácticamente completo de *Canis familiaris* (perro) (para más detalles sobre la estructura del sitio y las evidencias ver Acosta *et al.* 2010a; Acosta y Loponte 2006; Arrizurieta *et al.* 2010; Mazza y Loponte 2010).

Los dos fragmentos óseos humanos con AP proceden de la unidad de excavación (UE) 2 (cf. Acosta y Loponte 2006) y se hallaban a unos 20 cm de profundidad del nivel actual del albardón. En este sentido, tanto éstos como el resto de los materiales recuperados entre los 15

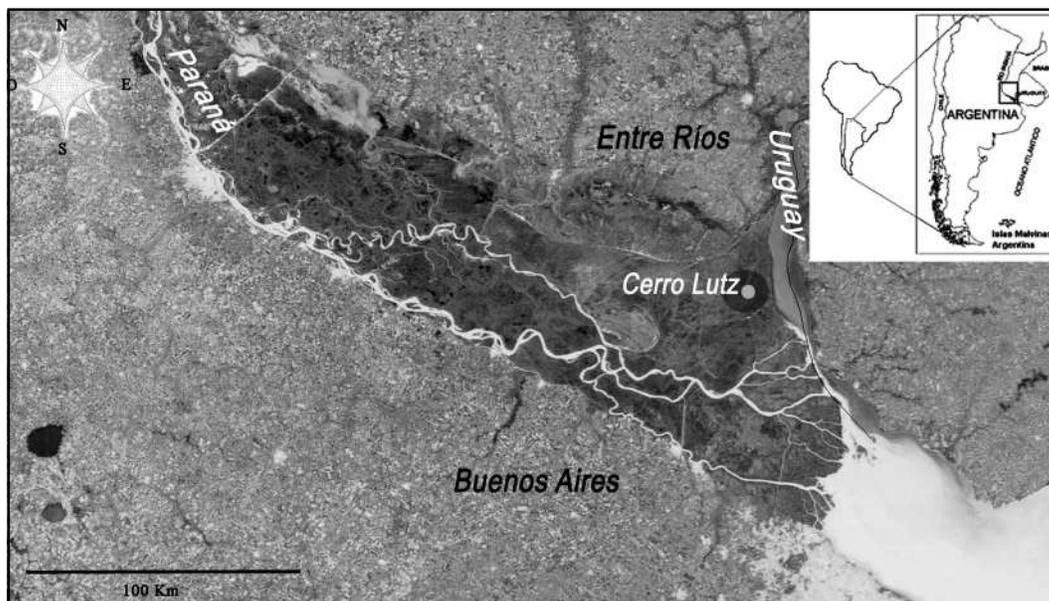


Figura 1. Mapa del HPI con localización del sitio Cerro Lutz.

y los 25cm, corresponderían a los últimos eventos de la ocupación arqueológica. Cabe agregar que ambos especímenes se hallaban asociados a restos faunísticos, fragmentos cerámicos, artefactos líticos y numerosos artefactos óseos representados por 13 elementos (no humanos) que también presentan evidencias de AP, además de 35 instrumentos correspondientes a diversos grupos morfo-funcionales de puntas (ahuecadas, convexas, cónicas) y alisadores. Estos valores contrastan con los totales recuperados en los niveles inferiores a los 25 cm, en donde solo se contabilizaron 10 instrumentos y 4 elementos con AP, provenientes de los niveles 25-35.

En la misma UE pero por debajo de los 25 cm aproximadamente, se inicia el nivel de donde provienen casi el 90 % de los enterratorios humanos (N 43), cuya disposición, distribución y tratamiento de los cuerpos revela una compleja gama de prácticas mortuorias que incluye tanto a los enterratorios primarios como secundarios (Mazza 2009, 2010; Mazza y Loponte 2010). Teniendo en cuenta esta diferencia, en principio, podemos pensar que los huesos humanos con AP estarían dissociados de las inhumaciones. Sin embargo, dada la proximidad estratigráfica de los hallazgos, no podemos descartar que ambos eventos hayan sido penecontemporáneos; razón por la que es necesario profundizar los estudios realizados sobre los procesos de formación del depósito (Acosta *et al.* 2010a; Tchilinguirian *et al.* 2010). Los fechados que se efectúen sobre materiales arqueológicos que provengan de los primeros 20 cm permitirán establecer si se solapan o no con las dataciones obtenidas de dos de los enterratorios (N° 9 y N° 10) exhumados de la UE 2 que resultaron ser penecontemporáneos (796 ± 42 años 14C AP -AA77311- y 730 ± 70 años 14C AP -LP1711).

Análisis de la muestra

Los huesos humanos con AP corresponden a dos fragmentos de diáfisis de húmero y tibia (izquierdos). En el húmero, el AP se ubica en la diáfisis medial cerca del labio lateral del surco intertubercular (*sulcus intertubercularis*; Figura 2a). En el caso de la tibia las huellas se localizan sobre la línea o borde de inserción de la membrana inter-ósea (Figura 2b). En este último ejemplar se observa que los cortes no fueron lo suficientemente profundos y por ello se habría generado una fractura o corte transversal irregular similar al observado en otros elementos arqueológicos y en muestras experimentales (Acosta 2000, Buc *et al.* 2011, Figura 3b y c). En el extremo opuesto al AP y en sus bordes longitudinales, ambos especímenes presentan fracturas compatibles con las que se producen cuando los huesos se encuentran en estado seco y que son generalmente atribuidas a procesos post-depositacionales (Jhonson 1985; Lyman 1994; Villa y Mahieu 1991). Por lo tanto, es probable que dichas fracturas no guarden ningún tipo relación con el AP y, que

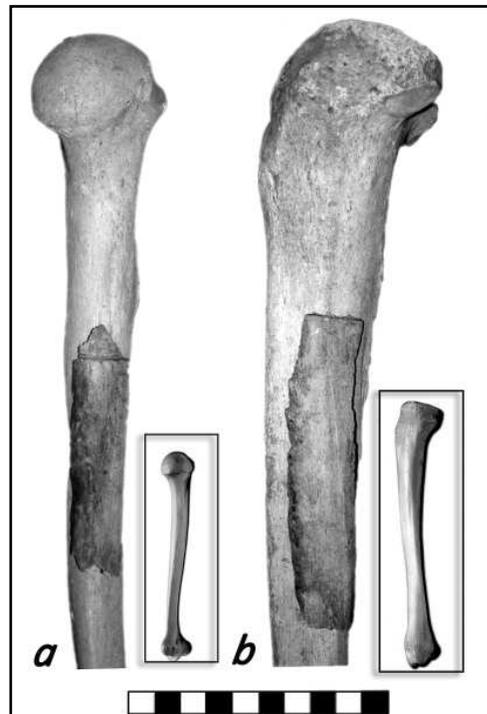


Figura 2. Huesos humanos con AP: a) húmero proximal izquierdo, b) tibia proximal

al momento de producirse esta acción, los huesos se hallasen enteros o presentasen una mayor integridad anatómica, siendo posible que el aserrado haya abarcado todo el cilindro del hueso. Una de las evidencias que contribuyen a sostener este supuesto es que ambos huesos habrían sido aserrados en estado fresco, ya que las huellas identificadas poseen una estrecha similitud morfológica con las obtenidas -experimentalmente- en huesos de *Ovis aries* (oveja) aserrados en estado fresco mediante el uso de valvas (*Diplodon* sp.) y de artefactos líticos (lascas de filo natural) (Buc *et al.* 2010, 2011; Figura 4). En aquella oportunidad se aserraron huesos tanto en estado fresco como seco obteniendo huellas diferentes en uno y otro caso, caracterizándose los primeros por ser cortes netos, mientras que los segundos presentan microfracturas y lascados sobre la cara del corte (Buc *et al.* 2011).

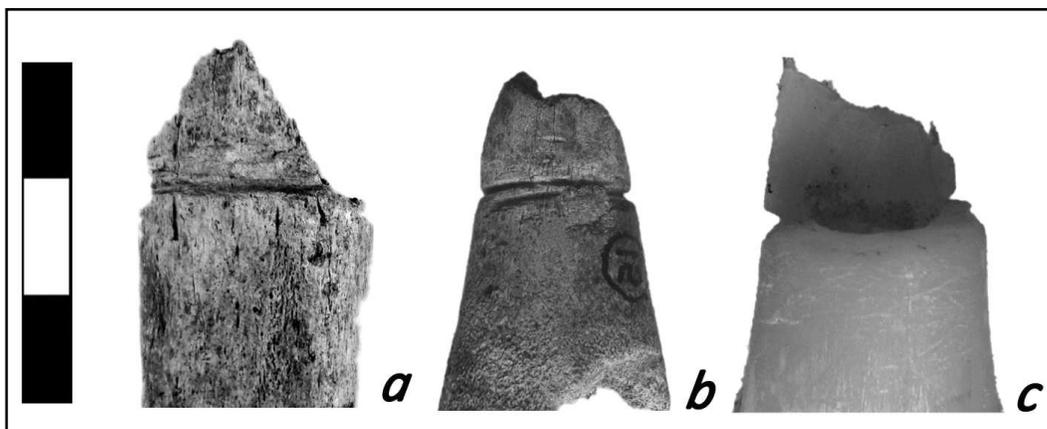


Figura 3. Detalle de aserrados perimetrales y fractura: a) tibia humana analizada en el trabajo; b) metapodio de *O. bezoarticus* arqueológico; c) metapodio de *O. aries* producido experimentalmente.

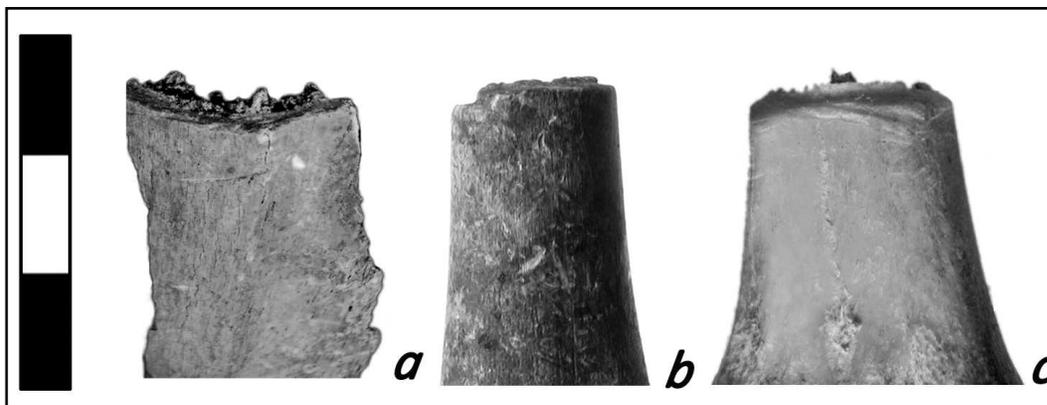


Figura 4. Detalle de aserrados perimetrales: a) húmero humano analizado en el trabajo; b) metapodio de *O. bezoarticus* arqueológico; c) metapodio de *O. aries* producido experimentalmente.

Discusión

En cuanto a la particular presencia de AP sobre huesos humanos, la hipótesis más probable es que estos elementos también se encuentren relacionados, tal como señalamos al comienzo, con la obtención de formas base de instrumentos. Recordemos que en la misma

UE y asociados a los ejemplares estudiados se recuperaron diversos instrumentos óseos y numerosos elementos (no humanos) con AP. La mayoría de estos últimos pueden vincularse con grupos morfo-funcionales específicos de instrumentos (e.g. metapodios aserrados con puntas ahuecadas), pero en el caso de los huesos humanos desconocemos hasta el momento a qué grupo podrían corresponder. Cabe destacar que, en ciertos contextos, el AP sobre restos humanos aparece asociado a la elaboración de “tubos” obtenidos mediante un doble AP sobre cilindros diafisarios de determinados huesos largos (cf. Hester 1969).

En el área de estudio sabemos de la existencia de al menos un instrumento, recuperado en el sitio Túmulo I del Brazo Largo (Torres 1911), confeccionado sobre un radio proximal humano (ver Bonomo *et al.* 2009; Buc y Coronel 2011). Siguiendo la clasificación morfológica propuesta para el Paraná inferior, puede definirse como un punzón dado que su extremo apical es cóncavo-convexo y conserva la epífisis en el extremo basal (cf. Buc 2010; Buc y Coronel 2011, Figura 5). Aunque se trata de un caso puntual, el mismo permite corroborar que en el HPI se utilizaron restos óseos humanos para la confección de instrumentos. No obstante, si bien la cantidad de instrumentos elaborados sobre huesos humanos es muy baja,



Figura 5. Punzón elaborado sobre un radio proximal humano proveniente del sitio Túmulo I del Brazo Largo. Colección Luis María Torres, Museo de Ciencias Naturales de la Plata: MLP-D25-CLMT-N°(b) 4-5447.

no descartamos que los elementos con AP aquí discutidos se vinculen con grupos morfo-funcionales donde el soporte esté altamente modificado. Por ejemplo, hay categorías como las de puntas pedunculadas o bipuntas, donde la alta formatización impide una clasificación más allá de la categoría Mammalia (Buc 2010).

Por otra parte, es muy difícil establecer bajo qué circunstancias habrían ingresado los huesos humanos aquí presentados al sistema tecnológico y cuál pudo ser su significado. A pesar de ello, es interesante señalar que su obtención pudo no estar vinculada con las primeras etapas de manipulación del o los cadáveres, ya que los huesos bajo determinadas condiciones pueden permanecer durante un largo tiempo en estado fresco, factor que agregaría un mayor grado de variabilidad en cuanto a las formas y condiciones bajo las cuales pudieron ser obtenidos.

Una interpretación alternativa a la tecnológica, a nuestro entender mucho menos probable, es que el AP haya sido utilizado para segmentar y reducir ciertas partes del cuerpo con el fin de trasladarlo y/o reihumarlo, tal como suele suceder con la preparación de los denominados “paquetes funerarios” o entierros secundarios. Sin embargo, particularmente en Cerro Lutz pero también en otros sitios del área, se han recuperado varios esqueletos bajo esta modalidad de inhumación y nunca se recuperaron huesos con AP, ni tampoco con huellas de corte u otro tipo de modificaciones óseas que sugieran que los cuerpos fueron desarticulados y/o descarnados mediante el uso de algún filo. Por ello, pensamos que la degradación o eliminación de los tejidos blandos del cuerpo se habría realizado mediante su exposición a la intemperie o bien a través de su entierro temporal y posterior exhumado, preparado y reihumado. Independientemente de las implicancias rituales, estos procedimientos pudieron ser muy efectivos en el HPI, dado que en ambientes cálidos y húmedos el estado de esqueletización se produce en unas pocas semanas (Bass 1997; Ubelaker 1999). Asimismo, la técnica de AP requiere de una considerable inversión de energía y materiales, fundamentalmente en un ambiente donde los filos líticos son escasos (Loponte 2008, Buc *et al.* 2011), que apunta al seccionamiento del hueso y es innecesaria para el desmembramiento de un cuerpo que se realiza siguiendo las articulaciones.

En principio, estaría claro que los artefactos óseos con AP sobre huesos humanos discutidos en este trabajo están asociados con la producción de algún tipo de instrumento. Sin embargo, es muy difícil establecer cuáles son las connotaciones que esto implica. En la literatura mundial son extremadamente diversos los contextos (arqueológicos y etnográficos), los tipos de instrumentos elaborados y las interpretaciones efectuadas en torno a este registro tan particular (e.g. Andrushko *et al.* 2005; Botella *et al.* 2000; Cauwe 2005; Hester 1969; Malville 2005; McNeill 1998, 2005; Meza 2007; Stodder 2005; Trejo Mojica 2008).

Es evidente que el uso de huesos humanos como materia prima implica pensar en mecanismos de obtención diferentes respecto del resto de los soportes que se utilizaron en la mayoría de los grupos morfo-funcionales identificados en la región bajo estudio y que provienen de la fauna local consumida (Acosta *et al.* 2010b; Buc 2010). La transformación de los huesos humanos puede verse, entre otras aproximaciones, como un componente más de la amplia y variable gama de comportamientos y prácticas mortuorias que han experimentado las sociedades humanas a lo largo de su historia (Bartel 1982; Budja 2010; Rakita *et al.* 2005). Las relaciones sociales que se establecen entre los vivos, los difuntos y los antepasados son mediadas a través de distintas formas materiales, siendo la manipulación de los huesos una de las principales (cf. Budja 2010; Chapman 2000; Hertz 2004). Más abajo

se exponen diferentes ejemplos que, independientemente de su contexto cultural, serán de utilidad para explorar nuestro caso de estudio.

Sabemos que en las prácticas o rituales funerarios asociados a los denominados enterratorios secundarios, el cuerpo -o partes del mismo- es alterado y susceptible de ser movido y reenterrado para su “descanso final” (Budja 2010; Byrd y Monahan 1995; Chapman 2000; Goldstein 1995; Shoereder 2001, entre otros). Entre las principales conductas relacionadas con el tratamiento secundario del cuerpo pueden mencionarse el entierro temporal, el canibalismo, la incineración, la descarnación y/o desarticulación de los individuos. Estos comportamientos constituyen diferentes formas de contacto con el cuerpo que, en ciertos casos, pueden mantenerse en el tiempo mediante, por ejemplo, visitas continuas a las tumbas ancestrales (Chénier 2009 y ejemplos allí citados) o la conservación y circulación de algunas partes extraídas. Es dentro de estas conductas que deben entenderse los huesos humanos transformados en instrumentos cuyo uso, a su vez, puede adquirir diferentes connotaciones especiales (Malville 2005; McNeill 1998, 2005; Stodder 2005). Al respecto, es interesante considerar que si bien las prácticas mortuorias, entre otros aspectos, presentan una estrecha relación con el rol y el *status* social de los individuos (Binford 1971; Chapman y Randsborg 1981; Goldstein 1981), existen situaciones donde la utilización de sus huesos trascendería la esfera personal adquiriendo un sentido económico al convertirse en objetos de comercio e intercambio (cf. Thomas 2002).

También se ha señalado que ciertos entierros secundarios pueden estar desvinculados de las actividades rituales por ser producto, ya sea intencional o accidentalmente, de sucesos de exhumación (Chénier 2009). En esta situación también puede plantearse la recolección circunstancial de huesos para ser utilizados con otros fines, entre ellos, los tecnológicos. De este modo, podemos pensar que la utilización del hueso humano como soporte instrumental pudo haber sido “casual”: tanto pudieron emplear estos elementos como los de *B. dichotomus* u *O. bezoarticus*. Sin embargo, es llamativo el hecho de que a lo largo de todo el HPI los sitios presentan una fuerte selección de materia prima ósea en todos los grupos morfofuncionales, vinculando funcionalidad de los instrumentos y propiedades mecánicas de los elementos (Buc 2010). De hecho, los huesos con AP son casi exclusivamente metapodios, astas y cúbitos asociados, cada uno, con determinados grupos morfofuncionales (Acosta et al. 2010b). Esto no sólo habla de una ausencia de stress en la materia prima ósea, sino también de una cuidadosa selectividad de la estructura física de los instrumentos que vuelve más sugerente el caso de estudio.

Retomando la discusión general, creemos que es muy difícil establecer en qué medida los artefactos aquí estudiados se vinculan con alguna de las situaciones descritas anteriormente. Nos referimos a si los ítems producto de los huesos humanos con AP fueron utilizados como objetos funcionales, de intercambio, si su manipulación tuvo algún significado en especial y/o si conformaron una extensión (personal o grupal) de las prácticas mortuorias. Tampoco puede descartarse que la obtención de huesos humanos como materia prima haya sido un hecho ocasional y/o que los artefactos fueran integrados a las actividades cotidianas (cf. Cauwe 2005), como parte del extenso desarrollo de la tecnología ósea en el HPI, sin que tuvieran, necesariamente, algún tipo de connotación ideológica o simbólica. La dificultad de evaluar estas opciones radica, principalmente, en la baja frecuencia de instrumentos identificados sobre huesos humanos en el área. Exceptuando el mencionado caso de Túmulo I del Brazo Largo, no hemos encontrado otras referencias (arqueológicas e históricas) que indiquen su presencia y/o uso en contextos de cazadores-recolectores, tanto en el HPI como en otras áreas cercanas de la cuenca Paraná-Plata.

Sin embargo, esto no impide realizar algunas conjeturas sobre la posibilidad de que, por ejemplo, los artefactos en cuestión hayan estado relacionados (directa o indirectamente) con el tratamiento de la muerte (ver también Bonomo *et al.* 2009). Debe tenerse en cuenta que en el HPI las prácticas mortuorias presentan una significativa variabilidad; rasgo que, si bien fue tempranamente advertido por diversos autores (Greslebin 1931; Lothrop 1932; Torres 1911; Zeballos y Pico 1878, entre otros), ha comenzado a ser explorado de manera sistemática recientemente (Mazza 2009, 2010; Mazza y Loponte 2010). Aquí, las conductas funerarias desarrolladas por los cazadores-recolectores durante el Holoceno reciente, así como otros comportamientos inferidos a través del registro arqueológico y de las fuentes etnohistóricas, son compatibles con la existencia de complejidad social (Loponte 2008; Loponte *et al.* 2004). Binford (1971) sostuvo que el grado de variabilidad de las prácticas funerarias que posee una sociedad sería isomórfico al grado de complejidad que presenta su organización. Dentro de este contexto y sobre la base de la significativa variabilidad y complejidad del registro mortuorio del HPI (Mazza y Loponte 2010) puede plantearse que el uso y/o circulación de instrumentos sobre huesos humanos pudo constituir un rasgo más dentro de las distintas y posibles variantes involucradas en el tratamiento de la muerte.

Los enterratorios del HPI suelen presentar un importante grado de desorganización anatómica, habiéndose también registrado inhumaciones primarias que se caracterizan por la falta de ciertas unidades y/o segmentos anatómicos como, por ejemplo, algunas de sus extremidades (Gasparly 1950; Greslebin 1931; Lothrop 1932; Torres 1911). Este contexto puede explicarse mediante diferentes comportamientos. Al respecto, se ha planteado que la sustracción, preservación y/o modificación de ciertas partes anatómicas puede simbolizar diversos conceptos como, por ejemplo, aquellos relacionados con la identidad social (Budja 2010; Goodale 1985 en Schroeder 2001) y la violencia (Andrushko *et al.* 2010 y bibliografía allí citada). También podrían ser el resultado del constante reacomodamiento (intencional o accidental) de las estructuras funerarias debido a la redundante utilización de los espacios mortuorios a través del tiempo (cf. Mazza y Loponte 2010). Finalmente, es posible que estas situaciones hayan involucrado la sustracción de segmentos anatómicos y/o preservación de ciertos huesos fuera de sus espacios de procedencia. Sin embargo, también tenemos que considerar comportamientos totalmente diferentes, pues los casos planteados no están exentos de la significativa y compleja variabilidad cultural que existe en torno a la manipulación de los cadáveres y/o sus huesos.

Conclusión

Distintos investigadores han señalado las dificultades que presenta la corroboración o monitoreo arqueológico de hechos relacionados con el tratamiento de la muerte. Por ejemplo, en 1981 en el marco del tercer simposio de antropología Mortalidad e inmortalidad, donde participaron antropólogos y arqueólogos, se consideró que cuando no se dispone de datos concretos cualquier conclusión general sobre este tópico puede llegar a ser extremadamente incierta (Bowker 1991; ver también Humphreys 1981: 4 cit. en Bowker 1991). Es evidente que esto no implica dejar de considerar los posibles significados de dichas conductas, tal como lo hemos intentado hacer en este trabajo. Creemos que, más allá de las dificultades señaladas, las situaciones planteadas, particularmente, aquellas relacionadas con la presencia de artefactos óseos humanos, generan nuevos interrogantes y desafíos para la arqueología de HPI. En la medida en que se amplíen los muestreos y se produzcan otros hallazgos contaremos con nuevas evidencias para entender un epifenómeno que, como dijimos al comienzo, es prácticamente desconocido para la región bajo estudio.

Agradecimientos

Deseamos expresar nuestro agradecimiento a Gustavo Barrientos, Bárbara Mazza y Leonardo Mucciolo y a los evaluadores, cuyas sugerencias y comentarios permitieron enriquecer este trabajo. No obstante, los autores somos los únicos responsables de las interpretaciones vertidas en el mismo.

Notas

¹ Se considera instrumento a las piezas enteras o parte de ellas que exhiben una clara formatización intencional para cumplir una función (sea mecánica o simbólica). Los artefactos, en cambio, son aquellos elementos donde, si existe una modificación antrópica, no es intencionalmente dirigida para una función sino que suele ser un epifenómeno. Por ejemplo, suelen mencionarse dentro de esta categoría los desechos de manufactura (Buc 2010 y bibliografía allí citada). En este caso utilizamos el término artefacto para referirnos a los especímenes que presentan AP.

Bibliografía citada

Acosta, A.

2000. Huellas de corte relacionadas con la manufactura de artefactos óseos del nordeste de la Provincia de Buenos Aires. *Relaciones XXV*: 159-177.

Acosta, A. y D. Loponte

2006. *Informe sobre las investigaciones realizadas en el sitio arqueológico "Cerro Lutz", Provincia de Entre Ríos (Humedal del Paraná Inferior)*. Ms. Secretaría de Cultura de la Nación, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Buenos Aires.

Acosta A., D. Loponte y P. Tchilinguirian

2010a. Análisis comparativo sobre la estructura y los procesos de formación de los depósitos arqueológicos en el humedal del Paraná inferior. *Arqueología de cazadores recolectores de la cuenca del Plata* (ed. por G. Cocco y M.R. Feuillet Terzaghi), pp. 191-208. Centro de Estudios Hispanoamericanos, Santa Fe.

Acosta, A., N. Buc y L. Mucciolo

2010b. Linking Evidences: from Carcass Processing to Bone Technology. The Case of the Lower Paraná Wetlands (Late Holocene, Argentina). *Ancient and Modern Bone Artefacts from America to Russia Cultural, technological and functional signature* (ed. por A. Legrand-Pineau, I. Sidéra, N. Buc, E. David y V. Scheinsohn), pp. 303-314. BAR International Series 2136, Oxford.

Andrushko V.A., K.A. Latham, D.L. Grady, A.G. Pastron y P.L. Walker

2005. Bioarchaeological evidence for trophy taking in prehistoric central California. *American Journal of Physical Anthropology* 127:375-384.

Andrushko, V.A., A.W. Schwitalla y P.L. Walker

2010. Trophy-Taking and Dismemberment as Warfare Strategies in Prehistoric Central California. *Journal of Physical Anthropology* 141:83-96.

Arrizurieta, M.P., L. Mucciolo y J. Musali

2010. Análisis arqueofaunístico preliminar del sitio Cerro Lutz. *Mamiül Mapu: pasado y presente desde la arqueología pampeana* (ed. por M. Beron, L. Luna, M. Bonomo, C. Montalvo, C. Aranda y M. Carrera Aizpitarte), Tomo I, pp. 335-348. Editorial Libros del Espinillo, Ayacucho.

- Bartel, B.
1982. A Historical Review of Ethnological and Archaeological Analyses of Mortuary Practice. *Journal of Anthropological Archaeology* 1: 32-58.
- Bass, W.M.
1997. Outdoor decomposition rates in Tennessee. *Forensic taphonomy: The postmortem fate of human remains* (ed. por W.D. Haglund y M.H. Sorg), pp. 181-186. CRC Press, Miami.
- Binford, L.
1971. Mortuary Practices: their Study and their Potential. *Approaches to the Social Dimensions of Mortuary Practices*. (ed. por J.A. Brown), pp. 6-29. Society for American Archaeology Memoirs 25, Washington DC.
- Bonomo, M., I. Capdepon y A. Matarrese
2009. Alcances en el estudio de colecciones. Los materiales arqueológicos del Delta del río Parana depositados en el museo de La Plata (Argentina). *Arqueología Suramericana* 5 (1): 68-101.
- Botella, M.C. y S.A. Jimenez e I. Aleman
2000. *Los Huesos Humanos: manipulación y alteraciones*. Ediciones Bellaterra, Barcelona.
- Bowker, J.
1991. *The Meanings of Death*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Buc, N.
2010. Tecnología ósea de cazadores-recolectores del humedal del Paraná inferior (Bajíos Ribereños meridionales). *Series Monográficas, Arqueología de la Cuenca del Plata*, eds. D. Loponte y A. Acosta, Buenos Aires: Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. En prensa.
- Buc, N. y V. Coronel
2011. Análisis de la colección museística de instrumentos óseos de L.M. Torres. *Trabajo presentado en 4to Congreso Argentino de Arqueometría*, 8-11 de noviembre, Luján.
- Buc N., R. Silvestre y D. Loponte
2010. What about shells? Analysis of shell and lithic cut-marks. The case of Paraná's wetland, Argentina. Not only food: Marine terrestrial and freshwater mollusks in archaeological sites. *MUNIBE* 31: 252-261.
- Buc, N., M. Coll, S. De Luca, L. Mucciolo y L. Pérez Jimeno
2011. Puntas, huesos y otras yerbas. Series experimentales en materia prima ósea. *Trabajo presentado en I Congreso Internacional de la Cuenca del Plata*, Buenos Aires.
- Budja, M.
2010. The archaeology of death: from 'social personae' to 'relational personhood'. *Documenta Praehistorica* 37: 43-54.
- Byrd, B. y C. Monahan
1995. Death, Mortuary Ritual, and Natufian Social Structure. *Journal of Anthropological Archaeology* 14: 251-287.

Cauwe, N.

2005. Du cadavre à la relique: l'usage de l'os humain au Magdalénien. *Industrie osseuse et parures du Solutréen au Magdalénien en Europe* (ed. por V. Dujardin), pp 353-36. Société Préhistorique Française, Angoulême.

Caggiano, M. A.

1979. *Análisis y Desarrollo Cultural Prehispánico en la Cuenca Inferior del Plata*. Tesis Doctoral, Facultad de Ciencias Naturales y Museo-UNLP, La Plata.

1984. Prehistoria del NE. Argentino. Sus vinculaciones con la República oriental del Uruguay y Sur de Brasil. *Pesquisas, Antropología*, 38.

Chapman, J.

2000. *Fragmentation in Archeology, People, places and broken objects in the prehistory of southeastern Europe*. Routledge, London y New York.

Chapman, R. y K. Randsborg

1981. Approaches to the archaeology of death. *The Archaeology of Death* (ed. por R. Chapman, I. Kinnes y K. Randsborg), pp. 1-24. Cambridge, Cambridge University Press.

Chénier, A.

2009. Bones, people and communities: Tensions between individual and corporate identities in secondary burial ritual. *Nexus: The Canadian Student Journal of Anthropology* 2: 27-40.

Chiri, O.

1973. La industria indígena del hueso en el Nordeste. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* VII.

Gaspary, F.

1950. Investigaciones Arqueológicas y Antropológicas en un "cerrito" de la Isla Los Marinos (Prov. de Entre Ríos). *Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera, XIII Universidad Nacional de Córdoba*. Córdoba.

Gifford-Gonzalez, D.

1989. Ethnographic analogues for interpreting modified bones: some cases from East Africa. *Bone modification*, (ed. por R. Bonnichsen y M. H. Sorg), pp. 179-246. Center for the Study of the First Americans, Orono.

Goldstein, L.

1981. One-dimensional archaeology and multidimensional people: spatial organisation and mortuary analysis. *The Archaeology of Death* (ed. por R. Chapman, I. Kinnes y K. Randsborg), pp. 53-69. Cambridge University Press, Cambridge.

1995. Landscapes and mortuary practices. A case for regional perspectives. *Regional Approaches to Mortuary Analysis* (ed. por L.A. Beck), pp. 101-121. Plenum Press, New York.

Greslebin, H.

1931. La estructura de los túmulos indígenas del Departamento de Guaaleguaychú, provincia de Entre Ríos, Argentina. *Revista de la Sociedad Amigos de Arqueología del Uruguay*: 5-51.

Hajduk, A. y M.J. Lezcano

2005. Un "nuevo-viejo" integrante del elenco de instrumentos óseos de Patagonia: los machacadores óseos. *Magallania* 33(1): 63-80.

Hertz, R.

2004. *A Contribution to the Study of the Collective Representation of Death. Death, Mourning and Burial. A Cross-Cultural Reader.* (ed. por A.C.G.M. Robben), pp. 213-223. Blackwell, Oxford.

Hester, T.R.

1969. Human Bone Artifacts from Southern Texas Source: *American Antiquity* 34 (3): 326-328.

Johanson, E.

1985. Current Developments in Bone Technology. *Advances in Archaeological Method and Theory* 8:157-235.

Loponte, D.

2008. *Arqueología del Humedal del Paraná inferior (Bajios Ribereños Meridionales)*. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Secretaria de Cultura de la Nación, Arqueología de la Cuenca del Plata, Buenos Aires.

Loponte, D. y N. Buc

2007. Don't smash those bones! Anatomical representation and bone tool manufacture in the Pampean region (Argentina, South America). *Bones for Tools, Tools For Bones: The Interrelationship of Lithic and Bone Raw Materials* (ed. por K. Seetah y B. Gravina), McDonald Institute Monograph Series, McDonald Institute for Archaeological Research, University of Cambridge. En prensa.

Loponte, D., A. Acosta y J. Musali

2004. Complejidad social: cazadores-recolectores y horticultores en la región pampeana. *Aproximaciones Contemporáneas a la Arqueología Pampeana. Perspectivas Teóricas, Metodológicas, Analíticas y Casos de Estudio* (ed. por G. Martínez, M. A. Gutierrez, R. Curtioni, M. Berón y P. Madrid), pp. 41-60. UNCPBA, Olavarría.

Lothrop, S.

1932. Indians of the Paraná Delta River. *Annals of the New York Academy of Sciences* XXXIII: 77-232. New York.

Lyman, R. L.

1994. *Vertebrate taphonomy*. Cambridge University Press, Cambridge.

Malville, N.

2005. Mortuary Practices and Ritual Use of Human Bone in Tibet. *Interacting with the Dead: Perspectives on Mortuary archaeology for the New Millennium* (ed. por G. Rakita, J. Buikstra, L. Beck y S. Williams), pp. 190-204. University of Florida, Florida.

Mazza, B.

2009. *Los comportamientos mortuorios del humedal del Paraná inferior. Una aproximación a la variabilidad mortuoria*. Tesis de licenciatura en Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

2010. Cerro Lutz: aproximaciones al estudio de las prácticas mortuorias de las sociedades cazadoras recolectoras del humedal del Paraná inferior. *La Zaranda de Ideas* 6: 91-116.

Mazza, B. y D. Loponte

2010. *Las prácticas mortuorias en el humedal del Paraná inferior*. Ms.

McNeill, J.

1998. Human Spear Points and Speared Humans: The Procurement, Manufacture, and Use of Bone Implements in Prehistoric Guam. *Bulletin of the Indo-Pacific Prehistory Association* 6: 175-180.

McNeill, J.

2005. Putting the Dead to Work: An Examination of the Use of Human Bone in Prehistoric Guam. *Interacting with the Dead: Perspectives on Mortuary archaeology for the New Millennium* (ed. por G. Rakita, J. Buikstra, L. Beck y S. Williams), pp 305-16. University Press of Florida, Florida.

Mengoni Goñalons, G.L.

1982. Notas zooarqueológicas I: fracturas en huesos. *Actas del VIII Congreso Nacional de Arqueología*. Colonia del Sacramento, Uruguay.

Meza Peñalosa, A.

2007. Estudio osteológico y funcional de raspadores elaborados con frontales humanos recuperados en La Ventilla, Teotihuacan, temporada 92-94. *Estudios de Antropología Biológica* XIII: 397-411.

Miotti, L.

1992. La experimentación simulativa de fracturas y marcas óseas y sus implicaciones arqueológicas. *Arqueología Contemporánea* 3: 39-61.

Muñoz, A.S. y J.B. Belardi

1998. El marcado perimetral en los huesos largos de guanaco de Cañadón Leona (colección Junius Bird): implicaciones arqueofaunísticas para Patagonia Meridional. *Anales del Instituto de la Patagonia*, Serie Ciencias Humanas 26: 107-118.

Rakita, G.F.M., J.E. Buikstra, L.A. Beck, S.R. Williams (eds.)

2005. *Interacting with the Dead: Perspectives on Mortuary Archaeology for the New Millennium*. University Press of Florida, Florida.

Schroeder, S.

2001. Secondary Disposal of the Dead: Cross-Cultural Codes. *World Cultures* 12 (1):77-93.

Stodder, A.

2005. The Bioarchaeology and Taphonomy of Mortuary Ritual on the Sepik Coast. *Interacting with the Dead: Perspectives on Mortuary Archaeology for the New Millennium* (ed. por G. Rakita, J. Buikstra, L. Beck y S. Williams), pp. 228-50. University Press of Florida, Florida.

- Tchilinguirian, P; D. Loponte y A. Acosta
2010. Geoarqueología en el sitio Cerro Lutz, implicancias paleoambientales y paleogeográficas (provincia de Entre Ríos, Argentina). *Trabajo presentado en el VI Congreso Uruguayo de Geología*. Uruguay.
- Thomas, J.
2002. Archaeology's humanism and the materiality of the body. *Thinking through the Body: Archaeologies of Corporeality* (ed. por Y. Hamilakis, M. Plucienik y S. Tarlow), pp. 25-46. Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York.
- Torres, L.M.
1911. *Los Primitivos Habitantes del Delta del Paraná*. Universidad Nacional de La Plata-Biblioteca Centenaria, La Plata.
- Trejo Mojica, J.A.
2008. Los restos óseos humanos como objetos ideológicos del periodo Clásico Maya. *Dimensión Antropológica* 42: 7-32.
- Ubelaker, D.H.
1999. Human Skeletal Remains. Excavation, Analysis, Interpretation. Taraxacum-Washington, Smiths. *Manuals on Archaeology* 2: 129-130.
- Villa, P. y E. Mahieu.
1991. Breakage patterns of human long bones. *Journal of Human Evolution* 21 (1): 27-48.
- Zeballos, E.A. y P. Pico
1878. Informe sobre el túmulo de Campana. *Anales de la Sociedad Científica Argentina* VI: 244-260.
- .

OCUPACIONES HUMANAS A CIELO ABIERTO DE FINALES DEL HOLOCENO MEDIO Y COMIENZOS DEL HOLOCENO TARDÍO EN EL VALLE DE SAN ANTONIO DE LOS COBRES, PUNA DE SALTA

Hernán Juan Muscio

CONICET - Instituto de Arqueología, UBA hmuscio@fibertel.com.ar

Presentado el: 05/05/2011 - Aceptado 24/07/2011

Resumen

El Valle de San Antonio de los Cobres, en la puna de Salta, Argentina, presenta registro arqueológico a cielo abierto en contextos estratigráficos datados hacia finales del Holoceno medio y comienzos del Holoceno tardío. Este trabajo da a conocer la información de la excavación de estos sitios y discute su implicancia para el conocimiento de las adaptaciones de cazadores recolectores que ocuparon esta región durante ca 5000-3500 años AP. Esta evidencia sustenta una dinámica de intensificación creciente del nicho económico, acompañada del aumento en el tamaño poblacional, con una estrategia de baja movilidad residencial, el uso muy heterogéneo del espacio y una marcada selectividad de hábitats. Este proceso, hacia inicios del Holoceno tardío, se incrementó, favoreciendo la inversión en estructuras arquitectónicas, y probablemente la adopción de nuevas tecnologías como la cerámica, en un contexto de menor movilidad residencial, con un nicho básicamente cazador, con una mayor diversidad de tecnologías de caza, y probablemente con prácticas pastoriles.

Palabras claves: Cazadores recolectores, Transición Holoceno medio-tardío, Puna Argentina.

Abstract

The San Antonio de los Cobres Valley located in the puna region of the Province of Salta, Argentina, has open-air archaeological record in stratigraphic contexts dated since late Mid-Holocene to early Late-Holocene. This paper presents the information obtained from the excavation of these sites and discusses its implications on the knowledge of the hunter-gatherers adaptations occupying this region during the range 5000-3500 years BP. This evidence supports a dynamic of increasing economic niche intensification, accompanied by the increase in population size, with a strategy of low residential mobility a highly heterogeneous space use and a highly habitat selectivity. This process, towards the early Late Holocene increased, favoring the investment in architectural structures and probably the adoption of new technologies such as pottery, in a context of reduced residential mobility and with an economic niche based on hunting, with a greater diversity of hunting technologies and, probably, with herding practices.

Keywords: Hunter-gatherers, mid to late Holocene transition, Puna of Argentina.

Introducción

Desde lo ecológico, la puna constituye un desierto de altura, con una baja productividad primaria y una alta heterogeneidad espacial en la distribución de los hábitats potenciales para las poblaciones humanas. Un aspecto importante del clima actual de la puna es la gran fluctuación de las precipitaciones, con una gran variación en la magnitud y en la duración de episodios de sequía que genera un entorno de riesgo (Muscio 1998). Estas condiciones se establecieron hacia los 4000 años AP, con la transición desde el Holoceno medio al Holoceno tardío (Markgraf 1985).

En la puna de Atacama el Holoceno medio se caracterizó por condiciones climáticas más áridas, con un máximo de aridez hacia los 6000 años AP (Núñez y Grosjean 1994, Núñez *et al* 2005). Información reciente muestra que en algunos sectores de la puna de Argentina las condiciones climáticas fueron de mayor humedad, en un entorno de mayor heterogeneidad espacial y con eventos climáticos más secos (Yacobaccio y Morales 2005). En este marco, se propuso que las poblaciones humanas durante el Holoceno medio permanecieron ocupando los espacios locales más húmedos mediante una estrategia de menor movilidad (Aschero 1994, Yacobaccio y Morales 2005). Este trabajo presenta la evidencia arqueológica de ocupaciones humanas a cielo abierto durante la transición Holoceno medio-Holoceno tardío en el Valle de San Antonio de los Cobres (Valle de SAC), y presenta algunas hipótesis acerca de la dinámica evolutiva en esta región de las tierras altas surandinas durante este bloque de tiempo particular.

Región de estudio y patrón de distribución del registro de superficie

El Valle de SAC, con una altitud media de 3700 msnm se localiza en la provincia de Salta, en la transición entre la puna norte y la puna sur de Argentina (figura 1), abarcando un área de aproximadamente 1.500 km². Desde lo geomorfológico se distinguen dos geoambientes que estructuran el paisaje en la escala regional: el fondo de cuenca y las quebradas laterales (Vilela 1969). Cada uno de estos ambientes presenta variabilidad en su cobertura vegetal. Así, se distinguen 1) suelos esqueléticos, 2) tolares, y 3) vegas y pastizales de altura. Estas tres unidades de grano grueso proporcionan una escala ordinal que mide la productividad primaria del ambiente, que está condicionada por los factores que controlan la humedad del suelo.

Buscando documentar la selectividad de hábitats humanos en una historia de ocupación de largo plazo, mediante una metodología distribucional se realizó el relevamiento del registro arqueológico superficial en la escala regional y la excavación de sitios en estratigrafía (Muscio 2004, 2009).

El análisis distribucional, llevado a cabo a partir de la información de 20 transectas de relevamiento de frecuencias de artefactos y tipo de cobertura vegetal, expuso que la selectividad humana de hábitats estuvo condicionada por la productividad ecológica diferencial de los dos geoambientes principales. Esto se infiere del patrón distribucional del registro arqueológico regional, donde la densidad de artefactos está consistentemente correlacionada con la productividad primaria medida por la vegetación, y declina en los sectores de suelo esquelético (figura 2). Este patrón corresponde al registro promediado del uso del espacio regional durante toda la historia de formación del registro arqueológico del Valle de SAC (Muscio 2004, 2009).

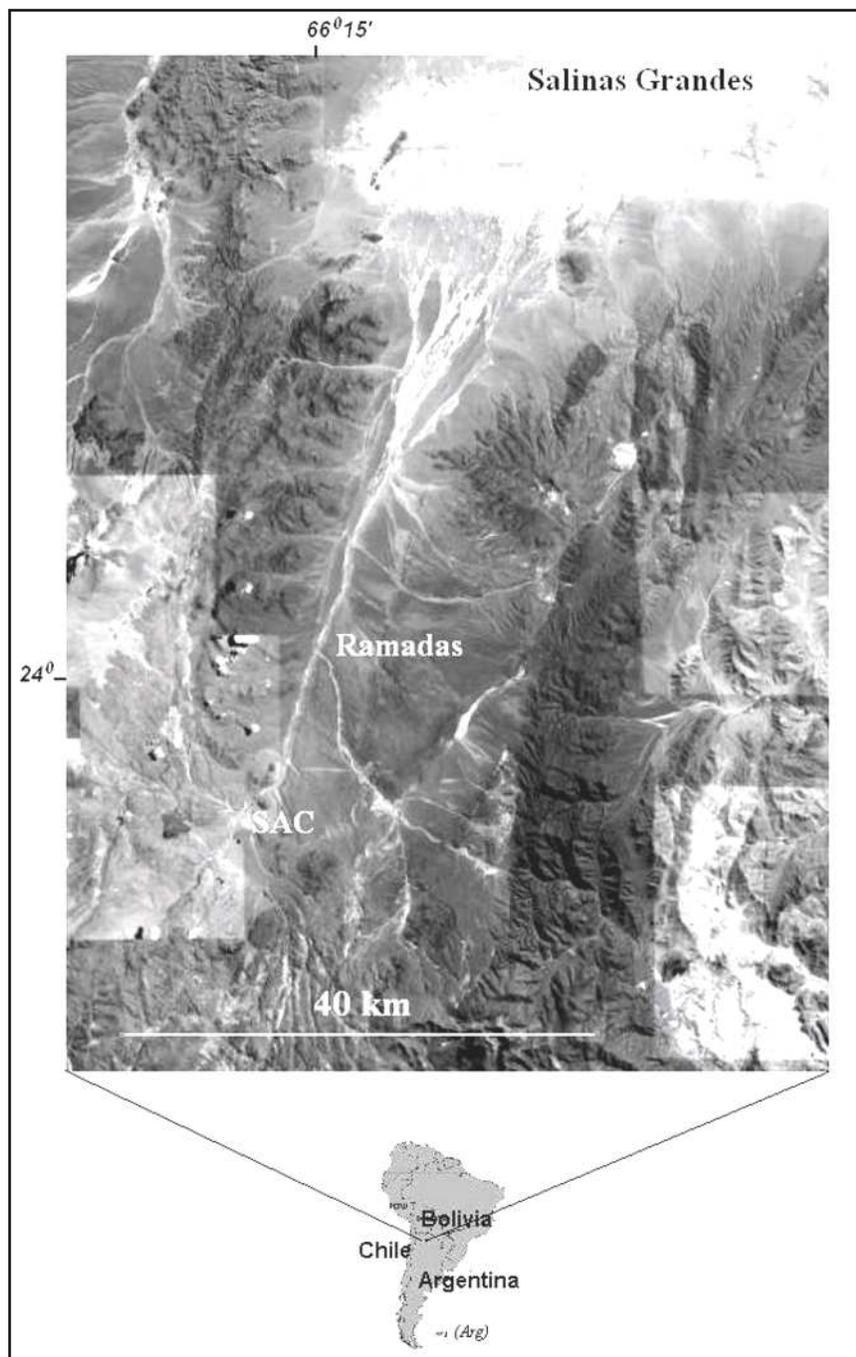


Figura 1. Localización del Valle de San Antonio de los Cobres en la Puna de la provincia de Salta y estructura geomorfológica.

La mayor densidad artefactual se presenta en el fondo de cuenca, constituyendo agregados muy densos de artefactos líticos en ambientes de microescala asociados a cuerpos de agua y pequeñas vegas activas o extintas. Este patrón se interpretó como el resultado de comportamientos de uso residencial del espacio por cazadores recolectores con alto descarte de artefactos (Muscio 2001, 2004, 2009).

A continuación presentamos las excavaciones realizadas en el fondo de cuenca del Valle de SAC, en un paisaje de aluviones no aterrazados. Estas brindaron información cronológica y contextual que favorecen la hipótesis del uso residencial de este espacio, sugiriendo que durante el tramo superior del Holoceno Medio el Valle de SAC estuvo colonizado por poblaciones de cazadores recolectores que intensificaron su nicho económico. El término intensificación designa al aumento de la energía obtenida por unidad de superficie (Richerson *et al.* 2001).

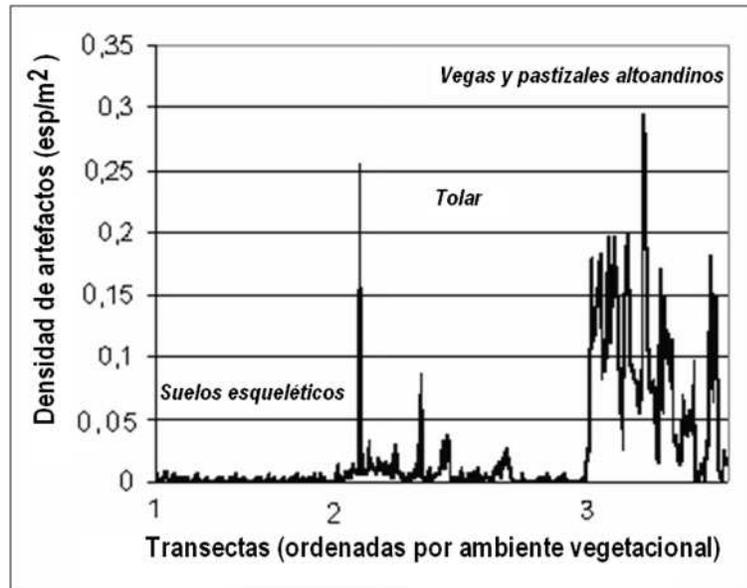


Figura 2. Densidad de artefactos en los distintos ambientes de deposición diferenciados por la vegetación actual del Valle de SAC

Los sitios de Ramadas

Las excavaciones se hicieron en el paraje Ramadas, en el sitio Ramadas 1 Sitio 1 (R1-S1), y en una estructura arquitectónica: Ramadas Estructura 1 (RE-1). El paraje Ramadas se ubica 12 km al norte de la localidad de San Antonio de los Cobres, en el sector de aluviones no aterrazados. Este presenta la topografía más deprimida de la planicie del fondo de cuenca, presentando un paisaje irregular con terrazas poco elevadas, de génesis pleistocénica y temprano holocénica (Vilela 1969). Contiguo al curso zigzagueante del río SAC hay un sector con distintos meandros, algunos relictuales, con sus correspondientes frentes de remoción y playas de inundación. Este sector es el de menor altitud y está en constante morfogénesis por los efectos de la dinámica del río SAC. En Ramadas este sector se extiende alrededor de 100 m para cada margen del río.

El paisaje aluvional, próximo al curso del río SAC, limita al Este y al Oeste por terrazas pleistocénicas que dan origen a planicies levemente más elevadas donde los agentes morfogenéticos dominantes son eólicos, propiciando la erosión y depositación de sedimentos. Estas planicies varían en extensión y culminan en las formaciones montañosas laterales al Valle de SAC. En este sector de terrazas levemente elevadas se detectaron dos estructuras arquitectónicas alineadas y separadas por una distancia de 2 m. Se trata de Ramadas Estructura 1 y Ramadas Estructura 2. Ambas estructuras son pequeñas unidades arquitectónicas de planta irregular, superficialmente visibles como acumulaciones rocosas, pero distinguibles por presentar cimientos de grandes bloques líticos intercalados sin guijarros más pequeños. De ellas excavamos la estructura 1.

Por otra parte, hacia el cauce del Río SAC hay cárcavas de escurrimiento de los arroyos con nacientes en las quebradas laterales. Estas cárcavas, en varios sectores, exponen perfiles sedimentarios aluviales con materiales arqueológicos. El caso de Ramadas 1 sitio 1 (R1-S1) representa a este registro en capa y a cielo abierto.

Ramadas 1 Sitio 1 (R1-S1)

El sitio se localiza a la vera de una playa de inundación relictual del fondo de valle. Se trata de una capa de turba fósil portadora de materiales arqueológicos y expuesta en ambos perfiles de la cárcava. La misma tiene un ancho variable con un máximo de 1,8 m y un largo de 23 m máximo en el perfil norte. La excavación se concentró en el perfil norte. Su altura desde la base es de 2 m promedio. El perfil presenta una serie de estratos de distinta naturaleza sedimentaria, asociados con distintos procesos acumulativos (figura 3), todos ellos de naturaleza aluvial, salvo dos capas de turba y una capa de diatomita. Ambas capas de turba demuestran el desarrollo de suelos. Tanto en el perfil norte como en el perfil sur, el registro arqueológico se presenta en la segunda capa de turba, que denominamos capa C. Los sedimentos sin evidencia arqueológica abarcan una profundidad de 1,1 m promedio. La capa de diatomita antecede a la segunda capa de turba, por lo cual su formación es posterior al registro arqueológico de R1-S1.

El espesor de la capa C es muy regular oscilando en 0,50 m. Luego de los primeros 0,10 m de limpieza se excavaron lateralmente (*sensu* Hunter 1997) otros 0,20 m de la capa C, siendo el total excavado de 0,3 m. Así, se extrajeron y mapearon todos los materiales arqueológicos excavando lateralmente a intervalos de 0,10 m. De la capa C se tomaron, en posición perpendicular al perfil expuesto, muestras sedimentarias en cilindros sellados de 1,5 m para el estudio de la distribución estratigráfica de microfósiles. El volumen de sedimento excavado en la Extracción 2 fue de 0,30 m³, su espesor con respecto al perfil expuesto abarca los 0,3 a los 0,4 m. Como vimos, el material arqueológico se concentra únicamente en la segunda capa de turba, que aparece sellada por una capa superior de diatomita consolidada. La presencia de esta capa es muy importante porque permite descartar la migración de materiales de superficie. Más aún, considerando que las capas superiores son arqueológicamente estériles.

Para caracterizar a la unidad de excavación nos basamos en la Extracción 2, ya que representa al registro arqueológico de mayor integridad (*sensu* Binford 1981), al ser la fracción no expuesta del perfil. En la extracción 2 se obtuvo una datación ¹⁴C, sobre turba de 5210 ± 40 AP (UGA 8726); con un rango de 3931 - 3906 años AC calibrados, (p=68,2 %); Oxcal4 (Bronk Ramsey 2001), curva de calibración para el hemisferio sur, SHCal04, (McCormac *et al.* 2004).

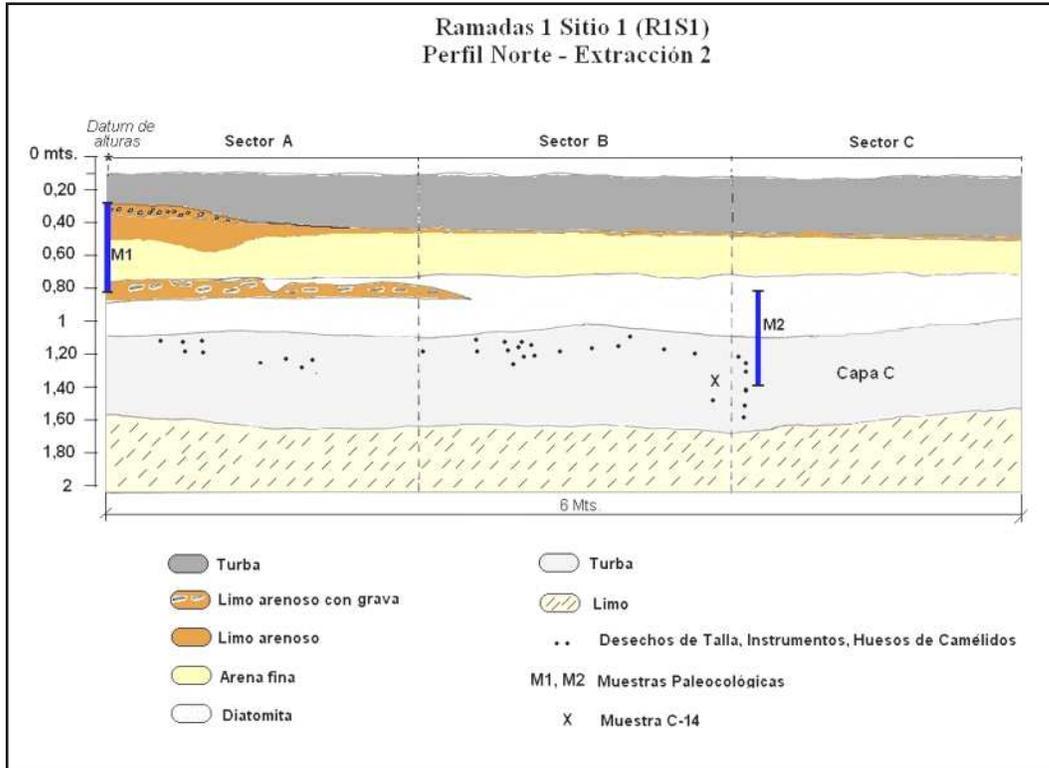


Figura 3. Estratigrafía del sitio R1-S1.

Destacamos tres aspectos: 1) Los artefactos líticos están exclusivamente confeccionados con las materias primas dominantes en las concentraciones de alta densidad de artefactos del registro de superficie. Se trata de una clase de roca que por petrografía determinamos como *metamorfitita local* (Muscio 2004). También hay variedades de cuarcita gris y obsidiana cuya fuente es Ramadas. Estas rocas están disponibles en las márgenes del río SAC y en los faldeos de piedemonte de la Cordillera Oriental, en un rango de aprovisionamiento no mayor a 1,5 km desde el sitio. 2) La diversidad de artefactos comprende lascas primarias y secundarias, filos sobre lascas laminares y puntas lanceoladas unificiales y bifaciales. Esta composición es similar a la de las acumulaciones de superficie de alta densidad, indicando actividades de reducción lítica comparables a estos registros (Muscio 2001). 3) El material arqueofaunístico corresponde sólo a especímenes de *Camelidae* y a fragmentos de huesos largos asignables a *Artiodactyla* (Muscio 2001).

El NISP permitió determinar una muestra de sólo 15 (14,42%) especímenes de *Camelidae*, mientras que 89 especímenes son asignables a *Artiodactyla* por tratarse de astillas de huesos largos. La razón entre especímenes identificados y no identificados es de 0.16 indicando la baja identificabilidad del conjunto óseo. Esto se explica por el alto grado de fragmentación. La tabla 1 presenta la frecuencia de estadios de meteorización de Behrensmeier (1978) de este conjunto. Al evaluar el perfil tafonómico del conjunto, queda claro que predominan los especímenes meteorizados de los estadios 1, 2 y 3. Esto puede relacionarse con los procesos de enterramiento en el ambiente de vega. La incidencia de marcas de roedores en el total de la muestra es del 0,96%, presente en un sólo espécimen. En cambio la incidencia de marcas

antrópicas, específicamente huellas de corte, es del 5,76% registrada en 6 especímenes. Esta información sugiere un proceso de enterramiento y sedimentación relativamente lento en el desarrollo de la matriz orgánica, vinculada con un tapiz vegetal antiguo, marginal al cauce del río SAC. Si el enterramiento hubiera sido rápido la meteorización debería ser menor, por una menor exposición a los agentes destructores de huesos (Nasti 2005). Además, debido a que los huesos de la Extracción 2 no estuvieron expuestos en el perfil, es improbable que el patrón de meteorización responda a la formación de la cárcava.

Estadios de Meteorización	Frecuencia	%
0	17	16,34
1	30	28,84
2	29	27,88
3	28	26,92
4	-	-
5	-	-
Total	104	100

Tabla 1. Meteorización del conjunto arqueofaunístico identificado de R1- S1.

La información de los conjuntos líticos y arqueofaunísticos permiten interpretar a este registro como el resultado del uso diversificado e intenso de un lugar puntual cercano a un cuerpo de agua. Diversificado en relación a las actividades de reducción lítica y al procesamiento de camélidos, e intenso en relación con la alta densidad arqueológica, que es de 270 esp/m³ (tabla 2). Esta alta densidad debe responder a un uso intenso del espacio, asociado a una alta tasa de descarte arqueológico. Además, la evidencia faunística, con especímenes que presentan huellas antrópicas de corte y la alta densidad de acumulación ósea también

RS-1 Extracción 2		
A) Clases de Artefactos	Frecuencia	%
Lascas secundarias	48	59,25
Lascas primarias	29	35,8
Punta lanceolada bifacial	1	1,23
Puntas lanceoladas unificiales	1	1,23
Filos sobre lascas laminares	2	2,46
Total de Artefactos	81	100
B) Propiedades Generales		
Densidad de Artefactos	270 esp/m ³	
Diversidad de Artefactos	5	
Total de Especímenes Óseos	104	
Densidad de Arqueofaunas	346,7 esp/m ³	
Densidad Arqueológica	616,7 esp/m ³	

Tabla 2. Principales características arqueológicas de la Extracción 2 de RS 1.

apoyan esta interpretación. Así, R1-S1 es la señal arqueológica, en el Valle de SAC, del uso humano intenso, durante el Holoceno medio final, de espacios altamente localizados y con actividades extendidas a cielo abierto.

Más aún, dado que el contexto datado presenta un registro lítico similar al de las concentraciones líticas de superficie, en cuanto a clases de materias primas utilizadas, clases de artefactos que denotan temporalidad (puntas de proyectil lanceoladas unificiales y bifaciales), diversidad de artefactos en diferentes etapas de reducción y alta densidad arqueológica (ver Muscio 2000, 2004); el conjunto excavado es representativo del registro de superficie en su contenido. Aún no hay información sobre el comienzo de la formación de las densas acumulaciones líticas de superficie, pero podemos tomar al fechado de R1-S1 como el límite temporal más antiguo que actualmente conocemos.

La figura 4 muestra el plano topográfico del fondo de cuenca de Ramadas y la localización de los sitios excavados. Resulta claro que los registros en capa se localizan siempre en sectores puntuales de la planicie de inundación antigua, donde también se presentan las distribuciones de superficie. El estudio de las diatomeas de Ramadas muestra una concen-

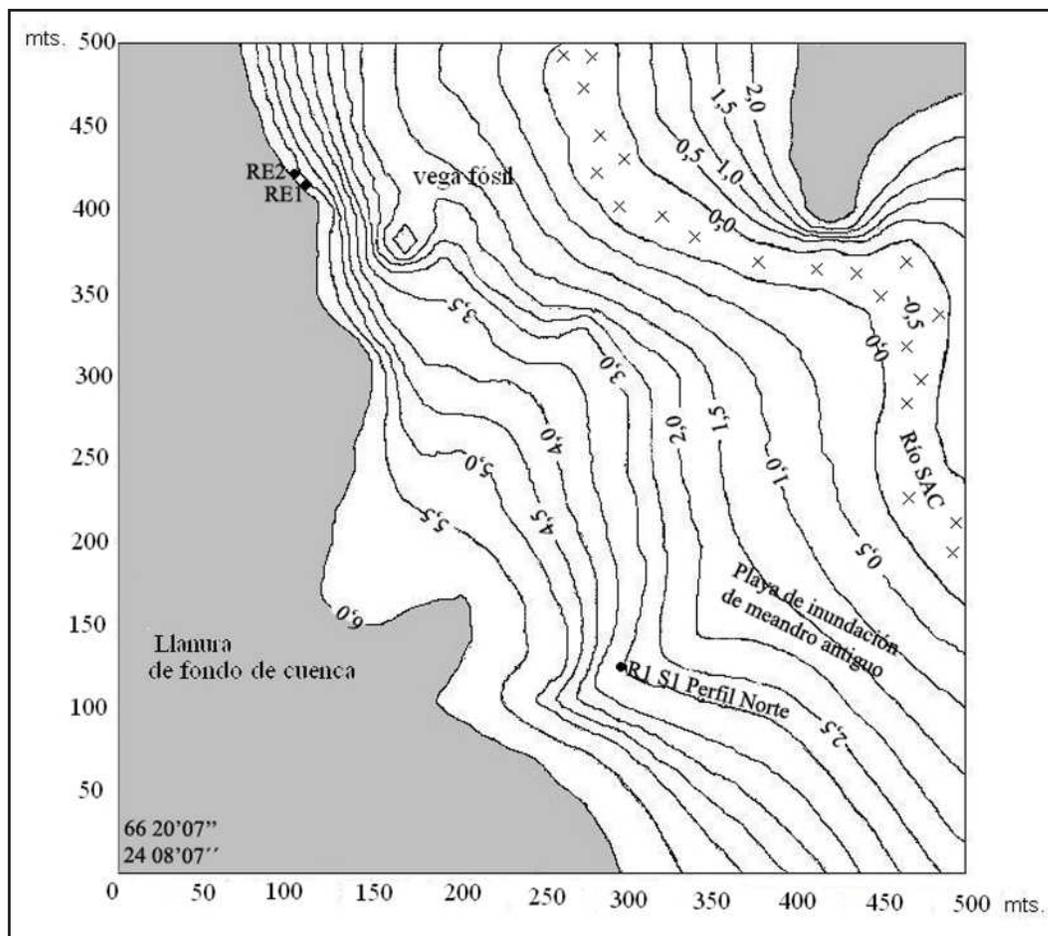


Figura 4. Planimetría del sector de fondo de cuenca con los sitios excavados.

tración de microfósiles propios de ambientes lagunares, indicando un ambiente local de mayor humedad (Morales 2001). Esta señal paleoambiental también se ha encontrado en otras paleovegas de la puna norte de Argentina como Lapao (Yacobaccio *et al.* 2001), sugiriendo que durante el Holoceno medio hubo condiciones de mayor heterogeneidad espacial, con espacios locales que conservaron humedad (Yacobaccio y Morales 2005).

De las propiedades distribucionales del registro arqueológico, y de la evidencia topográfica y paleoecológica, se concluye que el emplazamiento de Ramadas se hizo en un ambiente localizado de alta productividad vegetal relativa, asociado al cauce del río SAC para el segmento temporal en el cual se formó R1-S1. Posteriormente tuvo lugar un ambiente lagunar pequeño con alta depositación de microfósiles, que produjo la formación de la capa de diatomita que sella a la capa arqueológica.

Por otra parte, debido a la diversidad y densidad de artefactos, a las marcas antrópicas de las arqueofaunas, a la localización espacial del sitio y al uso exclusivo de materias primas locales presentes en diversos estadios de reducción, este registro sustenta la hipótesis de que las poblaciones de cazadores recolectores del Holoceno medio utilizaron los ambientes de vega y los sectores contiguos al río SAC como espacios de asentamiento en una estrategia de movilidad residencial reducida, con altas tasas de descarte en lugares contiguos a cuerpos de agua y con acceso a recursos de alto ranking como los camélidos. La dominancia de los instrumentos sobre lascas en un conjunto con tecnologías mayormente de baja inversión en su manufactura, es otro indicador de baja movilidad (Kelly 1992).

En síntesis, se puede postular que el registro arqueológico de R1-S1 es representativo de las acumulaciones de superficie que muestran una alta diversidad de artefactos, uso de materias primas restringidas al paisaje de fondo de cuenca, actividades de reducción lítica que involucraron, entre otros diseños, la confección de puntas lanceoladas bifaciales y unifaciales, y con altas densidades de artefactos (ver Muscio 2000). Así, la visibilidad de estos sitios de superficie se puede explicar por dos factores. Por un lado, por los procesos de morfogénesis que operan en el fondo de cuenca y en relación con la topografía, donde domina la deflación (Vilela 1969), y que puede actuar o impidiendo la sedimentación del registro o desenterrando materiales. Así, la erosión eólica tiene un rol fundamental en la formación de estos registros, transformándolos solamente en distribuciones líticas y cerámicas superficiales por la meteorización del registro óseo.

Por otra parte, estas concentraciones densas de artefactos sugieren fuertemente un mayor tamaño poblacional durante el final del Holoceno medio y con el consiguiente aumento de la tasa de descarte de registro arqueológico (Muscio 2009). En cambio, la presencia de registros puntuales en capa es un resultado de la mayor posibilidad de enterramiento que ofrecen los ambientes de pequeña escala, como las vegas y los ambientes lagunares, que facilitan el enterramiento del registro arqueológico y aumentan la tasa de depositación de sedimentos.

Ramadas Estructura 1(RE-1)

La Estructura 1 de Ramadas, como la Estructura 2, se localiza en las terrazas del margen Oeste del río SAC. Su distancia respecto al mismo es de 176 m, elevándose sobre el nivel del río aproximadamente 15 m. RE-1 se ubica a 26 m de una paleovega; específicamente de la playa de inundación de un meandro que actualmente cambió su recorrido, pero que por

su expansión hacia los sectores más altos debió formarse en momentos de mayor caudal en toda la cuenca (figura 4). La estructura excavada presenta cimientos de grandes bloques líticos intercalados y sin evidencia de argamasa (figura 5, a).

Se excavaron 5 niveles de 0,10 m. A partir del nivel 3 la matriz sedimentaria cambia, desapareciendo las arenas propias de los niveles 1 y 2, hacia un sedimento limo arcilloso muy consolidado y cementado que se mantiene hasta el nivel 5 (figura 5, b). En el nivel 1 hay una baja frecuencia de artefactos líticos y en el nivel 2 comienzan a aparecer especímenes óseos (figura 6). En ambos niveles los hallazgos están intercalados con las rocas que forman la acumulación visible en superficie. A partir del nivel 3 desaparecen las rocas internas al perímetro de la estructura, y aumenta sensiblemente la frecuencia de hallazgos, registrándose los primeros especímenes cerámicos que más abajo se describen. En asociación con estos materiales se registró una pequeña lente carbonosa con sedimento rubefacionado en el nivel 4. Este rasgo parece ser evidencia de una pequeña estructura de combustión.

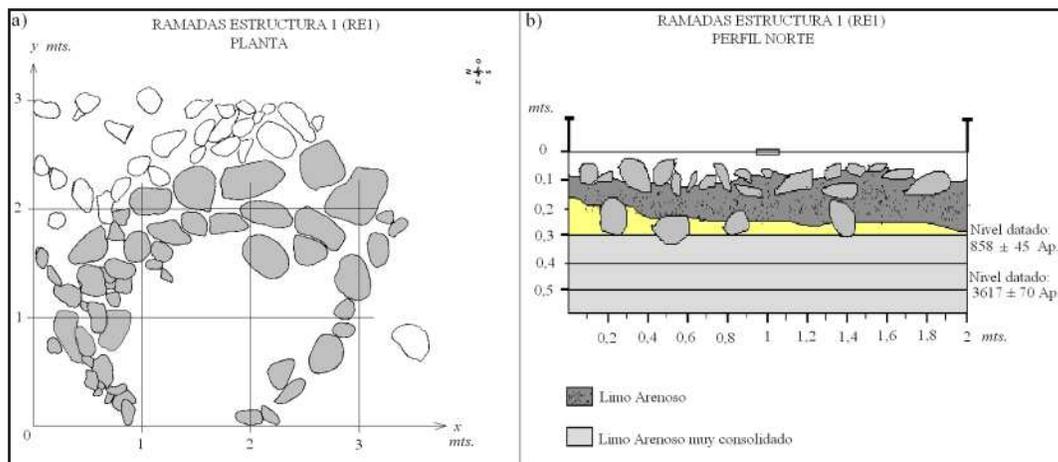


Figura 5. Planta de RE-1 y perfil de excavación señalando los niveles datados.

En el nivel 2 se obtuvo una datación ^{14}C , sobre colágeno de hueso de 810 ± 40 AP (AA68776); con un rango de 1226 - 1278 años AD calibrados, ($p=68,2$ %). Al registro asignable a esta fecha le denominamos componente 1. En el nivel 4 se obtuvo una datación ^{14}C , sobre colágeno de hueso de 3617 ± 70 AP (LP 1410); con un rango de 1948 AC - 1879 años AC calibrados, ($p=68,2$ %); Oxcal4 (Bronk Ramsey 2001), curva de calibración para el hemisferio sur, SHCal04, (McCormac *et al.* 2004). Al registro asignable a esta fecha le denominamos componente 2.

Sobre esta base, el registro arqueológico de RE-1 presenta un componente del Holoceno tardío-reciente y un componente de comienzos del Holoceno tardío. Ambos componentes tienen sustento estratigráfico y radiocarbónico. Como la fecha más temprana de este registro aparece asociada con niveles delimitados por la estructura arqueológica, se deduce que la misma corresponde al componente 2. Es decir que es asignable a comienzos del Holoceno tardío. Posteriormente, por los efectos del uso humano, la gravedad y/o del acarreo fluvial esta estructura fue cubierta por rocas y materiales arqueológicos más tardíos.

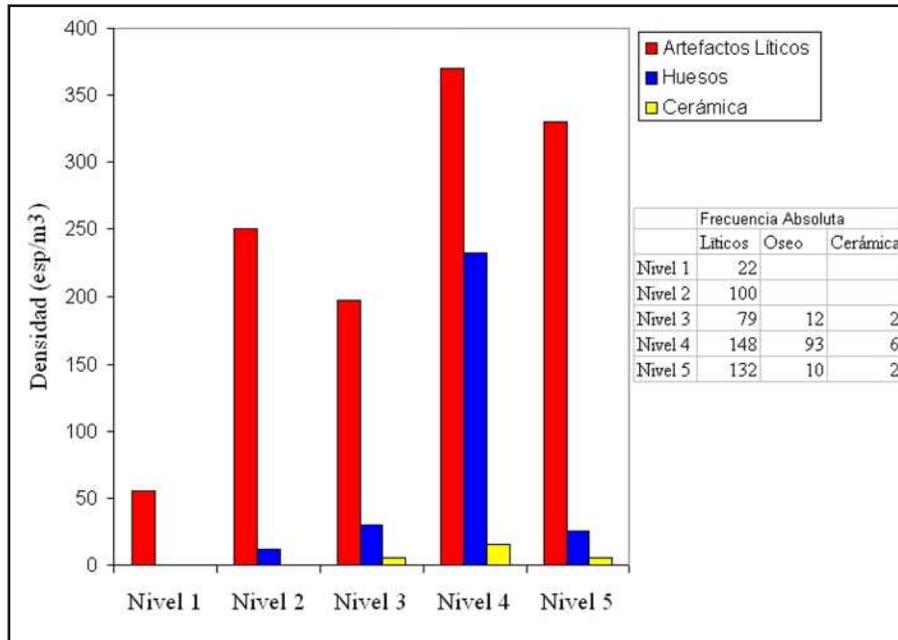


Figura 6. Resumen de las densidades y frecuencias de especímenes de RE-1

El conjunto óseo del componente 1 proviene de los niveles 1 y 2, y está compuesto de especímenes meteorizados, entre 1 y 2 medidos en la escala de Behrensmeyer (1978), asignables a *Artiodactyla* ($n=12$) sobre la base de fragmentos y astillas de huesos largos. También hay algunos pocos especímenes con destrucción completa que no pueden ser contabilizados. La baja preservación, y la baja frecuencia de huesos sugieren una alta exposición de este registro a agentes destructivos, lo que puede relacionarse con un proceso de enterramiento lento.

El componente 2 es mucho más rico y diverso en materiales. El conjunto, globalmente, está mejor preservado que el componente 1. Este incluye arqueofaunas ($n=115$), con un NISP=62 especímenes, donde dominan los camélidos (70,96% del NISP). Considerando a los especímenes de *Artiodactyla* como representando a la familia *camelidae* el porcentaje de los mismos llega al 80% del NISP. Sobre esta muestra el MNI de camélidos es de 2 individuos, determinados por el estado de fusión y la lateralidad (Muscio 2004). El perfil tafonómico del conjunto total de huesos del componente 2, evaluado por la incidencia de la meteorización (Behrensmeyer 1978), presenta una incidencia de especímenes no meteorizados del 42 %, mientras que los estadios 1 y 2, en conjunto, tienen una incidencia del 46 %. Esto muestra un registro faunístico medianamente preservado. A la vez, la ausencia de marcas no antrópicas sugiere un conjunto no atacado por roedores ni carnívoros.

Señalamos tres patrones en este conjunto. El primero es la homogeneidad relativa de partes del esqueleto apendicular y del esqueleto axial. Sobre el NISP la incidencia de partes del esqueleto axial es del 56,81 % y del apendicular del 43,18 %. El segundo es la distribución homogénea en ambas partes de la carcasa de las huellas de corte. Sobre el NISP las huellas de corte están representadas en un 12% de los especímenes, todos pertenecientes a camélidos,

distribuyéndose por igual en el esqueleto axial (50%) y en el apendicular (50%). El tercero es la presencia de tarsianos. Estos patrones sumados a la preservación del conjunto sugieren el procesamiento de las presas en el sitio y el ingreso de cuartos traseros completos.

El material lítico comprende principalmente desechos de talla (93%), con una diversidad de lascas y microlascas (Muscio 2004). Las materias primas de estos desechos de talla son diversas e incluyen principalmente metamorfita local, cuarcita, rocas silíceas y obsidiana procedente de las fuentes de Zapaleri y de Tocomar. En cuanto a los instrumentos (figura 7) están presentes puntas unifaciales lanceoladas, un fragmento de punta de proyectil lanceolada de tamaño pequeño con pedúnculo y aletas salientes, un fragmento de punta de proyectil bifacial lanceolada; y una punta de proyectil triangular con pedúnculo esbozado y filos reactivados confeccionada en obsidiana de la fuente de Tocomar. La procedencia de la obsidiana se hizo en base a determinaciones químicas de muestras arqueológicas y muestras conocidas (Yacobaccio *et al* 2002). La presencia de obsidianas de Zapaleri, distantes del Valle de SAC aproximadamente 200 km lineales, muestra un mayor rango de procedencia de los recursos líticos para esta ocupación comparada con la de R1-S1.

Con una densidad de artefactos de 307,5 esp/m³ y una densidad de arqueofaunas de 95,8 esp/m³ para los tres niveles de este componente, este registro indica un aumento en la tasa de descarte de artefactos, en relación con la ocupación de finales del Holoceno medio, y una menor depositación de huesos. Además de la acción de agentes destructivos de huesos, esto sugiere un uso habitacional del espacio intramuros que propició una mayor depositación de artefactos.

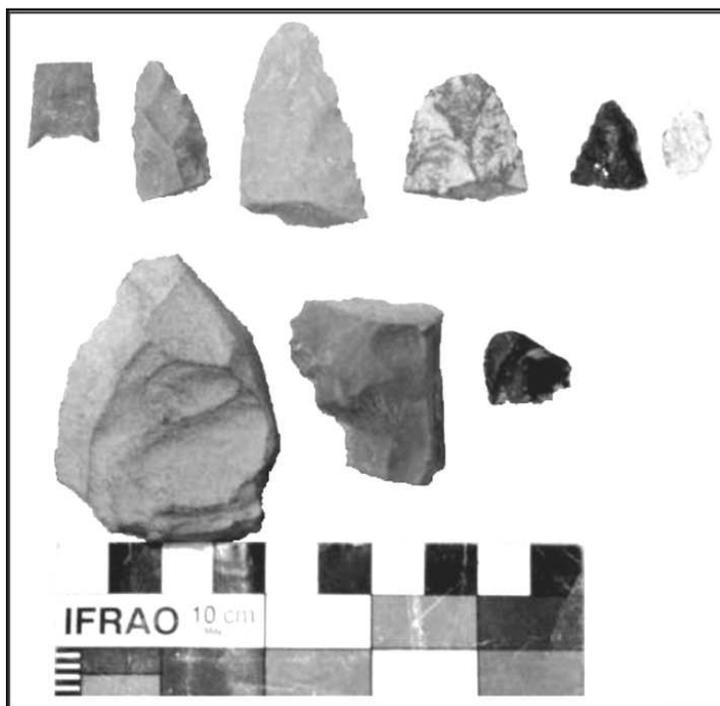


Figura 7. Instrumentos de Ramadas Estructura 1, Componente 2.

En el componente 2, correspondiente a inicios del Holoceno tardío, en los niveles 3, 4 y 5 se registraron diez fragmentos cerámicos, incluyendo dos fragmentos que remontan formando un borde evertido corrugado de una vasija de diámetro grande (figura 8a). Salvo el borde corrugado, el total de la muestra corresponde a tiestos con pastas de baja compacidad, textura gruesa y con acabado alisado. De este total el 50 % constituye cerámica de cocción reductora incompleta y el otro 50 % a cocción oxidante incompleta. En el espécimen corrugado es notoria la inclusión de pizarras y cuarcita como desgrasante de tamaño grueso ≥ 1 mm de largo, (figura 8b). El grosor de las paredes del conjunto tiene un promedio de 0,89 cm con un coeficiente de variación muy bajo de 17,26 y un desvío estándar de 0,14 (n=10). La dureza de todos los especímenes oscila entre 4 y 5 de la escala de Mohs.

Aunque los análisis de la cerámica de Ramadas no permiten inferir función de uso, hay dos fragmentos de cerámica de cocción oxidante incompleta con espesores de pared de 0,6 y 0,7 cm, e inclusiones con tamaños inferiores a 1 mm. Estos fragmentos corresponden a cerámica que pudo ser adecuada para la cocción.

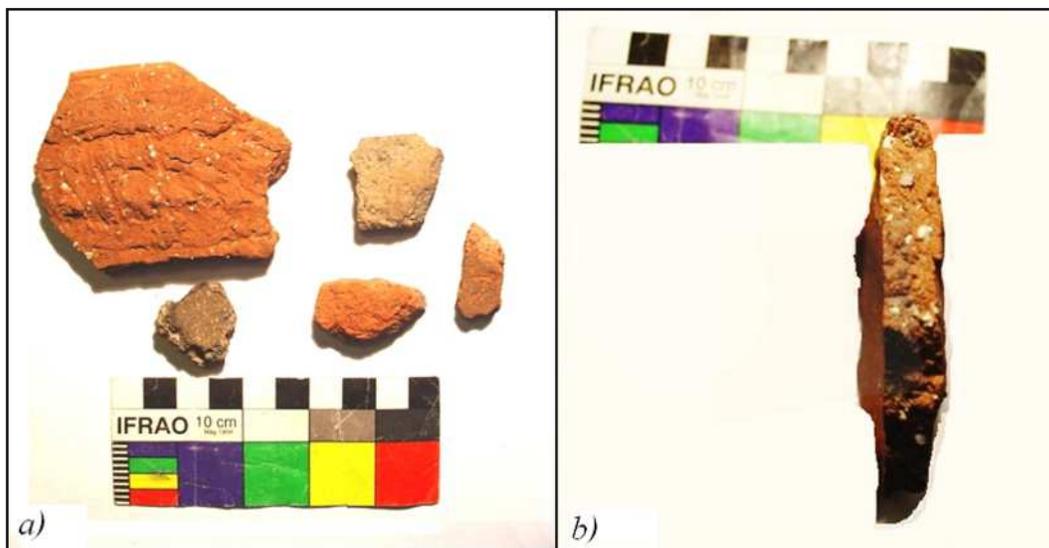


Figura 8. a) Conjunto cerámico de la Estructura 1 de Ramadas. Izquierda, fragmento de borde corrugado, derecha fragmentos alisados, b) Vista del grosor de la pared del fragmento superior del borde corrugado. Nótese la distribución de las inclusiones y la ausencia de núcleo de cocción.

La cronología de esta cerámica no es anómala con respecto a la cerámica temprana de los Andes Centro Sur, que en Quelcatani, Asana, está datada en 3660 ± 60 AP (Aldenderfer 1998). Además, en las tierras bajas del noroeste de Argentina, en Abra de los Morteros, la cerámica corrugada está datada en 3460 AP (Ortiz 2007). Más aun, probabilísticamente la fecha de la cerámica de Ramadas no es anómala, ya que la distribución de probabilidades de edades calibradas en un sigma de la cerámica de RE-1 se superpone con los rangos calibrados de los registros con cerámica temprana de la puna de Argentina (Muscio 2004). No obstante, podría plantearse la posibilidad de desplazamiento vertical de estos materiales desde el componente más tardío. Especialmente considerando los sistemas radicales de la vegetación xerófila de estos ambientes, que pueden entrapar al material arqueológico desplazándolo en profundidad. Si bien la cobertura vegetal de RE-1 es de tolar no hay evi-

dencias de que la cerámica haya ingresado a su contexto de hallazgo por este medio. Dado que la densidad ósea y la densidad de cerámica están correlacionadas fuertemente $r^2:0,906$, la asociación entre el material fechado y la cerámica tiene sustento. Así, con los datos actuales, la asociación de la cerámica con el contexto fechado es razonable.

Por otra parte, considerando que el espacio intramuros de la estructura 1 es pequeño, de aproximadamente 2 m², su capacidad para albergar personas es muy baja. Dado el registro de actividades de combustión, su uso debió vincularse con actividades residenciales de alta intensidad y alto descarte arqueológico que produjeron una alta densidad de artefactos, pero ligadas con un bajo número de personas en términos habitacionales. La localización de la estructura en el fondo de cuenca y con acceso a buenas pasturas de verano y a fuentes de agua, sugieren su uso en una estrategia de residencialidad permanente, que pudo estar asociada con manejo de animales en cautiverio, como los puestos de pastoreo etnográficos. Esta hipótesis merece investigación futura. Por el momento, la falta de especímenes óseos diagnósticos impide realizar análisis osteométricos discriminantes de camélidos silvestres o domésticos. No obstante, la diversidad de formas de puntas de proyectil (figura 7) sugiere una alta diversidad en las tácticas de caza, señalando la importancia de esta actividad en el nicho económico de esta ocupación.

Discusión

A pesar de las limitaciones por el tamaño de las muestras y por la conservación de los sitios, la evidencia empírica de las ocupaciones a cielo abierto en el Valle de SAC sugiere que en la escala regional, durante el Holoceno medio y principios del Holoceno tardío, la selectividad humana de hábitats priorizó los ambientes de mayor productividad primaria en las cercanías de cuerpos de agua y con acceso a recursos de alto ranking, como los camélidos.

En Ramadas 1, la información de los conjuntos líticos y arqueofaunísticos muestra hacia finales del Holoceno medio, el uso con actividades extendidas de un espacio a cielo abierto, cercano a un cuerpo de agua. El registro de R1-S1, indica que en este espacio se llevaron a cabo actividades amplias de reducción lítica y actividades de caza y procesamiento de camélidos. Para esta ocupación se infiere una estrategia de movilidad residencial reducida, sugerida por la alta densidad arqueológica del conjunto, resultante de un uso más intenso del espacio, por la alta frecuencia de instrumentos de filos sobre lascas, y también por el uso exclusivo de materias primas líticas locales, tanto para la obtención de filos sobre lascas como para instrumentos más formatizados como las bifaces y los llamados ALU, artefactos lanceolados unifaciales (*sensu* López 2008). La presencia de instrumentos lanceolados unifaciales y bifaciales y la presencia de formas bases laminares es una propiedad común con otros registros del área, como las ocupaciones del Holoceno medio del sitio Alero Cuevas en Pastos Grandes (López 2008).

Sobre la base de la evidencia paleoambiental y por la localización del sitio, esta ocupación de finales del Holoceno medio tuvo lugar en un entorno localmente más húmedo que el actual, que propició la formación de suelos -hoy fosilizados- y ambientes lagunares. Estos ambientes altamente localizados debieron concentrar poblaciones de camélidos silvestres bajo condiciones de mayor aridez, haciéndolos más atractivos para las poblaciones humanas.

Además, el registro de R1-S1 constituye el antecedente más antiguo, en el Valle de SAC, de los registros superficiales de alta densidad de artefactos y amplia distribución espacial, localizados en el fondo de cuenca. Este registro se interpretó como lugares de uso a cielo abierto para actividades extendidas, en una estrategia de movilidad residencial reducida (Muscio, 2001, 2004, 2009), y también se ha identificado en otras regiones como Salinas Grandes (Fernandez-Distel 1978) y Pastos Grandes (López 2008). De su posición estratigráfica se infiere que la formación de este registro de superficie, que presentan tecnología laminar e instrumentos lanceolados unifaciales y bifaciales, debe ser posterior a R1-S1 pero asignable a finales del Holoceno medio. Este cuerpo de evidencia arqueológica sugiere, para la región de estudio, un aumento en el tamaño poblacional, con un aumento en el descarte arqueológico espacialmente muy localizado que dio lugar a una distribución arqueológica regional altamente heterogénea por el uso de hábitats locales espacialmente muy localizados (Muscio 2001, 2009, 2011).

En esta línea, la evidencia paleoambiental sugiere que hacia finales del Holoceno medio y comienzos del Holoceno hubo una estructura dicotómica en la calidad de los hábitats potencialmente usados por poblaciones humanas. Tal dicotomía estuvo dada por la existencia de espacios locales no habitables versus espacios habitables localizados junto a cuerpos de agua y con recursos agrupados. En este escenario el aumento poblacional en los hábitats de mayor calidad y la dispersión hacia otros espacios habitables da una oportunidad efectiva para que actúe la transmisión cultural de innovaciones tecnológicas adaptativas, ya que la tasa de innovación cultural (Henrich 2004) y la tasa de adopción cultural (Muscio 2011) crecen con el tamaño poblacional. Bajo este modelo se puede explicar el alto éxito replicativo y la amplia distribución geográfica en la puna intermedia y la puna seca de Argentina, que tuvo lugar hacia los 5000 años AP de tecnologías laminares y artefactos funcionales para minimizar los costos de procesamiento de recursos cárnicos, los ALU (*sensu* López 2008), cuya confección y uso implican conocimientos particulares y destrezas técnicas culturalmente transmitida. Estas tecnologías están presentes, para este bloque de tiempo, en sitios de superficie y en capa de la cuenca de Pastos Grandes, Salinas Grandes Guyatayoc y el Valle de SAC, lo cual documenta un proceso espacialmente restringido a este sector de la puna, señalando la acción de la evolución cultural divergente por la acción de la transmisión cultural y la selección natural, en contextos de mayor demografía.

Por otra parte, la evidencia de comienzos del Holoceno tardío, a partir del registro arqueológico de Ramadas estructura 1 documenta que en el Valle de SAC, durante este bloque de tiempo, la movilidad residencial se redujo aún más, permitiendo la inversión en estructuras arquitectónicas persistentes con cimientos de rocas que requieren mayor inversión de trabajo y que pudieron servir como unidades habitacionales para un pequeño número de personas. Los conjuntos líticos y zooarqueológicos indican que el registro del componente 2 se formó a partir de un rango amplio de comportamientos. Este implicó la reducción lítica y el procesamiento de carcasas de camélidos. El uso de obsidias no locales, cuyas fuentes se encuentran a 200 km del Valle de SAC, indican la participación de la población local en redes de interacción social espacialmente extendidas (ver Muscio 2004, Mercuri y Restifo 2010), que incluyó a otras poblaciones como las que ocuparon Pastos Grandes, que también tuvieron acceso a estas mismas fuentes de obsidiana (López 2008).

Por su cronología, el componente 2 de RE-1, es asignable al tramo final del proceso de domesticación de los camélidos postulado en los Andes Surandinos (Aldenderfer 2001; Yacobaccio 2001). Por esta razón podría plantearse, desde lo hipotético, que la estructura

arquitectónica debió vincularse con una estrategia de manejo de camélidos en cautiverio. Aunque la información disponible actualmente no aporta elementos que permitan sostener confiablemente a esta hipótesis, su localización con acceso a pasturas y a fuentes de agua, su tamaño pequeño y su alta densidad arqueológica, asociada a una estructura de combustión, sugieren fuertemente que se trató de una estructura habitacional pequeña vinculada a actividades de manejo de animales en cautividad. Si bien con los datos faunísticos disponibles no es posible evaluar si el nicho económico incluyó el uso de camélidos en cautiverio, sí se puede concluir que se trató de poblaciones en donde la caza fue una estrategia económica clave, llevada a cabo con una diversificación de tácticas de captura, a juzgar por la diversidad morfológica de las puntas de proyectil. Asumiendo que la especie cazada es la misma, una mayor diversidad de tecnologías de captura es equivalente a una mayor amplitud del nicho, porque la tasa de retorno para la misma presa varía con cada tecnología y esto lógicamente es equivalente a una ampliación de la dieta en la lógica del modelo de amplitud de la dieta. De tal modo está ampliación de la diversidad de las tecnologías de caza está documentando un aumento en la intensificación económica.

Por otra parte Ramadas Estructura 1 documenta la presencia de cerámica hacia comienzos del Holoceno tardío. La presencia de cerámica es un indicador de movilidad residencial reducida (Kelly 1992) y tiene sentido en un proceso de intensificación económica. En la puna seca de Argentina su aparición se ha vinculado con actividades de almacenamiento por grupos con economías pastoriles (García 1998). De hecho, una movilidad residencial reducida, como la que aquí se sugiere, tiende a favorecer el almacenamiento (Winterhalder y Goland 1997). Pero en un entorno como la puna, la cerámica utilizada como tecnología de cocción aumenta notablemente la tasa de retorno de recursos feculosos (Muscio 2004). Como vimos, en el registro arqueológico de RE-1 hay especímenes que remiten a una tecnología que *potencialmente* pudo servir para la cocción. En consecuencia, es posible plantear como hipótesis que la adopción de la cerámica en el Valle de SAC ocurrió en el marco de un proceso más general de intensificación económica, que se inició entre poblaciones de cazadores recolectores de movilidad reducida (Yacobaccio 2007). Estas consideraciones, por el momento, permanecen como hipótesis que requieren investigación futura.

En síntesis, la evidencia de ocupaciones a cielo abierto en el Valle de SAC de finales del Holoceno medio y comienzos del Holoceno tardío y la evidencia de los sitios de superficie, sustentan una dinámica de evolución de intensificación creciente del nicho económico con un uso focalizado en los camélidos, en un contexto de *selección para la eficiencia*. Este proceso fue acompañado del aumento en el tamaño poblacional y de las tasas de descarte arqueológico en hábitats de alta calidad, con una estrategia de baja movilidad residencial y el uso muy heterogéneo del espacio. De aquí se plantea que este uso de hábitats de alta calidad llevó a un incremento en el éxito reproductivo de los individuos y al aumento poblacional, lo que dio lugar al aumento del éxito replicativo de tecnologías de mayor eficiencia por la acción de la transmisión cultural y la dispersión poblacional generando una distribución amplia de tecnología específicas en la puna intermedia y la puna seca de Argentina. Hacia inicios del Holoceno tardío y con el establecimiento de las condiciones climáticas actuales este proceso se incrementó, favoreciendo la inversión en estructuras arquitectónicas, y probablemente la adopción de nuevas tecnologías como la cerámica, en un contexto de menor movilidad residencial, con un nicho básicamente cazador, con una mayor diversidad de tecnologías de caza y probablemente con el manejo de animales en cautividad.

Agradecimientos

Este trabajo fue financiado por el CONICET. Agradezco especialmente a Federico Restifo ya Gabriel López por las estimulantes discusiones que enriquecieron este trabajo. También agradezco a María Vardé, Guido Carvallo y Silvina Seguí por su colaboración en el campo y en el laboratorio.

Bibliografía Citada

Aldenderfer, M.

1998. *Montane foragers Asana and the South Central Andean Archaic*. University of Iowa Press. Iowa

2001. Andean Pastoral Origins and Evolution: The Role of Ethnoarchaeology. En *Ethnoarchaeology of Andean South America. Contributions to Archaeological Method and Theory*, editado por L.A.Kuznar, 19-30. International Monographs in Prehistory, Michigan.

Aschero, C.

1994. Reflexiones Desde el Arcaico Tardío (6000-3000 AP). *Rumitacana. Revista de Antropología* 1(1): 13-17.

Aschero, C. y J. Martínez

2001. Técnicas de caza en Antofagasta de la Sierra, Puna Meridional Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXVI*: 215- 241.

Behrenesmeyer, A. K.

1978. Taphonomic and Ecologic Information From Bone Weatherin. *Paleobiology* 4: 150-162.

Binford, R.L.

1981. *Bones: Ancient Men and Modern Myths*. New York: Academic Press.

Bronk Ramsey, C.

2001. Development of the radiocarbon calibration program OxCal. *Radiocarbon*, 43(2A), 355-363.

Fernández Distel, A.

1978. Nuevos Hallazgos Preceerámicos en la Región de Salinas Grandes, Puna de Jujuy, Argentina.

García, L. C.

1988 - 1989. Las Ocupaciones Cerámicas Tempranas en Cuevas y Aleros de la Puna de Jujuy Argentina -Inca Cueva Alero 1. *Paleoetnológica* 5:179-190. Buenos Aires.

Henrich, J.

2004. Demography and cultural evolution: Why adaptive cultural processes produced maladaptive losses in Tasmania. *American Antiquity* 69(2):197-221.

Hunter, J.

1997. *An Introduction to Forensic Archaeology*. Routledge. Londres.

Kelly, R. L.

1992. *Mobility/Sedentism: Concepts, Archaeological Measures, and Effects*. Annual Review of Anthropology 21:43-66.

López, G.

2004. Arqueofaunas de los sitios de Ramadas, Valle de San Antonio de los Cobres, Puna de Salta. Ms.

2008. *Arqueología de cazadores y Pastores en tierras altas. Ocupaciones humanas a lo largo del Holoceno en Pastos Grandes, Puna de Salta, Argentina*. BAR International Series 1854, Oxford.

Markgraf, V.

1985. Paleoenvironmental History of the Last 10,000 Years of Northwestern Argentina. *Zentralblatt für Geologie und Paläontologie*, 11/12, 1739-1749.

McCormac, F. G., Hogg, A. G., Blackwell, P. G., Buck, C. E., Higham, T. F. G., y Reimer, P. J. 2004. SHCal04 Southern Hemisphere calibration, 0-11.0 cal kyr BP. *Radiocarbon*, 46(3), 1087-1092.

Mercuri, C. y F. Restifo

2010. Análisis de procedencia de obsidias de los sitios Alero Cuevas, Provincia de Salta, Argentina: Aplicación y complementariedad de métodos físico-químicos y macroscópicos, en *Libro de actas del Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Mendoza 2010*.

Morales, M.

2001. Diatomeas: Primeras aproximaciones a un ambiente de la puna de Salta durante el Holoceno Medio. En: *Libro de Resúmenes del XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Rosario.

Muscio, H. J.

1998. Tendencias en la variabilidad ambiental de la Puna Argentina: Implicancias para la ecología humana prehistórica y para los paisajes arqueológicos. Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano 18, 271-296.

2001 Arqueología de San Antonio de los Cobres (SAC). Primeras interpretaciones del registro de Superficie. *Estudios Sociales del NOA* (2):121-165.

2004 *Dinámica Poblacional y Evolución Durante el Período Agroalfarero Temprano en el Valle de San Antonio de los Cobres, Puna de Salta, Argentina*. Tesis Doctoral, FFyL, Universidad de Buenos Aires.

2009 Nicho y Estrategia Predominante. Dos Conceptos Útiles en Arqueología Evolutiva En *150 Años Después. La Vigencia de La Teoría Evolucionista de Charles Darwin*, editado por M. C. Barboza; J. Davis Avila; C. Píccoli ; y J. Cornaglia Fernández pp. 83-105. CEIA Universidad Nacional de Rosario, Rosario.

2011. Modelling Demographic Dynamics and Cultural Evolution. The case of the Early and Mid-Holocene Archaeology in the Highlands of South America. *Quaternary International*, in press.

Nasti, A.

2005. Dragging and scattering of camelid bones by fluvial action in the Real Grande Gorge, Province of Catamarca, Southern Argentinean puna. *Journal of Taphonomy* (4)173-183.

Núñez, L., Grosjean, M.

1994. Cambios ambientales pleistoceno-holocénicos: Ocupación humana y uso de recursos en la Puna de Atacama (Norte de Chile). *Estudios Atacameños* 11, 11-24.

Núñez, L., Grosjean, M., Cartajena, I.

2005. Ocupaciones humanas y Paleoambientes en la Puna de Atacama. Instituto de investigaciones arqueológicas y museo. Universidad Católica del Norte-Taraxacum. San Pedro de Atacama, Chile.

Ortiz, G.

2003 Estado Actual del conocimiento del denominado Complejo o Tradición Cultural San Francisco, a 100 años de su descubrimiento. En: *La Mitad Verde del Mundo Andino, Investigaciones Arqueológicas en la Vertiente Oriental de los Andes y las Tierras Bajas de Bolivia y Argentina*, editado por G;Ortiz y B. Ventura, pp. 23-71. FHycS-Unju, S.S. de Jujuy.

Richerson, P. J., Boyd, R., y R. Bettinger

2001 Was Agriculture Impossible During the Pleistocene but Mandatory During the Holocene? A Climate Change Hypothesis. *American Antiquity* 66: 387-411.

Smith, E. A.

1983 Anthropological Applications of Optimal Foraging Theory: A Critical Review. *Current Anthropology*, 24(5):625-652.

Vilela, C.

1969 *Descripción Geológica de la hoja 6c, San Antonio de los Cobres*. Dirección Nacional de Geología y Minería Mapa 6c.

Winterhalder, B y C. Goland

1997 An Evolutionary Ecology Perspective on Diet Choice, Risk, and Plant Domestication. En: *People, Plants, and Landscapes. Studies in Paleoethnobotany*, editado por K J. Gremillion, 123-160. University of Alabama Press.

Yacobaccio, H.D.

2001 La Domesticación de Camélidos en el Noroeste Argentino. En *Historia Argentina Prehispánica*, editado por E.E.Berberián y A.E.Nielsen. Tomo 1: pp 7-40. Editorial Brujas. Córdoba, Argentina.

2007 Población, intercambio y el origen de la complejidad social en cazadores recolectores surandinos. En: *Producción y circulación prehispánicas de bienes en el sur andino*, editado por Axel E. Nielsen, M. Clara Rivolta, Verónica Seldes, María Magdalena Vázquez y Pablo H. Mercolli ,277-286. Brujas, Córdoba.

Yacobaccio, H.D., Pereyra F., y M. Morales.

2001 Ambiente y Ocupaciones Humanas en el Holoceno Medio en Susques (Puna de Jujuy). En *Libro de Resúmenes del XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Rosario.

Yacobaccio, H.; P. Escola; M. Lazzari, y F. Pereyra.

2002 Long- distance obsidian traffic in Northwestern Argentina. . En *Geochemical evidence for long-distance exchange*, editado por M. D. Glascock, 28-42. Scientific archaeology for the Third Millennium. Bergin and Garvey, Wesport.

Yacobaccio, H. y M. Morales.

2005 Mid-Holocene environment and human occupation of the Puna (Susques, Argentina).
Quaternary International 132, 5-14.

PRIMEROS ESTUDIOS BIOARQUEOLÓGICOS EN EL SITIO LOS TRES CERROS 1 (DEPARTAMENTO DE VICTORIA, ENTRE RÍOS)

Clara Scabuzzo¹ y Agustina Ramos van Raap²

¹ CONICET-Dpto. Científico de Arqueología, F. Cs. Nat. y Museo, UNLP. clarascabuzzo@hotmail.com.

² Dpto. Científico de Arqueología, F. Cs. Nat. y Museo, UNLP. magustina_rvr@hotmail.com

Presentado el: 30/10/2011 - Aceptado 01/12/2011

Introducción

El objetivo de este trabajo es dar a conocer los primeros resultados de las investigaciones bioarqueológicas llevadas a cabo en el sitio arqueológico Los Tres Cerros 1 (Delta Superior del río Paraná). Los temas que se presentan son: la conformación de la muestra (NMI, sexo, edad), las modalidades de inhumación, el estado general de preservación de los esqueletos, los fechados radiocarbónicos y la descripción de algunas señales patológicas detectadas en los esqueletos. Estas investigaciones se encuadran dentro de un proyecto arqueológico más amplio dirigido por los doctores G. Politis y M. Bonomo cuyo objetivo es investigar la diversidad de los modos de vida y las trayectorias evolutivas de las poblaciones prehispánicas del Delta Superior del río Paraná.

El sitio Los Tres Cerros 1 (departamento de Victoria, Entre Ríos. Ver Figura 1) es un asentamiento de cazadores, recolectores, pescadores y horticultores a pequeña escala cuya subsistencia se centró en el consumo de animales acuáticos (peces, coipos y moluscos) y de vegetales domesticados (maíz, zapallo) (Bonomo et al. 2011; Politis et al. 2011). A su vez, las características de la tecnología cerámica sumada a la información cronológica relacionan estas ocupaciones con la entidad arqueológica redefinida por Ceruti (2003) como Goya-Malabrigo (Bonomo et al. 2011; Politis et al. 2011). Doce fechados radiocarbónicos disponibles para el sitio ubican las instalaciones humanas en el Holoceno tardío final entre 1030 y 560 años AP. El sitio bajo estudio corresponde a un montículo artificial, conocido como "cerrito". Estas elevaciones del terreno constituyeron puntos clave del paisaje donde los grupos llevaban a cabo actividades domésticas y rituales de entierro y cuya construcción demandó cierta organización del trabajo (Bonomo et al. 2011).

Dentro de la estructura del túmulo se recuperaron restos humanos, cuya distribución espacial permite conocer la presencia en el sitio de dos sectores bien diferenciados para la disposición de los muertos, un área concentrada de inhumaciones (núcleo) y un sector restringido. La mayoría de los individuos fueron hallados en lo que se determinó como el núcleo de inhumación. El mismo tiene alrededor de 4 m² (cuadrículas 11 a 14) y estratigráficamente está ubicado en la base del cerrito. Las capas que contenían los esqueletos pre-

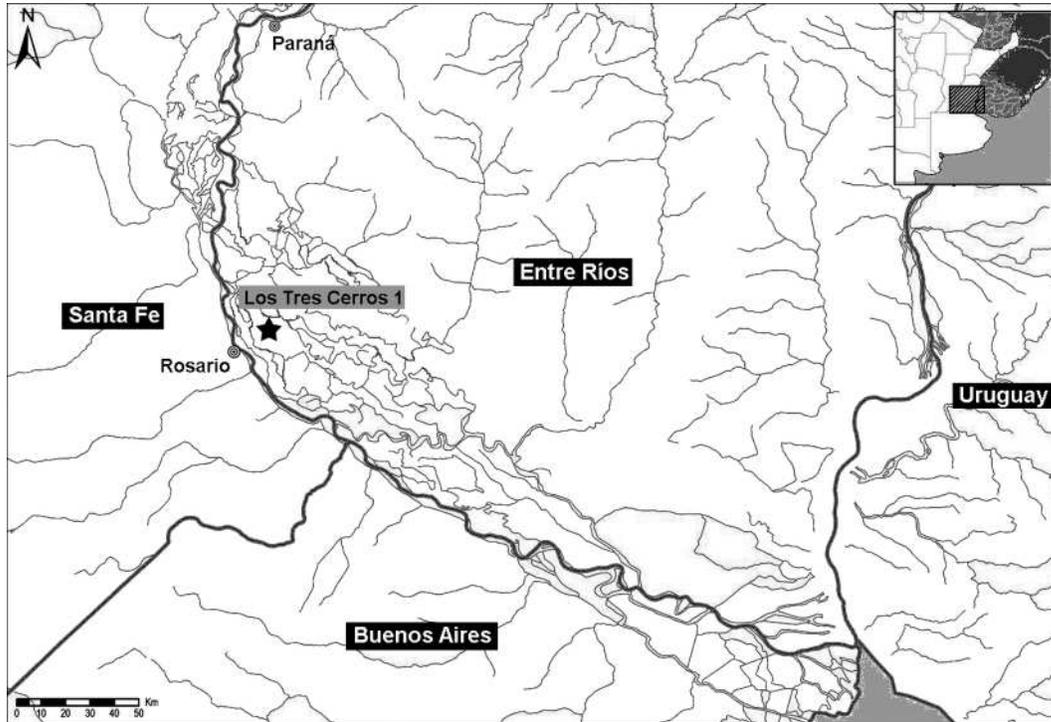


Figura 1. Ubicación del sitio Los Tres Cerros 1.

sentaban abundantes restos cerámicos y de alimentación, entre estos mandíbulas de coipos y vértebras de peces afectadas por el fuego, así como valvas de *Diplodon* sp.

El segundo sector se ubica estratigráficamente en la parte alta del cerrito, y lateralmente está alejado 10 metros del núcleo principal. Este es un sector discreto restringido a un fogón (cuadrícula 15) en cuyo interior se hallaron huesos humanos aislados asociados con restos de fauna y tiestos cerámicos.

Para los entierros se cuenta con dos fechados radiocarbónicos (650 ± 70 y 775 ± 85 años AP) que ubican los eventos de inhumación en el Holoceno tardío final (Bonomo et al. 2011).

Metodología

El análisis bioarqueológico de los esqueletos comprendió dos etapas. La primera etapa estuvo orientada a la realización de un inventario general de los restos, a la determinación del número mínimo de individuos, al acondicionamiento de los elementos y al relevamiento de algunas variables tafonómicas (completitud de los elementos, presencia de depositaciones químicas y signos de termoalteración). Dentro de esta etapa también se realizaron las determinaciones de sexo y edad de los individuos, siguiendo los criterios bioarqueológicos estándar (Buikstra y Ubelaker 1994; White y Folkens 2005). Las estrategias metodológicas seguidas variaron según se tratara de individuos articulados o de restos aislados. Para las estimaciones de la edad se consideraron criterios cuantitativos y cualitativos. En los individuos subadultos se consideró: la fusión de epífisis de huesos largos (*sensu* Ribot y Roberts 1996), la erupción dentaria (Ubelaker 1999) y la longitud de los huesos largos. Para los individuos adultos los cambios en la sínfisis púbica, siguiendo a Todd (1921) y Brooks y

Suchey (1990) (en White y Folkens 2005). Cada uno de los individuos fue asignado a una de las categorías etarias de Buikstra y Ubelaker (1994): feto, infante, niño, adolescente, adulto joven, adulto medio y adulto viejo. En el caso de las determinaciones de sexo se evaluaron las características de la pelvis y del cráneo y se realizaron medidas sobre huesos largos (ej. diámetro máximo de la cabeza del fémur). En el cráneo se observaron los arcos supraorbitarios, las crestas nucas, el tamaño de las apófisis mastoideas y la robustez mandibular. En la pelvis se tomó la profundidad y ancho de la escotadura ciática, concavidad subpúbica y la rama isquiopúbica (White y Folkens 2005).

La segunda etapa de trabajo, que aún está en desarrollo, tuvo como objetivo relevar la presencia de señales patológicas en los esqueletos. Se hicieron observaciones macroscópicas para determinar la presencia de patologías degenerativas a nivel de las articulaciones. Se relevaron todas las áreas de articulación y se clasificó el daño degenerativo en grados de severidad (Scabuzzo 2010). También se relevaron señales de reacciones periósticas, presencia de hiperostosis porótica o criba orbitalia en los cráneos y signos de traumatismos (Buikstar y Ubelaker 1994).

Resultados

Se analizaron 195 elementos de los cuales 145 (75%) corresponden a individuos adultos, 43 (22%) a individuos jóvenes-adolescente y 7 (3%) a infantes de corta edad. En base al análisis de los huesos largos, sobre todo cúbito y radio, se determinó un número mínimo de ocho individuos inhumados en el sitio. De los cuales cuatro fueron identificados como adultos, tres como adultos jóvenes-adolescente y uno como un infante (perinato).

El análisis tafonómico mostró que los elementos en general se encontraban en un buen estado de conservación. El 54% de los huesos tenía un grado de completitud 4, es decir que más del 75% del elemento estaba presente. El 20% presentó completitud 3 y el 26% restante completitud 1 ó 2. En cuanto a la depositación química, 69 (36%) elementos tenían óxido de manganeso sobre la superficie y en ningún caso se observó depositación de carbonato de calcio. El 8% de los huesos presentaban signos de termoalteración. La mayoría de los elementos afectados aparecieron incluidos en el área discreta (fogón) dentro del sitio.

Finalmente, se observó la presencia de ocre sobre la superficie en 42 elementos (21%). Este rasgo apareció asociado a individuos de distintas edades e inhumados tanto de manera primaria como secundaria y en los restos dispersos.

Descripción de los entierros

Dentro del área principal se recuperaron una inhumación secundaria múltiple, un entierro primario simple y huesos aislados (Individuos 1,2,3,4,5,6, y 7).

El paquete secundario múltiple está compuesto por los elementos óseos de al menos dos individuos. Para este entierro se cuenta con un fechado radiocarbónico de 650 ± 70 años AP (LP-2292). Uno de los esqueletos que componen el entierro secundario corresponde a una mujer adulta mayor (Individuo 1), representada por el cráneo fragmentado, las escápulas, una clavícula, ambos húmeros, un radio, ambos coxales, el sacro, los fémures, vértebras dorsales y lumbares, fragmentos de costillas, un carpo y un metatarso. En dos de los elementos -húmero y clavícula- se detectó pigmento rojo sobre la superficie. En varias articulaciones

de este individuo se observó la presencia de osteoartritis, la misma afectó en los miembros superiores la cavidad glenoidea de la escápula izquierda, con desarrollo de osteofitos marginales más acentuados sobre el borde anterior de la cavidad. En los miembros inferiores en la articulación tibio-femoral se observó gran desarrollo osteofítico en la epífisis distal del fémur izquierdo y labiado en el derecho. El segmento corporal más dañado fue la columna, en la articulación del sacro con la quinta lumbar se detectó desarrollo de osteofitos mayores a los 2 mm y abundantes porosidades y una de las vértebras dorsales además del gran desarrollo osteofítico mostró en la cara superior una oquedad compatible con un nódulo de schmorl.

El otro esqueleto (Individuo 2) corresponde a un adulto joven representado por dos elementos óseos únicamente -un radio y un fémur. La robustez de los mismos y el diámetro de la cabeza femoral permiten proponer que se trata de un individuo masculino. No se observó pigmento sobre los huesos ni señales de osteoartritis.

Por debajo del paquete secundario fue hallado el esqueleto de un individuo articulado. El Individuo 3 estaba en posición dorsal con los miembros inferiores extendidos. Se trata de un adulto joven-adolescente (18-20 años). Las partes presentes son: el cráneo, el radio derecho, parte del brazo izquierdo, las vértebras dorsales, costillas, esternón, los coxales, el sacro, parte del cóccix y ambas piernas. Es interesante que el esqueleto presentaba abundante colorante sobre los huesos e incluso se recuperaron bochones de ocre debajo de la pelvis.

El resto de los huesos aparecieron de forma dispersa, aunque en algunos casos se observó la articulación de dos o tres elementos, sin que se pudiera reconocer la modalidad de inhumación. Pudimos determinar que los restos corresponden a un número mínimo de cuatro individuos. De éstos dos son adultos, uno es un adulto joven-adolescente y el otro es un perinato. De los dos individuos adultos (Individuos 4 y 5) uno pudo ser determinado como de sexo masculino, sin que se pudiera asignar sexo al resto de los elementos. El cálculo del MAU% refleja que los huesos más representados son los cráneos, mandíbulas y húmeros. También se observa que casi todos los elementos se encuentran presentes a excepción del sacro y esternón. Dentro de este conjunto se recuperaron huesos con ocre sobre la superficie y otros con signos de quemado. Es interesante que en dos fémures (correspondientes a un mismo individuo) se observó una reacción perióstica que afectó a ambos elementos a nivel de la diáfisis distal y la metafisis, sin que se vea el hueso subcondral afectado. Ambos fémures muestran modificada su morfología a causa de esta reacción ósea. No se detectó la presencia de reacciones periósticas en ninguno de los otros huesos del conjunto.

Individuo 6. Se trata de los restos aislados correspondientes a un adulto joven-adolescente de 18-22 años, en el cual no se pudo establecer la modalidad de inhumación. El mismo está representado en su mayoría por huesos largos, ambos cúbitos, radio derecho, los dos peronés, las dos tibias y algunos fragmentos de costillas. El 60% de estos huesos estaba teñido con ocre rojo.

Finalmente, el Individuo 7 es un infante (neonato). Los huesos presentes son los temporales, frontal, radio, cúbito, ambas tibias y un hueso largo indeterminado. Todos los elementos tenían abundante ocre rojo y los mismos aparecieron asociados a los restos del adulto de sexo indeterminado ya descripto.

Un caso excepcional lo constituye el Individuo 8. Se trata de los elementos óseos de un adulto quemados incluidos dentro de un fogueo ubicado en la excavación central del cerrito.

Los restos corresponden a partes del cráneo, una clavícula, una rótula, una diáfisis de hueso largo. Es interesante que más del 50% de los huesos presentara ocre sobre la superficie. Para estos restos se obtuvo un fechado de 775 ± 85 años AP (AA-93218). Además de los restos humanos se encontraron dentro del fogón huesos de fauna termoalterados y algunos tuestos de cerámica.

Conclusiones

Los trabajos bioarqueológicos llevados a cabo en el sitio Los Tres Cerros 1 hasta el momento permiten reconocer que en el núcleo de inhumaciones se enterraron los restos de al menos siete individuos, a esto se suma los restos de un individuo recuperado dentro de una estructura de fogón y con signos de termoalteración. Los elementos analizados corresponden a individuos de distintos sexo y grupo etario.

Las modalidades de inhumación detectadas en el sitio corresponden a un entierro secundario múltiple y a un entierro primario simple. Esta variabilidad de formas de tratamiento de los cadáveres ha sido descrita en varios sitios del Delta del Paraná (Torres 1911; Lothrop 1932; Gasparly 1950; Loponte 2007). En ningún caso se detectó ajuar asociado con los individuos, sin embargo varios de los esqueletos presentaban la superficie teñida de ocre rojo. Esto se observó en individuos inhumados de manera secundaria, primaria y en los diferentes grupos etarios. Esto indica que el uso de pigmentos fue generalizado y no se vincula con un tipo de inhumación o con alguna categoría etaria.

En cuanto a los primeros análisis paleopatológicos, algunas tendencias preliminares pueden ser delineadas. Dentro de la serie hubo una baja frecuencia de osteoartritis, en este sentido un solo individuo adulto mayor femenino mostró varias de las articulaciones dañadas y no se detectó la presencia de la patología en ningún otro individuo. Esto podría indicar que las actividades desarrolladas por el grupo no tuvieron un alto impacto sobre las articulaciones, lo cual contrasta con los datos obtenidos para grupos de cazadores-recolectores de otras áreas (Scabuzzo 2010).

Se relevaron reacciones periósticas en dos fémures correspondientes a un mismo individuo (adulto-masculino). Las características de la afección y su distribución bilateral permiten inferir la presencia de algún tipo de infección sistémica más que el resultado de un traumatismo. Sin embargo, es necesario realizar radiografías y ampliar la muestra para ver si aparecen otros elementos afectados. Finalmente, no se detectaron señales de traumatismo en los elementos, ni signos de hiperostosis porótica y criba orbitalia a nivel de los cráneos. La ausencia de hiperostosis porótica y criba orbitalia indica que no fueron comunes los eventos de estrés metabólico en los individuos (Ortner 2003). Sin embargo, para dar mayor apoyo a este punto es necesario ampliar la muestra y relevar otros indicadores tales como líneas de Harris e hipoplasia del esmalte.

Finalmente, es interesante mencionar que en el sitio Cerro Grande de la Isla de Los Marinos (Gasparly en 1950) ubicado en el departamento de Victoria en cercanías de Los Tres Cerros, se encontró un contexto semejante. Ambos sitios presentan similitudes en la variabilidad de prácticas mortuorias registradas así como en la aplicación de ocre sobre algunos de los elementos y en la presencia de huesos con signos de termoalteración. Por otro lado los dos fechados radiocarbónicos de 590 ± 60 y 660 ± 70 años AP (Kozameh y Brunás 2011) son cercanos a aquellos obtenidos para los Tres Cerros.

Agradecimientos

Nuestro agradecimiento a G. Politis y M Bonomo directores del proyecto. Al Consejo Nacional de Ciencia y Técnica (PIP- 112-200801-01282) por la financiación de parte de las investigaciones. Finalmente a Jorge Suby por ayudarnos a diagnosticar parte del material.

Bibliografía citada

Bonomo, M., G. Politis y C. García Gianotti.

2011. Montículos, jerarquía social y horticultura en las sociedades indígenas del delta del Río Paraná (Argentina). *Latin American Antiquity* 22(3): 297-333.

Buikstra, J.E. y D.H. Ubelaker.

1994. *Standards for Data Collection from Human Skeletal Remains*. Arkansas Archaeological Survey Research Series N° 44, Arkansas.

Ceruti, C.

2003. Entidades culturales presentes en la cuenca del Paraná Medio (margen entrerriana). *Mundo de Antes* 3:111-135.

Gaspary, F.

1950. Investigaciones Arqueológicas y Antropológicas en un Cerrito de la Isla Los Marinos (Pcia. de Entre Ríos). *Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore* 23:3-66.

Kozameh, L. y O. Brunás

2011. Paleopatología: Paget óseo en un resto prehispánico. Microscopía y datación. *Actualizaciones en Osteología* 7 (2): 93-95.

Loponte, D.

2007. La economía prehistórica del norte bonaerense. Arqueología del humedal del Paraná inferior, los Bajíos Ribereños meridionales. Tesis doctoral inédita. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP, La Plata.

Lothrop, S.

1932. Indians of the Paraná Delta, Argentina. *Annals of the New York Academy of Science* 32: 77-232.

Ortner D.

2003. *Identification of pathological conditions in human skeletal remains*. Academic Press, Nueva York.

Politis, G. M. Bonomo, C. Castiñeira y A. Blasi.

2011. Archaeology of the Upper Delta of the Paraná River (Argentina): Mound Construction and Anthropogenic Landscapes in the Los Tres Cerros locality. *Quaternary International* 245: 74-88.

Ribot, I. y C. Roberts.

1996. A Study of Non specific Stress Indicators and Skeletal Growth in Two Mediaeval Subadult Populations. *Journal of Archaeological Science* 23: 67-79.

Scabuzzo, C.

2010. Actividades, patologías y nutrición de los cazadores recolectores pampeanos. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP.

Torres, L. M.

1911 *Los primitivos habitantes del Delta del Paraná*. Biblioteca Centenaria 4, Universidad Nacional de La Plata, Buenos Aires.

Ubelaker, D.

1999. *Human Skeletal Remains*. Taraxacum, Washington D.C.

White, T. y P. Folkens

2005. *The Human Bones Manual*. Elsevier Academic Press, Londres.

LA ELABORACIÓN DE LO DECORATIVO: UN ACERCAMIENTO COMPARATIVO HACIA LOS ASPECTOS TÉCNICOS DE LA ALFARERÍA INCISA DE LOS RÍOS PARANÁ Y URUGUAY

Flavia V. Ottalagano¹ y Juan C. Castro²

¹ CONICET/Escuela de Antropología, FHyA, UNR. flaviaott7@gmail.com,

² CONICET/Dpto. Científico de Arqueología, FCNyM, UNLP/Museo de Cs. Nat. y Antrop. "Prof. A. Serrano".
castro_museoserrano@yahoo.com.ar

Presentado el: 04/11/2011 - Aceptado 05/12/2011

Introducción

La incisión es una técnica decorativa que consiste en el trazado de diseños cuando la pasta se encuentra en estado plástico o con la consistencia del cuero. La incisión de punto y de surco rítmico constituyen dos variaciones de esta técnica; caracterizadas, en el primer caso, por la realización de puntos o marcas de manera individual con la ayuda de un instrumento punzante de diversas formas, y en el segundo caso, mediante la variación regular de la presión ejercida por el instrumento en movimiento (Convención Nacional de Antropología 1966). Tradicionalmente, los estudios sobre decoración cerámica de las poblaciones prehispánicas asentadas sobre las Tierras Bajas del río Paraná y del río Uruguay, se enfocaron mayormente en los aspectos formales y estilísticos (e.g. Cione et al. 1977; Badano 1957; Serrano 1946, 1950, 1954), relegando lo concerniente a su elaboración técnica. Sólo recientemente se han desarrollado avances en este camino, incorporando los aportes de la experimentación (Ceruti 2001; Frère et al. 2004; González et al. 2007, entre otros).

Este trabajo presenta los resultados preliminares de los estudios comparativos realizados entre la alfarería incisa proveniente de la cuenca media e inferior del río Paraná y de la cuenca inferior del río Uruguay (provincia de Entre Ríos), asociada a grupos cazadores-recolectores-pescadores del último tramo del Holoceno tardío¹. En particular, se analizan las características de estas improntas incisas (e.g. morfología, dimensiones, profundidad), evaluándose las en relación a aquellas realizadas experimentalmente en el marco de trabajos previos (Ottalagano 2010). La intención es poder señalar el posible instrumental utilizado, así como los gestos técnicos implicados en la realización de la decoración, comparando diferencias y similitudes a nivel de sectores.

Materiales y métodos

La muestra analizada se compone de 1491 fragmentos de vasijas y recipientes enteros, decorados mediante técnicas de incisión de surco rítmico y/o incisión de punto. Proviene de 14 sitios arqueológicos distribuidos en los tres sectores mencionados, y son (figura 1):

encuentran en proceso de excavación; por lo que se espera que la muestra, particularmente de estos sectores, pueda ser ampliada a futuro.

El análisis tuvo en cuenta dos grandes grupos de variables destinadas a recuperar información relacionada con los aspectos tecnológicos de la decoración: por un lado, respecto a los posibles elementos utilizados como instrumental, y por el otro, respecto a los gestos técnicos implementados por los alfareros para elaborar lo decorativo. En tal sentido, se evaluó la morfología general y dimensiones de las improntas arqueológicas; considerándose también otras variables, como el estado de secado de la arcilla al momento de la decoración, la profundidad de las huellas incisas, la orientación y el ángulo de inclinación con el que potencialmente pudo haber sido utilizado el instrumento. Como marco de referencia para esto, se tomaron en cuenta las observaciones realizadas en un trabajo experimental previo (Ottalagano 2010), en el que se efectuaron decoraciones con diversos elementos, potencialmente disponibles para los alfareros: bordes cerámicos (labios rectos y convexos); madera y vegetal: ramas, espinas y frutos de espinillo (*Acacia caven*) y tallos de paja brava (*Panicum prionitis*); plumas de Psitácidas y Falcónidas; fragmentos de valvas de *Diplodon*; huesos planos y huesos largos (fracturados y completos) de mamíferos medianos y pequeños; espina dorsal de *Doradidae*; e incisivos completos de coypo. Los mismos, no fueron sometidos a modificaciones específicas para formatizarlos, ni fueron enmangados para su uso. Por otra parte, en este trabajo se adicionó, además, algunos datos con respecto a la decoración experimental con puntas óseas, no contempladas en el trabajo anterior.

Las experiencias se realizaron sobre muestras de arcilla con diferentes niveles de secado (plástica, dureza de cuero). Los tiestos experimentales se elaboraron con arcilla extraída de la cuenca del río Paraná, específicamente de las barrancas próximas al sitio CPA. Los distintos elementos mencionados, se utilizaron variando aspectos vinculados con la orientación de los mismos y con su inclinación. Es decir, se procedió a efectuar improntas orientando los instrumentos perpendicularmente y horizontalmente a la superficie arcillosa. Asimismo, se

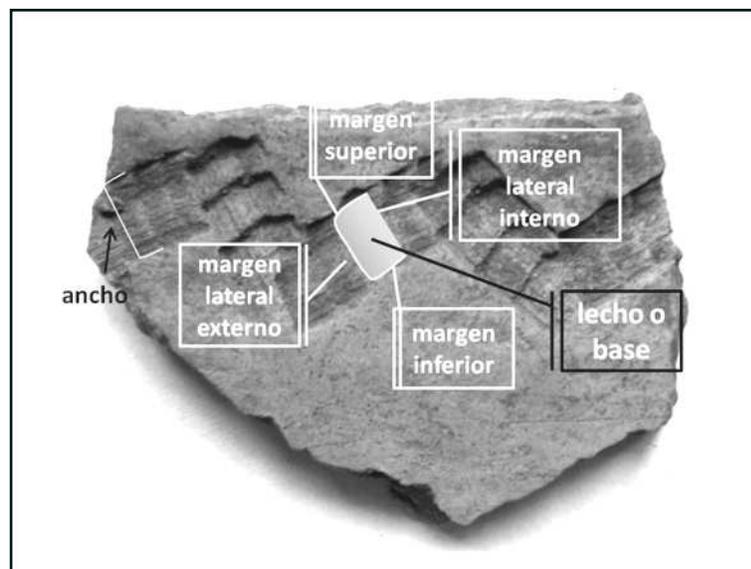


Figura 2. Segmentación artificial de una impronta efectuada mediante técnica de surco rítmico (tomado de Ottalagano 2010).

experimentó realizando marcas inclinando el instrumento en un ángulo menor o mayor a 90°, o bien posicionándolo en ángulo recto con respecto a la línea formada por el trazo decorativo. Estas variaciones permitieron dar cuenta que, tanto la punta del elemento utilizado, como la manera en que el alfarero lo emplea durante la decoración, influyen en la morfología de las improntas². Las piezas se dejaron secar, y fueron cocidas bajo la modalidad de cocción abierta (Ottalagano 2010). A fin de lograr una observación detallada, tanto de las improntas experimentales como de las arqueológicas, se las segmentó artificialmente; de manera tal de poder considerar las características de los diferentes márgenes y zonas que se forman cuando el instrumento es aplicado sobre la superficie arcillosa (figura 2).

Resultados

La decoración por medio de incisión de surco rítmico y de punto, suele disponerse como guardas geométricas (e.g. líneas paralelas, zig-zag, escalonados) que se ubican en las proximidades de los bordes de las vasijas, o bien como detalles accesorios en asas modeladas zomorfas y antropomorfas. Predominan las improntas incisivas cuadrangulares y rectangulares (tabla 1), las cuales por lo general presentan simetría entre márgenes superiores e inferiores. De acuerdo a las observaciones experimentales, los incisivos de coipo, los labios de recipientes fragmentados y las plumas, constituyen elementos cuya parte activa permite dejar improntas uniformes, claras y “limpias”, comparables a las detectadas arqueológicamente en la muestra. En función de las semejanzas que evidencian las improntas arqueológicas con aquellas realizadas experimentalmente con estos elementos, se hace posible pensar que los mismos hayan podido ser utilizados en los distintos sectores fluviales considerados (figuras 3, 4 y 5).

No obstante, se identifica un registro diferencial de improntas triangulares, las cuales aparecen frecuentemente en la decoración de la cerámica del Uruguay inferior (tabla 1). Este registro diferencial podría indicar, tanto una manera específica de utilizar un instrumental dado, o quizás más bien el uso de un instrumental particular en el sector inferior del río Uruguay. Algunas de las huellas triangulares registradas arqueológicamente, guardan similitud con aquellas realizadas experimentalmente con puntas óseas (figura 5, punto 3 y 4).

Atributos de las improntas		Paraná Medio (n=1419)		Paraná Inferior (n=10)		Uruguay Inferior (n=62)		Gestos técnicos		Paraná Medio (n=1419)		Paraná Inferior (n=10)		Uruguay Inferior (n=62)	
Morfología general	rectangular	435	30,5%	1	10%	17	28%	Presión /profundidad	profunda (más de 1mm)	84	6%	1	10%	9	14%
	cuadrangular	904	64%	5	50%	20	32%		Intermedia (0,5-1mm)	1279	90%	8	80%	42	68%
	triangular	6	0,5%	0	0%	7	11%		poco prof. (menor a 0,5mm)	56	4%	1	10%	11	18%
	circular/oval/semicircular	51	3,5%	1	10%	12	19%		Estado de la arcilla	plástica	29	2%	2	20%	2
	trapezoidal	0	0%	0	0%	2	3%	dureza de cuero		1390	98%	8	80%	60	97%
	otra/indefinida	23	1,5%	3	30%	4	7%	Ángulo del instrumento	<90° o >90°	52	4%	2	20%	11	18%
Dimensión	1-3 mm	928	65%	7	70%	35	57%		a 90°	1367	96%	8	80%	49	82%
	4-5mm	448	32%	2	20%	17	27%								
	más de 5mm	43	3%	1	10%	10	16%								

Tabla 1. Atributos de las improntas incisivas y gestos técnicos implementados.

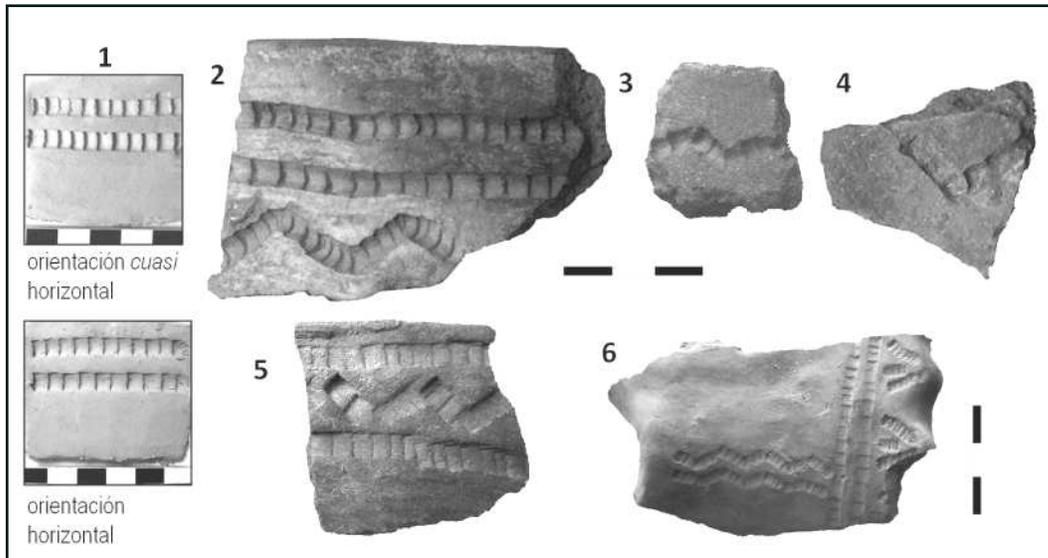


Figura 3. Comparación entre improntas arqueológicas y experimentales efectuadas con dientes de coipo. 1) huellas experimentales, según distintas orientaciones del instrumento; tiestos con surco rítmico: 2) y 6) Paraná medio, 3) y 5) Uruguay inferior, 4) Delta superior del Paraná.

Sin embargo, no se descarta que hayan podido utilizarse también artefactos líticos, materia prima predominante en la cuenca de este río.

Otro tipo de improntas arqueológicas, menos representadas en la muestra, se caracterizan por una morfología mayormente asimétrica, que concuerda generalmente con una irregula-

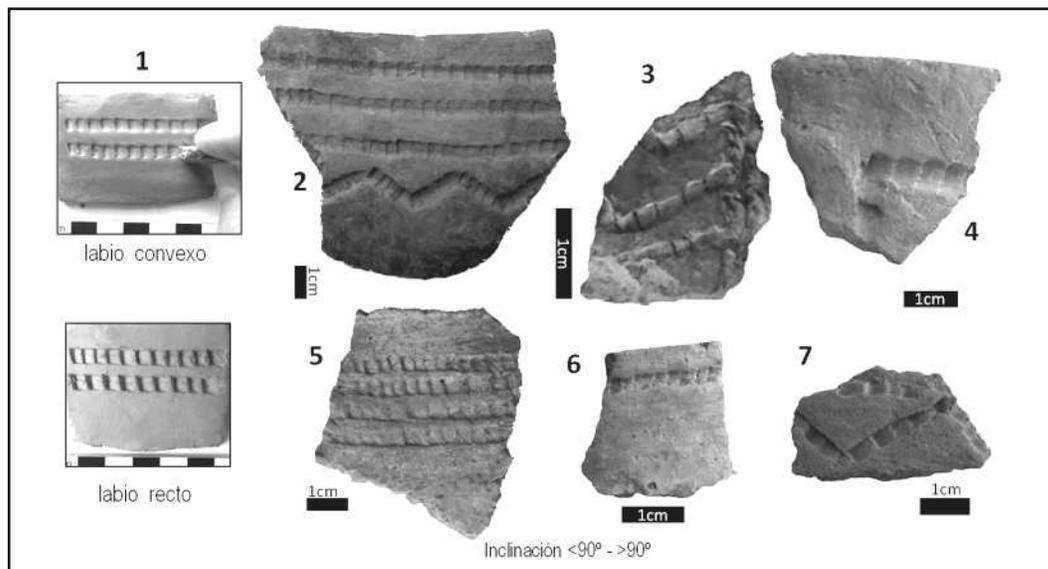


Figura 4. Comparación entre improntas arqueológicas y experimentales efectuadas con fragmentos de bordes cerámicos. 1) experimentación con labios convexos (posicionado a 90°) y rectos (inclinados a más de 90°); tiestos con surco rítmico: 2) y 5) Paraná medio, 3) y 6) Delta superior del Paraná, 4) y 7) Uruguay inferior.

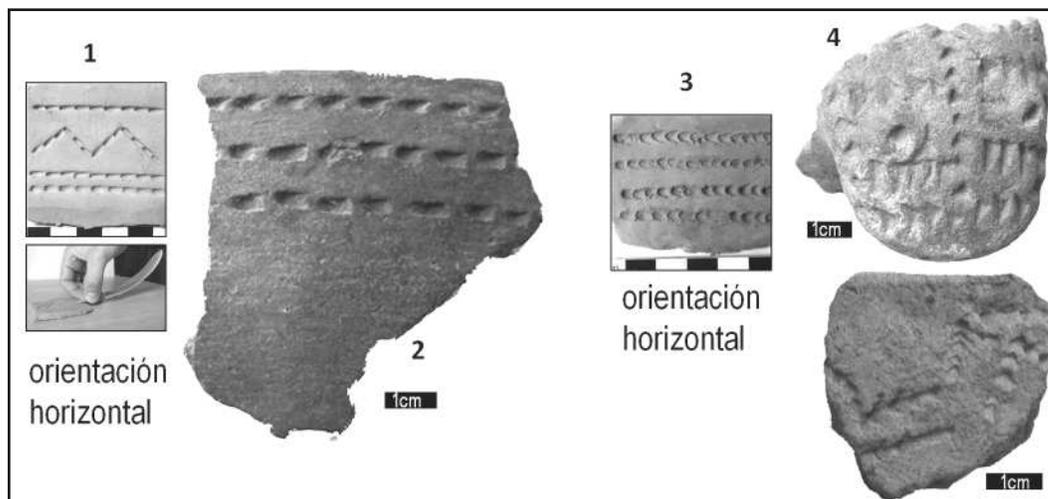


Figura 5. Comparación de improntas arqueológicas y experimentales. 1) experimentación con pluma; 2) incisión de punto del Uruguay inferior; 3) experimentación con punta ósea; 4) improntas arqueológicas triangulares del Uruguay inferior (incisión de surco rítmico y de punto).

ridad en la base de la impronta (figura 6). Las mismas se corresponden con la categoría de forma indefinida, y en menor medida, con la de circular-oval y rectangular³ planteada en la tabla 1. En este caso, la experimentación sugiere el uso de elementos con una superficie activa irregular, como pueden ser por ejemplo los huesos largos fracturados (e.g. *Myocastor coypus*) y, fundamentalmente, los restos de madera y vegetal (e.g. tallos de paja brava), los cuales tienden a generar improntas con abundantes microresiduos de pasta en la base de las mismas. En la figura 6 se señalan algunas semejanzas que pueden encontrarse entre las huellas experimentales efectuadas con estos elementos y aquellas arqueológicas, procedentes de las distintas zonas consideradas.

Por otro lado, siguiendo a Rye (1981) los análisis sobre los tiestos arqueológicos sugieren que la decoración se realizó cuando la arcilla se encontraba en estado de dureza de cuero. La profundidad de las improntas indica que éstas fueron efectuadas con una presión intermedia por parte del alfarero. Por último, el ángulo de inclinación con que se posicionó el instrumento, según se infiere de los datos experimentales (Ottalagano 2010), debió estar situado ampliamente a 90°. Es decir, que la parte activa del instrumento utilizado y la línea generada por el trazo decorativo, formaron un ángulo recto (tabla 1, figura 4).

Conclusiones

Las improntas arqueológicas estudiadas pueden ser divididas en: 1) las que presentan márgenes simétricos y morfología clara, y 2) las que poseen márgenes superiores e inferiores mayormente asimétricos, y no cuentan por lo general con formas nítidas. Por otra parte, se pueden diferenciar aquellas: 3) sin irregularidades en la base de la impronta, y 4) con irregularidades en la base de la impronta. Por lo común, las características 1 y 3 se dan simultáneamente. En el caso analizado, este grupo se corresponde mayormente con huellas de forma cuadrangular y rectangular, y son las más frecuentes en la muestra cerámica de los tres sectores fluviales abordados. Considerando los datos experimentales, sugieren la

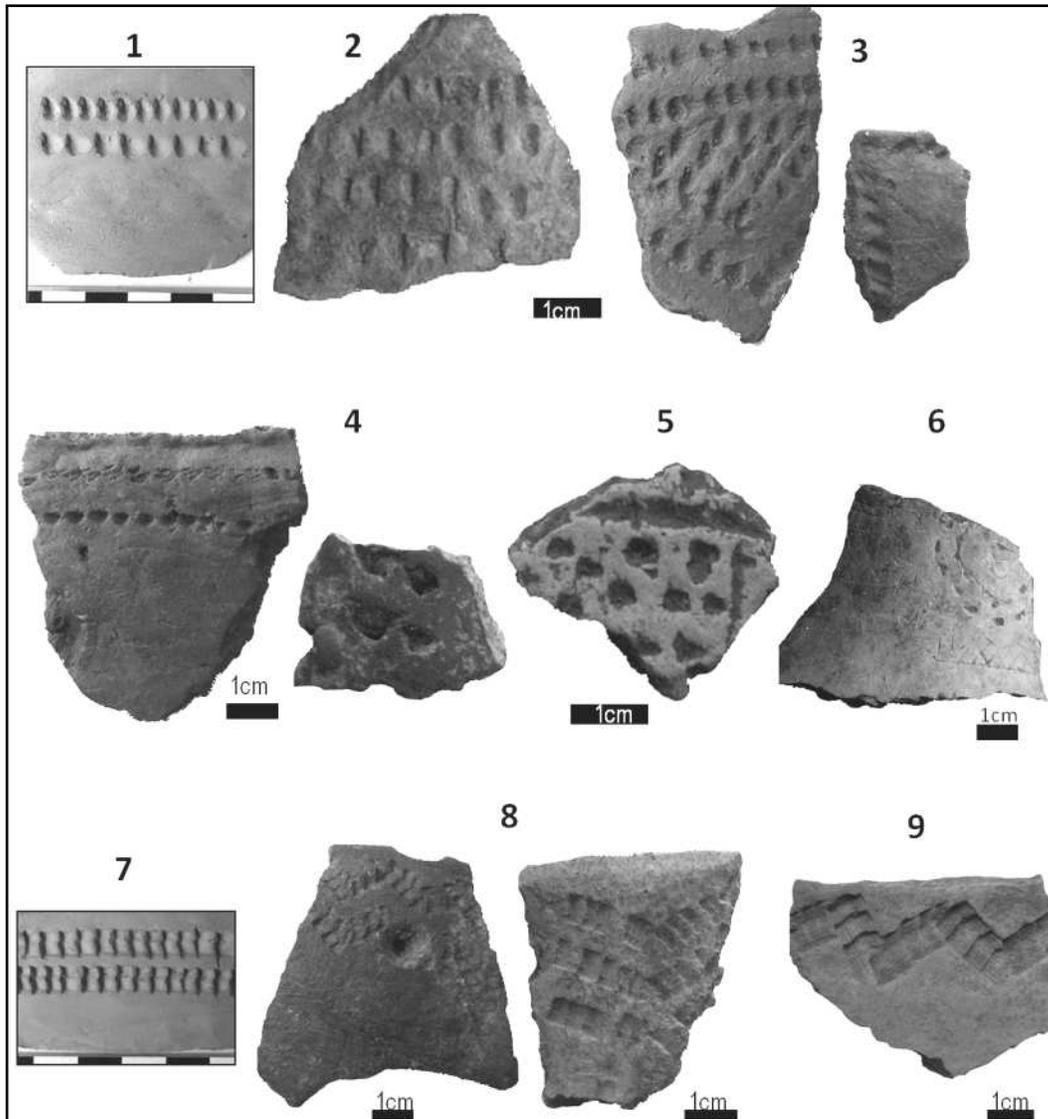


Figura 6. Comparación entre improntas arqueológicas y experimentales. 1) experimentación con tallos de paja brava (orientación cuasi perpendicular); improntas arqueológicas (incisión de punto): 2) Paraná medio, 3) Uruguay inferior; improntas arqueológicas indefinidas (incisión de punto): 4) Uruguay inferior, 5) Paraná medio, 6) Delta superior del Paraná; 7) experimentación con huesos largos fracturados; improntas arqueológicas (surco rítmico): 8) Uruguay inferior, 9) Paraná medio.

utilización de instrumentos tales como dientes de coipo, plumas y labios de recipientes fragmentados. De manera semejante, las características 2 y 4 suelen confluir. Este grupo de improntas, en tanto, se encuentra menos representado en la muestra; y presenta semejanza con las huellas experimentales realizadas con elementos tales como fragmentos óseos, madera y vegetal.

En este sentido, se destacan similitudes importantes en la elaboración de la decoración incisa procedente de sitios arqueológicos localizados sobre las costas de los ríos Paraná y Uruguay, en los tramos considerados. Sin embargo cabe mencionar algunas diferencias que sugieren patrones específicos en la manufactura de lo decorativo en algunos sectores. Entre éstos puede señalarse el registro diferencial de improntas triangulares, proporcionalmente más frecuentes en los materiales arqueológicos del río Uruguay; lo cual posiblemente sugiere el uso de algún instrumental particular en esta zona, como por ejemplo artefactos óseos.

Estas conclusiones preliminares, abren el camino para considerar la necesidad de incrementar los estudios experimentales, así como de ampliar progresivamente la muestra bajo estudio, a medida que avancen los trabajos de campo en los sitios abordados. Esto se presenta como un requisito a futuro, que permitirá fortalecer o confrontar los resultados aquí publicados. En este sentido, este trabajo constituye un primer paso hacia un abordaje que tenga en cuenta, de manera comparativa, los aspectos tecnológicos de la decoración cerámica, dando la posibilidad de examinar los comportamientos de estas variables a escala regional.

Notas

¹ Se cuenta con tres fechados para los sitios del Paraná medio: 900 (\pm 120) AP y 1380 (\pm 100) AP, sitio ELI; y 950 (\pm 120) años AP, sitio LM1; realizados sobre muestras de carbón, INGEIS (Ceruti 2003). Para el río Uruguay se dispone de un fechado sobre carbón de 1060 (\pm 60) años AP (LP-2590) en el sitio CDB3 (Castro 2011).

² El grado en que uno u otro factor ejerce influencia sobre la forma de la impronta, depende en muchos casos del elemento utilizado. Así por ejemplo, las plumas pueden llegar a generar distintas clases de marcas, variando la manera en que se utiliza este elemento.

³ En estos casos se tratarían de formas sub-rectangulares o sub-circulares.

Bibliografía citada

Badano, V.

1957 El arte plástico de los ribereños paranaenses. *Memorias del Museo de Entre Ríos* 34: 1-94.

Castro, J. C.

2011 Arqueología en la cuenca del río Uruguay (Provincia de Entre Ríos). *Cazadores Recolectores del Cono Sur* 5. En prensa.

Ceruti, C.

2003 Entidades culturales presentes en la cuenca del Paraná Medio (margen entrerriana). *Mundo de Antes* 3: 111-135.

Ceruti, C. y M.B. Traver Borny

2007 Un aporte a la arqueología experimental: reproducción de material cerámico de la Entidad Goya-Malabrigo. *Arqueología Argentina en los inicios de un nuevo siglo* (ed. por F. Oliva, N. De Grandis y J. Rodríguez), pp.157-166. Laborde, Rosario.

Cione, A. L.; Rizzo, A. y E. P. Tonni
1977 Relación cultura indígena-medio ambiente en un sitio de Rincón de Landa, Gualeguaychú, Entre Ríos, Republica Argentina. Nota preliminar. V Encuentro de Arqueología del Litoral. Fray Bentos, Uruguay.

Convención Nacional de Antropología
1966 *Primera Convención Nacional de Antropología*. UNC, Córdoba.

Frére, M.; González, M.I. y A. Francese
2004 Experimentación y diseño decorativo: primeros ensayos. *La Región Pampeana: su Pasado Arqueológico* (ed. por C. Gradín y F. Oliva), pp. 115-121. Laborde, Bs. As.

González, M. I.; Frére, M. y D. Fiore
2007 Redes de Interacción en el curso inferior y medio del Salado. *Arqueología en las Pampas* (ed. por C. Bayón, A. Pupio, M. I. González, N. Flegenheimer y M. Frére), pp. 365-384. Sociedad Argentina de Antropología, Bs. As.

Ottalagano, F.
2010 Decoración experimental de cerámica aplicada al estudio de las técnicas incisas del área del Paraná. *Intersecciones en Antropología* 11: 237-247.

Ottalagano, F.; Darigo, M.; Sulich, K. y L. Arelovich
2010 Investigaciones arqueológicas en el Delta superior entrerriano: sitio Cerro Puesto Acosta (Dpto. Victoria, Entre Ríos). *Arqueología Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo* (ed. por R. Bárcena y H. Chiavazza), pp. 1475-1480. UNCuyo, Mendoza.

Rye, O.
1981. *Pottery technology*. Taraxacum, Washington.

Serrano, A.
1946 *Arqueología del Arroyo Las Mulas en el noroeste de Entre Ríos*. Universidad de Córdoba, Córdoba.

COMECHINGONIA REVISTA DE ARQUEOLOGÍA

Perfil

“**COMECHINGONIA**, REVISTA DE ARQUEOLOGÍA” es una publicación periódica, de carácter anual, dedicada a difundir investigaciones originales e inéditas en el campo de la arqueología.

Se buscará que los artículos reflejen los numerosos aspectos de la producción científica contemporánea dentro del campo. En este sentido, se incluirán problemáticas estrictamente regionales dentro del país o países vecinos, así como contribuciones de corte teórico-metodológico o relativas a diferentes subdisciplinas (zooarqueología, arqueobotánica, geoarqueología, bioarqueología, etc.).

Condiciones

- En caso de tratarse de más de un autor, se deberá elegir a cuál de ellos se dirigirá el Comité Editorial a los fines de comunicaciones y correspondencia.
- El/los autor/es aceptarán la revisión de sus trabajos por parte de dos referencistas especialistas en el tema, externos a su/s lugar/es de trabajo, quienes harán las sugerencias necesarias para la publicación. Si un referencista considerara apropiado el manuscrito para su publicación y el otro no, se enviará el trabajo a un tercer referencista, cuya opinión se tomará como definitiva.
- El/los autor/es podrán sugerir hasta dos (2) nombres de personas que no deseen que actúen como referencistas de su trabajo.
- Los editores son responsables por las decisiones finales sobre los manuscritos.
- Los autores son responsables por el contenido de sus artículos, por su veracidad, originalidad y carácter inédito, así como por el derecho legal de publicar cualquier material protegido por *copyright*, para lo cual deben solicitar autorización escrita y presentarla junto con los originales.
- De ser necesario, el Comité Editorial podrá solicitar a el/los autor/es una colaboración monetaria para efectuar la impresión, la cual se realizará en forma de compra de ejemplares del número correspondiente de Comechingonia.
- En caso de que los artículos aceptados por los referencistas excedan el espacio disponible para la publicación, el Comité Editorial se reserva el derecho de publicar algunos de ellos en el volumen siguiente, previa autorización de el/los autor/es para mantenerlos en la lista de espera.
- Una vez enviado el trabajo el/los autor/es se comprometen a no presentar el mismo a otra publicación, salvo para el caso mencionado en el punto anterior y previa indicación del Comité Editorial.

Normas editoriales

- Comechingonia acepta los siguientes tipos de contribuciones: artículos, notas y dossiers.
- En las tres modalidades, los manuscritos deben realizarse en un archivo Word, sobre una página de tamaño A4 con una caja 13 x 18,5 cm (márgenes superiores e inferiores de 5,5cm, y derechos e izquierdos de 4cm). El tipo de fuente será Book Antiqua tamaño 10 a espacio simple, sin justificar y sin sangrías, sin negritas ni subrayados. Las frases o palabras que deseen resaltarse irán en itálica, al igual que los nombres científicos y palabras en otros idiomas. Los párrafos se separarán mediante un renglón en blanco.
- Los **artículos**, que presentan resultados integrales inéditos de investigaciones científicas o reflexiones teóricas y metodológicas, no deben exceder las veinte (20) páginas siguiendo las indicaciones anteriores, incluyendo todas las secciones que se detallan:
 - Título (en negrita, mayúscula, justificado a la izquierda).
 - Autor/es (letra normal, justificado a la derecha).
 - Dato/s de el/los autor/es (Institución a la que pertenece, dirección postal, electrónica, etc.). En letra normal, justificado.

- Resumen en castellano e inglés, máximo 200 palabras.
- Palabras claves en castellano e inglés (máximo cuatro)
- Cuerpo de texto (letra normal, sin justificar).
- Subtítulos (negrita para los principales y normal para los secundarios, ambos justificados a la izquierda).
- Agradecimientos.
- Notas.
- Tablas y Figuras (cada una incluida dentro del texto en el lugar correspondiente y en archivo JPG separado de 300dpi, en tamaño que no exceda el de la caja-13 x 18,5 cm -) con sus Epígrafes.
- Bibliografía citada.

•Las **notas**, que presentan resultados puntuales inéditos de investigaciones científicas, no deben exceder las seis (6) páginas siguiendo las indicaciones anteriores, incluyendo todas las secciones que se detallan:

- Título (en negrita, mayúscula, justificado a la izquierda).
- Autor/es (letra normal, justificado a la derecha).
- Dato/s de el/los autor/es (Institución a la que pertenece, dirección postal, electrónica, etc.). En letra normal, justificado a la derecha.
- Cuerpo de texto (letra normal, sin justificar).
- Subtítulos (negrita para los principales y normal para los secundarios, ambos justificados a la izquierda).
- Agradecimientos.
- Notas.
- Tablas y Figuras (cada una incluida dentro del texto en el lugar correspondiente y en archivo JPG separado de 300dpi, en tamaño que no exceda el de la caja-13 x 18,5 cm -) con sus Epígrafes.
- Bibliografía citada.

•Los **dossiers** conforman un grupo de al menos cuatro (4) trabajos, de distinta autoría, que giran en torno a un problema específico y presentan resultados integrales inéditos de investigaciones científicas o reflexiones teóricas y metodológicas. Los dossiers deben tener uno o más coordinadores que realizarán un artículo introductorio en el cual se presentará la temática en el contexto teórico actual y los aportes específicos de los trabajos presentados.

Los Coordinadores acordarán la posibilidad de publicación de todo el grupo de contribuciones con el Comité Editorial aunque los trabajos serán debidamente evaluados.

Los manuscritos que conformen un dossier no deben exceder las treinta (30) páginas siguiendo las indicaciones anteriores, incluyendo todas las secciones que se detallan:

- Título (en negrita, mayúscula, justificado a la izquierda).
- Autor/es (letra normal, justificado a la derecha).
- Dato/s de el/los autor/es (Institución a la que pertenece, dirección postal, electrónica, etc.). En letra normal, justificado a la derecha.
- Resumen en castellano e inglés, máximo 200 palabras.
- Palabras claves en castellano e inglés (máximo cuatro)
- Cuerpo de texto (letra normal, sin justificar).
- Subtítulos (negrita para los principales y normal para los secundarios, ambos justificados a la izquierda).
- Agradecimientos.
- Notas.
- Tablas y Figuras (cada una incluida dentro del texto en el lugar correspondiente y en archivo JPG separado de 300dpi, en tamaño que no exceda el de la caja-13 x 18,5 cm -) con sus Epígrafes.
- Bibliografía citada.

•Las obras citadas, en los manuscritos, correspondientes a las 3 modalidades referidas, tanto dentro del texto como al final del mismo seguirán las siguientes normas:

En el texto

En todos los casos la numeración de las páginas citadas va después del año de edición, y precedida de dos puntos.

- a) Un autor: (Binford 1981) o Binford (1981)
- b) Dos autores: (Anderson y Gillam 2000) o Anderson y Gillam (2000)
- c) Tres o más autores: (Hayden et al. 1996) o Hayden et al. (1996)
- d) Dos o más referencias de un mismo autor: (Nelson 1991, 1997) o Nelson (1991, 1997)
- e) Sin autor específico: (UNESCO 1972) o UNESCO (1972)
- f) Materiales de fuentes primarias: (Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba, Escribanía 1, Legajo 3, Expediente 1).
- g) Uso de ediciones antiguas: Ameghino (1918: 122 [1880])

Al final del texto

- a) Libro, un autor:
Coe, M. D.
1987 *The Maya*. Thames y Hudson, London y New York.
- b) Libro, varios autores:
Michael, H.N. y E.K. Ralph
1971 *Dating techniques for the archaeologist*. Massachusetts Institute of Technology, Massachusetts.
- c) Artículo en una revista:
Schiffer, M.B.
1972 Archaeological context and systemic context. *American Antiquity* 37: 156-165.
- d) Artículo en libro:
Ascher, R.
1968 Archaeological perspectives. *New perspectives in Archaeology* (ed. por S.R. Binford y L.R. Binford), pp. 5-32. Aldine, Chicago.
- e) Trabajos inéditos:
Kent, J.D.
1982 The domestication and exploitation of south american camelids: methods of analysis and their application to circum-lacustrine archaeological sites in Bolivia and Perú. Ph.D. dissertation. Washington University, St. Louis.

- Las citas textuales deben ir entre comillas, y en caso de tener más de cinco líneas se deberán separar del texto por una línea superior y otra inferior.
- Las fechas y edades radiométricas deben expresarse en años AP, seguidas por el error estándar (+-) de un sigma, y la sigla y número de análisis del laboratorio (estas últimas entre paréntesis). Se debe aclarar que tipo de material se fechó (madera, carbón, etc.). En los casos en que las fechas hayan sido calibradas, se indicará agregando la abreviatura *Cal. A.C.* o *Cal. D.C.* según corresponda.
- Las notas van al final del texto.
- Las figuras y gráficos serán impresos en escala de grises, pero podrán remitirse en colores, para incluirse de esa manera en los PDF, que serán publicados algunos servidores académicos.

Envío de Manuscritos

Los manuscritos deberán ser enviados en versión electrónica a la dirección revistacomechingonia@gmail.com o por correo postal, dirigido al **Comité Editorial de Comechingonia. Revista de Arqueología**, a la dirección: **Miguel C. del Corro 308 (5000), ciudad de Córdoba, Argentina.**